

Novela Finalista «PREMIO TERCIOPELO 2013»

Irene Ferb

Abrázame
que no te quiero

ROMÁNTICA



Irene Ferb

Abrazame que no te quiero

Créditos EDICIONES KIWI, 2014

info@edicioneskiwi.com www.edicioneskiwi.com Editado por Ediciones Kiwi S.L.

© 2013 Irene Fernández © de la cubierta: Borja Puig © de la fotografía de cubierta: Thinkstockphoto © Ediciones Kiwi S.L.

No se permite la reproducción total o parcial, así como la modificación de este libro por cualquier medio mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Capítulo 1

—¡Venga Sara, date prisa!

Si hay algo que caracteriza a Toño, desde luego, no es su paciencia, pero ¿qué quiere? Acabo de llegar de trabajar y... de un paseíllito de tres horas por el centro comercial, que me ha hecho retrasarme un poco. Es que hoy es uno de esos días en los que sabes que en tu armario no hay nada que cubra tus expectativas textiles, es uno de éstos en los que a una le apetece estar más arreglada, más atractiva, incluso sexy... ¡Cuidado! Esto tiene una explicación científica: no es un capricho tonto. Me lo contó un amigo biólogo. Sostenía que a las mujeres cuando ovulamos nos gustan los hombres tipo «macho, remacho», por ejemplo: Conan el Bárbaro, Tarzán, nuestro vecino el camionero; y nos apetece vestirnos más seductoras, tirando de escote —la que pueda—, minifalda, —ídem—. Sin embargo, cuando padecemos esos días sensibles en los que todo nos molesta, lloramos por cualquier cosa y pasamos de emociones opuestas a la velocidad de la luz, los hombres que nos atraen son más dulces, protectores, románticos, sofisticados... (este tipo de varón escasea y, además, suele ser gay), pero, para que tú me entiendas, algo así como Romeo, algún cantautor sentimental o nuestro vecino el bombero... Aunque a mí el real cuerpo de bomberos me gusta siempre; no soy neutral. Total, que debo de estar ovulando, porque hoy he subido en el ascensor con el camionero y me ha parecido hasta mono.

Esta noche no me apetece pasar desapercibida. Quiero que, al llegar a casa de Tere y Adan, todos me digan —y si no, que al menos lo piensen— que estoy muy guapa y que se notan, pero que un montón, mis clases de Pilates y *spinning*.

«Sara, sabes perfectamente que nadie lo va a hacer. Date prisa, que Toño está bufando en el salón». Esta es la voz de mi conciencia, una aguafiestas en toda regla.

«La gente no suele expresar esas cosas, no seas ilusa». ¡Ahí le doy la razón! Te miran de arriba abajo, ves su cara de aprobación, incluso de envidia y, justo cuando abren la boca y crees que van a comentar algo referente a tu estilo, te salen con: «¿Qué tal el trabajo?» «¿Qué tarde habéis llegado, no?», o aún peor: «¿Qué carretera habéis cogido? Porque esta casa será muy grande pero está lejísimos».

De ilusiones y falsas esperanzas también se vive y hoy voy a estrenar mi precioso vestido nuevo, aunque vaya a estar encerrada en una casa. Después de tragarme «Sexo en Nueva York» dos veces seguidas, he llegado a la conclusión de que es mejor pasarse de arreglada que no llegar.

Mi consuelo es mi amiga Tere; lo más probable es que ella sí que elogie mi vestido. No faltaría a la verdad porque es genial. Color: rosa palo. Estilo: tipo tejano. Forma: asimétrica (más largo por detrás). Precio: bastante interesante... ¡Vamos, una ganga! De las que yo suelo encontrar después de arduos años entrenando en los pasillos de los centros comerciales.

—¿Sara, estás viva? —Para aclarar, no es un tono preocupado.

—¡Qué sí, que voy, pesado!

No sucumbiré a la presión. Me falta el último toque: aplicar el lápiz de labios. Un

lápiz de dos colores: rojo frambuesa y rosa brillante, que es novedad en mi tienda favorita de maquillaje (favorita, porque es la más económica: a las enfermeras rasas no nos da para Mac o Bobby Brown). Es de esos permanentes, así que debo tener cuidado, no quiero salirme...

—¡Ya estoy!

Me giro en el espejo para echarme un último vistazo. Estoy intrigada por la reacción de Toño cuando aparezca ante él. Me dejo llevar por mi imaginación: visualizo a Toño boquiabierto, como los novios cuando ven llegar a sus respectivas al altar en las comedias románticas, diciéndome embobado:

«¡Estás impresionante amor! ¡Qué vestido más chulo! ¿Te lo has comprado hoy? Te hace un cuerpazo; la verdad es que se te nota todo el deporte que estás haciendo. ¡Madre mía, Sara!»

Mi fantasía, que no tiene límites y una vez que empieza no puede parar, continúa inventando que Toño se acerca a mí despacio, mirándome apasionado y, sin pronunciar una palabra, me baja la cremallera de la espalda con rapidez y seguridad; después, en un movimiento perfecto, me sube el vestido por los hombros y se encuentra mi conjunto, también nuevo de ropa íntima. Yo leo en sus ojos toda la atracción que siente por mí. Él me sonrío pícaro antes de lanzarme con fuerza a la *chaise-longe* del salón... ¡¡Ayyy!!

—¡Sara! ¡Definitivamente llegamos tarde! ¿Voy sacando el coche del garaje o qué? —La pregunta me despierta de mi ensueño y me dirijo, ahora sí, al salón—. ¡Sara!

—¡Voy, Toño, voy!

Toño está plantado delante del televisor viendo el final de las noticias de deportes. Ni gasta energía para mover la cabeza; me mira de reojo.

—¡Por fin! ¡Joé, cari! ¿Cómo eres tan lenta? —Pronuncia esto mientras apaga la tele y le hace una mueca tipo risita a los presentadores de los deportes... ¿Y a mí?... ¡Nada, ni me ha mirado!

«Da igual, Sara... Ya te lo diré Tere».

Es la fiesta de inauguración de la primera casa de Tere y Adan, un piso en el extrarradio. Es todo un evento y estoy muy emocionada porque al fin se independiza mi íntima amiga desde la infancia. Ambas asistimos al mismo cole y somos hijas únicas. Desde que la señorita nos sentó en el mismo pupitre nuestros caminos se enlazaron irremediamente. Suelo pensar en Tere como en una hermana y, si me apuras, en su madre como en la que yo nunca tuve. A su vez mi abuela nos cuidaba a las dos por igual; si hacía arroz con leche, lo hacía para las dos; si tejía una bufanda para mí, a la semana Tere llevaba una igual.

Estudiamos juntas en la universidad, coincidimos en elegir enfermería, un horror por cierto. De lunes a viernes todo nuestro tiempo se ocupaba entre clases, prácticas y traslados de un sitio a otro. Los fines de semana, la dificultad residía en cómo conciliar las horas de estudio con la vida social. ¡Menos mal que tuve a Tere a mi lado, si no, la segunda opción habría desbancado de un culetazo a los apuntes! Pasamos unos años divertidos a la vez que agotadores. Sin embargo, nuestra salida al mundo laboral marcó la diferencia. Yo me quedé en el hospital donde hice las prácticas y Tere, al finalizar las primeras suplencias de verano y encontrarse sin trabajo, se mudó a Londres. Curró cerca de un año y cuando regresó dio con una clínica de estética y permanece allí.

De momento yo no he salido de la atención especializada. He tenido mucha suerte

con los contratos y ahora estoy más o menos estable en una planta de cardiología.

Tere y Adan se conocieron hace dos años en Madrid, en la fiesta de cumpleaños de Gina, una amiga londinense. Adan era su hermano y Tere se quedó alelada nada más verle. Ni se le había pasado por la cabeza que ella tuviera un hermano tan guapo y tan alto. ¡Pero si Gina era un tapón!

No se despegaron en toda la noche. A Adan le encantó cómo hablaba Tere inglés. Se reía continuamente. Ella alucinó con que alguien la encontrara tan graciosa. En el fondo creía que Adan lo único que quería era practicar su español... y de paso echar un polvo ¡Pero no! Al día siguiente Gina llamó a Tere para confesarle que su hermano estaba flipado con ella y que desconocía esa faceta de él. Gina le pidió permiso para darle su teléfono a Adan y esa misma tarde quedaron. Yo siempre me cachondeo de mi amiga porque le citó en el oso y el madroño, «el clasicazo». Por lo visto nada más verla llegar, Adan se abalanzó sobre Tere y le propinó una especie de beso dudoso entre la boca y la barbilla, a lo que ella respondió quedándose quieta para que el poco *gloss* que le quedaba en los labios siguiera allí y no viajara a la cara del poco paciente inglés.

Ahora son inseparables. Es la pareja más sólida que conozco. Adan ha encontrado un buen trabajo en una empresa de marketing hispano-escocesa. Hace dos meses firmaron el piso y lo han estado reformando hasta hoy, el día de la inauguración. Tere, a pesar de mi insistencia, no me ha permitido verlo. La intriga me mata. Lo único que no me gusta es que está un poco lejos y no voy a tener a mi amiga tan cerca de casa como ahora. Yo, sin embargo, compré mi hipoteca, a treinta añitos de nada, en el barrio de siempre.

—Seguro que somos los últimos en aparecer y sabes lo poco que me gusta ser impuntual, Sara. Me pone nervioso.

Me callo para no cabrearle aun más, pero todo lo que tiene que ver con Tere y Adan le altera. Yo creo que no congenia con el novio de mi amiga. No se entienden; no sé si es porque Adan no habla bien español o porque son muy diferentes, pero yo ya les he pillado en varios silencios incómodos. De todas formas se han visto poco. Espero que con el tiempo vayan encontrando temas comunes.

A mí, sin embargo, me encanta Adan. Me gusta su estilo, tiene un look *grunge* molón, que le hace muy interesante. Es muy cortés y educado; al principio puede parecer un poco frío, pero cuando coge confianza es un tipo muy amable y cercano. Siempre luce una sonrisa, aunque no se entere de un pimiento de lo que hablamos.

Ya hemos llegado a su casa. Agradezco haberme apuntado una nota en el móvil con la dirección del piso, porque se me había olvidado por completo... Muy típico en mí. Tengo la memoria de una mujer de ochenta años. Toño siempre me lo echa en cara.

Abre la puerta Adan. Fiel a su estilo, viste un vaquero ancho y caído y una camisa azul cielo desabrochada y remangada. Por debajo, un suéter de pico gris. Lleva el pelo despeinado y algo más largo que la última vez... y, por supuesto, una gran sonrisa. Me abraza al instante; después da un apretón de manos a Toño.

—¡Chicos, siempre tarde! ¡Sara, estás muy guapísima!

—Muy guapa. —Toño le corrige instintivamente.

—¡Gracias, Adan! —contesto, mientras propino un pisotón a Toño por pedante.

En seguida aparece Tere. Está feliz, lo irradia. Su vida ha dado un cambio brutal desde que tiene novio.

Ella nunca ha tenido pareja estable ni tampoco muchos líos. Es bastante tímida e insegura; si a esto le añades un poco de mala suerte en elegir tipos, pues el resultado es una chica de casi treinta años con muy pocas experiencias amorosas. El caso es que es bastante

mona y goza de buena figura. Su piel es lisa, sin imperfecciones (gracias a las limpiezas de cutis y mascarillas que le regalan en su trabajo, claro está)... si de ella dependiera, se echaría Nivea y punto. Sus ojos enormes destacan porque son muy expresivos, sin nada de ojeras; no como yo, que parezco gótica. En mi opinión, no se saca todo el provecho que puede.

Cuando conoció a Adan estaba inmersa en una espiral de inseguridad en la que era incapaz de pensar que podía gustarle a alguien. Pero su suerte ha cambiado y esto Tere sabe valorarlo. Es feliz cada día que pasa junto a Adan.

Yo los llamo los «grumos». Es un apelativo burlesco, ¡pero es que están todo el día pegados cual babosas! Son de esas parejas que se hacen carantoñas cursis desde la distancia... Si ella sonríe, Adan también; si Tere va, él la sigue... ¡Vale! Reconozco que da algo de envidia estar con ellos, pero también es cierto que llevan poco tiempo y todavía viven en ese bullicio de sentimientos y mariposas. Lo que más me asombra es cómo Adan mira a mi amiga: lo hace atento, como si le enviara amor con las corneas, sin pestañear; cuando ella habla se queda embobado, aunque Toño alega que es porque no se entera de nada. Otra característica ya más típica es que se besan continuamente; a la que te das la vuelta les pillas enganchados dándose un «morreazo» de esos que hace tiempo tú no te das. Siempre caminan de la mano, pegaditos, riéndose. Se ríen mucho juntos. En el fondo a mí me encantan; creo que es la pareja más enamorada que he visto y que disfrutan de una complicidad abrumadora.

—¡Me encanta tu vestido, Sara! ¿Es nuevo? —Sabía que mi amiga no me iba a defraudar como, sin embargo, sí que ha hecho mi novio.

Tere nos enseña la casa. Es un ático de tres habitaciones. Todavía les faltan muchas cosas pero ya tienen la cocina, su habitación y el salón. Este último les está quedando precioso. Los muebles son de tipo colonial pero con mucho espacio; hay un sillón de piel blanco y otro chocolate de esos eléctricos que Toño desea para nuestra casa y no tarda más de un segundo en sentarse y gritar que son la leche de cómodos. «Lo pilló, Toño, lo pilló, pero me encantaría saber qué quieres hacer con la *chaise-longue*». Actúo ignorándole y continúo mi visita por el piso de mi amiga. Todavía les falta la mesa. Tere me cuenta que está teniendo problemas con el fabricante... ¿y quién no? Para la cena de hoy lo han solventado colocando unas tablas improvisadas. Así me gusta: creatividad ante las adversidades.

La habitación es blanca, de Ikea. Han puesto unos paneles japoneses de la misma tienda y Adan ha comprado una funda de edredón por Internet que está bastante bien y combina a las mil maravillas con el papel pintado *vintage* que hay en el frontal.

Estoy alucinada; Tere nunca ha tenido mucho estilo y aunque su paso por Londres, y el contacto con sus hiperpijas clientas le ha ayudado, no es Audrey Hepburn... así que o se ha tragado treinta programas seguidos de decoración, tipo Colin y Justin, «los asaltacasas», ¡sí, hombre, que si lo has visto!... el *reality* ese canadiense de un matrimonio gay que reforma viviendas horribles y las dejan de revista... bueno, da igual, soy una friki, o esto es cosa de Adan.

Pero ¿será posible que Tere haya tenido tanta suerte de encontrar al único chico que compra fundas nórdicas por Internet, le gusta la decoración, tiene buen gusto y encima es heterosexual?

Después de la visita guiada por el fantástico piso me siento en la mesa improvisada y saludo a los demás invitados. A mi lado está Gina, la hermanísima de Adan, una chica un poco excéntrica con la que nunca he terminado de congeniar. En frente tengo a unos

vecinos de Tere con los que parece ser que se llevan a las mil maravillas. También están Marta y Rubén. Marta es una compañera fisio del curro de Tere, que es la que vela por todas nuestras espaldas. Me alegro de verla; igual concierto alguna cita con ella. Últimamente estoy fatal del cuello.

La cena está bastante bien y todos lo pasamos estupendamente. Fluyen las conversaciones. Nuestros anfitriones siguen dando un ejemplo de complicidad mientras sirven la comida. Se nota que todo estaba preparado conjunto y muy organizado. Ambos se levantan para traer bandejas de pinchos caseros y están pendientes de que a sus siete invitados no les falte de nada, sobre todo, vino... ¡Si Toño y yo tuviéramos que preparar esta cena juntos...! No, definitivamente no podríamos preparar esto juntos.

Mi novio y yo, somos más... de retos encubiertos. Ambos estamos bebiendo sin reparo, pero si queremos volver a casa uno de los dos va a tener que conducir. Yo francamente estoy harta que siempre me toque llevar el coche a mí. Toño no se plantea una cena fuera sin tomar alcohol y a mí me toca ejercer de novia responsable que ha de controlarse. Pero hoy no me da la gana: es la fiesta de mi amiga y Toño no me ha hecho ni caso en lo que llevamos de noche, así que pienso beber todo el vino que me apetezca. Además tengo a mi lado a Gina que gasta ya un pedo considerable... O me aproximo a su nivel etílico o me da la noche con sus chorradas.

Decidido, reto a Toño a llevar el coche...

Después de terminar de cenar los cuatro chicos echan una partida de póquer y nosotras conversamos sobre decoración, programas de televisión, series, cortamos el traje de alguna famosa y acabamos hablando del libro que me estoy leyendo que me tiene caliente pérdida. Gina participa poco, más bien se infla a beber vino. No sé cómo le cae tan bien a Tere; a mí me parece una tipeja, nada que ver con Adan. La vecina, resulta ser muy maja. Es algo más mayor que nosotras. Trabaja en una tienda de ropa de firma y nos ha prometido avisarnos cuando tengan *outlets*.

A las tres de la mañana, después de que Toño desplume a todos y nuestra conversación vaya degenerando, Marta y Rubén deciden irse y mi chico y yo los secundamos.

Me despido de Tere.

—Tere, ha estado todo genial. ¡Vaya parejita formáis...! Espero que seáis muy felices.

Nos abrazamos; tanto vino me ha puesto tierna. Aunque nos queremos mucho, Tere y yo no somos de demostraciones afectivas.

—Vamos, chicas, si os vais a ver el martes. —Toño nos separa. Los martes son los días que mi amiga y yo hemos pactado para vernos, pase lo que pase.

Como Toño está de buen humor por haber ganado al póquer, va directo al asiento del conductor del Peugeot. Siento una oleada de felicidad. Me acabo de ahorrar una discusión y esta vez no pensaba ceder... ¡Bendito póquer!

—Ha estado bien la cena. ¡Cómo se lo montan Tere y Adan! —me dice.

—Sí, la verdad es que ha estado fenomenal.

—¿Sabes? Hoy he hablado más con Adan. Es majete y creo que voy a quedar con él para jugar al pádel.

Yo no sé que les ha dado a los tíos con el pádel: están todos enganchados. Aún así, me alegra que Toño hable con Adan: quiero que se lleven bien.

Me está entrando modorra, no me quiero dormir en el coche, pero es que se está tan calentito... «¡Venga, Sara, no te duermas!, ¡habla!»

—¡Qué compenetrados que se les ve!, ¿verdad? —me arranco.
—¡Mmmm...! —Es lo máximo que consigo sacar a Toño.
—Se nota que ambos han hecho la cena. ¿Has visto como él también se levantaba a todo?
—¡Mmmm...! —Cómo no me conteste a la siguiente, me echo a dormir!
—No sé, yo creo que van a estar mucho tiempo juntos, ¿no te has fijado como la mira? Se nota que la quiere un montón.
—¿Eh? Sara, tú flipas...
—¡Qué voy a flipar! Tú, que no te das cuenta de nada, que pasas de todo... ¡no te digo! Salta a la vista que están enamoradísimos.
—Sí, salta a la vista... —Me revienta cuando Toño usa este tono burlesco.
—¡Pues, sí! Cuando estabais jugando al póquer se buscaban todo el rato. Yo les he pillado varias veces sonriéndose y haciéndose mimos; hasta una vez Adan se ha levantado y ha ido a decirnos si queríamos algo. Vosotros, ¿os habéis levantado?... ¡Buahh! A lo vuestro. ¡Y tú el que más! ¡No me has mirado ni una sola vez!
—¡Siempre estás igual! —bufa.
—¿Qué siempre estoy igual de qué?
—¡Pues que sí que te he mirado, pero no te has dado cuenta!
—¡Toño, no mientas! ¡Ni un vistazo en toda la noche! La prueba es que me he puesto este vestido y es nuevo. Sí, me lo he comprado hoy y ni te has fijado. Por ti, como si vengo en chándal.
—Sí que me he dado cuenta. Estás muy guapa. Pensaba que te lo había dicho.
—¡Pues no! ¡No lo has hecho! Y yo esperaba algún comentario... Visto lo visto, me puedo morir esperando. Mira, Adan, nada más entrar me ha...
—¡Me tienes hasta las pelotas con Adan! ¡Joder!
—¡No me grites! ¿Y a ti que te pasa con Adan? Yo solo digo que él...
—¡Y dale con él! ¡Y a mí que me importa él! Si tanto te gusta... ¡Tíratelo!
—¡Toño, cuidado! —grito aterrorizada al ser deslumbrada por las luces de un coche.
—¡Sara! —chilla.

Capítulo 2

«No sé dónde estoy, tengo frío... ¿Qué me pasa?».

Deseo moverme pero mis músculos paralizados lo impiden. Con mucho más esfuerzo del que debiera consigo deslizar una mano; la siento acolchada, como si fuera una rama pesada. No soy capaz de estimular ninguna parte más de mi cuerpo.

Ignoro dónde me encuentro, aunque sé que estoy tumbado y no es mi cama. Poder abrir los ojos ayudaría a que me orientara pero es del todo imposible.

¿Llevo una semana durmiendo o qué? ¡Vaya resaca! El entumecimiento bloquea mi musculatura y el letargo mi mente... Vengo a ser un vegetal. La niebla se apodera de mis pensamientos, los amodorra. Me entrego a ella. Descanso, ¡qué paz!



¡Quiero despertarme! Lo intento. Desaparezco otra vez... ¡Qué sencillo es volver a esfumarse!

Vuelvo a aparecer en esta franja, en esta línea en la que puedo pensar, pero lo hago muy lento, como si pesaran mis dudas... ¿Dónde estoy?

¡Aahhh! Algo me estruja el brazo, ¡suéltame! Juraría que me ha apretado más veces, que a cada rato lo hace; me es familiar. Este estímulo me devuelve a la realidad, pero me agoto en seguida, ¿Por qué estoy tan frágil? No aguanto; tengo que desconectar otra vez.



Me despabila un chillido intermitente. ¡Espera! Es una alarma... ¿Estaré teniendo una pesadilla? ¡Claro, es una pesadilla! ¡Qué pasada!

Alguien se acerca comentando algo, pero no lo entiendo. ¡Venga despiértate! ¡Vamooos!

Creo que me estoy desplazando. El aire roza mi cara al atravesarlo.

Ahora siento muchas manos en mi cuerpo, me agarran... ¡Aahhh! Me acaban de mover en bloque a una superficie más dura y fría.

¡Dios! ¿Qué son esos ruidos? Me van a estallar el tímpano; son repetitivos, pero no los reconozco. Me encuentro encerrado como en un tubo; es claustrofóbico. Vuelve la neblina. ¡Mejor! Me rindo.



Despierto por el dolor. No consigo tragar saliva: mi garganta parece papel quemado que con una gota de agua se haría pedazos. Me duele, me duele muchísimo. Debe de estar

seca... ¡Claro: tengo sed!... ¿Me estarán torturando?

Un nuevo pasajero se ha subido a mi tren de emociones, ha asesinado a la cordura y se ha proclamado único conductor de mi locomotora: el miedo. Lo ocupa todo.



Ya no es tan fácil desaparecer y ahora lo necesito porque me cuesta respirar. Parece que un gigante esté sentado encima de mi caja torácica. ¡Espera! Noto una presencia cerca... ¡No te duermas!

¿Hay alguien cerca de mí?... ¡Sí, seguro!

¿Llora? Está llorando... ¿Mamá?... ¡Es mamá!

¡Mamá no te vayas!, aguanta, aguanta... ¡Que angustia, joder!

Hago un esfuerzo descomunal para levantar mis párpados. Me concentro, quiero ver a mi madre y que me explique qué pasa; lentamente lo consigo. Veo todo borroso, tanta luz me molesta y me lloran los ojos, pero no pienso rendirme. A mi derecha vislumbro una silueta; enfoco. Poquito a poco desaparece la cortina de niebla y la reconozco... ¡Mamá!

Ella me mira e irrumpe en llanto, mientras exclama:

—¡Toño, hijo mío!

Capítulo 3

—¡Hola, Sara! —Me abraza... ¡Está helada!

—¡Abuela!... ¿Abuela?

Es mi abuela Concha, aunque apenas la reconozco porque aparenta ser mucho más joven. La encuentro muy elegante, como a las abuelas del centro de Madrid, que nada tienen que ver con las de la periferia y mucho menos aún con las del pueblo. Ella generalmente es una mezcla equitativa entre extrarradio y entorno rural... pero desde luego hoy se ha superado: luce espectacularmente con este vestido blanco.

—¡Joé, Abue! ¿Qué te has hecho? ¿Te he regalado algún tratamiento de *antiaging*?

El caso es que yo no recuerdo haberle comprado nada...

—¡Estás estupenda: te has quitado treinta años de encima!

Concha se ríe y me muestra una dentadura perfecta, con un esmalte tan blanco que me deslumbra.

—¡Pero abue, qué dientes! ¿Desde cuándo te has...? ¿Te has hecho un blanqueamiento?

—Sara, tranquila, cariño... Para un poco, piensa que...

¡Un momento! ¿Dónde estoy? ¡Qué lugar más extraño!

Es una sala cerrada pero llena de luz. Las paredes se intuyen en forma de niebla. Miro hacia abajo ¡Guau, qué suelo más raro! No es ni tarima flotante, ni parquet, ni moqueta... ¿Será un cristal? Puede ser, porque siento frío a mis pies... ¡Normal: voy descalza! ¡Qué bochorno! De todas formas hay un poco de neblina de la misma que distingo en las paredes. Impide ver si existe algo en la superficie. Miro hacia arriba y por fin reconozco algo familiar ¡Cielo, cielo azul!

Pues eso, niebla y el cielo arriba, nada más; ni un mueble... demasiado minimalista para mi gusto. A no ser que esté en el campo... ¿Pero cómo va a ser el campo si no hay ni una montañita, ni un árbol, ni nada? Y en la playa, menos... No, no me encuentro en ningún lugar que recuerde. A pesar de todo me agrada... es muy *zen*.

¡Andá! ¡Estoy soñando! ¡Claro! ¡Pero si mi abuela falleció hace tres años! ¡Qué tonta!

—Sara, no, no estás soñando; estoy aquí contigo y mira: hay más gente.

De la nada aparecen un montón de personas, prefiero no ahondar en ello porque hay un enano en mi estómago dando saltitos y puede causar estragos si me pongo a investigar. Enfoco al más cercano a nosotras. Es un hombre de unos treinta y cinco años. De estatura media. Delgado y con el pelo canoso. Si de algo estoy segura es que ni conozco a este señor, ni he hablado con él en mi vida. Su mirada desprende algo que me incita ternura. Sus ojos brillan de emoción ante mi presencia. Me invade la curiosidad.

Mi abuela intercede.

—Es Rodrigo, tu abuelo.

¡Uff! Ahora sí que hay un enano en mi estómago y ¡bailando por soleares! ¿Pero cómo va a ser mi abuelo? Si lleva muerto la tira de años... Yo era una renacuaja.

Continúo observando a mi alrededor. Un tipo que también va vestido de blanco se me acerca. Creo reconocerle... ¡Joer, no es posible! Mi duende estomacal se convierte en un jugador de rugby y me da un golpazo en la tripa que casi me hace desvanecer de dolor. Sin consciencia de ellas las lágrimas saltan de mis ojos y resbalan por mis mejillas. Me hielan la cara. Congeladas es poco, con decir que cuando caen al suelo se convierten en pequeños copos de nieve... ¡Vaya pasada de sueño!

Mi expresión tiene que ser tal, que mi abuela vuelve a corregirme insistiéndome en que no estoy soñando.

—¿Pero entonces tú... Emilio? —Se aproxima muy serio, con sus pisadas fuertes características. Rememoro su... ¡entierro! Se cayó haciendo escalada. Recuerdo a su chica llorando, a su madre desconsolada, a todos nosotros desolados.

Escucho su voz grave, de locutor

—¡Qué pronto has venido, Sara! Tú, tranquila ¿Okey?

Está igual que como lo recordaba. No me encuentro capaz de articular palabra. Emilio sonrío y se echa para atrás

Enfoco a lo lejos. Hay más gente contemplándome, algunos tienen copos de nieve en sus pies descalzos. Al menos me consuela percatarme que no soy la única desarrapada sin zapatos.

¿Mi tío Pepe? ¿Es mi tío? Sí, seguro; es él, porque es el que más hielo tiene acumulado en el suelo... Siempre fue un llorón.

Después de hacer un rodeo me doy cuenta que los conozco a casi todos. Hacía mucho tiempo que no les veía, eso sí.

Mis espectadores comienzan a aplaudir emocionados. Mi abuela me lleva con ella y me vuelve a abrazar. Ahora caigo...

«Hacía mucho que no les veía...».

«¡Madre mía! ¿Cómo les iba a ver?».

«¡Ay, Dios! ¡Todos estaban muertos!»

Capítulo 4

Mi abuela me engancha la mano, que continúa helada, y mientras que intento reconocer a los demás, me lleva, no sé muy bien cómo, a otro sitio prácticamente igual al anterior. Esta vez no hay nadie. Me aseguro.

Es un habitáculo enorme. Sigue sin poder distinguirse el suelo, persiste esa peculiar bruma. En las paredes la niebla le confiere a la sala una forma triangular pero la dichosa neblina me impide diferenciar lo que hay detrás. Es muy luminoso. Es curioso... debería estar el ambiente anubarrado pero, sin embargo, hay muchísima luz.

Aunque estoy alucinando, físicamente me encuentro estupenda. No me duele nada, me siento muy ligera. Debe ser este lugar... ¡Anda! Lo mismo es la niebla que va cargada de tranxilium y me estoy pillando un colocón del quince... ¿A que se me aparecen elfos, *hobbits* y pitufos en un rato? No sería tan extraño puesto que tengo a mi abuela al lado; corrijo: al espectro buenorro de mi abuela.

Paseo por la sala. Hay tanta claridad que resulta sorprendente. Me recuerda a la sensación de libertad que experimenté en el parque natural de Yosemite, en el primer mirador de la carretera, donde casi me caigo de rodillas de la emoción. Toño no paraba de hacer fotos mientras yo, extasiada por el paisaje, comprobaba que era un ser diminuto en comparación con el pico Gran Capitán. Si hay algo que se le parece al reino de los Elfos es este parque natural de California, repleto de cascadas. ¡Ay, la leche! ¿A que estoy en la Tierra media y mi abuela se ha convertido en la Arwen esa?... Definitivamente mis neuronas desvarían.

—Sara, me imagino que ya estarás llegando a la verdad de esto. Siempre has sido una niña muy lista. —Pues va a ser que mi abuela me sobrestimaba, porque ¡ni idea, chica!

—Es la primera vez que me toca ser el primer mensajero y la verdad es que nunca imaginé que me estrenaría contigo. Eres tan joven... Pero soy tu familiar más cercano y... ¡te quiero tantísimo, Sara!

¡Joé! Se me vuelven a helar los ojos, las gélidas lágrimas corren por mis mejillas y varios copitos caen al suelo.

—No llores, Sara... Ahora comprendo lo nervioso que estaba Rodrigo en mi llegada, ¿sabes? El abuelo Rodrigo fue mi primer mensajero. Le temblaba la voz... ¡Pobrecito! Pero yo le veía tan apuesto como cuando éramos jóvenes. No fui capaz de entender nada de lo que me decía.

—¿Y qué te decía abue? —Estoy muy confusa.

—Ya. Perdona. Aquí hay tanto tiempo que no me doy cuenta de todo lo que hablo. Antoine me riñe siempre.

—¿Antoine? —le interrumpo—. ¿Quién es Antoine, abuela?

—¡Huy! ¿Ves? Se me escapan las palabras. No sé por dónde empezar.

—¿Por Antoine, abuela?

«Pero ¿quién es Antoine? ¿Por qué habla de él así, como si yo le tuviera que conocer?».

Mi abuela me mira profundamente. Es todo ternura. Sé que ahora me va a contar qué pasa. Quiero la verdad ya: estoy preparada. No entiendo por qué tantas vueltas. Para tranquilizarme necesitaría saber dónde puñetas estoy.

—Antoine es mi mitad; luego te explicaré. Sara: has tenido un accidente y ya no estás en el mundo que conocías. Ahora te hallas en la eternidad, en lo que abajo llamábamos «el cielo».

Comienza a formarse una cascada de hielo desde mis ojos hasta el suelo.

«Lo sabía, lo sabía...».

Capítulo 5

Tenía tres costillas rotas y una había perforado la pleura; y si no hubiera sido por la rapidez del equipo que me atendió en el accidente, mis pulmones se habrían colapsado impidiéndome respirar. Eso es lo que me ha explicado con voz lineal y monótona el doctor de la unidad de cuidados intensivos.

Ahora me encuentro ingresado en planta, pero espero que me den el alta hoy. Quiero irme de aquí ya. En el hospital estoy rodeado de mucha gente que se muestra preocupada por mí y tengo que aparentar todo el tiempo.

Francamente nadie me obliga a fingir... Todo lo contrario: me animan a que exprese mis emociones, sin embargo, tengo la leve intuición que no hay ninguna en mi interior. Las vueltas que dimos después del impacto con el otro coche han debido centrifugarme porque me siento seco por dentro; no soy capaz ni de cabrearme con el mundo, ni de gritar. No he llorado.

Todos me repiten que es normal, pero sinceramente no me preocupa si lo es. Tampoco me importa que lo llamen estado de *shock*, bloqueo emocional o la primera fase del duelo ése. Lo que tengo claro es que no me merezco estar bien; no me merezco estar tranquilo; no me merezco nada de nadie y eso es lo que deseo. Estar solo para siempre.

Ya lo recuerdo todo: las últimas palabras cargadas de odio que nos gritamos, las luces del otro coche, el impacto, perder el control del volante. Todo fue tan rápido... En un instante Sara había desaparecido. Yo la estrellé contra el otro vehículo y me protegí a mí mismo inconscientemente. Eso dicen, que es un acto reflejo, pero a mí me revienta el cuerpo por dentro cada vez que me veo obedeciendo a un acto egocéntrico ¿Cómo puede ser tan retorcido el destino? ¿Cómo eligió ese momento para llevársela? Nadie conoce esa parte del accidente. Es mi secreto. Yo he de cargar únicamente con él para que me mate por dentro, para que me machaque, igual que yo mismo he hecho con ella.

A pesar de la insistencia de mi madre me voy a mi casa. Pero ella me ha asegurado — y la creo a ciencia cierta—, que estará allí todas las mañanas y que no voy a estar solo ni un segundo. No me cabe ninguna duda.

Mi hermano Peque vendrá por las tardes.

No he encontrado energía suficiente en mis cuerdas vocales para decirles que me dejen solo.

Mi madre me va a ayudar en el aseo diario, lo que se va a sumar a la lista de momentos para olvidar. Aunque estoy seguro de que, además de a mí, limpiará todo lo que se le cruce, cosas que son vírgenes y no conocen detergente alguno: las cortinas, edredones nórdicos, colchas, manteles, los dos peluches, la funda de los cojines... También pondría la mano en el fuego porque cuando finalice con el textil se lanzará a por la cubertería y la cristalería y al derrotar a cualquier indicio de ácaro en copa, vaso o plato, se armará de valor, se arrodillará y atacará una por una a todas las baldosas del suelo. A todo este zafarrancho habrá que añadirle un sinfín de interjecciones, vocablos y frases típicas de cualquiera madre: «¿Pero cómo tenéis esto así?», «¡Os iba a comer la mierda!», «¿Por qué

no contratas a alguien para que venga a limpiar?» «Tú, hijo, no te preocupes, que la ropa te la lavo yo».

Al menos ella tendrá algo en lo que ocupar su tiempo.

Peque va a instalar la *play 3* en el salón y probablemente pasaremos horas jugando a algún juego de fútbol. Pero en mí no hay adrenalina; creo que no voy a ser capaz de inmutarme, me va a dar igual si me pitan penalti o si España gana por fin a Brasil; pasaré el rato, sí, incluso a veces me reiré con Peque... Pero sé que irremediabilmente después de cada risa me invadirá la culpa, que es como una sombra al acecho, como en la escena de *Psicosis* cuando se abre la cortina de la ducha, pues mi culpa acuchilla con saña cualquier indicio de alegría... y me lo merezco.

Así pasarán días, semanas... Simularé estar bien para que se tranquilicen y comiencen a dejarme solo.

Capítulo 6

Llevo semanas sin dormir bien, me despierto en mitad de la noche y ya no hay manera de conciliar el sueño. En la madrugada todo se ve más tremendo. Le doy mil vueltas, mientras que paradójicamente me empeño en intentar no dar ninguna... «No pienses, Tere; duérmete, no pienses...».

Las imágenes se aparecen sin pretenderlo, como la publicidad; se instalan en mi mente y es imposible cambiar el canal.

Adan lleva dos días en Edimburgo por el trabajo y al menos puedo dar vueltas en la cama sin preocuparme por despertarle. Gina, que ha estado pasando con nosotros las vacaciones, se ha marchado también hace días. Después del drama al que se ha visto sometida en sus vacaciones me imagino que no volverá jamás.

Debo reconocer que encuentro varias ventajas en la ausencia de Adan: puedo llegar al piso y no cenar o dormir con la ropa puesta, no lavarme el pelo. No tengo que simular que veo la tele, no hay que fingir que le presto atención cuando habla.

Me siento mal por ello, es cierto.

Pero es que me siento tan mal por tantas cosas...

Ya sí que soy consciente de la desaparición de Sara y de que nunca la volveré a ver. Me lo repite mi vocecita interior constantemente y el nudo en la boca del estómago permanente lo corrobora como el golpe del martillo de un juez.

La tía de Sara me ha dado varios vestidos. Estoy segura de que mi amiga lo quería así... Se sentía tan orgullosa de su ropa...

Sara se pasó gran parte de su vida de compras; yo, por el contrario, casi nunca iba, pero ¡claro!, cuando lo hacía, había un cien por cien de probabilidades de que me acompañara.

Era facilísimo comprar con ella: se movía como pececillo en el agua. Te buscaba las tallas y encontraba por arte de magia lo que te sentaba bien. Le gustaba que arriesgaras con ropa atrevida, preguntaba a las dependientas... Tú sólo tenías que dejarte llevar y sacar la tarjeta.

De las prendas que me ha regalado en concreto hay un vestido... Recuerdo perfectamente cuándo se lo puso Sara: el día en que se fue a vivir con Toño.

Por la mañana les ayudé con la mudanza. Todavía les quedaban un montón de cosas en sus respectivas casas, pero no querían volverse locos; así que llevaron lo necesario. Toño, rectificando, seleccionó lo necesario; ella trajo más, mucho más. Él se pasó la mañana bufando y Sara, además de ignorar sus comentarios, le repetía que cada uno tenía unas necesidades y que si éstas no estaban cubiertas, entrabas en la más absoluta depresión. Me hacía gracia cuando le sermoneaba diciéndole que si no conocía a Maslow no era culpa suya. Le hacía momos y burla y él le regalaba entre queja y queja media sonrisa. Al culminar la mudanza, Toño la subió en brazos para pasar por el marco de la puerta (por expresa y reiterativa petición de su novia) y yo hice una foto del momento (también por expresa y reiterativa petición de la novia). La tenían enmarcada y expuesta en el salón.

Hacían buena pareja, Toño estaba loco por ella, pero era uno de esos tipos que juegan a aparentar que están hartos; aunque realmente se le caía la baba con Sara.

Por la noche, fiesta de inauguración. Podrías pensar que con todo el lío de la mudanza y preparación de la fiesta, Sara estaría hecha unos zorros. ¡Pues no! Abrió la puerta con un vestido negro de tirantes del que sobresalía una flor enorme amarilla y gris en la falda. El pelo brillante y liso. Toda ella desprendía aroma a flores por su perfume favorito de Tommy. Recuerdo que fue uno de los días que más me sorprendió mi amiga: se le veía radiante.

La fiesta genial. La cena... pizza. Siempre cenabas pizza cuando visitabas a Sara.

«Me pondré el vestido. Ahora todavía no, pero estoy convencida que algún día lo haré».

Suena el móvil, un Whatsapp de Adan:

Cómo está mi niña?? Te echo de menos.
Deseando estar contigo ✓✓

Y yo ✓✓

Vuelvo el viernes tarde, Si quieres vamos
a cenar ✓✓

Ya veremos. Te quiero, Adan, Me voy a la
cama ✓✓

Descansa amor. I love too ✓✓

No he llamado a Toño. No puedo llamar a Toño. No voy a llamar a Toño.

Capítulo 7

Ya no estamos solas. Detrás de mi abuela hay un hombre apuesto de unos cuarenta años, estatura media y pelo canoso. Tiene unos llamativos ojos verdes, con unos pequeños surcos alrededor de las órbitas que le añaden experiencia a su rostro. Desprende un aire de hombre interesante... ¡Sí, señor! Puede parecerse... se da un aire a George Clooney.

Ha aparecido de repente cuando mi abuela intentaba consolarme. Casi me caigo del susto cuando he distinguido su figura detrás de ella.

Ya he dejado el llanto, más que nada porque tengo la cara helada y los pies se me están empezando a congelar del charco que estoy formando. Mi abuela continúa abrazándome. Su cuerpo es muy frío. Se separa de mí y se sitúa al lado del extraño. Creo que va a presentármelo.

—Cariño, este es Antoine... mi mitad.

Él asiente y ambos se sonríen... ¿Cómplices? ¡Pero bueno! ¡Qué complicidad! ¿Mi abuela se ha enrollado con uno delante de mi abuelo? ¿Ha dicho «su mitad»? ¡Y encima ya usa un apodo cariñoso!

Reconozco que es que está guapísima y se la han tenido que rifar... Pero ¡pobre abuelo! ¡Lo que la habrá esperado y va y ella se...! ¡Qué feo! ¿No?

Estoy atónita y un poco desilusionada por el comportamiento alocado y adolescente de mi abuela. Si no lo veo, no lo creo.

¡Toma ya!... Confirmando mis sospechas, se acaban de dar la mano.

Si me quedaba alguna duda de la relación que les une se ha disuelto en el instante en el que han enlazado sus manos. Resulta del todo evidente... Están conectados de una manera sobrenatural. Parecen una misma persona, como una figura de porcelana de parejita que les toca estar juntos para siempre. Concha ha erguido los hombros para encajar; Antoine se ha adelantado un paso e hinchado el tórax... ¡Cualquiera diría que posan para un *photocall*!

Me oigo preguntarles:

—¿Y el abuelo?

—Sara, deja que te explique. Aquí en la eternidad no es igual: tú no eliges. No dudes de que quise y de que aún quiero a tu abuelo.

Hace una pausa como para coger aire. Antoine repite el mismo gesto... ¿Estaré delirando?

—Pero es un amor terrenal... un amor de allí —Concha sonrío y continúa—. Lo que siento por tu abuelo es especial porque me refresca y me devuelve a mi humanidad, igual que por ti... ¡Es tan humano!

Ignoro qué narices le pasa a mi abuela, parece la reina del «*Flower Power*»

—Pero Antoine soy yo, yo soy él. Existo porque él existe. Nací porque él nació. Y fallecí porque él también lo hizo. No podemos ser el uno sin el otro, ni aquí, ni en el mundo humano. Nos complementamos porque somos totalmente opuestos. ¿Lo entiendes Sara? — Sin dejarme contestar prosigue—: Doy fe que todo esto en un *shock*, pero pronto se

convertirá en natural para ti como nos ha sucedido a todos. Y, cariño, te aseguro que encontrarás la felicidad.

«¡Sosiega, Sara, sosiega!»

Intento recapacitar: a esas alturas estoy convencida de que me he muerto, sí; y de que existe algo más y por eso he aparecido aquí (¡con lo atea que yo he sido!). También soy consciente de que mi abuela se conoce de memoria la teoría del Yin y el Yang, y puedo constatar que cuando vivía no simpatizaba con la cultura oriental (por decirlo en bonito, porque desde que se enteró de lo de la acupuntura veía a un chino y se cruzaba de acera). Por otra parte, admito que Antoine y ella forman una pareja alucinante.

Además de estas conclusiones más o menos coherentes se me pasan millones de ideas tontas por la cabeza:

¿Qué voy a hacer yo todo el tiempo aquí? ¿No habrá centros comerciales? Ni de coña, ¿no? ¿Ni cines? ¿No habrá cines? ¡Joé, y yo que quería ver la última de Jennifer Aniston!

Aunque es absurdo preocuparme por esas chorradas, me alivia convencerme de que es un método de defensa. Creo que alguna vez lo estudié... En los momentos de impacto total, te da por pensar en cosas nimias: un mecanismo que usa la mente para no bloquearse. Espero que sea eso porque si no, sinceramente, soy más tonta y frívola de lo que creía...

Después de tomarse un tiempo para dejarme asimilar todo lo que ha dicho, mi abuela suelta la bomba y los pensamientos chorras huyen y se dispersan como hormigas al sentir un pisotón:

—Cariño, ahora vas a conocer a tu mitad.

Capítulo 8

Ahí de la nada, como si la abuela hubiera dicho las palabras mágicas, aparece a unos veinte metros de distancia un chico acompañado de dos personas más mayores. Los tres tienen pinta de guiris. Vamos, desde luego españoles no son... Lo mismo la guiri soy yo. No recuerdo haberlos visto nunca... Son bastante guapos, pero quien sin duda se lleva la palma es el más joven.

Me es imposible mirarle directamente, aunque por lo que intuyo de reojo es un tipo alto y viste de blanco como todos. Parece tener un cuerpo atlético, con espalda ancha y cintura estrecha. Piernas largas y musculosas. Su pelo es rubio y rizado, no muy corto, y los ojos claros... como azules o grises, no alcanzo a distinguirlos. Su postura es tan elegante que roza la altivez. Tiene un gesto serio e intimidante. Desde luego me es absolutamente desconocido y, aunque estoy convencida de que muchas compañeras mías del hospital habrían hecho todo tipo de comentarios al verle, a mí no me resulta del todo atractivo.

Mientras el susodicho se acerca con paso lento, me mira fijamente sin apenas pestañear... ¡Uff, no puedo sostenerle la mirada!... ¡No, no puedo! ¡Me está haciendo un examen en toda regla! Pues voy a suspender por cobarde porque súbitamente bajo la cabeza. Me abruma su intensidad y desconozco si aquí pasa, pero en la tierra el rubor de mis mejillas me habría delatado.

Cuando nos alcanzan, los más mayores se saludan inclinando la cabeza y forman una especie de círculo. Inicia la conversación el hombre que acompaña al guaperas:

—¡Hola a todos! Estoy muy contento de asistir al nacimiento de la fusión de mi hijo Marc y...

—Sara —aclara rápidamente mi abuela.

No habla español. Es inglés, pero mi mente me lo ha traducido inmediatamente. Creo que esto me deja más estupefacta que la continua e insistente mirada del Marc ese. Yo he estudiado inglés, pero vamos, mi nivel es normalito-medio... aunque quizás mis capítulos de *Gossip girl* y *Mujeres desesperadas* en versión original con subtítulos han surtido efecto y ahora soy bilingüe. ¡Qué guay!

Concha y Antoine comparten la presentación con el que asumo es el padre de Marc, un tal Joseph y su pareja, una mujer asiática, no sé si china, japonesa o tailandesa: soy incapaz de distinguirlos; si tengo que apostar, me decanto por China. Es una mujer espectacular, delgada, con la piel suave y brillante. Llamen la atención sus labios muy carnosos y rosas, como cubiertos de un *gloss* permanente. Presupongo que es la mitad del padre de él, así que Marc la acabará de conocer y probablemente se haya enamorado de ella al instante... ¡Y ahora le va a tocar ser la mitad de una palurda española, sin encanto alguno, que se ha puesto roja en cuanto le ha mirado!

Shin —que así se llama—, saluda a mi abuela en chino, bueno o japonés o vete a saber... y aunque parezca imposible lo comprendo perfectamente.

«¿Pero entonces lo de antes no ha sido por mis clases de inglés? ¿No? ¿Mi mente traduce al instante los idiomas? ¿Quién habrá hecho esta aplicación? ¡Madre mía, es

fantástica!»

Abrumada por tantas rarezas, llevo un rato con la boca abierta. Cada vez más alucinada por entenderlos a todos. Lo de Shin ha sido la gota que colma el vaso. Ahora también me he percatado de que Antoine habla francés; reconozco que he estado lenta... ¡Con ese nombre!

—Es sorprendente, ¿verdad?

Tiene una voz grave. Marc, situado a unos cuatro pasos, me ha dirigido sus primeras palabras. En inglés. Parece que se sonroja y retira su mirada por fin, mientras titubea:

—Lo de entenderlos... lo de los idiomas.

Me toca responder, pero no encuentro nada que decir, ningún comentario jocoso que me haga parecer más atractiva ante esa mirada intimidante. Me pregunto si he perdido mi espontaneidad por el camino. Tengo que decir algo que rompa el hielo... ¡Nada! Va a pensar que soy boba, así que contesto:

—Sí.

Y por si fuera poco bochornoso, mis labios empujados por algún conjunto de neuronas malvadas que dónde quiera que se escondan se están partiendo de risa y chocando las cervicatas, pronuncio otro:

—Sí.

—¡Chicos! ¡Qué guapos y jóvenes que sois! ¡Qué buena pareja hacéis! —Mi entusiasmada abuela interrumpe nuestra profunda conversación—. Marc, esta es Sara, mi nieta. Normalmente no es tan callada, pero está acongojada —«Gracias, abuela»—. Ella no esperaba su muerte. Ha sido un accidente. Por lo que he entendido tú llevabas un tiempo enfermo ¿no?

—¿Eh? Bueno, sí, pero yo no pensaba... yo creía que me curaría. Esto tampoco resulta fácil para mí, señora. —Parece aturdido.

—Ya, ya, hijo. Perdona mi indiscreción. De verdad que estoy emocionada por el reencuentro con mi nieta. Vosotros ya os iréis conociendo y os contaréis vuestras cosas.

—Bueno, chicos, estamos ante el principio de vuestra fusión, ¿preparados? —interviene Joseph, el padre de Marc.

«Pues mira, ¡nooo!».

De repente todos se callan y las dos parejas se giran dándonos la espalda. Ante nosotros se aparece una forma blanca, como una nube de luz y algodón, sin rostro, pero con tanta presencia que te paraliza. Marc y yo nos hemos quedado detrás. Mi abuela se gira para tranquilizarme y, sonriéndome, me hace un gesto de paciencia.

La especie de nube rompe a hablar. A puntito he estado de gritar como una loca; le debo una a mi pudor. El idioma es muy raro e irreconocible... ¡pero lo entiendo! El asunto de las lenguas lo tengo superado.

Tiene una voz asexual, limpia y clara.

—¡Bienvenidos, Sara y Marc! ¡Enhorabuena por haber llegado hasta aquí, a vuestra ceremonia! No estéis tristes por lo que dejasteis en vuestra primera etapa; gracias a ella celebramos lo que llamamos aquí el rito y la fiesta de la dualidad.

«¡Pues si esto es una fiesta, que baje Dios y lo vea! ¡No, no, que no baje, que no baje!».

La nube cambia de forma y como un gran orador en pleno mitin su voz se ensalza y pronuncia muy despacio:

—El principio de todo, la fuente primaria de la que proviene la creación es la unidad. La unidad da origen a las dos facetas. Cada ser de este mundo posee un complemento del

que depende para existir y que a su vez existe dentro del mismo, así como el día es para la noche o la luz es para la oscuridad. Marc y Sara, sois dos seres que os oponéis y os complementáis entre sí, es vuestra esencia. Sois interdependientes de manera absoluta porque funcionáis como una unidad.

«¡Para, para, para! ¿De qué narices está hablando esta nube? ¡Pero que yo no conozco de nada a este chico!».

—En vuestra primera etapa habéis vivido separados para formaros y prepararos para este nuevo ciclo, en el que iniciáis el camino de la inmortalidad.

«¡Como los vampiros!».

—Disfrutad de este nuevo comienzo, de la búsqueda. Disfrutad de vuestra dualidad. Ahora tenéis que descubrir cómo es vuestro ser paralelo, vuestra mitad.

«¿Que disfrutemos? ¡Si yo lo que quiero es desmayarme ahora mismo!».

—Marc, acércate un poco más a Sara. Situaos uno enfrente del otro.

En mis pies descalzos no hay ningún indicio de movimiento, así que Marc se desliza tres pasos y se planta delante de mí.

—Daos las manos.

«¡Quiero desmayarme! ¡Qué vergüenza, por favor!»

Marc, que comienza a despuntar como el listo y el obediente de los dos, estira sus brazos primero. Yo tardo un poco más en ejecutar tan dura acción y poso mis manos en las suyas.

«¡Ostras, qué calientes tiene las manos!»

—Marc, esta es Sara, tu mitad. Tu alma gemela.

«¡Menos mal que está mirando a sus pies, si no me muero!»

—Sara, este es Marc, tu mitad. Tu alma gemela —Yo, ídem de ídem.

—Yo soy vuestra fuerza conciliadora. Aquí todos nos llaman TAO. Nos veremos muy pronto. Ahora os dejamos solos. Es el momento de que os conozcáis.

Y se esfuma.

Y se esfuman todos.

Y él y yo nos quedamos.

Solos.

Capítulo 9

Nos han dejado tirados allí ¿No se suponía que era una fiesta? ¿Y la música? ¿Dónde están las pizzas? Yo quiero una copa, o dos... ¡o las que se tercién!

Oteo de reojo a Marc, que por supuesto, hace un rato que me ha soltado las manos y se ha alejado tres pasos. Mira para otro lado muy ofuscado, como recitando la tabla del nueve al revés.

A mí me parece magnífico lo que ha dicho el TAO ése, pero yo no conozco de nada a este chico y me han abandonado a solas con él en el primer día de mi muerte... ¡Hay qué tenerlos cuadrados! ¿Y ahora qué se supone que tenemos que hacer: fundirnos en un abrazo, darnos palmaditas en la espalda o iniciar una conversación tipo ascensor? ¡Imposible! Mis neuronas me han mostrado muy clarito que no soy capaz de articular más de tres palabras seguidas.

La situación es muy, pero que muy violenta, aunque por algo que me caracterizaba yo en mi anterior etapa, como ha dicho el TAO, era por mi espontaneidad y porque siempre tenía algo que decir. Me devano la cabeza; no podemos estar así la eternidad. ¡Pues vaya rollo!

Así que le pregunto una de esas frivolidades que circula por mi encéfalo y a la que llevaba un rato dándole vueltas:

—¿Tú crees que aquí se come?

No me contesta. Cuento uno, dos... y hasta diez segundos y no me contesta. ¡Pero será rancio el tío este! ¡Pues vaya! ¡Qué poca educación! ¡Mal empezamos! Cuando estoy girando la cabeza para echarle una miradita de las mías, me sorprende con una gran carcajada. Me volteo del todo intrigada para verle de frente y le encuentro retorciéndose de la risa. Cientos de copitos de nieve saltan de sus ojos a borbotones. Ignoro si se está riendo de mí. Probablemente. Pero no debe importarme un comino porque me descubro al instante desternillándome al unisonó con él. Como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Mientras se carcajea, luciendo una dentadura preciosa exclama:

—¿Qué si se come? ¿Qué si se come? ¡Yo que sé!

Yo le acompaño con mis risas a la vez que le insisto:

—¿Pero se come o no?

Lo que nos provoca un nuevo estallido. ¡Vaya dos insensibles! Momentos después de haber sido informados de nuestra muerte nos encontramos tronchándonos... ¡Desde luego no hacen uno listo con nosotros!

Le reitero mi problemática alimentaria varias veces y cuando Marc disminuye sus risas y le es más fácil responderme, me dice:

—¡No sé! ¡Pero yo no quiero comer!

—¡Pues yo sí! ¡Vaya fiesta de mierda! —reivindico entre las carcajadas originadas en una nueva explosión.

Agotados por las convulsiones, poco a poco nos vamos calmando; es muy cansado reírse así: utilizas todo el cuerpo. Con la tontería no nos hemos dado cuenta que hemos

quedado uno en frente del otro (pero con cierta distancia de seguridad). Le sostengo la mirada por primera vez. Definitivamente tiene los ojos grises... ¡Madre mía! ¿Qué hago aquí con este tipo? De un golpe vuelvo a la realidad y se desbarata mi falsa comedia:

—Es en serio. Quiero comer —Acto seguido se me resbala todo un maldito granizado de copitos por las mejillas, y no van acompañados de risas.

Marc, que se ha debido quedar chafado con mi labilidad emocional, me intenta consolar con sus palabras.

—Tranquila Sara, tranquila. No te preocupes.

¡Pues vaya! Ahora no puedo parar de llorar, con lo que molestan las lágrimas éstas. Siento que Marc se acerca un poco a mí pero no le veo porque tengo los ojos cerrados y la cabeza gacha.

—Venga Sara, respira. Ven, salgamos de aquí.

Más serena, mitad por vergüenza de parecer una niña y mitad por lo desagradable que es el rollo este de los copitos, me doy cuenta de que ha dicho que salgamos...

—¿Por dónde? —le pregunto extrañada, levantando la cabeza.

—¡Ah! ¿No lo sabes? Me lo contó mi padre antes. Con la palma de la mano separas los dedos y en estas «v» que se forman te aparecen los destinos a los que puedes ir. ¡Es muy chulo!

Me lo explica tan normal, como el que te está enseñando un nuevo mando de la consola. Yo que siempre he alucinado con el tema de la lactancia materna —que me parece surrealista que te salga leche del pecho— ¡pues como para tener un maldito GPS en mi mano!

—Inténtalo, es sencillo. —En su rostro se dibuja una especie de minúscula sonrisa.

Le hago caso. Separo mis dedos y aparecen cuatro imágenes. Desde luego felicito al informático de este lugar, ¡vaya aplicaciones! Advertimos que los sitios que me salen a mí son diferentes a los de Marc. Él se percata que es por la orientación de la mano; depende hacia donde orientes la palma, como una brújula. Si la dirigimos hacia el mismo punto, las proyecciones son exactamente las mismas.

Elegimos ir al espacio donde hay más gente. Marc con el dedo índice de su otra mano indica en la «v» anatómica el lugar seleccionado. Le imito.

Capítulo 10

Aparecemos al instante.

—¡Qué pasada! —exclamo.

Marc ni se inmuta. Se distancia un poco de mí, irguiéndose serio y de nuevo dirige su mirada enfurruñada al lado contrario del mío... ¡Debe ir ya por la tabla del diecisiete! Lo mismo está recitando por orden cronológico a los presidentes de EEUU... Eso es muy típico de los americanos ¿no?

Es un espacio rectangular, aun más grande que los anteriores; no se aprecia apenas la niebla que lo delimita. Se ven grupitos de cuatro a seis personas, como máximo, pero también parejas solas. Sobra decir que todos visten de blanco. Muchos están recostados, sostenidos en el aire, ¡parece que flotan! En principio no se aprecian sillas pero en el hipotético caso que las hubiera, entonces nos hallaríamos en la feria del asiento invisible, porque aquí cada uno tiene una postura a cual más rara. Me recuerda a esos chiringuitos *chill out* de las playas, donde siempre me sentía fuera de lugar: todos tan atractivos y estilosos, con ropajes exclusivamente playeros (y no con tu vestido pasado de moda que unos segundos antes de ser desestimado y mandado a una bolsa de basura decidiste darle una oportunidad como ropa para ir a la playa). Aquí la gente es aun más guapa; falta la música, las copas, y el olor a mar, pero por lo demás es idéntico, sobre todo porque también me siento fuera de lugar.

Pues aquí estoy yo, con... ¡ufhh!

Me prohíbo pensar. Ruego que Marc cese su mutismo. Yo ya no puedo iniciar la conversación porque estoy del todo ocupada frenando a las preguntas que asaltan mi interior. Algunas me arden dentro. Soy consciente de que no debo dejarlas aflorar; presiento que me partirían en dos.

El tío sigue dándome la espalda y no parece que se vaya a girar... ¡A este yo no le importo lo más mínimo!

Me siento observada. Reparo en una pareja, que hay muy cerca, que no nos quita el ojo de encima. Son algo mayores que nosotros. La mujer me chequea descaradamente mientras sonrío y yo le lanzo un S.O.S. con mis ojos.

Lo pillá. Se levanta y se acerca a mí.

—Hola soy Fátima —¡Es argentina!

—Yo Sara.

Cuando le voy a dar los dos besos de rigor me sorprende con un abrazo y me susurra al oído:

—Tranquila cariño, tranquila.

Me doy cuenta de cuánto necesitaba un gesto de cariño y aliento, aunque me haya dejado congelada.

Ni corta ni perezosa se deshace de mi abrazo y se dirige hacia Marc, que ahora advierto está aun más lejos de mí. Le propina unos golpecitos avisadores en el hombro y él se vuelve con rostro serio y frío. Fátima, que por lo visto no se intimida, se presenta y le

alarga el brazo. Marc la responde muy protocolario; no llego a escucharle.

Ella es una mujer de unos treinta y pocos años, alta, con una melena castaña larga y sedosa que llama la atención. Los ojos rasgados y verdes. Es atractiva, tiene una dentadura... ¡Vale! Aquí todos tienen un esmalte perfecto. Presupongo que tiene que ser cosa del lugar y no de que antes de fallecer corrieron a hacerse un blanqueamiento... «Eso espero porque yo no me he hecho ninguno y sería la única con los dientes amarillos».

Ahora caigo en la cuenta... ¡No me he visto! ¿Estaré igual? ¿Habrán espejos? ¿No, no? Fátima ha conseguido sacar a Marc de su silencio y le devuelve hacia mí.

—¡Hola chicos! Me da la nariz que sois nuevos, ¿eh? —Sonríe.

Yo asiento tímidamente.

—¡Viste! ¡Tampoco nosotros llevamos mucho! Venid que os presento a mi recién encontrada mita. —Me guiña el ojo con gesto cómplice. Distingo por su acento que es porteña: ha hecho esa “LL vs CH” cautivadora.

—Él es Jimmy. —Este se levanta y nos da la mano a ambos. Es un hombre altísimo, fuerte, de raza negra y con la voz más grave que recuerdan mis oídos.

—Hola pareja, encantado. Sentaos con nosotros. —Ni idea de qué idioma habla.

—¡Ah, vale! —respondo animada, pero... un momento.

—¿Cómo os sentáis así, en el aire? —les pregunto. Marc me mira de reojo—. ¡Es que yo no veo ninguna silla!, ¿no? —Esta última cuestión se la dirijo a Marc... Únicamente consigo que ponga los ojos en blanco.

—Jajaja —ríe Jimmy—. Es sencillo, más de lo que parece. Mira, te dejas caer y tu cuerpo se amolda. Te puedes colocar como quieras. Por lo visto el aire va cargado de argón haciéndolo más pesado. Me lo explicó el otro día un químico que conocí.

—¡Venga, atreveos! ¡Es comodísimo! —Fátima se lanza al suelo y justo cuando yo creo que se va a dar el leñazo del siglo, su cuerpo se frena, como si hubiera miles de plumitas que la acomodaran.

Marc continúa en pie y yo no sé, si por llevarle la contraria, o porque soy una aventurera y quiero demostrárselo, me lanzo a intentarlo. Flexiono mis rodillas y con mucho miedo recuesto mi espalda hacia atrás y... ¡voilà! me recogen un montón de algodoncitos. Me dejo llevar. Puedo colocarme como quiera. Es suave pero a la vez firme, probablemente el sillón más ergonómico que conozco. ¡Qué placer, me pasaría aquí la vida! «Pues Sara, lo mismo te la pasas, porque no tienes ni idea de cómo levantarte». Decido ignorar a mi conciencia y me relajo en mi *puff* de argón.

Observo como Marc, sin ningún ápice de miedo, se sienta. Él no se recuesta, su cuerpo dibuja una silla y se queda elegantemente aposentado.

¡Ahí nos tienes, yo repanchingada casi en el suelo cual hippie y él estirado como si de un experto en protocolo se tratara!

Fátima irrumpe a hablar. Es una metralleta: dispara sin parar. Nos relata que llevan aquí una semana aproximadamente, o eso cree... Jimmy y ella coinciden en asegurar que el concepto tiempo no está muy claro.

Ellos tampoco se conocían de nada y han estado toda la semana pegados, incluso para dormir; de lo que deduzco que sí se duerme.

A ella se le ve más integrada. Jimmy apenas habla; es más tímido. Asiente todo lo que ella dice demostrando complicidad, pero es Fátima claramente la que lleva la voz cantante.

Nos pregunta si teníamos pareja en la Tierra y antes de contestarle nos cuenta que estaba casada y que tenía un hijo. Yo me muero de la pena de pensarlo, pero a ella la veo

bastante entera.

—¿Y qué edad tenía el peque? —le digo conmovida.

—Tres añitos, Dieguito, ¡un sol! Le voy a echar de menos —Por fin percibo algo parecido a la nostalgia, pero se repone en seguida y continúa hablando más bajito, sólo para mí—: Va a estar bien, su papi le cuidará y mi madre, estoy convencida. Ya he llorado mucho Sara, y es agotador... ¡Pobre Jimmy lo que ha aguantado el pobre! He decidido que ya está bien, se acabaron las lamentaciones y boludeces. Esto es lo que hay y la verdad es que tengo que agradecer a Jimmy su paciencia y cómo sabe consolarme. Te juro Sara que nadie ha sabido reconfortarme en la Tierra como lo hace él aquí.

Jimmy y Marc se han enfrascado en una conversación sobre la arquitectura del lugar y no nos prestan atención.

—¿Tú tenías hijos? Se te ve muy joven, no creo —me pregunta.

—No, pero...

—¿Casada?

—No, pero sí que tengo novio, bueno tenía... —Miro a Marc para ver si me está escuchando pero no lo parece, así que prosigo —: Toño, llevo cinco años con él. Vivíamos juntos hace ya casi dos años ¡Ay, qué lío me estoy armando Fátima, no sé si hablar en pasado o en futuro!

—Hazlo como quieras, no te preocupes, a mí me pasa igual. Es imposible cambiar el *chip*. Aquí los veteranos usan el pasado... ¡Disfrutemos de hablar en presente! ¿No crees?

—Pues sí.

—¿Y cómo es?

—Muy guapo, por lo menos para mí y le quiero mucho. —Como si acabara de recibir un balonazo en el estomago, me quedo extasiada por una cuestión horrible que ha surgido de la nada para martirizarme. «¿Cómo no has caído antes? ¿Cómo no te lo has preguntado? ¿En qué estabas pensando, Sara?».

—¿Qué te ha pasado, Sarita? Tiemblas.

Efectivamente estoy temblando y a punto de llorar ¿Cómo he podido ser tan egocéntrica? ¿Y Toño, dónde está Toño? Hemos tenido el accidente juntos. Conducía él. El recuerdo se me aparece: la fiesta, mi vestido, Tere y Adan, el vino, la bronca al regreso... El susto por ver las luces de un coche muy cerca, el chillido a Toño. Rememoro el impacto: cómo mi cuerpo se chocó contra el asiento y algo me golpeó en el pecho y en la cabeza. Mis órganos se desplazaron, desenganchándose de su sitio e impidiéndome respirar. Me estremezco al rememorarlo.

Continúo repasando: todo se quedó quieto y en silencio. Le busco en mi recuerdo... ¡Ahí está! A mi lado; su cuerpo parece destartado, los ojos cerrados, callado, le sangra una herida en la cabeza, sigo el surco de la sangre que le resbala... le cuesta respirar, ¡está vivo!

—¡Sara contéstame! —Noto un calor en mis hombros que me zarandea y me devuelve a la realidad. Echo mi cuerpo hacia atrás, separándome de las manos ardientes de Marc.

—Ya, ya. Estoy bien —afirmo. Marc continúa delante de mí, mirándome con gesto preocupado. Fátima le aparta:

—¿Pero a dónde te has ido Sara? No respondías ¡Qué susto!

—Perdón, no sé... me han venido recuerdos. No quería asustaros...

—¿De Toño?

Fátima me acaba de preguntar por Toño delante de Marc ¿Pero cómo se la ocurre?

Ahora Marc entenderá que yo tenía pareja, y nuestra relación será más incómoda aun... ¡Qué demonios! ¡Pues claro que tenía novio! ¿Y por qué voy a negarlo?

—Sí, del accidente. Lo tuve con él. Toño conducía y por un momento he pensado que también había muerto... pero creo que no. —Escudriño a Marc que permanece en pie sin mirarme. Su gesto no muestra emoción alguna. Tanta neutralidad me resulta exasperante.

—Seguro que no —aclara Jimmy—. Le habrías visto cuando llegaste... aunque ya han debido pasar semanas desde el accidente. No te creas que fue ayer, la transformación lleva su tiempo. Pero si le hubiera sucedido lo mismo que a ti, los TAOS os habrían deshabitado.

—¿Des-ha-bituado? ¿Y tú cómo sabes eso? —le interroga Fátima intrigada.

—Me lo contó Darío —Se dirige a nosotros—. Es un canadiense que lleva desde el cincuenta y dos, y el hombre se conoce el primer nivel a la perfección. Ya lo conoceréis. El caso es que me explicó que cuando dos personas que estaban unidas en una relación fallecían a la vez, pasaban un tiempo por la deshabitación. Se lleva a cabo para que se hagan a la idea de que ya no van a ser pareja aquí y de que les va a tocar hacer vidas separadas con sus respectivas mitades. Es muy duro por lo visto.

—¿Pero y si mueres con tu madre, también te deshabitúan? —le pregunto.

—No. Creo que no. Únicamente te despides. La deshabitación se hace sólo con tu pareja. Es lógico. Todo el mundo que cree en el cielo, está convencido que vivirá con el amor de su vida para siempre... y si encima mueres con él a la vez, pues con más razón.

—¡Y claro, de repente tienes que deshacerte de tus sentimientos! ¡Desenamorate! ¡E irte con otro pibe! — interrumpe Fátima.

—Algo así —sonríe Jimmy—, te hacen comprender que tu verdadera media naranja no es la terrenal sino la que vas a conocer aquí.

—¿Tu media naranja? —pregunta Marc, y yo intuyo algo de sorna en su voz ¡Será capullo!

Fátima responde:

—Sí Marc, tu media naranja, tu alma gemela, tu mitad... lo llaman así. Realmente es lo que es, pero todavía es muy pronto para todos nosotros, porque somos muy humanos... ¡Es una pasada! No albergues ninguna duda. Sara es tu alma gemela, si no, no estaría aquí, habría otra chica; no existen errores. Uno muere cuando muere el otro, de la forma que sea: repentina, por enfermedad... como sea, pero nadie puede vivir en la Tierra si su mitad ha muerto. ¿Cuándo naciste Sara? —me pregunta.

—El 19 de Febrero del 84

—¿Y tú Marc?

—El 18 de febrero del 84.

—Jajaja —ríe Jimmy—. ¡Qué complicados sois, chicos! Normalmente coincide la fecha y así te das cuenta que nacisteis a la vez; en el mismo momento. En vuestro caso la diferencia horaria os ha chafado la anécdota. Tú, Sara, nacerías en la madrugada.

—Sí, creo que sí. —Asiento.

—¿Y tú Marc naciste por la tarde/noche, verdad? —Asevera Fátima, y como comienza a ser habitual sin dejar responder, continúa—: Y en dos países diferentes, en dos familias distintas, nacieron dos criaturitas que estaban destinadas a estar juntas pero que por la distancia entre los lugares y la multitud de gente que hay en la Tierra no se iban a conocer hasta que vinieran aquí.

—¿Pero se nace el mismo día, a la misma hora? —cuestiona “mi media naranja”, que al fin parece asombrarse.

—Más o menos... puede haber horas de diferencia, pero poco más —resuelve Jimmy.
—¿También has tenido un accidente? —le interroga Fátima a Marc.

Marc tarda en contestar. Es uno de esos tipos que piensan antes de hablar, cero por ciento espontáneos... «no me gusta... no me gusta nada». Después de lo que a mí me parece un invierno, responde:

—No. Yo estaba enfermo.

—¡Ah! Lo siento —exclama muy apenada Fátima—. Y si no es indiscreción ¿Qué te paso? Perdona Marc por mis preguntas, si no quieres no respondas, es que te encuentro tan joven y con un aspecto tan atlético, que no entiendo qué te ha podido enfermar hasta tal punto —Fátima termina de hablar y con un gesto suplicante de perdón, mira a Marc.

—No te preocupes Fátima, no pasa nada. —Vuelve a tomarse una pausa—. Nadie sabe lo que me sucedía. Yo he jugado al fútbol americano desde pequeño; era mi pasión. Un día comencé a notarme más lento, me costaba correr. Fue a más. En un entrenamiento me desmayé y me llevaron al hospital y empezó un infierno de pruebas y médicos —Mira hacia el suelo dando una patadita a la niebla, carraspea y continúa:

>>He estado cuatro meses ingresado. Cada vez tenía menos fuerza en las piernas. Llegó un momento en que no podía sostenerme en pie y me pasaron a la silla. Después fui perdiendo energía en los brazos. Decían que era una enfermedad autoinmune desmielinizante pero no sabían cuál, hay algunas que igual que vienen se van y todos rezábamos porque fuera así. Día a día fui quedándome sin sensibilidad y paralizándome hasta que dejé de respirar voluntariamente; me conectaron a una máquina y ya no recuerdo mucho... ¡Eso es todo!

Yo me he quedado de piedra, un copito está pidiendo pista para caer al suelo resbalando por mi mejilla... ¡Lo que ha tenido que sufrir el pobre! Me lamento; igual por eso es tan serio y estirado.

—¿Y al final no dieron con lo que era? —pregunta Jimmy

—No, creo que no, de lo último no me acuerdo, pero no creo, no estaría aquí. Me realizaron un montón de pruebas: TAC, resonancias, punciones y analíticas ¡ajjh! —Distingo una mueca de dolor en su rostro—. Cada día venía un nuevo médico que parecía que me iba a hacer el diagnóstico certero y me preguntaba miles de estupideces. Todos querían descartar alguna enfermedad tropical, porque había visitado Tailandia y Vietnam.

—¿Has estado en Tailandia? ¡Jo, yo quería ir! —exclama Fátima intentando cambiar el tema, ya que salta a la vista que es desagradable para él.

—Sí, este verano, en mi luna de miel con Jess, mi mujer —contesta Marc.

Capítulo 11

«¡Tierra trágame!».

«¡Tierra trágame!».

«¡Pero qué he hecho yo mal en la vida para que mi mitad sea un recién casado!»

«¡Quiero desaparecer! ¿Dónde va uno aquí cuando está cabreado?».

—¿Estás casado? —exclama Fátima— ¿Qué bien, Sara, eh? ¡Mucho más fácil todo!

—¡No seas mala Fati! —le reprocha Jimmy.

—Es una broma, para romper el hielo, ¿o tú no te acuerdas de la cara que pusiste cuando te conté lo de mi hijo? ¡Ojalá alguien hubiera gastado una bromita!... ¿Verdad?

—Pues sí, no hubiera estado mal —reconoce Jimmy.

Desde luego yo no estoy para bromas y viendo la cara de acelga de Marc deduzco que tampoco. De todas formas decido ahorrarme el decírselo y parecer una antipática.

Nuestra charla se ve interrumpida de golpe. Fátima y Jimmy, como si tuvieran una crisis epiléptica, han estirado a la vez y súbitamente su brazo derecho. A este espasmo le tienes que sumar una cara de susto importante. Cuando estoy a punto de echarme a gritar para pedir ayuda, oigo bromear a Fátima con voz de teleoperadora:

—¡Uff! Próximo destino...

Me calmo, entiendo que se les ha estirado el brazo porque deben ir a algún sitio.

Ambos abren su palma y como estoy muy cerca de Fátima puedo ver la imagen que le aparece en su GPS manual. Sólo hay una proyección. Me acerco un poco más para distinguirlo mejor; es una sala en la que no se ve a nadie.

—¡Por fin! —exclama—. Tiene que ser el TAO ¡Qué emoción! ¡Ayyy! Me estoy poniendo nerviosa Jim...

—¡Calma Fátima! No te precipites... Chicos vamos a tener que irnos. Me parece que hoy nos bajan a la Tierra para ver cómo están los nuestros. Me explicó Darío que la primera vez que te llevan, primero tienes un encuentro con el TAO.

—¡A la Tierra! ¿Podemos volver a la Tierra? —¡Uff! Voy ahora mismo a donde haya que apuntarse.

—Sí, pero para ver a tu familia, luego regresas... Ya os contaremos, dicen que es complicado —nos aclara Fátima—. Chicos aprovechad para conoceros, sin prejuicios, aquí todos somos iguales. ¡Ah! para que no os pase lo que a nosotros... Seguro que dentro de poco necesitaréis descansar. Tumbaos, contactad los dorsos de las manos y ya veréis qué viaje tan maravilloso. El primer día no supimos cómo hacerlo y casi desfallecemos del cansancio y del frío... ¡Qué nervios! ¡Quiero ver a mi bebé! ¡Venga Jimmy! —Fátima nos cuenta esto a una velocidad digna de “Speedy González”.

Y enlazados le dan a la única dirección que les marca su “v” anatómica y desaparecen.

—¡Vaya, qué envidia que me dan! Yo también me bajaba a ver cómo está mi gente... —me exployo sin obtener respuesta. Cuento uno, dos, tres, diez segundos.

—Sí, podría ser... Perdona Sara ¿te importa que me dé un paseo por aquí? Es que

necesito pensar y estar solo un rato.

—Sí, sí, vete no hay problema —miento.

—¿Estarás bien?

Se va a ir y me va a dejar aquí sola... pues sinceramente, no, no creo que vaya a estar bien. Entiendo que no soy la mejor compañía que podría desear, que preferiría estar con su mujer, pero desde luego como no lo intente, va de culo. Me siento pelín despreciada y por enésima vez se me acumula el frío en los ojos, pero antes de que salte algún copito y me delate, le digo:

—Sí, estaré bien, no te preocupes. Vete un rato.

—Ok.

Y se va. Desaparece entre la gente. Y me quedo sola. Muy sola.



Trascurre un tiempo más largo que el que necesito y sigue sin aparecer Marc. Tanteo varias opciones: una es irme de allí, para lo que primero tendría que poder levantarme del sillón este, y otra es quedarme y seguir esperando a “mi considerada” mitad.

—¡Qué sola estás! Te llevo observando un rato —una voz me habla por la espalda—. Hola, me llamo Alex.

No le veo, por el tono parece italiano. Me intento levantar para saludarle, pero yo no sé si es que soy muy torpe o es que mi culo pesa mucho más de lo que recordaba, porque soy incapaz de incorporarme. Las piernas de Alex se plantan ante mí, no puedo mirarle de la vergüenza que me está dando no conseguir alzarme.

—Flexiona las rodillas, yo te ayudo.

—Sí, porfa... —flexiono las rodillas como me ha indicado Alex, que confirmado es italiano. Me agarra de las manos, me empuja hacia arriba y salgo despedida hacia su pecho. Nos quedamos pegados tórax con tórax. La situación es bastante embarazosa, estoy achuchada a un tipo al que todavía no he visto la cara. Lo que sí que noto es que está helado. Levanto la cabeza para sonreírle y casi me vuelvo a caer ¡Qué pedazo de tío! ¡Este sí que es un ángel! ¡Sin duda! Me recompongo separándome un poco de él y le saludo.

— ¡Uy! Perdona, es que es mi primer día, mi primer asiento, bueno mi primer todo en general —Le miro a los ojos. ¡Dios qué bonitos!—. Muchas gracias Alex. Soy Sara ¿Eres italiano verdad?

—Sí, de Roma. ¿Y tú, española, a qué si?

Asiento. Es encantador, tiene una sonrisa preciosa ¡Es que es tan guapo! Creo que nunca he hablado con alguien tan impresionante.

—¿Y tu mitad, te ha dejado sola el primer día? ¡Qué descortés!

—Ya, bueno... me parece que no le he gustado mucho, se le veía un poco agobiado. —Ignoro por qué le estoy justificando; no se lo merece.

—Pues no le va a quedar más remedio que volver porque no se puede estar mucho tiempo sin tu mitad; te agotas y te congelas.

—Ya lo voy notando ya... —Estoy empezando a tener síntomas hipotérmicos.

—¿Y por qué dices que no le has gustado? Es imposible, eres encantadora. Te llevo viendo hace un rato y no podía dejar a semejante belleza aburrida... Si te confieso la verdad: me intrigabas.

—Gracias por el cumplido —Estos italianos son empalagosos hasta aquí, no se

pierden las costumbres. Preferiría hablar de otra cosa, me lanzo—: ¿Y tú llevas mucho tiempo... muerto?

—Jajaja... Sí, digamos que unos seis, siete años, empiezo a ser un fiambre veterano. —Me vuelve a sonreír; yo no sé qué tiene pero va a conseguir que me desmaye.

Comenzamos a pasear. Me cuenta que tuvo un accidente en los Alpes y así falleció. Su mitad también tuvo un accidente, ambos tenían cuarenta y dos años. Parece más joven, se lo comento y me explica que aquí todo el mundo es más joven puesto que tienes la imagen de la media desde la edad adulta hasta tu muerte, como él falleció a los cuarenta y dos y consideran edad adulta los veinte años, pues luce el aspecto que tenía a los treinta y uno. Esto me aclara el que yo viera a Marc más joven que a mí.

—Los niños siguen creciendo hasta la edad adulta, por eso no te extrañe ver chavales por aquí que van cambiando. Aunque hay pocos...

—¿Y bebés? —le pregunto.

—No, los bebés pasan directamente a otro nivel. No recuerdan su vida humana. Digamos que estamos aquí, entre otras cosas, para deshumanizarnos y ellos no necesitan hacerlo.

—¿Y cuánto tiempo...?

—¡Uf! Nunca se sabe, a veces es muy difícil: décadas, siglos. Lo normal es menos, pero es tan variable...

—¿Y cómo sabes que estás des-hu-manizado o como se diga?

—Por lo visto se siente; ya no necesitas conocer nada de tu vida anterior y no precisas bajar. Tienes una absoluta compenetración con tu mitad y sólo quieres estar con él o ella... ¡Madre mía! —exclama— ¡A mí me falta mucho!

Nos reímos, conversar con Alex es fácil. Pronto me olvido de su belleza, más que notable y charlamos con toda naturalidad. Le cuento lo que recuerdo de mi accidente y lo que he vivido hasta ahora con Marc. Me encuentro cómoda, como si le conociera de toda la vida. Creo que es la primera vez que me siento relajada y más “yo misma”, desde que llevo aquí.

Me explica que esta es sólo una zona del primer nivel. Existen millones y hay un máximo de personas en cada una, cree que unas dos mil. Dice que es trabajo de los TAOS el ordenar que tú aparezcas en una zona u otra, y conjetura que uno de los criterios que siguen es que no conozcas a nadie de tu anterior vida.

Él me revela que al principio su mitad no le gustaba mucho físicamente, no era su tipo, pero que poco a poco se ha ido colando en su interior de una manera misteriosa y está realmente enganchado a ella. Admite que es un golfo y lo que siente por su mitad no le impide fijarse en chicas guapas; mientras habla me hace una reverencia, tipo época victoriana —que consigue que se me doblen las rodillas del corte—, pero esta vez estoy rápida y lo enmascaro como la respuesta consiguiente a su gesto caballeroso.

—Eres preciosa, mi lady, me concedes el primer baile.

Me río a carcajadas, ¡qué gracioso! Hasta parece que lo dice de verdad. Alex me suelta la mano, que por supuesto está congelada. Una sombra de inquietud se deja entrever en su rostro y me confiesa:

—Yo creo que por esto no ascendemos de nivel, porque yo todavía sigo siendo muy humano, nos lo explica siempre el TAO. Cuando me encuentro a chicas como tú, resurge el Alex terrenal y aunque es absurdo porque aquí estamos emparejados sin remedio, me tengo que acercar a conocerlos.

—Alex, pero si yo soy normalita, ¡no digas tonterías, anda! Aquí todas las mujeres

son impresionantes, por lo que he visto —Nunca me he sentido muy cómoda con los halagos, así que vuelvo a tornar el tema de la conversación—: ¡Ah! ¿Y eso de “emparejados sin remedio”? ¿Qué quiere decir? No es que lo esté pensando, ¡vaya, en mi primer día! Pero tengo tal lío... ¿aquí no se puede ser infiel? —Me doy cuenta de que ha sonado un poco raro, debería pensar antes de hablar, siempre me ocurre.

Alex, se planta delante de mí y grita:

—¡Sí mi amooooor! ¡Yo lo sabía! ¿Me quieres? ¡Siii, huyamos! —riéndose.

Estoy muerta de vergüenza, no sé dónde meterme, miro a mi alrededor y lo que sospechaba se confirma: hay varios grupitos disfrutando de “el show de Alex”.

—Sara, esto es lo máximo que podemos hacer... ¡el ridículo! —Y se vuelve a partir de la risa. Le acompaño. Tiene unas carcajadas contagiosas, y estoy tan agradecida por que me haya sacado de mi crisis existencial...

—Oye y no digas chorradas —me reclama—, eres como una muñeca, ¡espera! ¿Tú no te has visto, verdad? Claro, todavía no. Sara no creas que luces la imagen que tenías en la Tierra, aquí se mejora: los rasgos se neutralizan, la piel se alisa, la dentadura se perfecciona, el cuerpo se moldea. Es como un tratamiento de esos de estética que la gente paga en la Tierra por estar estupendos... pues aquí te lo hacen gratis.

Se mira la mano.

—¡Uy, uy, uy! Hay alguien preocupado por ti, tenemos que volver.

Veo a Marc desde la mano de Alex, parece que está buscándome. Le observamos haciendo señas a otra pareja como si me describiera.

—¡Vaya, vaya, es un chico muy guapo! ¡Qué gran rival! Lo tengo difícil —se ríe—, venga, vamos, que tu caballero se impacienta.

Al poco tiempo llegamos donde está Marc. Al verme se detiene con rostro serio y espera a que nosotros nos acerquemos.

Alex me suelta por *lo bajini*:

—¡Uff! Creo que alguien está celoso. Me da que voy a salir corriendo, no vaya a ser que me lance un gancho.

Sonrío y le doy un empujoncito con mi hombro.

—Calla, idiota —le murmuro disimulando. Unos pasos después nos encontramos ante Marc, que dice sorprendido:

—Me tenías preocupado Sara... No sabía cómo encontrarte.

Alex se lanza al rescate y le alarga el brazo:

—Hola Marc, me han hablado mucho de ti, soy Alex. Te he robado a Sara un ratito, pero la próxima vez que Sara sea secuestrada por otro delincuente como yo, o por mí mismo —me hace un gesto cómplice—, no tienes más que mirar en tu GPS y verás donde está... aquí no hay manera de raptar a nadie.

Después de la explicación, Alex le da unas palmaditas a Marc en la espalda y cogiéndome la mano me coloca al lado de mi mitad.

—¡Qué suerte has tenido con Sara, es un bombón! Enhorabuena Marc. Cuídala. Sara nos vemos, espero que pronto, si no, nos encontraremos en la reunión ¡Chicos dormid, que se nota que lo necesitáis! ¡Arrivederci! —Y se esfuma señalando un lugar en GPS.

« Me ha llamado bombón delante de Marc... ¡Me parto! ».

—Muy bien Sara, ¿tú crees que podríamos descansar? —No hace ninguna referencia a Alex. Tiene un aire molesto, de fijo que está cabreado... ¡Pues si que empezamos bien!

—Sí, yo estoy cansada, si quieres...

Nos trasladamos con la mano de Marc a un sitio tranquilo y nos sentamos en el suelo,

¡está helado! Mi trasero no lo aguanta y doy un respingo.

Escucho a Marc con su voz grave:

—Tenemos que chocar los dorsos Sara.

Estoy muy incómoda, congelada, la situación es muy violenta. Aunque sea el dorso, no me apetece tener ningún contacto con Marc, es como si engañara a Toño... mi Toño ¡Espera, a lo mejor sueño con él! Me tumbo.

—Vale, preparada —Tirito de frío. Me da vergüenza, Marc podría conjeturar que son nervios. ¡Vale! un poco sí, la verdad.

Se tumba, me mira por fin, son unos segundos que simulan horas, parece que escudriña el color de mis ojos. Lanza un suspiro de castigo:

—Estoy helado. —Y acerca su dorso al mío hasta que chocan. Noto como un calor sube por mi brazo y recorre todo mi cuerpo rápidamente. Cuando todo mi ser ha entrado en calor sufro un espasmo a la vez que Marc y desaparezco.

Capítulo 12

Vuelo... volamos. Surco el cielo junto a Marc ¡Es facilísimo!

Parece que estuviéramos en un ala delta. Nos vamos turnando el mando a cada rato. Volamos rápido —sobre todo cuando lo tiene Marc—; yo prefiero planear y disfrutar de las vistas... ¡Es alucinante!

Son paisajes impresionantes, como diseñados por ordenador. Me recuerdan a las imágenes de las películas digitales: hay cascadas, enormes montañas... si bajamos y nos acercamos se ven aldeas, animales, árboles; eso sí, ni un alma, con lo que me gustaría a mí cotillear a la gente desde arriba, sólo cotillear, yo nunca les lanzaría caquitas de la suerte, bueno quizás a mis “ex”, pero en un día malo, malo, de esos en que no me aguanto ni yo.

Podemos posarnos donde queramos: en ramas, picos... Aterrizamos en una pradera llena de flores de colores que huelen dulce. Después de un dar un paseo disfrutando del aroma, nos elevamos y distinguimos un acantilado. Marc que esta vez lleva el mando, nos dirige hacia allí. Descendemos cerca, y paseamos hasta el precipicio. Al asomarnos, la altura casi me provoca una crisis de vértigo. Sin esperármelo, Marc se tira y como estoy pegada a él, salgo despedida hacia el desfiladero. ¡Ahhh! ¡Guau! ¡Qué descarga de adrenalina! ¡La leche! ¿Desde cuándo soy tan valiente? Nos deslizamos por la pared del precipicio a toda velocidad y cuando creo que voy a espachurrarme contra el suelo, Marc frena en seco y retoma el vuelo.

También viajamos siguiendo el rastro de las gaviotas por el mar. Huelo a sal y noto el sol y la humedad en mi cuerpo. Jugamos a elevarnos muy alto y a caer en picado hasta frenar. Cada vez lidera uno. He de reconocer que yo ralentizo mucho antes que él, pero aun así, es muy excitante.

Paseamos por una playa de arenas blancas, donde el agua moja mis pies descalzos. Me recuesto un rato en la arena, mientras las olas bañan mis piernas. Escucho el ruido del mar, su zumbido, va y viene; me relaja. Disfruto del calor que me regala el sol, de la soledad. No hay nadie más, sólo se advierte el ruido de las olas. Me dejo llevar, me fundo... ¡Mmhh! ¡Qué agustito!

Oscuridad.

Me despierto abruptamente, y aunque ya no estoy dormida, me cuesta abrir los ojos.

Poco a poco mi nueva realidad se va presentando... Por una vez preferiría vivir en la ignorancia. ¡Pero va a ser que no! Sé donde estoy, no me cabe ninguna duda e intuyo quien está a mi lado... no es Toño. No. Es Marc.

Consigo despabilarme y entreatro mis ojos. Le descubro allí, contemplándome. Voltea la cabeza inmediatamente.

Silencio.

—¡Buenos días... Marc! —me atrevo.

Se incorpora, estirando la espalda, y se vuelve hacia mí, luciendo un amago de sonrisa.

—Ha sido fantástico... no me lo pasaba tan bien desde hace meses. Gracias Sara —

expresa con tono cortés.

—¿Por qué? Pero si yo no he hecho nada. Yo también he disfrutado como una enana, las cosas como son. ¿Cuánto tiempo habremos dormido? —le pregunto, mientras intento desperezarme.

—Ni idea, pero tienes que reconocer que lo habríamos pasado mejor si no fueras tan miedosa. Para ser la primera vez no ha estado mal. He descubierto en ti a toda una paracaidista —lo expresa con tono burlón.

—¿Qué dices? Pero si casi me estrellas una vez y si no llega a ser por mí, nos habrían quitado la licencia para volar. —Me ha sentado fenomenal dormir, ahora ya puedo gastar bromas. Después de este simulacro de comentario ingenioso me siento capaz de incorporarme. Cuando estoy a punto de hacerlo Marc se ofrece a ayudarme. Al agarrarme vuelvo a percibir el calor que transmiten sus manos. Marc ha debido advertirlo también, porque no me suelta y mirando hacia nuestros brazos dice:

—Tiene que ser cosa de lo de que seas mí... de la dualidad, pero sólo siento calor cuando me tocas, el resto...

—¡Sí, están helados! —asiento. Y aunque parece que por fin estamos de acuerdo en algo, y que la única forma de sentir calor es con nuestro contacto, me despoja inmediatamente de su estufa natural y se separa.

—A lo que iba: Sara, tienes que frenar un poco más tarde, es más divertido, tienes que dejar planear, coges velocidad. — Comienza a soltarme un rollo, como si él fuera piloto de aviones. Es un tema tonto, impersonal, pero por fin habla conmigo. Salta a la vista la poca confianza que hay entre nosotros, y aunque es evidente que somos muy diferentes, parece que el sueño nos ha dado una tregua a nuestra inesperada relación.

Siento una sacudida en el brazo y lo estiro involuntariamente. Abro la palma y se aparece en mi GPS un destino único. Marc también está mirando su mano, le habrá pasado igual que a mí —creo que es lo mismo que les sucedió a Fátima y Jimmy cuando estábamos con ellos y yo pensé a primeras que era un ataque de epilepsia—. Me acerco a Marc para confirmar que sea el mismo destino. Y sí; se entrevé a gente en círculo sentada, como en una reunión...

—¡Claro, la reunión que dijo Alex! Tiene que ser eso ¿Vamos?

Al escuchar el nombre de Alex, el cuerpo de Marc se cuadra, como si de un gato cabreado se tratase, su rostro se torna en severo, y con un aire arrogante me contesta:

—¿Pues a qué estamos esperando? ¡Vamos!

Me acerco, pero el frío ha entrado en él y ni se inmuta con mi proximidad. Indicamos la dirección ambos en nuestra palma y llegamos por arte de magia a nuestro destino.



Efectivamente es una reunión. Un montón de gente está sentada en el suelo formando un círculo. Al llegar todos nos miran, se ponen en pie y nos aplauden.

—¡Madre mía qué vergüenza! —susurro.

—¡Joer! —musita Marc.

Los dos sonreímos, pero se nos debe notar mucho el bochorno, porque en seguida cesa el aplauso. Alex aparece y me rescata de Marc. A Marc le recoge un hombre de unos cuarenta años largos, que antes de llevárselo, se presenta casi cuchicheando:

—Soy Darío, creo que te han hablado de mi Fátima y Jimmy, me llevo a Marc, en las

reuniones no se suele estar juntos... Estoy deseando conocerte. Luego nos vemos.

Alex ni corto ni perezoso me da un abrazo. Me encanta encontrarme entre sus brazos musculosos, realmente no me he visto en otra; si no fuera porque está helado...

—Tenía ganas de verte, peque, te he echado de menos. Me siento como si fuera tu tutor —me confiesa mientras me conduce al círculo. Nos sentamos en un hueco que abren dos compañeros.

—¿Qué tal has dormido? —sonríe.

—¡Uff, que pasada Alex! ¿Por qué nadie nos lo había dicho? Es genial, he estado volando por...

Me interrumpe una voz fuerte asexual:

—Hola a todos.

—Hola TAO. —El círculo responde al unísono.

—Hoy tenemos que dar la bienvenida a dos hermanos nuestros: a Marc y Sara —Otro aplauso. Intento no agacharme haciendo acopio de valor y les sonrío—. Sabéis lo duro que es el principio y más para una pareja tan joven como son ellos, apenas veintiocho años. Sara, Marc, estáis aquí porque habéis superado la primera prueba, que ha sido vivir vuestra humanidad con bondad, amando a vuestras familias y amigos. Esos grandes sentimientos os han traído a nosotros.

Ni corta ni perezosa la presencia, o TAO, como le llaman todos, se pone a relatar nuestra muerte; cómo Marc pasó por la enfermedad, tal cual él nos contó y cómo a mí, después de su muerte, se me tuvo que arrebatar la vida porque yo no podía ser humana sin él. Alex me susurra al oído que es curioso que el TAO cuente esto, por lo visto generalmente no se explican las causas de la muerte de los recién llegados.

El TAO nos habla de la fuerza y coexistencia de la unidad, algo parecido al discurso del primer día. De que es un regalo el que se nos haya permitido vivir en la Tierra, y que hayamos disfrutado de la humanidad. Pero que el regalo más grande y que todavía no tenemos capacidad de reconocerlo, es estar allí, y compartirlo todo con nuestro “Amor verdadero”... me transporta a *La princesa prometida*... ¡las veces que me la habré tragado! Lo único que discrepa es que Marc no se parece en nada al dulce Westley.

—Sara, Marc, vais a vivir una nueva aventura, pero esta vez es en pareja. Pasaréis momentos difíciles, viviréis momentos únicos e irrepetibles. Vuestra vida no ha terminado... acaba de volver a empezar.

El TAO sigue hablando y yo desconecto de nuevo, como me pasa en los discursos políticos que aunque lo intento con todas mis fuerzas después de las dos primeras frases me evado el cien por cien de las veces. Pienso en Toño, debe de sentirse fatal, es que no me lo puedo ni imaginar ¡Uff! Me esfuerzo por cambiar mis pensamientos, porque si no el berrinche va a ser de órdago. Miro a mi alrededor, todos escuchan al TAO asintiendo, se les ve felices. Presto atención otra vez:

—Aquí conoceréis la vida sin frivolidades y disfrutaréis, no me cabe duda de ello...

Me vuelvo a perder. Yo no lo tengo tan claro, a mí me encantan las frivolidades: la moda, el maquillaje, la tele... y aquí todos vamos vestidos iguales. Es cierto, parecemos clones, ¡vaya rollo! Es una tela blanca que no conozco, suave, podría ser algodón, pero brilla más; casi todos llevamos pantalón y camiseta, pero hay quien viste túnica, y ahora que lo recuerdo Fátima tenía falda. Hay varios tipos de camisetas: con mangas, tirantes, pero la variedad es escasa. No hay botones, ni cremalleras, ni costuras. A mí me ha tocado vestir unas mayas y una camiseta de tirantes que cubre mi cadera. La verdad es que en esto, el cielo no me ha sorprendido mucho, imaginaba esta gama textil, sólo que yo le añadía

alitas a todo quisqui.

El TAO sigue con su discurso. Observo a Marc que le presta atención, me reconforta que al menos uno de los dos lo haga. Marc lleva un pantalón ancho y otra camiseta de tirantes, no tan escotadas como las de la Tierra, pero en cualquier caso le favorece. Tiene unos brazos largos y musculados por el deporte. La verdad es que es guapete, al principio no me lo pareció, me resultó muy guiri, pero allí sentado, después de haber pasado una noche con él —me estremezco al pensarlo así—, le encuentro más atractivo. Si no fuera porque es un rancio... Marc sonrío por algo que ha dicho el TAO. ¡Qué mono! Seguro que era el listo de clase y se sentaba en la primera fila. De repente gira la cabeza y sin esperármelo me pilla mirándolo. No me da tiempo a disimular en condiciones, así que muevo los ojos hacia un lado, y después hacia otro; como si estuviera haciendo un repaso al círculo y nuestras miradas se hubieran cruzado por casualidad, —una técnica que ya usaba en la Tierra... aunque nunca llegué a saber si funcionaba. Después del marrón, ahora sí, me animo a escuchar al TAO:

—No sólo bajaréis para verlos y saber cómo están. Que os echen de menos, no es lo importante. Iréis porque con cada uno de ellos tendréis un objetivo que cumplir.

«¿Está hablando de bajar a la Tierra? ¿Pero cómo te has perdido tanto? ¡La madre que te...!».

—A veces descenderéis juntos al mismo sitio, pero salvo en casos específicos, nunca a vuestros hogares. No conoceréis la familia y lugares que visita vuestra mitad, forman parte de su vida terrenal y de su pasado.

Bueno pues nunca veré a la flamante esposa de Marc. Sinceramente tampoco me apetecía... ¡Bueno, un poco sí! ¿Cómo será? Seguro que es la típica rubia con melena larga y sedosa de California, con tipazo, que ha estudiado y vivido en una hermandad con sus amigas malignas hasta que cazó a Marc y se casó ¿Y cómo sería su boda? ¿En una playa con arcos de flores y amigos guapísimos que ponían cara de quererlos mucho?... «¡Sara, para ya!» Mis elucubraciones no ayudan nada.

—Chicos aquí termina vuestra ceremonia de bienvenida. Espero haberos aclarado dudas. Pronto os avisarán para vuestra visita a la Tierra, pero antes, celebraremos la fiesta. —Todos aplauden y el TAO se esfuma.

Estoy atónita, esto último que ha dicho el TAO ¿una fiesta? ¿Será una broma, no? Claro, cómo va a haber fiestas aquí...

—¿Preparada para la fiesta? —me pregunta Alex.

—¡Ah! ¿Pero que es verdad? ¿Aquí se hacen fiestas? Me estáis timando, ¿no?

—Jajaja —se ríe Alex—. ¡Qué bueno que hayas venido Sara, eres aire fresco! —Se explaya justo cuando Marc viene con Darío.

—¡Te veo encantado con nuestra nueva incorporación, Alex! —Le declara Darío.

—Pues sí, la verdad es que Sara es de lo más divertida, ¡me encanta! —Y me da un abrazo lateral estrujándome delante de Marc.

Marc nos mira, carraspea y... poco más.

—Sara se cree que es broma lo de la fiesta. Darío cuéntaselo tú, que te explicas como nadie.

—¡Hola Sara! Antes de nada soy Darío. Como te dije antes soy, bueno corrijo, fui de Canadá; de un pueblecito cercano a Toronto.

Darío no es un hombre muy alto, es delgado, con el pelo algo canoso, paliducho. Lo que más me llama la atención de él es su mirada clara, y su voz, es de esas personas que escuchas con atención aunque te esté explicando por qué ha cambiado de compañía de gas.

—Estaba deseando conocerte. Yo ya llevo mucho tiempo y me encanta hablar con los recién llegados; os cuento lo que pasa por aquí y a su vez yo aprendo, entre otras cosas, de todas esas tecnologías que no he podido disfrutar.

—Cuando quieras te pongo al día, Darío —expone Marc.

—Gracias, te tomo la palabra —Parece una conversación entre presidentes—. Y sí, Sara, por supuesto que hay una fiesta. Para empezar lo ha dicho el TAO y ellos nunca bromean con nada, son claros, transmiten un mensaje sin segundas intenciones, se han desprendido de ellas, ya lo irás notando. Y respecto a tus dudas, por supuesto que hay fiestas, eso sí, olvídate de las de abajo, nada que ver, pero son más divertidas aun, son más sanas...

—¿Y qué se hace? —le pregunto a Darío.

—Hablamos, jugamos, bailamos y sobre todo reímos... ya lo verás.

—¿Bailamos? —le interrumpimos al unísono Marc y yo.

—Claro que bailamos. Os enseñaremos ¡Pero con calma que aquí hay muchos bailes y cada uno tiene sus pasos! Lleva mucho tiempo aprender, para deciros, que yo todavía no sé todos. Debería reciclarme e ir de nuevo a clases.

—¿A clases? —Otra vez le interrumpimos a la vez.

Darío y Alex se ríen.

— Chicos estáis más compenetrados de lo que pensáis ¿eh? Estas son las primeras muestras de compatibilidad, ¿os dais cuenta de que os sorprendéis y habláis a la par? —nos dice mientras sonríe Darío.

Ninguno contestamos... no vaya a ser que coincidamos de nuevo.

—Pues claro, hay varias clases. Las hacemos nosotros, no os creáis. Cada uno aporta su granito de arena para disfrutar del tiempo que permanezcamos aquí. Hay talleres de baile, canto, teatro, de perfección del vuelo en el sueño, meditación...

—Yo últimamente sólo voy a relatos, pero tengo que tomar unas clases de baile sin falta, en la fiesta de Jimmy y Fátima me vi fatal —confiesa Alex.

—Así que chicos, si tenéis alguna habilidad no dudéis en contarlo y en seguida montamos un grupito. Por ejemplo: si Marc quiere hablarnos de las nuevas tecnologías.

—¡Ah, por mi estupendo! He sido profesor en mi universidad y se me daba muy bien, por lo menos allí.

¡Profesor de universidad! ¡Pero si tiene 28 años!... Me ha tocado el erudito ¿Cómo no va mirarme como si fuera un bicho raro? ¡Soy toda una “choni” a su lado! Aunque de fijo que desconoce ese concepto, ¡con lo finolis que es! Más bien pensará que soy una “M. J. P” —mujer de justito intelecto.

—¿Y tú, Sara, alguna habilidad? —me pregunta Darío.

—¡Uy, yo no! Soy enfermer y creo que aquí... pues como que no hace mucha falta. —Me rasco la cabeza.

Los tres rompen en una carcajada, hasta Marc. Me alegra hacerlos gracia y que se rían, pero reconozco que no era esa mi intención.

—Bueno Sara, pues tú de momento acude a las clases que quieras. Os saldrán en la mano cuando se formen y ya verás como tienes alguna habilidad que desconoces. Me voy con Lara que me caigo de sueño. Nos vemos. Un verdadero placer —Y se esfuma.

—Yo también me voy que Cloe me está buscando. ¡Arrivederci!

Todavía queda gente en la reunión formando grupitos, pero no los conocemos.

— ¿Y ahora qué hacemos? —le pregunto.

—Yo estoy helado y creo que la única manera de entrar en calor es dormir... ¿te

apetece?

—Sí, como quieras. Yo también estoy helada —le respondo. Nos vamos a un sitio más tranquilo y echamos a volar.

Capítulo 13

Pasamos varios días, ignoro cuántos; al dormir a cada rato te desconectas del concepto tiempo. Además aquí constantemente es de día, aunque a veces hemos soñado que volamos por la noche, cuando estamos despiertos siempre hay luz.

Yo estoy tomando clases de baile, que da una chica de New York, Linda; de la que me he hecho íntima amiga. Y creo que voy a hacer de teatro, por probar.

Marc, está dando clases de perfeccionamiento del vuelo en el sueño, que la verdad es que me va a matar algún día del susto con las frenadas. Pero se nota que volamos mejor; incluso hacemos alguna pirueta volando sin perder la sincronía.

Darío le está preparando para que dé unos monográficos de nuevas tecnologías. Siempre están juntos.

Es muy sencillo ir a las clases: cuando van a empezar tu brazo se estira, te aparece en la mano el profesor y si quieres ir, lo marcas. De momento todo funciona igual, cuando hay algo que hacer se alarga el brazo.

No podemos estar mucho tiempo separados, no porque nos echemos de menos, sino porque te quedas helado.

Hay veces que puedes ir a tomar el sol, no sé de qué depende, pero es genial: te tumbas en tu hamaca invisible y disfrutas del calor que te irradia. De momento son los ratos que más me gustan. Hemos formado un grupillo con Darío y Lara, (su mitad que es una mujer encantadora y llena de sabiduría), Linda y Frank, Alex y Cloe, y Fátima y Jimmy.

Fátima y Jimmy estuvieron varios días ausentes y cuando llegaron se mostraban más distantes entre ellos. Parecía que hubieran perdido la complicidad. En uno de esos ratos de sol, me alejé paseando con Fátima y ella se echó a llorar sin control. Me contó que había sido muy duro. Había visto a su bebé más cambiado, mucho más grande. Su marido, como es lógico, estaba derrumbado y no podía cuidar del pequeño, así que la madre de Fátima se había mudado para ayudarlos.

—Sara, tú no sabes lo que es estar allí sin que ellos te puedan ver, queriéndoles decir que estás bien y que no te escuchen. No te haces una idea. Les ves hundidos. Mi marido no prueba bocado. Mi madre, la pelotuda, llora por los rincones y cuando no está en casa, está en la iglesia rezando por mí...

Me expresó que por una parte se alegraba de verlos y que volvería a bajar, pero que no imaginaba que fuera tan difícil. Le pregunté por su relación con Jimmy, porque era evidente la separación.

—Sara, no me sale acercarme, seré una boluda, Jim es... un gran pibe, pero no le quiero, yo quiero a mi marido. Al principio me pareció un juego y estaba feliz de que existiera algo más, pero ahora esto es real y yo...

No pude consolarla, la entendía perfectamente. Mi neurona espejo empatizaba perfectamente con lo que me estaba transmitiendo mi amiga, y lo único que conseguí es llorar junto a ella.

—El momento más duro fue una tarde. Mi mamá se había llevado a mi Dieguito al

parque. Jorge se quedó en casa viendo el fútbol, al Boca Juniors, su pasión. Cuando había partido ya podía yo aparecer en cueros que ni se inmutaba. Yo me senté a su lado en el sillón, contemplando su rostro más relajado concentrado en el partido, y Sara, como por arte de magia me miró, se quedó un rato volteado hacia mí, no sé, como con cara extrañada, como si me viera... ¡Pero eso es imposible, nos lo han dicho! Yo comencé a gritar, que estaba allí con él, me desgañité, intenté tocarle y te juro Sara que él parecía que se daba cuenta de mi presencia... cuando yo creía que me iba a decir algo, se volteó otra vez hacia la tele, hundió la cabeza entre sus hombros y arrancó a llorar como nunca le había visto. — Los ojos de Fátima se llenaron de hielo— ¡Joé, Sara, cómo me joroban las lágrimas heladas estas! ¡Malditas pelotudas!, ¡bastante tenemos con llorar, como para que encima echemos jodidos cubitos de hielo de los ojos!, ¡parecemos congeladores, viste!

A mí se me escapó una risita de comprensión pues yo también las odiaba. Fátima me miró.

—¿Son unas pelotudas a que sí? —Asentí, me acerqué para abrazarla, mientras le dije bromeando:

—¿Si al menos pudiéramos hacernos unos mojitos? ¿Para qué queremos si no tanto hielo picado? ¡Te hacía yo ahora mismo un mojito que se te quitaban todos los males!

Cuando las emociones están a flor de piel, nunca sabes qué puede pasar. Yo creo que por eso, mi comentario derivó en un brote rapero en el que las dos coreamos que queríamos un mojito a grito pelado, para descargar el mal rollo anterior. El grupo, que estaba a una distancia suficiente para oírnos, flipó con nuestro momento Eminem, y viendo sus caras estupefactas, se nos fue quedando la voz y volvimos en sí y con nuestros atónitos amigos. Darío fue el único que se atrevió a hacer referencia a nuestro concierto y nos preguntó que qué era un mojito. No me dio tiempo a responder, Marc se me adelantó:

—Es un cóctel de origen cubano, con ron, azúcar y hierbabuena, que se ha puesto muy de moda en los últimos años y que beben “los guays” de los chiringuitos.

Me quedé pasmada ¿pero a qué venía ese desplante “los guays”? ¿Y él de qué iba? ¡El listillo, “un cóctel de origen cubano”! ¡Ni que fuera la wikipedia, el idiota este! Justo cuando le iba a contestar, Fátima me dio una palmadita en la mano y me susurró:

—Tranquila, no entres Sara. Es lo que quiere.

—¿Pero... a qué ha venido eso? —le pregunté indignada.

—La verdad es que ha estado fuera de lugar, pero estará cabreado, vete a saber...

—Me odia, me tiene manía, esto no va a funcionar nunca. Me toma por una paleta.

—No te equivoques Sara, Marc te mira de una forma especial, le he pillado varias veces. Yo creo que le intrigas. Dale tiempo al tiempo.

Sin embargo yo no veo que Marc me mire de ninguna forma. Su único afán es corregirme. Cuando yo hablo y suelto alguna jerga típica de la actualidad, él tarda milésimas de segundo, en aclarar a los demás qué es lo que yo quería decir, con términos que parecen salidos de la Real Academia de la Lengua. Es un redicho y un finolis.

Por no hablar de hace unos tres días, que discutimos sobre los toros. Marc vino a decir, delante de todos, que los españoles éramos unos salvajes. Yo no es que sea una defensora de la tauromaquia, pero me pareció muy feo como generalizó y aprovechó el tema para insultarme. Claro que yo tardé poco en sacar el tema de las armas y ponerlos a caldo.

Desde esa última bronca, mi relación con Marc se corta con cuchillo. No tenemos nada que ver. Él actúa como “Don Perfecto” y yo no aguanto tanta perfección. Total, el resultado es frío polar. Excepto para volar, el único momento en el que parecemos estar de

acuerdo.

Paso todo el tiempo que puedo con Alex y Fátima. Marc suele estar con Darío.



Hoy estamos en uno de esos ratos de sol. Me encuentro repanchingada hablando con Fati y Linda de mi amiga Tere. La añoro tanto, que me duele, no puedo ni imaginarme cómo lo debe estar pasando.

De repente se nos alarga el brazo a todos.

—¡Comienza la fiesta! —grita Alex, que ha sido el más rápido en mirar.

—¿Nuestra fiesta? —pregunto.

—¡Pues claro! ¿Me concedes el primer baile, princesa? —Me suelta Alex delante de todos.

—Por supuesto caballero, siempre que a Cloe...

—Sin problemas, odio bailar —aclara ella.

Aparecemos en la supuesta fiesta. Reconozco que no estoy para bailes. Es que si lo pienso detenidamente, van a celebrar que me he muerto, y eso, pues no es que me haga muy feliz. Aun así, viendo las ganas que tienen todos y cómo me protegen, me intento animar.

Me llevan a una especie de salón de estética improvisado: un rincón donde hay un montón de flores y unas treinta mujeres, aproximadamente, ayudándose unas a otras a ponérselas en el pelo. Las chicas están radiantes de alegría. Todas sus caras me comienzan a sonar, —siempre he sido muy buena para recordar caras—, con los nombres es otra cosa, ¡he liado cada una!... Menos mal que siempre estaba Toño a mi lado y me los recordaba. Me viene a la mente una anécdota en una boda de un compañero de trabajo; un enfermero que se había enamorado locamente en unos seis meses y habían decidido casarse, sin estar embarazados ni nada. Había sido un ataque de amor de esos que se tienen a los seis meses o nunca; cuando nos lo contó en el hospital nos quedamos muertas. Él acababa de dejar una relación de unos cinco años con una chica, Carolina, que todas conocíamos y de la que él, en teoría, estaba enamoradísimo. Pero se había agobiado, quería sentirse libre, no estaba seguro que fuera la mujer de su vida y la había dejado... Todas nosotras le apoyamos y creíamos que iban a volver cuando él se diera cuenta del tremendo error que había cometido ¡Pero no! A los dos meses nos contó que había conocido a una chica y que estaba flipando. Conexión, mariposas en el estomago, sexo brutal. Venía todos los días al curro ojeroso y con agujetas. El caso es que el día de su boda cuando les fui a presentar a Toño, pues dije:

—Toño esta es Caro... —Toño me cortó salvando el momentazo y exclamó:

—¡Qué caloor! —Estábamos en enero; los pingüinos se cruzaban entre los invitados—. Pero muy bonito el sitio ¡ejem, ejem! Yo soy Toño —Y dio dos besos a la novia ,que no era Carolina, claro está, y como suele ocurrir en estos casos, la odiaba. Lo más fuerte es que yo no me di cuenta y estuve a punto de volver a hacer la presentación, pero vi a mi compañero que me miraba cabreado y caí en la cuenta. Desde ese momento Toño no me dejó hacer ni una presentación más y mi compañero me rajó durante varias semanas. Por cierto se divorció a los dos años; su amor duró lo que suelen tardar las mariposas gástricas en caer por el WC.

Nos ponemos las flores en el pelo y nos peinamos con trenzas. A mí me hacen una de esas que parece una corona, no me veo, porque no hay espejos. La única manera de

intuirme es en los ojos de Linda, que es la que me está peinando, pero es como en la tierra, te ves con “cara de grifo” —como cuando te miras en un grifo de los de antes, o en una canica ¡Vaya, en cualquier objeto cilíndrico!. Esto deberían mejorarlo, ¿no nos teletransportamos y nos salen cubitos de los ojos? ¿Qué les costará unos espejillos? Todas me dicen que estoy guapísima, así que me fío. La verdad es que a ellas les sientan fenomenal las florecillas.

Comienzan las canciones que cantan el grupo de coro. Serán unos treinta, pues suenan bastante bien, fíjate tú. No entiendo las letras, es como un tarareo, pero consiguen, con sus voces acompasadas, que parezca que haya instrumentos. Creo que tengo la boca abierta.

Alex me viene a buscar.

—Estás preciosa. —Me conduce con su mano helada hacia donde ya empieza a haber parejas.

Alex se descubre como un gran bailarín. Dirige fenomenal, me dejo llevar. Bailamos formando coros con otros. Son composiciones ya hechas. Me pregunto quién será el coreógrafo... ¿habrá sevillanas?

—Bailas muy bien, Sara

—¿Qué dices, mentiroso? Si yo no hago nada, no me sé los pasos, eres tú, y eso que decías que tenías que tomar unas clases. No me explico cómo Cloe no quiere bailar contigo.

—Luego bailaré, le encanta ponérmelo difícil —Ríe—. Por cierto tú vas a tener que bailar con Marc, es la tradición. Entiendo que no quieras despegarte de mí, pero es nuestro destino —bromea, como ya es costumbre.

Continuamos bailando un rato, justo cuando me estoy empezando a congelar, se termina la música.

—Llegó tu momento... —susurra Alex y me deja en el centro del baile sola.

—No, no te vayas —le digo, pero... ¡Tarde! Todos las parejas de baile se han esfumado sin que me haya dado cuenta y han formado un círculo a mi alrededor. Comienza otra canción, esta vez más lenta. Sigo sola en el centro. Me tiemblan las piernas de vergüenza. Como creo que se me está notando el tembleque hago gestos y me autoabrazo para informarles que estoy congelada y que no tiemblo de nervios. De repente me dan un golpe en la espalda. Siento calor, me volteo y encuentro a Marc.

—Creo que tenemos que bailar, Sara.

¡Joé, preferiría que me metieran palillos en las uñas! Pero como no valgo para ser borde, me lo guardo para mí y me dispongo a bailar con mi mitad. Marc me mira serio mientras me agarra las manos... ¡Vaya careto! ¡Podría disimular un poco! ¡Ufhh, calor! Damos un paso y después otro y no sé muy bien cómo, me encuentro danzando con Marc delante de todos.

—Estás helada —me advierte.

Bailamos algo parecido a un Vals. Entro en calor físico. No volvemos a hablar. Aunque agradezco el calor, se me hace muy difícil estar tan cerca. Mi mitad no me cae bien. Esa es la verdad.

La canción cesa por fin. Me desprendo de él mientras nos aplauden, y me alejo dándole la espalda. Que sea ahora él, el que se queda solito en el círculo.

Me separo de todos. No me encuentro bien. Observo a la gente, se muestran felices y relajados con sus mitades. No quiero estar allí, yo encajaba con Toño, yo había elegido a Toño y nadie me lo había impuesto. Teníamos nuestros problemas, pero ahora le echo tanto de menos, añoro tanto sus besos, dormir al lado suyo, la confianza que teníamos. Ahora

valoro lo importante que es poder elegir y que me elijan a mí; allí no me di cuenta.

Me vuelvo a helar, encima tengo que ir a su lado porque necesito su calor. Le busco entre la gente. Veo que está un poco lejos, hablando con Alex... al menos está con él. Justo cuando me acerco le escucho diciendo:

—No creo que sea mi estilo, es vulgar.

Habla de mí, si tenía alguna duda, lo acabo de confirmar. Le resulto vulgar. Oye, pues me duele, podría aparentar que no, pero en mi fuero más interno no me hace gracia que piense que soy vulgar. ¡Vaya, no creo que sea plato de buen gusto para nadie! Mira que lo intuía, pero, ¿soy vulgar? ¡No! ¿No? ¡Anda y qué le den!

—¡Sara! —Noto sorprendido a Alex—. Estábamos hablando de... —Disimula, bastante mal, por cierto.

En ese instante y sin previo aviso se nos alarga el brazo a Marc y a mí. Miramos: es una sala vacía, no se ve a nada ni a nadie, como cuando les salió a Fátima y Jimmy.

—¿Bajamos? ¿Ya? —me pregunta.

—Yo creo que sí —le digo sin mirarle, con la voz más fría que he podido improvisar.

Alex nos lo confirma, nos desea suerte y nos escapamos de la fiesta sin que nadie más se entere.

Llegamos a una sala cuadrada, similar a la primera donde vi a mi abuela.

Allí está el TAO del primer día.

—¡Hola chicos! Os he llamado porque hoy es el día. Sé que lo necesitáis, que lo llevabais esperando y deseando desde que vinisteis. Os advierto que va a ser difícil... os advierto que hay un retorno, que este es vuestro sitio y no ese, aunque todavía lo añoréis.

Me pongo nerviosa, necesito que lo diga ya.

—Ahora, vais a bajar a la Tierra.

Me da un vuelco el estómago.

Capítulo 14

Ya me parece demasiado complicado vestirme día tras día, como para que encima llueva. Hoy... precisamente hoy, el día del funeral de mi amiga.

He estado planteándome toda la semana si inventarme alguna excusa para no ir, pero justo esta mañana ha vuelto Adan de Escocia. Ha hecho un viaje exprés para acompañarme en este día y me siento incapaz de mentirle también a él. No encuentro tantas fuerzas como para fingir tan de cerca.

No sé que ponerme. Me pregunto si hay que vestir de negro o eso es antiguo. ¡La verdad es que iría en pijama!... Me siento en la cama, mirando el armario que está con las puertas abiertas. No me apetece el ritual de: elegir ropa, desnudarme, ducharme, lavarme el pelo, desenredarlo, cepillarme los dientes, crema... ¡Sin duda iría en pijama! Además me debe quedar todo grande porque no soy capaz de comer. Siento un puñetazo continuo en la boca del estómago que me impide ingerir alimentos y cuando lo hago suelo vomitarlo... Estoy segura que se me ha instalado un vigilante de seguridad (de esos cachas) en mi cardias, que se ha tomado muy en serio lo del derecho de admisión, y no deja pasar ni a nada, ni a nadie a mi estómago.

Entra Adan en la habitación. Se planta frente a mí. Me observa.

—¡Vamos cariño!

...Silencio

—¡Ya verás que bien la ducha!

...Silencio aún más largo

—Ponte cualquier cosa, Tere ¡*Come on!*

Le miro y me levanto como un autómeta.

—¿Quieres... yo te elija la ropa? —Asiento cuando me acerco a él. Le toco la cara y me alejo hacia el baño, en silencio, cabizbaja.

Es verdad que me encuentro algo más despejada después del baño. Adan me lleva unos vaqueros y una camisa blanca tipo levita que me ha regalado... Le hubiera encantado a Sara. Estoy segura que le habría pedido a Adan que le trajera una igual, pero en otro color. Sara nunca vestiría semejante a nadie, ¡qué va! Pero aunque fuera del color mas chillón del mundo le sentaría mejor que a mí. Sara lucía la ropa. Era alucinante cómo se sabía sacar provecho.

Adan se ducha en un instante y aparece en la habitación con *bóxer*, envuelto todo él en un aroma de desodorante increíble. Logra abstraerme de mi autocompasión. Le miro mientras se viste. Tiene un cuerpo atlético; por lo menos a mí me encanta... aunque últimamente no se lo demuestre. Siento una punzada de culpa en algún lugar de mi cuerpo. Sólo hemos hecho el amor una vez desde la muerte de Sara y Adan, lo debe estar llevando fatal; él siempre tiene ganas, siempre está dispuesto... Yo antes también, pero es que ahora no puedo... Me resulta incluso ofensivo que me lo proponga. Me siento tan vacía...

Llegamos a la iglesia dados de la mano. Adan me ha ido contando mientras caminábamos su conflicto con un compañero de trabajo. Un tipo que parece ser un trepa y

que se aprovecha de las idas y venidas de Adan —España-Edimburgo—, para estar conmigo. Mi novio ha viajado más veces de las que debería, pero su jefe en principio lo ha entendido y se ha mostrado comprensivo. Lo que no quita que su compañero se intente sumar puntos.

Me da un vuelco el estómago al llegar a las puertas de la Iglesia. Está llena de gente. Presiento que me voy a echar a llorar ahí mismo. Que haya esa multitud lo hace más real. Todos han acudido por Sara. Por mi amiga. Por mi íntima amiga. Que está muerta. Que ha fallecido en un accidente horrible, injusto. Que ha muerto cuando conducía Toño, después de estar en mi casa, bebiendo, con la bebida que les ofrecí yo.

Me paralizó:

—Adan, vamos a esperar a que entren... No puedo saludar ¿Vale?

—¡*Of course!* Te entiendo. Hay mucha, mucha gente... ¡pobre Sara!

Agacho la cabeza y me parapeto detrás de Adan. No quiero que nadie me vea. Cuando no queda ninguna persona fuera, mi novio me conduce hacia las puertas. Al entrar mi estrategia de pasar desapercibida se va al garete. El portón de la iglesia da un portazo espectacular, debido a la tormenta de aire que acaba de empezar y obliga a que todos viren para mirarnos. Aun así, no levanto la cabeza; prefiero fijarme en el suelo.

Nos sentamos detrás. Escucho el mensaje del sacerdote, ¡ojalá sea verdad! No suelto la mano de Adan en ningún momento. Veo en la primera fila a Toño. Parece bastante sereno. Está acompañado por sus familiares: su hermano pequeño y sus padres. No llora.

Al otro lado hay familiares de Sara: sus tíos y primos. No tenía más familia que ellos.

Es la misma iglesia donde nos confirmamos. ¡Vaya, tuvimos una época católica!... La realidad es que a Sara le gustaba un monitor y me obligó a apuntarme para acompañarla. Fue una etapa un poco loca. Sara se lió con otro monitor en una convivencia. A mí me empezó a gustar el que antes le había molado a Sara; pero en mi caso no pasó nada, ni el más mínimo flirteo. El resultado de nuestro transcurso eclesiástico en dos años fue:

Sara: 3 Yo: 0 patatero. ¡Bueno, al menos me confirmé!

La iglesia es de estas modernas, un poco fría, aunque por otra parte se agradece que no haya figuras que te miran por todos sitios. Sara siempre decía que jamás se casaría allí, que pasaba que en las fotos de su boda salieran esas vidrieras de colores y formas abstractas; y mucho menos el altar.

Intento aguantarme la risa. ¿Cómo se me había olvidado ese momento? Con lo que nos reímos. El monitor que estaba con Sara, después de enrolarse en otra convivencia, le mandó al altar porque le había dejado una cosa, tipo gymkana (muy de estos sitios). Sara me dijo que la acompañara, que le daba vergüenza ir sola. El caso es que las dos nos colamos por la sacristía y encontramos la nota que estaba debajo del cirio. Era una poesía, de lo peor: «la luna y tus ojos... tu boca sensual que yo quiero besar... tu pelo que huele a mar». Esto último fue lo que mató a Sara:

«¡Qué mi pelo huele a pescado, dice el tonto este! ¡Ay, Tere, este es tonto, pero tonto, tonto! ¡Yo rompo con él ahora mismo!». Y ni corta ni perezosa le dejó otra nota en el susodicho altar:

Lo siento. No puedo seguir contigo. Me he dado cuenta que me sigue gustando mi ex y no me atrevo a decírtelo a la cara. No me odies... o sí. Haz lo que quieras.

SARA.

Me tocó a mí buscar al poeta, para decirle que fuera al cirio a por su respuesta. No volvimos a aparecer por la iglesia en años.

Miro al altar. Recuerdo que estábamos las dos sentadas escribiendo la nota, muertas

de risa: «¡Esto sí que es dejarte en el altar y lo demás son tonterías!», decía Sara y yo no podía ni contestarla de las carcajadas que me brotaban cada vez que leía la poesía.

—¡Ay, Sara! —me oigo a mí misma. Adan me agarra más fuerte la mano... Esta vez, sin voz, le envió:

«Te echo tanto de menos. Te quiero Sara, estés donde estés... ¿Sabes qué? Cuando me pasen cosas importantes voy a venir aquí a contártelo, porque si hay algún sitio donde tú me puedes escuchar es aquí ¿Me estás oyendo, verdad? Lo siento Sara»

Acaba la misa. Estoy llorando, pero tranquila. Ahora noto que tengo un plan; que ya sé dónde puedo hablar con mi amiga. Abandonamos la iglesia los primeros. No quiero cruzarme con nadie y menos con Toño.

Cenamos en un italiano que hay cerca de casa que nos gusta mucho. Le relato a Adan la anécdota del altar y mientras se la cuento nos partimos de risa. Pero omito que voy a ir allí siempre que quiera hablar con mi amiga; eso me lo guardo para mí. Bebemos lambrusco tinto.

Regresamos a casa. Adan tiene que volver a irse una semana. Hacemos el amor.

Capítulo 15

Piiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii.

«¡Inténtalo, Toño!».

Piiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii.

Me siento incapaz de atender lo que dice el sacerdote. Realmente he ido por no tener que escuchar a mi madre; que en ningún momento se ha planteado que no desee presenciar el funeral de mi novia. Pero no quiero estar aquí.

Me siento observado. Sé que todos sienten pena por mí. Deben estar esperando a que llore o que salga a leer un discurso, expresándoles lo mal que me encuentro y todo lo que quería a Sara. Siempre he pensado que esto es igual que cuando vas al médico: cuantas más recetas te lleves, mejor. Pues en un funeral cuanto más se llore más bonito ha sido.

Algunos seguro que me juzgan. Me da igual. No voy a pensar en eso. ¿Y ellos qué saben?

Es todo como un sueño, digamos que como una pesadilla. Al principio no era muy consciente y pensaba que Sara iba a volver en cualquier momento —hasta a veces me ha parecido oír como entraba por la puerta. Ahora ya he reparado en que no. Me duele, claro que me duele, tanto que no puedo llorar. No soy capaz de soltar ni una lágrima, aunque me lo proponga, y eso me hace sentir peor. Se supone que si muere tu novia tienes que estar destrozado, y en un mar de lágrimas, pero no es mi caso. Destrozado, sí; lágrimas, ni una.

Ya he vuelto al curro. Allí pasan las horas rápido.

El primer día fue el más chungo. Todos me compadecían, y me miraban con pena. Les veías dubitativos, sin saber sin acercarse a mí o no... incluso me pareció advertir algún que otro ojo lloroso. Casi no me hablaron, como si fuera el nuevo. Pero con el paso de los días su actitud se ha normalizado y se comportan como antes. Siempre hay algún capullo que te cuenta que a su cuñado le pasó igual, o que su sobrina se ha quedado viuda con dos hijos y está tomando antidepresivos después de dos intentos de suicidio. En mi empresa hay de todo, eso sí, son casi todos hombres, y aunque lo intentan hacer por mi bien, no es que tengan mucha mano dando consejos.

Salgo de mis divagaciones porque la llama de la vela que hay en el altar se mueve como loca. ¿Estará Sara moviéndola? No ¡qué tontería!, será el viento, con la que está cayendo fuera, sin embargo hay otra vela al lado y no se mueve igual.

«¿Sara, me estás viendo? Mueve la llama».

De repente la llama de la vela se queda quieta.

«¡Sara, muévela, muévela! »

La llama comienza a agitarse.

Sonrí, no creo que haya sido Sara, es más, pienso que me estoy volviendo loco. Pero por un momento me he sentido vivo, igual de vivo que antes. Capaz de sentir emociones.

Acaba la ceremonia. Viene mucha gente a darme el pésame, personas que ya me lo habían dado, pero insisten. Hago de tripas corazón y les doy las gracias a todos.

Mi madre me intenta convencer para que vaya a cenar con ellos, pero decido irme a

mi casa, a mi rincón de paz, al lugar donde se suponía que iba a vivir con ella.

Capítulo 16

—¿Estoy en mi funeral? ¡Nooooo! ¿Me habéis bajado para que esté en mi funeral? ¡Seréis capu...!

Está claro que lo es, ¿si no que pinto yo en la iglesia del barrio? Entonces la gente sí que presencia sus propios funerales. ¡Aysss, pero yo no quiero!

—¡Por favor, sacadme de aquí, ¡TAO, TAO! ¿Se me oye?

Se abre la puerta ¡Menos mal, me trasladan! ¡Ah no! ¡Pero si es mi vecina Pepi! Me acerco a ella:

—Pepi, ¿tú también estás... muerta? Ya te veía yo mal color últimamente. ¿Cómo se sale de aquí? —la pregunto cordialmente, pero Pepi me ignora.

Se vuelve a abrir la puerta y entra un pelotón de gente conocida: mis tíos, mi prima Paloma y Sofía... y más familia. Pasan por mi lado sin verme.

Irrumpen mis compañeros del hospital...

—¡Chicos, cuánto os he echado de menos! —Nada, no hay respuesta alguna. Decido no volver a hablar ¿Para qué, si no me van a oír? Es asquerosamente dramático.

¡Jó, Lola! ¡Mi suegra! Está mucho más delgada, se ha echado diez años encima, pobrecita.

La siguen mi cuñado y mi suegro. Me va a dar algo de la tensión que mantengo. Unos pasos por detrás, se adentra cabizbajo Toño. Creo que se me para el corazón. Me escucho llamándole con la voz más llena de amor de la que soy capaz de recordarme, como si fuera un bebé:

—¡Toño, cariño!

No me ve. Ha pasado por mi lado y no se ha dado cuenta. Le encuentro raro, más delgado, pero muy guapo. Tiene barbita. ¡Qué mal lo tiene que estar pasando! Mis ojos se llenan de hielo. ¿Cuánto le he echado de menos! Me encantaría abrazarle, besarle...

¿Y quién me lo impide? ¡Qué demonios! ¡Voy!

Me acerco al banco donde se ha sentado. Me agacho, poniéndome de cuclillas, para estar frente a él. Tiene una mirada extraña, podría hasta pensar que le ha cambiado el color de los ojos... ¡Es que está tan raro!

Sigo con mi romántico propósito. Me aproximo lentamente a él, para posar mis labios en los suyos. Intento no tocarle, porque si he de notar algo primero, quiero que sean sus labios... Estoy cada vez más cerca, me alucina que no se dé cuenta. Amoldo mis labios. De repente como si me hubiera visto, adelanta la cabeza para besarme.

—¡Toño, cariño! ¡Ahh! ¡Mierda!

Me ha traspasado, o yo a él. Yo no he notado nada. Y él apuesto que tampoco. Le intento tocar ¡Nada! Estamos en otra dimensión, parecen espectros, aunque probablemente el espectro sea yo. ¡Virgen Santa! Soy un espectro, o un fantas... ¡Me niego a llamarme así! Espectro es más fino.

Suena un portazo en la iglesia, todos nos giramos:

—¡¡Tere!! ¡Mi amiga Tere! Voy corriendo hacia ella. Es una hermana para mí, la

hermana que nunca tuve. Por supuesto ni se entera que estoy.

Madre mía, me da un vuelco el estómago. ¡La veo fatal! Tiene los ojos hinchados, la piel seca, unas enormes ojeras, el pelo horrible.

—Tere, estoy aquí. Contigo.

Sale el sacerdote y comienzan a cantar. Deambulo por la iglesia. Necesito pensar. Esto es muy complicado, no quiero verlos llorar por mí. Aun así, sigo paseando por todos los bancos. Observo a todos mis conocidos. La verdad es que en la iglesia no cabe un alfiler. Siento más amor por ellos que cuando vivía, es curioso. Me encantaría explicarle uno a uno que estoy bien, que sí que existe algo más y que no se preocupen.

Regreso con Toño. No le reconozco; es un muñeco de nieve, está ausente. Permanece quieto, mirando fijamente a un punto. Su pensamiento dista a mil kilómetros de aquí. Me inquieta. Me alejo de él encaminándome a donde me indica su mirada fija y fría, quizás si me coloco en su punto de mira es capaz de verme...

¡Nada, ni se inmuta! Me situó al lado de los cirios. ¿Sentiré el calor de la llama? ¡Va a ser que no! ¿No? ¡Aysss, me da un poco de miedo tocarla! ¡Seré pava! ¡Qué leches! Es un reflejo, es normal que me dé miedo, lo aprendí de pequeña: el fuego quema. Me autoconfirmando en que sigo siendo muy humana, le pese a quien le pese. Pertenezco más a este sitio de lo que quieren hacerme creer. Siento más por ellos que por nadie de mi nuevo mundo, aunque Fátima y Alex están entrando en el *top ten*. Allá voy con mis dedos hacia la llama. No puedo quedarme con la duda, ¡ojalá me quemará, ojalá!

Ahí me tienes, acercando mi mano a la vela, deseando que me queme, estoy mucho peor de lo que pensaba. Mis dedos rozan el fuego y... ¡Nada! «¿Cómo que nada?» La llama se ha movido. Yo no he notado calor alguno, pero la llamita se ha desplazado. Vuelvo a tocarla y efectivamente el fuego se mueve con mis dedos. Sigo empujando la llamita un rato, es relajante, bueno tampoco mucho —como un jardín zen, más o menos—, pero al menos mi velita es la única que se da cuenta de que estoy aquí.

Después de mi pequeño intento auto-lesivo, incluso un poquito masoquista, vuelvo a Toño ¡Uy! ¿Está sonriendo? Desde luego ha perdido la cabeza. Lleva todo el tiempo como un seto, allí plantado y el único momento en el que veo algún rasgo de emoción en él, es una sonrisa... ¡Qué le den!

Me voy con Tere. Al menos ella llora por mí. Me situó a su lado, en el último banco. Siempre ha querido pasar desapercibida. Adan la acompaña, ¡qué majo es! ¡Cómo la quiere!

La intento tocar, pero la traspaso. No siento nada físico al traspasarlos, pero es desagradable porque me devuelve a mi realidad, a que ya no existo.

La encuentro demacrada. Normal, si fuera al revés yo estaría fatal. Es mucho más fácil mi situación; es más sencillo ser el desaparecido. Adan tiene buena cara. Me coloco al lado de él y le susurro:

—Cuida de ella, Adan, cuídala mucho. Quiérela y ni se te ocurra dejarla sola.

¡Qué extraño! Hace un gesto como de asentir y mira a Tere con cariño, ¿me habrá oído? ¿Me habré colado en su mente?

Vuelvo al lado de Tere para intentar lanzarle un mensaje también:

—Tere estoy bien, no llores... ¡Tía, existe el cielo!

Nada, no se entera. Lo intento otra vez, acercándome más a su oído:

—Tere que estoy aquí a tu lado.

Sin respuesta. Esta vez grito como si mi amiga fuera una vieja de noventa años con hipoacusia bilateral, sorda como una tapia por los dos oídos).

—¡Teee-reee-queee-soyyy- Saaa-raaa!

¡Qué agotador! No lo intento más. ¿Pero entonces para qué nos bajan? Si no les podemos ayudar, si no nos oyen ¿Para ver cómo sufren por nosotros? Me cabreo.

Miro el altar. Me asaltan las imágenes de cuando dejé al pringao de la poesía con una nota, estaba con Tere, ¡lo que nos reímos!

Noto que mi amiga sonrío. Mantiene su mirada fija en el altar. ¿Lo estará recordando también? ¡Qué casualidad! O, ¿se lo habré provocado yo al rememorarlo? Podría ser, cosas más raras se han visto.

—¡Ay, Sara! —susurra Tere.

Intento rememorar algo más. No puedo, estoy bloqueada. Me viene una imagen a la cabeza: es Tere en la iglesia sola, cerca del altar, pero yo no he vivido esto. Pronuncia mi nombre. Habla conmigo. Miro a Tere, sigue concentrada, con su mirada fija.

¡Ahora lo entiendo! Es ella la que está viendo eso ¡Nos comunicamos con imágenes! Vuelvo a la proyección de mi mente, Tere sigue ahí, escucho su voz.

—¿Sabes qué? Cuando me pasen cosas importantes voy a venir aquí a contártelo, porque si hay algún sitio donde tú me puedes escuchar es aquí ¿me estás oyendo, verdad? Lo siento Sara.

¡Qué fuerte, nos comunicamos con las mentes! Doy saltos de felicidad alrededor de mi amiga. La he oído y he entendido su mensaje. ¡Pero, joé! Es imposible que se den cuenta. Es tu propia cabeza la que te proyecta las imágenes, como siempre, de una forma natural, como cuando te abstraes y te quedas en babia y te ves a ti misma hablando con Brad Pitt, o en tu discurso recogiendo un Oscar, por lo menos a mí me pasaba... ¡pues no habré recogido yo Goyas y Oscar en mis ilusiones!

«Sí Tere, ven aquí a hablar conmigo, cuando quieras, aunque tú no lo creas siempre estaremos juntas». Se lo intento enviar en imágenes, pero no sé yo.

Se acaba. Todos se marchan. Casi no me he dado cuenta. Ignoro adónde ir, dudo si puedo elegir. Me gustaría seguir con Tere. Ya sé cómo puedo hablar con ella y le quiero mandar mensajes. Voy a la puerta de la iglesia, pero no logro traspasarla, y desde luego, tampoco empujarla. Me entra algo parecido a la angustia. ¿Cómo se sale de aquí?

Se me estira el brazo ¡Menos mal! Empezaba a temer que me iba a quedar encerrada aquí y se me iba a aparecer el monitor friki-poeta echándome en cara lo de dejarle por carta. Miro en la mano, sólo hay un destino. ¡Aysss, no! No me apetece.

Toño. Me sale Toño.

Capítulo 17

Me niego a irme con Toño. Voy a esperar un rato aquí en la Iglesia, por si cambian de opinión.

Paseo. Me gusta el silencio, se está bien aquí. Me acuerdo cuando era pequeña que mi “abue” me traía y nos sentábamos las dos en un banco. Yo jugaba con mi muñeca *Barbie*, a la que le había cortado la melena y lucía unos trasquilones importantes —¿quizás fui yo la que inventó el corte capeado? ¡Joé, debería haberlo patentado!. Mi abuela lloraba, pero a la vez intentaba que yo no reparara en su tristeza. Fresco esa percepción de mi niñez: los adultos hablando bajito a mi alrededor, haciéndose muecas para que yo no me percatase de lo que decían; pero generalmente me daba cuenta de todo.

Por eso dejé de ir a la Iglesia. Me recordaba a las lágrimas de mi abuela, a malos momentos de mi infancia, a secretos que dejaron de serlo, a mentiras piadosas que seguí jugando a creerme, para que mi abuela pensara que había hecho un buen trabajo. La pobre no era consciente de que los niños se cuentan todo y que me enteraría más tarde o más temprano. No tardé mucho en atar cabos. Pero no me dolió. Tenía a mi abuela y todas mis energías las consumí para que ella no se diera cuenta de que ya era conocedora de la trágica verdad sobre mi madre. Fui una niña muy lista, ahora que recapacito.

Hasta que no me gustó un monitor, no volví, y la verdad es que nunca me sentí muy cerca de Dios.

La mano se vuelve a estirar. Esta vez con más fuerza —¿o quizás me ha pillado por sorpresa?. Se lo habrán pensado mejor y me llevarán con Tere:

—¡No, que no! ¿No lo entendéis? ¡Qué no quiero! —Otra vez Toño.

Se alarga de nuevo mi brazo. Casi me desplaza de la fuerza que llevaba el impulso. Nueva lección aprendida: ya sé lo que pasa cuando tienes que ir a un sitio; como no vayas los cansinos te incrustan en la pared. Selecciono el lugar ¡Vale, ganáis! Me voy con Toño.

Aparezco en mi casa, la que compré con él, en la que se suponía que iba a vivir muchos años. Estoy en el salón. Me encanta. Presumía a mis visitas de mi *chaise-longe* de piel blanco, de mis muebles actuales y de los detalles orientales. ¡Las vueltas que dimos! ¿Y para qué? Si lo llego a saber me voy a Ikea, compro un salón cómodo y me dejo de estupideces. Tendría que haber aprovechado el tiempo con Toño. Es curioso como aunque sabemos con total seguridad que todos morimos, no pensamos en que nos puede ocurrir en cualquier momento y no aprovechamos la vida de verdad. ¿No hay segunda oportunidad? ¿No? ¿De verdad que no? ¡Qué desastre! Estoy muerta.

Aparece Toño en el salón con una *shandy*. Se repanzinga en el sillón y enciende la tele con el mando.

Pruebo a sentarme en el sofá. Antes, dudo si lo traspasaré o me hundiré en él, ¡pero no! Me puedo sentar sin dificultades. Me imagino que no debo pesar nada porque no dejo huella en el asiento; las fibras de mi *chaise-longe* ni se enteran de que mis glúteos descansan sobre ellas. ¡Qué *heavy*!

Hay un programa de estos de *zapping* y Toño lo deja ahí. Me cuesta mirarle a la cara,

parece que estuviéramos enfadados. Es muy duro tenerle tan cerca, advertir su tristeza y no poderle consolar. Además, es que esto es bastante incómodo. Estoy invadiendo su intimidad. Él no sabe que me encuentro aquí y puede hacer cosas que a mí no me apetece ver ¡Ni de coña!

Veo un rato el programa, pero no me convence. Me aburre escuchar a gente gritándose en platós por chorradas. En el fondo me dan envidia. Sí. Envidio que ellos vivan y yo no. Yo, que no he hecho nada malo a nadie, estoy así y ellos que no paran de mangonearse, ahí los tienes viviendo a todo trapo y de fiestas todas las noches en el *pub* ese adonde van todos los friki-famosos.

Giro mi cabeza y miro a Toño. No está prestando atención; en su línea, ausente. Le suena el móvil, mensajitos por *Whatsapp*. No parece que le hagan mucha gracia, pero contesta. Yo no miro, nunca le cotillearía el móvil.

Me voy a pasear por la casa. La cocina está limpia, eso tiene que ser cosa de su madre.

Me dirijo a mi habitación; en el pasillo me paro ante nuestras fotos. Tenemos de EEUU, ¡qué bonitas!, ¡qué momentazos!... el Gran Cañón, Nueva York... Esto me está sentando fatal, ¡yo quiero estar viva! Permanezco un rato viendo los cuadros hasta que entro en mi habitación.

Está la cama sin hacer; en eso Toño no me echará de menos. El podría dormir en cualquier catre con las sábanas de un mes sin lavar y sin hacer desde entonces, pero yo no ¡Imposible! Esa era una de nuestras peleíllas domésticas más común. Pero últimamente había conseguido que hiciera la cama cuando yo me despertaba antes que él, hasta lo encontraba un gesto romántico, pensar que él la había hecho por mí. ¡Con qué poco se conforma una!

Me giro para ver mi ropa:

—¡Aahhh! ¡Dios! ¿Pero...? —grito—. Me acabo de llevar un susto impresionante: me he visto en el espejo, me veo en el espejo, ¡me estoy viendo en el espejo! Así de primeras yo diría que estoy más delgada y como más fibrosa. Me gusta. Me acerco para apreciarme mejor. Parezco más joven. No sé, tengo la piel perfecta, casi sin poros, como las fotos de las modelos que anuncian cremas en revistas. Hasta parece que llevo maquillaje y colorete. Los ojos no parecen mis ojos, han adquirido profundidad y tornado de marrón caca a color miel, además el blanco es perfecto y brillante y las pestañas enfilan perfectamente alineadas y alargadas. Mis labios son más voluminosos y sugerentes —¿llevo gloss?—, me flipan mis nuevos labios. Pero la perla de mi transformación, la joya, son mis dientes híper-blancos. Siempre he deseado tener un esmalte así de reluciente. Sonrió frente al espejo, me encanta mi sonrisa y encima me salen unos hoyuelos chiquititos que yo no recordaba.

Reconozco que me veo más guapa, mucho más. No sé quién ha sido mi cirujano o el que se ha encargado de mi cambio radical, pero estoy mil veces mejor. En esencia soy yo, pero versión mejorada. ¿Me habrán inflado a botox, radiofrecuencia, peeling químico, cavitación, plataforma vibratoria, criolipolisis, blanqueamiento dental, etc? ¡Y encima gratis, sin bonos engañosos de las páginas de descuentos y promociones!

Mi pelo. ¡Qué pelo tan bonito! Largo y sedoso. El color está un pelín más oscuro, porque no llevo ni una mecha. Se lo ve sanísimo —esto será cosa de la queratina, ¡fijo!. Alucino con mi nuevo aspecto.

Me paso un largo rato contemplándome. Hago posturitas en el espejo. Yo creo que es la primera vez que mirándome disfruto tanto ¡Claro, con las ganas tenía de verme! ¡A poco!

Y encima me he gustado. Con razón se me acercó Alex. Es que hay que reconocer que no estoy nada mal. Me hubiera encantado ser así cuando estaba viva ¿ahora de qué me vale? ¡Qué injusto!

Escucho a Toño reírse. ¡Lo que me faltaba! Oír como mi novio se lo pasa pelota. ¡Y ahí sigue! ¡No se corta! Continúa carcajeándose ¡Qué fuerte! ¡Lo que hay que aguantar!

Me puede la intriga. Voy a ver si consigo propinarle un más que merecido soplamocos.

Permanece en el sillón. Se ríe por algo de la tele... ¡No! ¡No es posible! ¡Está viendo Sexo en Nueva York en el TDT! ¡Mi serie favorita! Pero si él decía que no le gustaba, que eran una panda de pijas solteronas. Se está partiendo con el capítulo del conejo —un vibrador al que se hace adicta Charlotte. Me siento con él ¡Qué guay, así al menos me entretengo!

—¿Eh? ¡Toño, no! ¡No lo apagues, ahora viene lo mejor! ¡Sí, cuando van a su casa a deshacerse del “conejo”! ¡No, porfa! —Para chasco, ha apagado la tele. Se queda mirando cinco segundos la pantalla negra como si le transmitiera algo y de repente se echa a llorar.

Llora desconsolado, dando golpes en el sillón. Me levanto del susto. Está como loco, nunca le he visto así. En un arrebato, agarra el mando de la tele y lo estrella contra el suelo consiguiendo que las piezas salgan disparadas. El tiempo se para. Al poco se levanta, creo que para recoger los restos. Me equivoco porque continúa estrellándolos. Cuando todas las piezas del mando acaban desperdigadas por el salón y no hay ninguna a mano, Toño se cae de rodillas al suelo. Llora sin consuelo, parece que hiperventile. Como siga así se va a marear. Me acerco a él:

—Toño, cari, tranquilo. ¿Qué haces? —No hay repuesta. Continúa hiperventilando y llorando de rodillas en el suelo. Da un golpe con el puño a la tarima y se vuelca tumbándose de lado, en postura fetal. Esta posición me permite verle la cara: enrojecida, bloqueando la mandíbula, es un mar de lágrimas.

No puedo hacer nada, no me oye. Intento comunicarme con él, como con Tere, pero no viene ninguna imagen a mi cabeza. Estoy fatal, en shock, me tiemblan las manos.

Vuelve a sonar su móvil, que está en el brazo del sillón. Me sorprende de dónde saca las fuerzas y se incorpora para cogerlo. Ni corto ni perezoso, en otro arrebato, lo estrella también contra el suelo, —menos mal que lleva una funda de goma, si no el móvil se viene conmigo a la zona de los “no vivos”.

—¡Iros a la mierda todos, joder! ¡Dejadme en paz, dejadme en paz! Me vais a reventar la cabeza ¿Es esto lo que queréis? ¡A la mierda, iros a la mierda! —grita, a la vez que vuelve al suelo y continúa dándole golpes... como si la tarima tuviera la culpa. Los vecinos tienen que estar flipando.

¡Sacadme de aquí, por favor, TAOS! No puedo hacer nada y me voy a volver loca. Trato de encontrar algún recuerdo bueno para enviárselo, pero no lo consigo y él sigue llorando. Intento concentrarme en mi imagen, la que he visto en el espejo, pero no lo logro. « Piensa en algún momento, Sara ¡vamos! »

Ignoro cómo, me está viniendo la bronca antes del accidente. ¡Pero si yo no quería pensar en ello! ¡Pues vaya apaño!... ¡Espera! Debe ser Toño el que lo está pensando, por eso está así, está recordando el accidente.

—No Toño, no vayas ahí, no tienes la culpa —le digo, pero las imágenes continúan en mi cabeza: nuestros gritos y el impacto. Vuelven una y otra vez como un bucle. No puedo pararlas, estoy muy nerviosa. Él sigue desolado, no me extraña, se está machacando a sí mismo.

Si al menos hubiéramos tenido unas últimas palabras bonitas. Podríamos haber ido riéndonos, escuchando la radio, dados de la mano mientras conducía; como tantas veces. Yo le hubiera dicho «Toño siempre te querré» y él me hubiera respondido.

—Perdona Sara —le escucho. Lo ha hecho a la vez que yo estaba fantaseando. Por fin creo que he podido conectar con él. Sí. Me asaltan nuevos pensamientos que no estoy creando yo: estamos los dos en el coche, escuchando música, felices. Al instante Toño da un giro al volante sorteando al coche que se estrelló contra nosotros.

Parece más tranquilo, ha cesado de llorar y su respiración se regula. Me preocupa que se calme con imágenes que no son la realidad, pero no soy capaz de cambiar su pensamiento, es más fuerte que el mío. Al menos está tranquilo. Así que no lo intento más.

Poco a poco se va serenando. Ya no puedo conectar con él, es un poco difícil. Tengo que preguntar cómo funciona porque no sé hacerlo de continuo. Lo raro es que nadie me lo contara, no lo entiendo.

Toño se va a la cocina; se está preparando un sándwich. ¡Así es mi chico! Ya puede estar muriéndose, que siempre tiene apetito. A mí me encantaría comer, aunque no tengo hambre, nada de hambre. Es una sensación rara, como si comer no fuera conmigo, se asimila a cuando ves un cuenco de alimento para perros; igual está bueno, pero ni se te ocurre probarlo ¿no? Además sé que no puedo hacerlo aunque nadie me lo haya esclarecido. Reconozco que me da lástima perderme uno de mis mayores placeres en vida: el culinario y, aunque he catado verdaderas maravillas, echo de menos un *Whopper* de esos con barbacoa. ¡Aysss, qué paladar más cutre que gasto!

Suena el móvil, confirmando que no se ha estropeado. Toño va al salón a buscarlo pero cuando mira la pantalla, suspira y no lo coge. Creo que incluso cuelga; suceso extraño, porque él siempre andaba hablando con el móvil y pasaba de mí. Me sentaba fatal ir con él por la calle, que le sonará el móvil y me dejase tirada charlando con quien fuera y a pesar de que después le reprendía con el tono más amable que podía encontrar, él no lo entendía y si le volvía a sonar, pues lo volvía a coger, era otra de mis batallas perdidas, aunque todavía no me había rendido.

Ahora suena el teléfono de casa pero a Toño no le da tiempo a descolgar. De todas formas, vaya asedio con el teléfono, ¡pobrecito! A veces nos empeñamos en dar las condolencias sin advertir que el doliente tiene que descansar del sufrimiento y con tanta llamada se lo recordamos constantemente.

Vuelve al salón y enciende la tele. Comienza una serie española que queríamos seguir y que ya llevará varios capítulos que me he perdido. Me siento a su lado, como antes, cuando todo era normal. Si él supiera que estoy aquí a dos pasos.

Termina el capítulo. Toño se levanta para ir a la cama, ya está mucho mejor.

Vuelve a sonar el móvil. Alucino que haya gente que a estas horas te llame. Me imagino que será mi suegra. Me acerco al móvil, que está apoyado en la mesa, a la vez que Toño. No es mi suegra, leo “Marga”. Toño no lo coge y se retira.

¿Marga? No recuerdo quién es Marga...

Ahora llaman el telefonillo ¡Flipo, cuando yo vivía nadie nos visitaba a estas horas!

Toño descuelga pero no me da tiempo a reconocer en el videoportero quién es debido a que se me estira el brazo con una fuerza increíble. Miro en mi GPS ¿Ya? ¡Tengo que regresar! ¡Qué ímpetu! Le pulso, porque si no me quedo sin brazo. Me vuelvo al cielo —o al infierno. No puedo ni girarme para despedirme de Toño. Desaparezco.

—¿Sí?—dice Toño

—Toño abre, soy Marga.

Capítulo 18

Aparezco otra vez en la estancia donde toda esta locura empezó. Sí, es la misma sala y lo corroboro porque está mi abuela.

—¡Abue!

Voy hacia ella rápido y la abrazo. Está fría, por un momento había olvidado que aquí todos somos cubiteras y me había extrañado.

—Sara cariño —me susurra con su voz tranquilizadora—, ¿cómo te ha ido?, ¿ha sido muy duro?

No puedo contestarla, comienzo a llorar y vuelven los fastidiosos copitos a mis ojos.

—No llores cariño —me consuela—. Al principio es difícil, pero te sorprenderías si te dijera que después de un tiempo es bonito bajar.

Como un truco de magia consigue que mis copitos desaparezcan; oír su voz, ver que la persona a la que más he querido, ha pasado por lo mismo que yo estoy pasando, me consuela. No estoy sola aquí, está ella conmigo. Tengo miles de preguntas que hacerle.

—Abue, te echo de menos, qué pena que no te pueda ver más a menudo, ¿por qué no vivimos juntas?

—No podemos estar juntas Sara —sonríe—. Generalmente tú no puedes conocer a nadie en tu espacio, es tu nueva vida, ahora ellos son tu familia. Aunque a mí me está costando más de lo que pensaba, ¡no te creas! Saberte por aquí y no poder verte y darte algún consejo... Tenemos poco tiempo Sara, me tengo que marchar pronto. Cuéntame a quién has visto.

—He estado en mi funeral, y luego me fui con Toño. Se puso a llorar y no sabía qué hacer, ¡ah! Y conseguí comunicarme con él, nadie me lo había explicado.

—¿Cómo que te comunicaste con él? —me pregunta sorprendida.

—Sí abuela, lo de las mentes, lo de mandar imágenes.

Mi abuela me mira extrañada.

—No sé de qué me hablas Sara. Yo nunca he conseguido conectar con nadie, ¡y mira que lo intenté contigo! En mi zona sí que hay gente que consigue conectar de alguna manera, pero son muy pocos y normalmente no en la primera vez que bajan. Eres una afortunada, ¡ojalá yo hubiera podido decirte cosas!

—Pero no abue, no les digo nada. Les mando imágenes, con mi mente y ellos a mí, o eso creo. —Ya estoy dudando si me lo he imaginado.

—Probablemente, no lo dudes. Cada uno tiene una capacidad. Aprovéchala ahora que estás más cerca de tu humanidad, porque creo que se va perdiendo —Se le estira el brazo—. Me tengo que ir cariño.

—No abuela, quédate un poco más —le reclamo, pero entiendo que no puede—. ¿Cuándo te vuelvo a ver?

—No sé. Sara vive esta nueva vida, hazme caso. No te he preguntado qué tal con Marc, me pareció un chico muy agradable. —Ahora habla mucho más rápido, tiene que partir.

—No me gusta, no le aguanto —le respondo rápido.

—Eso no puede ser, Sara, él es tu mitad —me contesta un poco enfadada—. No hay nadie que se asemeje más a ti que él, recuérdalo. No hay cabida al no, no tengas miedo, abre tus emociones al sí, verás que es maravilloso.

Desaparece.

Me quedo sola. He pasado apenas tres minutos con mi abuela, con las ganas que tenía de verla. Se me vuelve a caer algún copito, ¡esto no es justo! Necesito hablar con ella, necesito que me aconseje como cuando era pequeña. Nadie en mi vida me ha escuchado con tanta paciencia como mi abuela; la añoré tanto cuando se fue hace tres años. Llegué tarde al hospital, me avisaron que le había dado un infarto, pero yo me había ido con unos amigos a pasar el fin de semana fuera de Madrid. Para cuando llegué, estaba sedada con mórficos y falleció a las horas. Y ahora que podría tenerla, se vuelve a ir.

Y encima en un momento vendrá Marc. ¡Ufhh, no me apetece verle la jeta! Él habrá pasado unos momentos estupendos porque habrá visto a su guapísima esposa en su enorme casa y cuando me encuentre se le irá todo el subidón y estará insoportable.

Pasan lo que yo creo que son horas y sigo sola. Cada vez estoy más fría. No sé por qué tarda tanto, empiezo a pensar que lo mismo se ha declarado en huelga de frío porque se niega a estar conmigo y prefiriere morir congelado. O a lo mejor es que EEUU está más lejos, y se tarda más en llegar. Mi escaso sentido común se decanta por la primera opción.

Me quedo helada, me estoy empezando a “emparanoiar” con que no va a venir y voy a perecer de frío. Cierro los ojos, pero no puedo dormir, sólo es posible dormir con él. ¡Vale, Marc gana! ¡Me muero, no aguanto más! ¡Adiós mundo cruel!

Resucito al sentir una presencia; es Marc que está en la otra punta de la sala. Le lanzo una mirada de reproche. Él viene hacia mí rápido.

—¡Sara! —Se va acercando como si recorriera los cien metros lisos. Ignoro por qué viene tan rápido. ¡Joé, es que va corriendo! ¿Está llorando? Me parece que sí. Doy unos pasos asustada hacia atrás. Como no frene, me voy a llevar un empujón importante ¡Pues de fijo que le denuncio! ¿Se podrán poner reclamaciones a tus mitades? ¡Me da igual, pero no pienso tolerar este tipo de comportamientos! Sí hombre, me tiene aquí esperando congelada y cuando llega me... ¿me?... ¿Me está abrazando? Me quedo atónita, no soy capaz de moverme. Me abraza muy fuerte, siento todo el calor que desprende su cuerpo. Lloro y vuelve a repetir mi nombre varias veces, no me suelta. Después de mi asombro, consigo mover la espalda y mis brazos para ajustarme a él. Le acaricio un poco el pelo para intentar calmarle, pero lo único que logro es que me abraza aun más fuerte y que siga llorando. Noto el frío de sus lágrimas que se escurren entre el poco espacio que queda entre nosotros, no alcanzan a llegar a la altura de mi cintura, prácticamente se evaporan por el calor que desprenden nuestros cuerpos unidos.

De todos los reencuentros este es el que menos me imaginaba. Nunca le había visto frágil, y ahora le tengo aquí susurrando mi nombre llorando, pegado a mí. Pero de todo, lo más extraño es que no quiero que pase este momento; no sé si es porque necesitaba cariño, no sé si es porque quería ver que él también lo ha pasado mal, o no sé si es porque me gusta sentir su cuerpo y me siento segura alrededor suyo. Eso me estremece, acabo de lloriquear por Toño, y ahora estoy disfrutando del abrazo de otro, pero recuerdo a mi abuela, cuando me ha dicho que le diera espacio al sí, ¿sabría ella que iba suceder esto?

Ha parado de llorar, pero no me suelta, continuamos abrazados. Es extraño cómo se puede estar tan a gusto achuchada a alguien con el que te llevas tan mal. Podría permanecer así eternamente, si no fuera porque en mi mente se está librando una batalla. Escucho a la

Sara friolera y conformista susurrar:

«Abrázame Marc, abrázame»...

Y a la par, oigo a otra Sara indignada:

«¡Le quieres soltar de una vez, golfa!»

Pero es que es maravilloso sentir calor, aunque no sé, igual hay que decir algo. Me lanzo:

—¿Estás mejor? —le pregunto con una minivoz que me sale de mis minicuerdas vocales que después del arduo trabajo se han tenido que echar a descansar.

No me contesta, ¡pues vaya, ahora ya me da un poco de corte estar pegada a alguien que ni siquiera me contesta! Pero decido que si él no me suelta, yo sigo abrazándole, que estoy la mar de bien.

Separa un poco su cabeza de mi cuello para mirarme, me estremezco. Tengo sus ojos clavados en los míos, examinándome. Apunto al suelo, no puedo sostenerle la mirada, nunca le había tenido tan cerca. Aparta su mano derecha de mi espalda lentamente, puede ser que se haya enfadado por retirarle la mirada. Advierto el calor que desprende la yema de sus dedos en el recorrido por mi columna vertebral. Me agarra la mano izquierda. Me propongo mirarle. Voy elevando mi cabeza poco a poco, pero cuando mis ojos llegan a la altura de su barbilla, mi cuello se frena en seco y dice que no sube más... «¡No está mal Sara, Roma no se construyó en un día!». Me conformo con hablarle a su barbilla y otra vez mis minicuerdas vocales le preguntan.

—¿Estás mejor?

Me dice que sí lentamente con la cabeza. Le sonrió. Me alegra que me haya respondido. Mi cuello deshace su bloqueo y ahora sí que soy capaz de mirarle.

Me quedo enganchada a su mirada y parece que él en la mía. Es algo extraño. No soy capaz de moverme. Estoy asustada, muy asustada, no sé qué está pasando. No puedo deshacerme de sus ojos. Noto como me comienza a acariciar la espalda con su otra mano, doy un respingo del susto. Esto comienza a ser peligroso, mi estómago se revuelve.

—No te vayas —me susurra mientras permanece clavado en mis ojos.

No, no me puedo ir, entre otras cosas porque me ha vuelto a acercar a él con su brazo y otra de las razones es porque no quiero. Me recorren miles de cosquillas desde la punta de mis pies hasta mi frente. Hay de nuevo otra batalla en mi cabeza; miles de voces me gritan: «¿Qué estás haciendo, estás loca?» y otras me chillan, «¡bésale, bésale!» . ¡Serán capullas! ¿Cómo pueden alentarme a que le bese?

Cada vez se acerca más, nuestros ojos continúan enganchados y nuestros cuerpos se asemejan a dos imanes perfectamente acoplados. Comienzo a notar su aliento... ¡Guau! No puedo con la responsabilidad, cierro los ojos; si me tiene que besar, que sea él. Sé que me sigue mirando, pero a estas alturas ya debería notar sus labios y no lo estoy haciendo.

«¡Qué manía con cerrar los ojos, Sara, ahora no sabes qué está pasando!» . Me regaño a mí misma. Marc me suelta la mano y me acaricia la mejilla. ¡Madre mía, es que sus dedos están ardiendo! Del susto mis ojos se han abierto espontáneamente.

—Gracias —Leo en sus labios

De repente me eleva y me sienta en sus brazos para llevarme al suelo. Estoy alucinando ¡Qué fuerza tiene!

Me tumba de lado y se acopla a mí. Alarga su brazo alrededor de mi vientre. Consigue que apoye mi cabeza en su brazo derecho doblado. Noto su ardiente aliento en mi cuello. Estoy increíblemente cómoda. Deja pasar un largo rato antes de hablar:

—Estabas helada cuando llegué, perdona mi...

—No, no te preocupes, ahora estoy bien Marc. —No deseo saber por qué apareció así.

—Y yo... increíble.

¿Ha dicho increíble? Sí, ha dicho increíble. ¿Habrás sentido lo mismo que yo? ¿Qué ha pasado? Por si acaso espera respuesta suelto un tímido:

—Sí...

Permanecemos en nuestra inocente postura cuchara un largo tiempo. Cuando nuestros cuerpos entran por completo en calor, le oigo a mi espalda:

—Gracias, Sara, de verdad. Necesitaba un abrazo. Te, te debo una.

—Te la cobraré, jijiji. Es broma —le aclaro, generalmente no entiende mi sentido del humor.

—Pues yo te la devolveré gustoso, y no es broma. Cuenta conmigo —Marc suena sincero—. Deberíamos descansar, ¿estás de acuerdo?

Asiento. Nos vamos a volar, más unidos y conformes que nunca.

Capítulo 19

Llevo un rato despierta, pero no quiero abrir los ojos. Hemos estado volando por acantilados e incluso hemos tocado el agua. Cada vez son más reales los sueños. He notado el frescor de la brisa marina en mi cara. Olía a sal, a azul, a verde, a gaviotas. Me encanta. Es curioso como aunque en Madrid no disfrutaba de esos aromas, los añoraba. Siempre soñé con vivir en una casa en la playa, ¡pero con una señora casa en la playa y no con un *bungalow* murciano en primera línea! Yo fantaseaba con alguna en la costa Californiana, de esas que están construidas en la misma arena... playas desiertas donde caminaría con mi perro (aunque nunca me han gustado y me dan miedo, pero va incluido en el sueño)... Con mi melena larga agitándose por el viento y con un vecino guapísimo sin camiseta, que viviría intrigado del porqué yo estoy sola y cotillearía continuamente en su porche mis movimientos. A veces mi imaginación recreaba capítulos de series, está claro.

Este viaje de hoy ha sido el mejor; volábamos riéndonos, cómplices, pero ahora, despiertos, no sé qué va a pasar. Si me vuelve abrazar... ¡Auuh! Vuelco en el estómago. No me imagino ir de su mano, reírme con él, besarme... ¡Auuh! Desde luego, estas náuseas matutinas serían en otro momento sospechosas de embarazo.

Por otra parte preferiría que estuviera como era antes del reencuentro. Tengo un sentimiento de culpa abrasándome por todo lo que sentí ayer. Si volvemos a llevarnos mal, desaparecería. Siento que he sido infiel a Toño y si me apuras hasta a Tere. Ellos están sufriendo por mí y voy yo y casi me morreo con el extraño este. ¡Qué fresca! Me he dejado llevar como una tonta, justo cuando Marc ha querido me ha tenido, debe pensar que estoy loca por él. ¡Qué fácil me he mostrado!

—Buenos días —le escucho. Parece una voz afable y ¿picarona? ¡Está convencido de que me tiene rendida a sus pies! ¡Y una mierda! Yo quiero a Toño y se lo voy a dejar claro.

Abro los ojos y me giro para verle, está tumbado de costado observándome. Me incorporo en un segundo. No puedo permitirme mirarle, me volvería a enganchar.

—Hola —le digo cuando ya estoy totalmente en pie. Intento sonar neutral, pero creo que se ha parecido más a un tono enfadado.

Me mira apretando su mandíbula y su gesto torna al frío más polar. Ahora sí le sostengo la mirada, ahora sí que puedo. Se levanta.

—Vámonos, Sara, ¿quieres?

Ha sonado fatal, pero me da igual. Le he hecho saber que yo no soy fácil y que lo que pasó ayer fue porque soy buena persona y quería ayudarle, pero nada más. Sí, eso fue lo que pasó, no quiero más estúpidas náuseas. Me pilló por sorpresa, estaba helada y necesitaba su calor. Él parecía destrozado y yo le consolé. Nada más, no sé porque me he obcecado tanto; lo hubiera hecho cualquiera y punto. No me gusta Marc, nada. Es arrogante, frío, altivo, no tiene sentido del humor, es aburrido... y encima cree que puede tenerme cuando quiera ¡No le aguanto!

—Por supuesto, vámonos —le contesto. Estoy deseando ver a Fátima.

Cada uno con su palma elige el único destino que se nos ofrece.



Llegamos a la fantástica hora del solárium. Todos nuestros amigos se levantan para saludarnos sorprendidos.

—¡Cuánto habéis tardado! —me dice Fátima a la vez que me abraza.

—¡Pero si apenas he estado una tarde! —le contesto.

—Olvídate del tiempo, Sara —me explica Darío—, lo que allí es una tarde, aquí puede ser una semana o al revés. Además normalmente, siempre que vuelves de la Tierra te llevan a la desintoxicación, yo lo llamo así, y eso pueden ser días. No subes directamente, pasas como por un lavado de coches automático.

—¿Sí? pues yo no recuerdo nada —dice Jimmy.

—Es que no se puede recordar. Entrás en contacto con los TAOS, que trabajan las energías de la transformación. La vez que más tiempo pasas es cuando falleces; hay gente que se tira años en ese lugar. Los TAOS tienen que transformarte en esto que somos ahora, y creo, pero esto sólo lo creo, que cuanto más impuro o más malo has sido, más tiempo trabajan ellos.

—¿En serio? No sabía eso —dice Frank, la mitad de Linda—. Ahora me has dejado intrigado Darío, yo ignoro cuánto tiempo estuve.

—Y yo —contesto.

—¿Tú, por qué? —me replica Marc— ¿No te diste cuenta de la fecha que era? Sólo ha pasado un mes.

—¡Pues entonces vosotros sois dos santos! —exclama Linda mientras se acerca a mí y me abraza—. Me voy a arrimar a Sara a ver si se me pega algo de ella porque estoy convencida de que conmigo los TAOS las pasaron canutas... —dice esto poniendo cara de borracha, logrando que todos estallemos en una carcajada.

De sobra sabemos por qué Linda se expresa así. Su vida no fue lo que se dice autocontrol. Se escapó de su casa en Charlotte cuando tenía diecisiete años y se fue a Los Ángeles. Quería ser modelo, pero acabó de camarera en un «*Hard Rock Café*». Su adolescencia ya había sido suficientemente caótica en Carolina del Norte, como para encontrarse sola viviendo en una ciudad llena de gente que está deseando sacar algo de ti, sin ofrecer nada a cambio. Vivió en una espiral de drogas, fiestas, sexo, alcohol y sueño, hasta los veintitrés años. Conoció en una fiesta a un abogado del que se enamoró locamente y se fue con él a vivir a Nueva York. Ella no podía creer que hubiera tenido tanta suerte con Jason; era formal, inteligente, responsable y le hacía ser mejor persona. Pero no resultó ser lo que parecía, o sí cuando las cosas iban bien, pero cuando las cosas se torcían en el trabajo o en cualquier otro ámbito, toda la culpa recaía en Linda, de una forma tan inteligente que Linda terminaba creyéndose culpable de todos los fracasos de Jason.

Esto se tradujo en varias palizas e ingresos en el hospital. Palizas en las que Linda estaba tan borracha que olvidaba todos los abusos. Pero apareció de la nada la hermana pequeña de Linda, Joé, y se la llevo directamente de la clínica a su casa de San Francisco, sin que Jason se enterara. Allí practicó una vida más tranquila, alejada de Jason y del alcohol. No fue fácil. Comenzó a hacer deporte, a ir a clases de baile, a dibujar, y se hizo asidua de reuniones de mujeres maltratadas. Tuvo varias relaciones con hombres y era algo en lo que tenía que cuidarse, porque según le habían explicado los terapeutas y psicólogos que le habían tratado, sus carencias, frustraciones e inseguridades las escondía detrás de

relaciones sexuales con desconocidos, en los que se sentía increíblemente poderosa. Todo ello vendría a raíz de sus anteriores fracasos en Los Ángeles.

Pasó varios años en San Francisco, consiguió con mucho esfuerzo terminar marketing. Y cuando se sintió preparada regresó a Nueva York. Allí montó una escuela de baile. Supo que Jason estaba casado y alguna vez se cruzaron sin saludarse; pero sólo tenerle cerca le producía varios días de shock. A los treinta y cinco años, se volvió a enamorar de uno de los profesores que tenía contratados, Delfín, un profesor cubano. Se casaron. Según les contaba, sin ningún pudor, su marido era lo mejor de lo mejor en la cama, así qué se olvidó del sexo con desconocidos durante un tiempo. Tuvieron una niña, un perro, una casa en Brooklyn y todo les fue bien, hasta que dejó de irles y volvió a las andadas y a las infidelidades; pero esta vez en hoteles de lujo en Manhattan. Aun así siguió con Delfín hasta el día de su muerte.

—¡Oye! Que yo no he sido una santa —le bromeo—. Yo creo que Marc ha sido el bueno... —Ignoro por qué he dicho eso, ahora le he implicado en la conversación; yo que quería pasar de él y le estoy demostrando lo contrario.

—Pues la verdad es que he sido buen chico... ¡Habría sido por mí! —Nos guiña el ojo. Todos vuelven a estallar en una carcajada. Es que ha hecho un gesto muy gracioso, como los monologuistas cuando esperan la respuesta del público. Yo no me río, estoy impactada, ¿desde cuándo tiene Marc sentido del humor?

—¡Con esa cara cómo vas a ser un mal tío, lo llevas escrito en la frente! —E imitando a mi mitad, Alex prosigue bromeando— ¡A mí pasarme directamente a TAO, que soy perfecto! —Alex le da un empujoncito y Marc le agarra como haciéndole un placaje en broma. Todos reímos.

Son geniales los ratos de sol, y me caen estupendamente todos mis nuevos amigos. Cada uno aporta algo al grupo:

Fátima la conversación, podría estar hablando días y días sin aburrirnos. Es mi mejor amiga.

Jimmy sin embargo, habla poco, pero escucha. Te hace sentir bien cuando charlas con él. Te aconseja con pocas palabras. Es muy directo e inteligente.

Alex aporta la alegría y la broma; siempre intenta que hagamos cosas y estemos entretenidos.

Cloe, lo contrario. Es la que se preocupa por todos y por respetar todas las normas. Nos da serenidad.

Linda... Linda está loca, ha vivido tanto, que aporta frescura y a la vez comprensión. Siempre puedes hablar con Linda porque cuando tú has ido, ella ha vuelto, se ha tomado un café, ha hecho yoga, se ha leído el Quijote, y lleva un rato esperándote. Es bromista y muy payasa. Es lo contrario a Cloe, Linda siempre se saltaría las normas.

Frank es el crítico, continuamente buscando el debate. Fue político y creo que importante. Aporta conversaciones muy interesantes, pero tiene algo de mal carácter, Linda sabe llevarle muy bien. No tiene mucho sentido del humor. Es con el que menos he hablado, todavía no tengo confianza.

Y por supuesto Darío y Lara, que son uno. Ellos ya no cuentan por separado. Nos aportan la sabiduría, la ternura, la bondad. Nada más conocerlos ya los quieres. A mí en concreto, aunque no lo aparenten físicamente, me recuerdan a unos abuelitos, de los que te regalan los oídos, de los que te quieren hagas lo que hagas y a los que es imposible no adorar.

—Os vamos a echar de menos chicos —dice Lara.

—¿Eh? —preguntamos todos al unísono.

Lara y Darío se miran y se dan la mano, acoplándose perfectamente —como mi abuela y Antoine. Lara le hace una mueca para que lo explique él:

—Estamos preparados, chicos, nos lo han confirmado hoy, vamos a pasar al siguiente nivel. Ya llevamos una barbaridad, y cada vez cuesta más irse. No ya porque nos sintamos muy humanos, sino por la familia que dejamos aquí.

—Sois nuestra familia, tenedlo claro —le interrumpe Lara—. Pero debemos avanzar, es el momento —lo dice con voz entrecortada, mientras que resbala hielo por sus mejillas.

—Tranquila, amor —susurra Darío mientras le limpia las lágrimas.

Yo a estas alturas tengo un pequeño glaciar en mis pies, que se está juntando con el que están montando Fátima y Alex, —como sigamos a este paso vamos a formar una maqueta de Laponia con trenecito y todo.

La noticia ha caído como una bomba, se ha producido un silencio abrumador, y eso es tan raro en nuestro grupo...

Miro a Marc. Sé que tiene especial afinidad por Darío. No llora, está cabizbajo, mirándose a los pies y dando pequeñas pataditas al suelo. Para mí que tiene un nudo enorme en la garganta pero no quiere llorar.

Frank es el primero que se acerca a ellos y da unas palmadas en la espalda a Darío.

—Enhorabuena, tío.

—Gracias Frank.

Y abraza seguidamente a Lara, que está ya más serena.

Después va Marc que abraza a los dos, pero no les dice nada, y poco a poco vamos yendo los demás.

Parece que hubiera estado organizado porque cuando los achuchones terminan, nos sentamos todos en un corro dados de la mano. Yo me encuentro al lado de Fati y de Alex y tengo a Marc justo enfrente. Aunque no estamos sentados con nuestras mitades, no hay frío, una corriente de calorcito circula por nuestros brazos unidos.

Darío y Lara nos cuentan que creen que tardarán un tiempo todavía en irse, su TAO se lo ha dejado entrever. Se abre un debate sobre los TAOS. Cada uno lanza conjeturas sobre cómo debe ser esa vida y su apariencia: nubes, espíritus, palomas... Al final degenera en que serán clavados a los Osos amorosos pero con alitas y —según Linda—, tacones, porque son imprescindibles para aparentar liderazgo.

Todos reímos. Todos excepto Marc. En un momento en que me atrevo a observarle de soslayo, le pillo mirándome taciturno. Mantiene la mirada clavada en mí, yo hago como que no le veo y continuo a lo mío. No sé a qué viene mirarme de esa forma...

Me entero, aunque ya lo sospechaba, que por supuesto hay ceremonia de despedida y que los que la han vivido dicen que es preciosa, pero muy dura.

Así pasamos la tarde. En un momento de algarabía le pregunto a mi amiga Fati por cómo van las cosas con Jimmy y me confiesa que algo mejor. Me alegro por ellos. Cuando mi cuerpo comienza a emitir las primeras tiritonas, Marc viene a por mí y nos vamos a descansar.

Capítulo 20

Continúo sin probar bocado, y durmiendo mal. Estoy empezando a preocuparme y Adan también. Él me pide que vaya al médico para que me receten alguna pastilla, pero no quiero. Luego es muy difícil dejarlas, lo estudié en enfermería. Además sé que el dolor que siento por la pérdida de mi amiga es natural y que hay que afrontar las cosas como vienen, nada de empastillarse para no sentir pena, para no sentir rabia; esas emociones son las que la hacen estar más cerca aún de mi amiga, se las debo. Si no puedo dormir, pienso en Sara, si lloro en la ducha, pienso en Sara, si me emocionó escuchando música, pienso en Sara, y es eso lo que hace que Sara siga conmigo. No sé en qué canción escuché que uno no está donde el cuerpo sino donde más le extrañan. ¡Eso espero! Temo que su recuerdo se vaya perdiendo, se vaya esfumando poco a poco con cada segundo, con cada rutina diaria, porque cuando estoy ocupada no pienso en Sara; después, cuando caigo en la cuenta me siento culpable.

Es así de duro, alguien tan especial como Sara desaparece y la vida no se para. La gente se sigue levantando por las mañanas para ir a trabajar, monta en metro, llega a casa por la tarde feliz de encontrar a su familia, preparan la cena, ven la tele y no se dan cuenta que Sara ya no está, ni siquiera la conocieron. Que cada minuto desaparece gente, pero nosotros seguimos viviendo igual. ¡Es tan injusto!

Es verdad que físicamente estoy muy floja y que probablemente tenga anemia. Debería al menos sacarme una analítica y valorar cómo ando de hemoglobina; pero para eso tengo que ir al médico y yo odio ir al médico. Antes iba al hospital donde trabajaba Sara y me hacía ella los análisis.

Adan sigue en Escocia, últimamente sólo viene un día o dos cada quincena; están muy liados. Su jefe despidió al compañero trepa y han estado buscando a alguien nuevo y mientras, mi novio, ha trabajado por dos.

Suena un mensaje de Adan, lleva toda la tarde mandándome mensajitos diciéndome que ya tiene compañero nuevo, bueno creo que compañera y que parece muy maja.

En este último mensaje me pone que no va a poder venir este fin de semana a España, porque tiene que poner al día a la nueva.

Le contestó que vale. Es un fastidio. Habíamos estado hablando de ir a la playa. Incluso en un arranque de ganas, encontré un hotelito con *spa* en Calpe, de lo más mono, y había hecho la reserva. Iba a ser una sorpresa, aunque ahora realmente sospecho que Adan ni se acordaba del tema de la playa.

Mando un mail, para anular la reserva y me alegro de haber contratado seguro de cancelación. Suena otro mensaje:

Estas enfadada? Perdona cariño es que tener mucho trabajo y me lo han dicho hoy. Besos. I love you ✓✓

Enfadada no, pero hastiada de la excusa del trabajo, sí. Adan ya nunca está en casa.

No, no te preocupes, pero íbamos a ir a la playa y había reservado Hotel. Besos. TQ ✓✓

Apago el

móvil.

Entre mi depresión, que me seca las ganas de salir y que no tengo con quién, me estoy convirtiendo en una ermitaña. Además tampoco sé nada de Gina, desde que se fue no me ha llamado. Probablemente esté cabreada porque en los días posteriores a la muerte de Sara no le hice ni caso... pero... ¡Joé, es comprensible! La historia es que antes hablaba con mi cuñada durante horas y ahora no sé nada de ella. Le preguntaré a Adan algún día si está molesta.

Así que cambio de planes: decido ir a casa de mis padres a comer y así luego me paso por el Mercadona de mi antiguo barrio, para hacer la compra para el fin de semana.



Nada más abrir la puerta de casa, mi madre expulsa un grito terrorífico:

—¡Pero Tere, cariño, qué mala cara tienes, estás más delgada! —me da un achuchón.

Hasta, Ricky y Melisa, los gatitos que tienen mis padres desde que me fui, se echan para atrás del susto. Esto es lo que no quería, que me recordaran que estoy hecha unos zorros, como cuando vas a la peluquería y la profesional del cabello exclama que se te cae el pelo en reiteradas ocasiones. ¿No se darán cuenta de que ya los sabes? ¿Que tú eres la que vas recogiendo los cadáveres pilosos por toda tu casa? ¿Que tu hogar se ha convertido en un campo de batalla, donde descansan multitud de pelos, asesinados por el maldito estrés y la carencia de hierro? Pues que mi madre empiece a calentarme la cabeza con que tengo que cuidarme más y que me vaya con ellos mientras Adan no está, no me apetece nada de nada. Por eso termino retrasando tanto las visitas.

Mi madre es un poco obsesiva con el tema de la salud. Hace unos años la diagnosticaron una miocardiopatía dilatada —el corazón un poco feo—, y desde ese momento su vida dio un cambio. Se cuida como una loca: camina dos horas al día, no toma nada de sal ni grasas saturadas y pasa largas temporadas en el pueblo, porque asegura que allí la vida es más sana y que como mi padre tiene EPOC —los pulmones muy feos—, a los dos le viene bien el aire puro.

Estoy segura de que va a aprovechar, al verme con tan mala cara, para sacarme el mismo tema de siempre. A mi madre nunca le ha hecho gracia que me vaya a vivir sin casarme, un clásico, así que aprovecha cualquier ocasión para lanzarme indirectas e intentar reintroducirme por el camino correcto.

—Mamá, estoy bien, pero es que no tengo hambre y encima casi todo lo que como lo vomito. — Al momento de decirlo me arrepiento, ahora sí que me va a calentar la cabeza.

Efectivamente mi madre se vuelve loca, y me quiere llevar a rastras al hospital, y si no fuera porque soy enfermera y le empiezo a soltar términos médicos sobre la somatización y el duelo, acabo en urgencias con un suero y un Primperan intravenoso.

A media tarde, después de comerme un plato entero de ensaladilla rusa y filetes de lomo, me despido de mis padres; no sin antes llevarme media nevera y despensa y una promesa de que el domingo iré a comer a casa. En el fondo, madre no hay más que una, y aunque es agobiante por una parte, por otra me gusta sentirme cuidada y protegida.

Entro en Mercadona. Me agrada venir a esta hora porque no hay mucha gente. Las estanterías están rebosantes de productos ordenados y provocadores; comida que te incita a llevarla contigo, a que la invites a un buen hogar, limpio y ordenado como su estantería. Nunca podría comprar en un sitio en el que todo estuviera revuelto, tipo mercadillo, en donde los productos están sobados, casi, casi prostituidos.

No deseo encontrarme con nadie y provocarle la misma reacción que a mi madre. La soledad se está apoderando de mí y cuanto menos hablo, menos quiero hacerlo. Sin duda estoy opositando para ermitaña... como Adan siga en Escocia me hago con la plaza en un mes máximo.

¡Exitazo! El supermercado está medio vacío ¡Qué alegría!

Empiezo por la sección de embutidos. Grasas saturadas ¡descartado!, excepto el pavo, bueno y la mortadela siciliana —que es rosa... no puede hacer daño a nadie. En frente están los sugerentes tipos de queso que me gritan para venirse conmigo. Me decanto por el *emmenthal*, por descontado, y el feta para ensaladas. Antes estaba rendida al sabroso y casero gazpacho, pero últimamente no puedo ni pensarlo; demasiado fuerte, así que le miro con pena y le descarto. Paso por la sección de congelados y decidido, me voy a comprar una *calzone* y un helado; fácil y cómodo.

Suena el politono del supermercado: «Mercadona... Mercadona...» y después anuncian que el guacamole está en oferta.

¡Uhhmm! Nachos con guacamole. Como he perdido varios kilos puedo permitírmelo. Voy hacia allí, para darme un homenaje esta noche de nachos mexicanos, sin ningún tipo de resquemor. Cuando estoy llegando, me parece reconocer a... Me paro en seco ¡No puede ser!, justo a la persona que menos quería encontrarme en la Tierra está allí, rebuscando entre las bolsas de lechuga. Parece más delgado, continúa llevando algo de barba como cuando le vi en el funeral, pero no tiene mal aspecto. No puede ser que esté ahí delante de mí, ¿será una alucinación? ¿O alguien parecido? Lleva ropa de gimnasio; tiene pinta de haber estado corriendo, sí, y está algo más moreno. Sí, confirmado, es él.

Noto que el corazón se me acelera y que la ensaladilla de mi madre va a ser la reina del pasillo en breve. Pero no puede girarme, estoy paralizada, mis pies se han declarado en huelga en el momento menos preciso.

Justo cuando Toño va a sacar su cabeza de las ensaladas y se va a encontrar con mi cara de susto, aparece una chica de la nada dirigiéndose a él. También viste chándal, hablan, ella le muestra dos quesos, elijen uno.

Me está dando la espalda, y no sé quién es esa chica, pero no parece recordarme a nadie. Consigo que mis pies se recuperen y me alejo un poco para esconderme. Deduzco que vienen juntos de correr o del gimnasio, y están haciendo la compra para cenar. No consigo verle la cara, es alta y bastante delgada y tiene el pelo rizado en una coleta. Se ríen, ella le hace una caricia en el pelo, y se van juntos a la caja. Y sí, van de la mano.

¡No me lo puede creer! Tengo miles de sensaciones diferentes en mi cuerpo, pero la única que reconozco son las lágrimas que corren por mis mejillas, no sé por qué, pero es la única emoción que entiendo. No puedo ni pensar que Toño esté con alguien ya, que haya reemplazado a Sara, que se ría con otra mujer o simplemente que se ría. Las lágrimas se desbordan, yo una vez que empiezo no puedo parar, menos mal que llevo las gafas de sol en el bolso que me van a ayudar a ocultar mi estado de tristeza. Sí, tristeza, tristeza porque Sara viviera sus últimos días con alguien tan banal, con alguien tan indecente. Y siento rabia, tanta rabia que estrellaría mi coche contra el suyo si lo viera en el parking.

Y pensar que a veces me sentía mal por no llamarle, por silenciosamente culparle del accidente.

Salgo de Mercadona y busco en el parking el coche de Toño, porque como le vea le voy a decir tres cosas, no me pienso quedar callada. Esta opositora a ermitaña puede tener muy mala leche. Pero ya no está, ya se ha marchado con “su chica”... ¡será cabrón!

Capítulo 21

Me despierto después de un largo sueño con Marc. Recuerdo que antes de dormir tuvimos nuestra ya típica, conversación “ascensoriana”: sí, esa repleta de frases hechas y monosílabos.

Permanezco con los ojos cerrados pensando en Darío y Lara. Me da mucha lástima que se vayan. Eso me hace darme cuenta que entonces aquí también hay despedidas, como en la Tierra, aquí tampoco estamos juntos para la eternidad. Bueno, sí, con tu mitad, sí.

Ayer me sorprendió un Marc diferente, un Marc más comunicativo, más simpático, y parece ser que la gente le está tomando cariño, incluso Alex habla con él. Se lleva muy bien con Darío y con Cloe, la mitad de Alex. En cierto sentido Cloe y él hacen buena pareja, son más contenidos, más serenos, más intelectuales. Y yo desde luego formo una pareja perfecta con Alex, nos lo pasaríamos genial juntos. Con él estoy en total sintonía, venimos de mundos parecidos, ¡y es tan atractivo! En la Tierra no hubiera sido capaz de tener una conversación inteligente con él, hubiera dicho un sinfín de tonterías, «como cuando vi a cierto actor buenorro»...

Trabajé un verano en un laboratorio, y una mañana al abrir la puerta apareció ese actor buenorro. Casi me caigo de rodillas ahí mismo, y le hago entrar “a puerta gayola”. El caso es que venía a sacarse una analítica y yo era la enfermera, así que le indiqué que me siguiera al cuarto de extracciones, y allí en nuestra corta intimidad, empezó mi espectáculo. Comenzó con una tembladera de manos que me imposibilitaba ponerle el compresor, cayéndose varias veces, con los consiguientes: «¡Uy, perdona!», acompañados de esa risita nerviosa tan tonta que todos tenemos y que aparece en los momentos especiales. Al ir a recoger el compresor todos mis bolis salieron disparados del bolsillo de la bata. El actor buenorro, en un gesto caballeroso, se agachó para ayudarme y como yo estaba ciega por los nervios, no me di cuenta y al incorporarme le propiné un empujón con todo mi culo orondo en su abdomen, que le hizo desplazarse más o menos un metro, pero sin daños... (Bueno, hasta donde yo sé, lo mismo le rompí el bazo).

Ya una vez superado el reto del compresor, tocaba palpar el brazo para encontrar venas; eso bien, porque era muy buena encontrándolas, aunque debería haber sido más lista y haber tardado un poco más, ya que es lo único que le podría palpar a dicho actor buenorro... visto lo visto.

Pero lo peor fue mi conversación. Le confesé que me encantaba una de sus pelis, que incluso me la compré, pero que me costó encontrarla un montón, porque no estaba en ningún sitio ¡Toma ya, animando! También le conté que yo quería ser actriz, pero que me daba miedo saltar al vacío. No, no tenía sentido, era mentira, pero lo dije. Mientras, mi cabeza me reprendía: «Sara cállate, Sara cállate». No paré de hablar y él asentía tímidamente; me imagino que viendo en mí a la enfermera psicópata de «Misery» de Stephen King. Total, que el pobre no regresó al laboratorio ni a por el resultado.

Sin embargo con Marc, no hubiera ni intentado entablar una conversación. Nunca me ha atraído la gente tan segura de sí misma. Me gustan las personas que se ríen de sus

errores, y que reconocen que los tienen. Los que van con la cabeza tan alta como Marc, me la traen fresca.

Aunque estoy todavía con los ojos cerrados, se me estira la mano y noto que a Marc también. Temo que sea la ceremonia de despedida y me da miedo mirar, pero ya conozco qué pasa si no haces caso a «la llamada». Me desperezo y abro los ojos. Marc está sentado, dándome la espalda, visualizando ya en su “V anatómica” el destino. Me incorporo, y me quedo a su altura. Con un semblante afable me dice.

—Buenos días... dormilona —el “dormilona”, suena mucho más bajo, seguro que se ha ido arrepintiendo a la vez que lo decía.

—Buenos días Marc. ¿Qué pasa? ¿A donde tenemos que ir? ¿Es hoy la despedida? No, por favor, me muero de pena, no se me va de la... —Parezco una metrallera.

—No, tranquila, es sólo clase —me interrumpe y me sonrío. Yo me levanto como alma que lleva el diablo y miro en mi mano: me aparece Linda.

—¡Ah! Entonces me voy a baile con Linda, así me despejo. Chao.

Le dejo ahí plantado. «¡Bien hecho Sara!»

No hay nadie en clase de baile, sólo Linda y yo, por tanto nos sentamos y pasamos de los bailecitos. Generalmente las clases están llenas y podemos ensayar coreografías. Desconozco por qué se han ausentado hoy mis compis, pero no me afecta demasiado. Todo lo que sea estar lejos de Marc, me vale. Linda es una tía estupenda y me encanta hablar con ella; no se corta con nada, no hay barreras, si te tiene que decir algo, ten por seguro que lo hace. Me cuenta que a veces Frank le pone de los nervios, que es un «tikis mikis». Sus mayores problemas son porque Frank tiene establecidas un montón de normas, que Linda a su vez, se salta continuamente.

—¿Y a ti, cómo te va con Marc, Sara? —me pregunta a bocajarro, no me da tiempo a contestar, Linda continúa—. Me cae fenomenal, es introvertido, pero se le ve muy majo, seguro que en la intimidad gana... Tú me entiendes —Hace una mueca picarona.

—Pues no, Linda no te entiendo, no hay... intimidad, ¡ni de coña! Con Marc y conmigo se han equivocado, es imposible que él sea mi mitad, es un prepotente, no me gusta y yo a él menos —me he explayado.

—¿Por qué dices eso, peque? ¿Cómo que no le gustas? —Se extraña.

—Pues porque esas cosas se notan Linda. Nunca le he gustado. Desde el primer momento me mira como si fuera una paleta. Bueno y lo corroboré el día de la fiesta de bienvenida, figúrate, le pillé diciéndole a Alex que yo era vulgar...

—¿Sí? ¿Tú crees? No sé, me dejas helada, aunque aquí lo de estar helada es fácil —bromea—. Yo le he visto mirándote varias veces de una manera que me fascina.

—¿Cómo? —Recuerdo que también me lo dijo Fátima.

—Pues, no sé, como si te atravesara, embelesado, como... como si fueras su libro favorito. Varias veces, cuando no estás cerca suya, sobre todo cuando juegas con Alex.

—Pero eso será porque le cabrea que me lleve bien con Alex —le respondo.

—No, no es mirada de celos, ni de rabia, es... no sé expresarlo. Como un fan, sí, algo parecido a la mirada de un fan ¡Qué cursi sonó esto! —ríe—. Es que no sé...

—Pues, desde luego no es mi fan, Linda. Apenas nos hablamos, sólo dormimos.

—¿Sólo? —me dice con burla, dándome un empujoncito con su hombro.

—No te entiendo, Linda. Sí, sólo —le respondo.

—¿Entonces, no, no habéis...?

—¿Hemos qué? Me estás poniendo nerviosa, Linda.

—¡Venga, Sara! ¿No os habéis unido?

—¿Unido? ¿Cómo que unido? ¿Lo de dormir?

—¡Ay, Sara! ¿Cómo que lo de dormir? ¿No sabes lo que es unirse? —. Le indico que no.

—Pues Sara, unirse es hacer el amor ¡Aysss! mucho mejor que hacer el amor, ¿dónde va a parar? ¿Pero no te lo han contado? —ríe por lo bajini.

Yo estoy a cuadros y le vuelvo a indicar que no.

—¡Qué alegría me das! Pues yo te lo cuento. Sara es lo mejor que hay aquí, bueno por lo menos para mí, ya me conoces, yo ya antes era muy... digamos que yo era muy sexual. Os estáis perdiendo lo mejor de la dualidad. Por eso tienes tantas dudas y te preocupas por tonterías. Y estarás helada, mi niña.

—Pues, sí, estoy helada, siempre ¿Se me quitaría el frío?

—Pues claro, el frío y las penas — se ríe—. Lo raro es que no lo hayáis descubierto. Nosotros lo hicimos pronto, al día siguiente de conocernos, creo. Aunque también es verdad que hay parejas que tardan más, no todos son tan rápidos.

—¿Cómo se hace? —Me muero de vergüenza solo de preguntarlo, pero ya me tengo que saber esta lección, aunque no tenga ninguna intención de practicarla con Marc.

—Pues es sencillísimo. Debéis situaros uno frente a otro, con alguna parte de vuestros cuerpos en contacto y lo más importante, miraos. Una vez que conectas las miradas, todo va solo: puedes acariciarte, besarte, quedarte quieto, tumbarte. No sé, hay muchas formas, pero comienzas a sentir corrientes por todo el organismo. Es como si tu cuerpo fuera hipersensible, cualquier roce le excita, está alerta. Es difícil de explicar, debes dejarte llevar al máximo por él y él por ti. Os acopláis, todo encaja, no piensas en nada, sólo en el placer que sientes. Pero para que tú me entiendas —mira alrededor, como si no quisiera que nadie la oyera, y me confiesa casi susurrando—, como cien orgasmos a la vez en todos los rincones de tu cuerpo.

Me entra un escalofrío

—¿Y cuánto dura la unión o cómo se acaba? —le pregunto.

—No sé, aquí no hay tiempo, algunas veces más, otras menos, depende de vuestras energías. Es agotador, no te creas, te deja exhausto. Alcanzas mucho calor, por eso digo que debes estar helada. ¡Aysss qué frío! De tanto hablar me estoy congelando... Tú me entiendes, voy a buscar a mi chico a ver qué puede hacer, y así la próxima vez te lo explico mejor —ríe.

—¡Ah, vale! —Estoy atónita, no sé qué decir, me está contando que se pira para tener cien orgasmos seguidos con su mitad, ¡así, tan natural ella! Linda es única.

—No tardes en probarlo, Sara, es fabuloso, no se puede explicar con palabras... ¡Os va a encantar! —dice, mientras se esfuma a una velocidad digna de estudiar.

«No, no nos va a encantar, porque no voy a hacer el amor, o unirme, o como se llame con Marc».

Ahora lo entiendo. Eso es lo que nos pasó el otro día, estuvimos a punto de... ¡Buajjj! Me apuesto la melena a que él lo sabe, y por eso ha estado tan amable estos días cuando nos hemos despertado. ¡Qué fresco! ¡Pues va listo conmigo! Yo no pienso tener ni un orgasmo, ni cien con Marc. Reconozco que no me vendría mal y que sería toda una experiencia, porque recordando lo que me costaba con Toño... ¡Cien orgasmos, qué barbaridad! Lo habrá exagerado un poco. Seguro que yo me pongo y ni me entero...

¡Vaya!, pues yo también me congeló. Veo en mi mano a Marc solo, me debe estar esperando.



Aparezco a su lado. Efectivamente no hay nadie más. ¡Lo que me faltaba, intimidad! ¿Pero dónde se ha metido la gente hoy? No puedo mirarle a los ojos después de lo que me ha contado Linda. Me alejo un poco, mientras le saludo con un tímido hola.

—¿Qué tal baile? —me pregunta apuntando al suelo.

—Bien, bueno mal —Se me está notando mucho mi azoramiento—. No había nadie y hemos charlado —le respondo cabizbaja yo también.

Silencio. Silencio incómodo. Más silencio.

Se acerca a mí, tímidamente. Veo sus pies aproximándose ¡Ay, mi madre! Mi estómago es una centrifugadora a mil doscientas revoluciones por minuto. No sé por qué me pongo tan nerviosa cuando Marc se me acerca, realmente debería pararme a reflexionar en algún momento el porqué me sucede; nadie ha provocado en mí tanta inquietud. Probablemente hoy me esté pasando por lo que me ha contado Linda. Efectivamente, estaré sugestionada con lo de la unión. Continúa acercándose y yo sigo con la cabeza baja. Se coloca delante de mí, diviso sus pies casi pisando los míos. Me pone un dedo en mi barbilla alzándome la cabeza suavemente, creo que voy a vomitar. Me mira. Le miro.

—Tenemos que hablar, Sara.

Capítulo 22

—¿Qué? ¿Qué pasa? —titubeo, me ha pillado por sorpresa. Luzco un temblor en mis extremidades claramente notable.

—No, no pasa nada. —Mira a mis manos y se percata de que están tiritando.

—¡Estás helada, Sara! —exclama.

Menos mal, la verdad es que no tenía tanto frío como para tiritar, pero mejor esto a que concluya que estoy frenética, parezco “Quique Tembleque”, de la tembladera que gasto.

—¿Puedo? —Me está pidiendo permiso para abrazarme y darme calor. Consigo que mi cuello tiemble —¡puro teatro!—, indicándole que sí. ¡Bien! ¡Mucho mejor! Así no nos podemos mirar, aunque vamos a estar muy cerca, no sé yo...

Me achucha. Sus brazos son puras estufas que rodean mis hombros uniéndose a la altura de mis omóplatos. Pero continúo tiritando; juraría que más que antes «Sara tranquilízate o se va a dar cuenta de que estás atacada».

—Ves, esto es algo que también tenemos que hablar, no puedes vivir siempre congelada —se arranca.

Lo sabía. Ahora me va a contar lo de la unión. ¡Pero leches, si no somos capaces de mantener una conversación! ¡Qué digo conversación! Un pequeño diálogo, ¿cómo vamos a ponernos a hacer el amor? Yo no puedo, no puedo. Me niego, se supone que esto es el cielo y aquí hay que ser más puros y castos. ¡No! ¿No? ¿Nooo? ¡Qué fuerte!

—Ya, bueno es que siempre he sido friolera, no te creas... —No se me ha ocurrido otra cosa.

—Pero debes decírmelo Sara. Yo puedo darte calor con mi cuerpo, eh... —vacila— ... me refiero a así... ¡No, no quiero! No te estoy diciendo que... —balbucea turbado.

«¡Ay Dios! Lo sabe él también ¡Madre Santa!»

—¡Ejem, ejem! —Oigo la voz salvadora, angelical y oportuna de Alex—. Siento aguar esta explosión de cariño y afecto entre mis chicos preferidos, pero tenemos novedades.

Nos separamos al instante. No entiendo cómo, ni por qué, pero nuestras manos siguen enlazadas.

—Lamento la interrupción. Es que nos vamos de viaje ¿A qué es guay? Me voy de viaje con mi chica favorita... ¡Sara! —canturrea Alex.

Ya. Ya sé porque estamos de la mano: Marc no me suelta, y ahora me ha apretado más fuerte. ¿Pero qué se ha creído este? ¿Qué soy de su propiedad? Con mucho esfuerzo consigo zafarme de su mano ardiente. Se voltea y me lanza una mirada, mitad sorprendida y mitad indignada. Yo le respondo con la cara más neutra que sé poner y me dirijo hacia Alex y Cloe —dando a entender que me he separado porque quería ir hacia ellos. Confirmando mientras camino decidida que tengo que reflexionar sobre lo que me está pasando; en teoría no debería importarme lo que sienta Marc y debería dejarme de juegucitos. Tengo que encontrar algún momento para pensar en mí.

—¡Hola chicos! —Les doy un abrazo corto.

Marc llega un poco después que yo y le asesta un toque en la espalda a Alex.

—¿De qué estáis hablando? —pregunta Marc.

—Tío, lo siento... —se mofa Alex.

—No pasa nada, Alex. Sara estaba helada... aunque creo que ya se encuentra mejor ¿verdad? —Pulladita cien por cien; ha sonado a pulladita en toda regla, ¡qué capullo!

—Sí, es que he estado en baile con Linda y me he quedado helada. Marc me daba calor, no estábamos... —«¡Sara, cállate!», me dicen mis pocas neuronas despejadas.

—No hagáis caso a Alex, u os tendrá todo el viaje dándoos la coña. Es un bromista —aclara Cloe—. Alex, tenemos poco tiempo o se lo explicas tú o yo.

—¡Voooy! —Ha respondido como cuando eras pequeño y te decían que ordenaras la habitación—. Chicos nos hemos citado con el TAO y hoy nos toca bajar a la Tierra, pero juntos, a algún sitito que queramos. Se hace cada cierto tiempo, bueno nosotros desde que llevamos aquí sólo lo hemos practicado en una ocasión. Y esta vez nuestro TAO nos ha ofrecido la posibilidad de viajar con otra pareja. Vosotros sois nuestros candidatos. Al TAO le ha parecido bien.

Estoy flipando, por una parte porque te puedas ir de viaje así como así, y por otra porque nos hayan elegido a nosotros.

—¡Qué fuerte! —exclamo—, quiero decir, ¡qué guay, chicos! ¡Gracias! ¿Pero? ¿Por qué nosotros? ¡Joé!, muchas gracias de verdad.

Alex se acerca a mí, y me abraza fuerte mientras dice:

—¿A que mola? Sabía que os iba a gustar.

—Yo no sabía que se podía viajar —Marc también está alucinado. En su rostro se dibuja una sonrisa—. No me lo habían contado. ¿Y adónde vamos?

—Pues no podemos elegir ningún país de origen, así que pensamos ir a Noruega ¿Os apetece? Hemos dudado con algún país asiático, si lo preferís vamos, no hay problema —explica Cloe.

Me invade la pena. Yo había planeado visitar Noruega el verano que viene con Toño. Él estaba obsesionado; tenía varios amigos que habían ido y me lo repetía mil veces, incluso había empezado a hacer una “fiordos-hucha”.

—Por mí estupendo, yo no lo conozco —Marc asiente.

—Yo tampoco he ido, quería ir el próximo verano —les confieso—, pero no me ha dado tiempo, me he muerto antes, como veis —Es la primera vez que gasto una broma con el tema de mi muerte, me debo estar aclimatando.

Cloe se ríe y me da un pequeño abrazo y un beso en la mejilla

—¡Qué rica eres! Nos lo vamos a pasar genial, ya lo veréis. Nada de compadecernos. Esto es mucho mejor, ¡volamos en primera clase!

—Y sin facturar —le sigue Alex.

—Sin comer ni beber, que tengo entendido que es carísimo. Llevamos un todo incluido —continúa con la guasa Marc.

—Sin esperar filas, ¿imagino? —pregunto. Para bromista, “la menda lerenda”.

—Por supuesto y con todas las excursiones pagadas —dice Alex—. Somos los clientes “*vips*”. ¿Así que os venís?

—Sí, claro —decimos Marc y yo a la vez.

—Pues vámonos, que como el TAO ya sabe el destino, no hace falta que lo corroboremos, y estamos perdiendo un tiempo precioso en Noruega —transmite Cloe.

Cloe nos indica que nos demos las manos y Alex confirma en su GPS manual, la

dirección ¡¡Me voy a Noruega!! Mi mente vuela a mil por hora ¡Cómo cambian las cosas en un instante!

Es genial irse de viaje, así sin más, de un momento a otro... Esto del cielo no está tan mal.

Capítulo 23

—¿Estás seguro? Los encuentro muy alejados.

—Sí, yo creo que sí. Les vendrá bien. Sara está muy despistada. Se resiste al cambio. Una variación en su rutina le sentará perfectamente.

—Bueno, pero es normal que se encuentre confundida. Les ocurre a muchos, me atrevo a decir que a más de la mitad. Y por mi experiencia, les resulta mucho más difícil cuando tenían pareja antes. Lo que quizás necesita es pasar más tiempo con él a solas, aquí, en el primer nivel.

—Sí, yo pensaba eso, pero llevan ya un tiempo y no hay evidencias de cambio. Sara es muy visceral, sus emociones priman ante la razón, y ahora está confundida, no es fácil para ella, se resiste. Además he observado que no hay espacio en ella para los grises, sólo hay blanco o negro. Odia o ama. Tengo que trabajar esto.

—¿Y entonces crees que le irá bien en el viaje?

—Sí, a los dos. Mi intención es que conecten, que se vean y dónde mejor que en donde se sienten más ellos mismos, en su anterior entorno, en la Tierra. Allí se relajarán, y sus energías deberían fluir. Sara ha puesto un escudo que impide a la energía de Marc acercarse.

—Sí, es verdad, estoy de acuerdo. Pero Alex, puede separarlos aun más. A pesar de todo el trabajo que he hecho con él, sigue siendo muy humano en ese aspecto y te aseguro que se siente atraído por Sara.

—Pero Cloe, sabe frenarle, ¿no?

—No sé, cuando quiere. Ella es increíblemente serena. Cloe desprende mucha seguridad, confía más en ella que en nadie, por eso no le afectan los desplantes de Alex. Pero es por eso también, que no entra en absoluta conexión con él. Es un círculo vicioso, no se moja, digamos que si la quieres le vale, pero si no, tú te lo pierdes.

—¡Qué de escudos traen! Esto es en lo que te va convirtiendo la humanidad, ¿te das cuenta? Pasan de ser niños inocentes a adultos con grandes corazas. Resulta curioso como aunque son conscientes que llevan una gran carga, es más fácil acarrear con ella que pasar por desilusiones, fracasos... ¿qué sé yo? Emociones negativas, pero naturales. Es lo que más cuesta trabajar del primer nivel, los escudos, ¿verdad?

—Sí, efectivamente, si se los quitas, se encuentran desnudos. Cloe carga muchos más que Alex, en este punto Alex es más puro, él es lo que ves, es muy natural, por eso pensé que le vendría bien el viaje: un cambio en su rutina, intimidad, conversaciones... Aunque cuando tú me pediste que fueran también Sara y Marc, me gustó la idea. En algún momento tienen que darse cuenta quién es la pareja de quién, debe saltar la chispa, están irremediabilmente predestinados. ¡Ah, y cuidado con Marc y Cloe! Entre ellos también hay conexión, desde la amistad claramente, pero es posible que se confundan o confundan a Sara y Alex.

—¡Madre mía! Me están surgiendo miles de dudas... ¿Habremos hecho bien mandándoles juntos?

—Pronto lo sabremos... Es arriesgado, pero piensa que peor que están...

—¿O sí?

— Lo que sí que creo que debemos hacer es no precipitarnos. Si las cosas van mal al principio, es normal. Tenemos que dejarles tiempo, no subirlos, que resuelvan sus conflictos por sí mismos. Ya les he explicado las normas, y también les dije que podrían descansar allí para no quedarse helados... Es todo un experimento, pero creo que va a ser positivo. A mí me queda mucho trabajo todavía con Alex y Cloe, lo tengo claro. Espero que el viaje les aclare, pero auguro un largo tiempo hasta la transformación.

—Pues como sigan así mis chicos, prometen más que los tuyos.

—Nunca se sabe, probablemente cuando rompan el bloqueo... Pero no te preocupes, lo estás haciendo muy bien, todos lo comentamos. Te felicito y más siendo una circunstancia tan especial como la tuya. Eres muy valiente.

Es una sala amplia, no hay nadie, únicamente se intuyen dos formas: dos TAOS.

Capítulo 24

Aparecemos los cuatro a la vez de la misma forma que nos fuimos: unidos en un círculo. Permanecemos quietos y en silencio. Me encuentro cansada. Probablemente ellos se encuentren agotados como yo. Es similar al entumecimiento que se siente después de dormir muchas horas. Ni idea del tiempo que hemos estado viajando.

Pasa un rato y parece que vamos cobrando energía, esta fluye por nuestras manos unidas ¡Menos mal! porque era desagradable sentirse tan flojo.

Deshacemos el círculo. Seguimos en silencio. Me volteo para mirar dónde estoy. Una oleada de fascinación recorre mi espalda y hace que se me doblen las rodillas. Nos encontramos en un mirador. Una ciudad se aparece debajo de nosotros. Es como una pequeña isleta alargada, rodeada de montañas y con casitas de cuento —Hansel y Gretel, son de aquí, fijo. Todos los tejados son grises. No es muy grande, pero la vista resulta maravillosa. Me planteo cómo habría sido vivir aquí: no deben tener estrés, ni intuir lo que es. Debe estar prohibido enfadarse, seguro que todos son sumamente felices viviendo en un entorno así. Sonrío. Me siento afortunada.

—¡Qué pasada! —exclama Alex. Si alguien podía romper el silencio era él.

Marc, como yo, mira anonadado desde el mirador. Alex pasea, y Cloe viene de ver un tablón que me imagino que será el que especifica dónde nos hallamos.

—Hemos aterrizado en Alesund, en el mirador de Fjellstua —nos aclara.

Yo sigo absorta en las vistas, no sé donde está eso, ni qué es Alesund... pero me encanta.

—¿Estamos en Noruega, no? —duda Alex.

—Sí claro. Pone allí que este pueblo es el punto de entrada de un fiordo, el del Geiranger y que es patrimonio de la humanidad.

—Es asombroso —exclama Marc por fin—. Es tan diferente de donde yo vivía... Me encantan los paisajes tan amplios, la mezcla de la civilización y la naturaleza, cómo el hombre ha sabido adaptarse al entorno, construyendo ciudades tan fascinantes. De donde yo soy, sólo destacan los parques temáticos.

No sé de dónde es Marc exactamente. Nunca se lo he preguntado. Cierto es que jamás le había visto hablar tanto tiempo y menos de él. Aunque lo que más me flipa es lo bien que se expresa el tío, —debe de ser de un sitio como Valladolid, pero en EEUU. Me gustaría preguntarle dónde vivía, pero entonces evidenciaría ante Alex y Cloe, que nos llevamos fatal y que nuestra intimidad brilla por su ausencia.

—¿De dónde eres Marc? —se me anticipa Cloe.

—¡Uff! He vivido en varios sitios. Mi padre era militar, y nos mudamos varias veces, hasta que murió —Hace una pequeña pausa, es fácil entrever los recuerdos que le suscitan la muerte de su padre—. Después volvimos al lugar de origen de mi madre, a Orlando. Yo tenía dieciséis años, y allí nos quedamos, pero antes viví en dos o tres sitios más, siempre en residencias militares.

Ahora los cuatro estamos alineados frente al mirador, Cloe y yo sentadas, los chicos

permanecen en pie, disfrutando de la vista de Alesund. Es maravilloso no tener prisa y contemplar este paisaje tranquilamente.

—¿Tu padre murió estando de servicio? —pregunta Cloe—. Perdona, mi intromisión —rectifica.

—No, no te preocupes. Ya le he visto aquí y sé que está bien, ahora sí que puedo hablar de él, antes me era imposible. Sí, falleció en Irak, en un ataque sorpresa. Vinieron a casa una noche dos compañeros de mi padre del cuartel. Yo los conocía porque había jugado el domingo antes con sus hijos al fútbol americano. Al principio pensé que venían a invitarme para que jugara otro día con ellos y sus hijos, pero oí a mi madre gritar y tirarse al suelo, y lo comprendí.

—Es curioso cómo te puede cambiar la vida en un instante. —Reflexiona en alto Alex.

—Sí, pero mi madre era muy fuerte. Yo soy el mayor y tengo dos hermanas mellizas más pequeñas, aunque ya tienen diecinueve años. Mi madre tiró de nosotros y yo me convertí en el padre de familia para mis hermanas. A pesar del palo, nos fue bien.

—¿Les has visto? —me atrevo a preguntar. Me da tanta pena...

—No, sólo vi a mi mujer, a Jess. —Su respuesta es natural, sin ningún tono emotivo, no lleva ningún mensaje entre líneas, por mucho que yo intente creer que sí. Ha sonado neutro, como si hubiera dicho que ha estado con su prima Angelines.

—¡Ah! —Es evidente que sabe que estoy recordando en las condiciones que vino. Desconocía dónde había bajado, pero ahora ya no. Estuvo con ella y cuando regresó le encontré destrozado. Debe quererla mucho.

—Fue, muy duro... Yo quería ver a mis hermanas y a mi madre, pero no tuve opción, sólo me dejaron estar con Jess...

Esto no lo entiendo, ¿está diciendo que no quería ver a Jess? No, debo haberlo entendido mal.

—Ya, es que sólo vas donde el TAO quiere, a lo mejor, la próxima vez que bajes las visitas a ellas —le aclara Cloe—. De todas formas la primera vez es la más dura, se hace real que estás muerto. Para mí fue horrible ¿te acuerdas, Alex?

—Sí, cariño, ¿cómo lo voy a olvidar? No hablaste en varios días —Me sorprende que la haya llamado cariño—. A mí me bajaron con mis padres, son muy católicos y lo llevaban medianamente bien, por eso no lo pasé tan mal. Pero Cloe estaba fatal. Te costó contármelo varios días y eso que fui pesado, pesado.

—¡Pesadísimo! Cuando te pones eres un plasta —ríe—, pero si no llega a ser por ti, todavía estoy callada.

Alex, se acerca a ella por la espalda y la rodea con sus brazos, mientras continúan contemplando el paisaje.

Marc me mira y me sonrío. Ambos estamos asombrados por la muestras de complicidad de nuestros compañeros de viaje. Yo me sorprendo sonriéndole a él. Este Marc no me cae tan mal. Un Marc con problemas, mucho más humano.

Paseamos por Alesund; es una pequeña ciudad pesquera que hace cien años sufrió un tremendo incendio y muchos perdieron sus casas. En tres años ya habían construido seiscientas viviendas, lo que deja aún más claro que es Noruega. En España todavía estarían con el concurso de adjudicación de constructoras, para al final dárselo al primo del concejal.

Se está perfilando el *rol* que va a tener Cloe: va a ser nuestra guía. Se va parando en todos los carteles informativos Yo soy demasiado vaga para leer, empiezo, pero nunca

acabo y al final hasta los ignoro. Marc también se va parando en todos, no tanto tiempo como Cloe, pero sí que los lee, —es que yo creo que Cloe se los estudia a conciencia. No está mal, pero es un poco rollo hacer paraditas en cada escaparate, anunció y/o postal. Alex y yo vamos mirando a la gente, a las casas, el ambiente de la ciudad. Nos echamos varias risas con los *looks* del personal; los dos coincidimos en que los gorritos de aviador con borrego deberían estar prohibidos.

Entramos —por la cara— en un acuario, donde hay una fila enorme. A mí no me hace especial ilusión ver peces, pero los demás insisten en que quieren pasar. Es que me hace recordar a Toño... la vez que le sorprendí llevándole al *Oceanogràfic* de Valencia, y eso me entristece.

Alex y yo vamos tres salas por delante. El lugar ofrece numerosas opciones a los vivos: coger estrellas de mar, enganchar cangrejos con pinzas, lanzar gambas a los bacalaos... ¡Guau! Pero aunque parezca ridículo, desearía estar en su lugar. Ellos a mí no me ven; incluso me atraviesan. Me situó al lado de una pareja de españoles. Deben de ser recién casados, sus alianzas brillan. Él no cesa de gastar bromas; ella se troncha, y yo rabio de envidia. Me giro para no verlos y encuentro a Marc al principio de la sala observándome. Se acerca a mí, decidido.

—¿Estás bien, Sara?

—Sí, sí, es sólo que... —Estoy sorprendida.

—Ya, ya lo sé. Es frustrante, ver a tanta gente viva.

—Sí, ¿sabéis qué? Deberíamos visitarlo cuando no hubiera gente —dice Alex que se ha incorporado de repente—. Esto es una tortura incluso para mí —Reímos.

—¿De qué os reís? —Se nos une Cloe.

—Del mal rollo que da ver a tanta gente viva —le aclaro.

— ¡Ah, sí, menos mal que vosotros también lo pensáis porque yo estaba comenzando a deprimirme! ¡Es horrible!

—¡Y eso que no están comiendo, porque cuando les vea comer, puedo ser el primer ángel que se pseudo-suicide! —bromeo.

Por tanto, velando por nuestra salud mental, decidimos por unanimidad explorar sitios poco turísticos. Salimos del acuario y Marc busca en su mano algún lugar en el que haya poca gente. Le aparece un paisaje donde no se ve a un alma. Vamos sin dudarle para allá.

Aterrizamos en un pequeño montículo. A nuestros pies hay un lago enorme, cómo no, rodeado de montañas. Está atardeciendo. No se percibe nada más que los ruidos característicos de la naturaleza. Se respira tranquilidad.

—¿Sabéis por qué hay tantas piedras? —nos pregunta Cloe. La verdad es que hay un montón de rocas rodeándonos.

Le decimos que no mientras Cloe indica que nos sentemos. Ella permanece en pie, nos hace una reverencia y comienza a relatarnos una historia, que se ve que se ha aprendido en uno de los cientos de carteles que se ha estudiado hoy. Yo alucino.

Nos cuenta que las piedras son realmente trolls, que se han convertido en roca porque les ha dado el sol y que Noruega está repleta de esos bichos horrorosos, pero que como son mágicos, por las noches se transforman en bellos humanos para conquistar a la gente y así comérselos. Yo recuerdo a los trolls de David el Gnomo, la verdad es que no creía que fueran carnívoros. El relato lo termina dándonos unas pistas para diferenciar a los trolls de la gente guapa, y dice que aunque parecen verdaderos humanos hay una parte que no pueden transformar, su cola, que termina en un *pompón*. Así que cuando tengamos un

posible sospechoso le toquemos el culo y si notamos algooncito, salgamos por pies.

Los tres estallamos en una carcajada con el final del cuento, incluso Cloe se ríe. No me esperaba que fuera tan teatral, desde luego es una tía sorprendente.

—¿Pero de dónde has sacado eso? —exclama Alex, levantándose para achucharla.

—De un panel que había en una de las salas del acuario, estaba en una pared escrito y me lo he aprendido para contároslo y meteros un poco en situación.

—Lo has hecho fenomenal —le felicita Marc.

—Ya te digo, yo ahora estoy asustada. No quiero ver a ningún tío bueno a cien metros la redonda —bromeo.

—Bueno, si leo algún cuento más os lo cuento otro día. Tengo un poco de frío. ¿Qué os parece descansar un rato?

—¡Perfecto! Pero vámonos tú y yo un poco más lejos, para dejarles intimidad a Sara y Marc ¿No crees? —le pregunta Alex a Cloe, con gesto picarón, denotando su segunda intención.

—¡Alex! —Cloe le reprende.

—La culpa es tuya, me has vuelto loco con el cuento, no conocía esta faceta tuya, así que tenemos que hablar... allí, un poco más lejos. No valen negativas —Alex demostrando su fuerza la sube en sus brazos y desaparecen entre los árboles.

—¡Cuidado con los trolls! —se le oye a lo lejos.

Nos reímos. Un poco. Otra vez sola con Marc. Estar a solas con él me incomoda, aunque hoy hayamos pasado un día genial. Incluso ha habido ratos en los que me he relajado, pero ahora, me vuelven a asaltar los miedos.

—Ha sido un día divertido, nunca pensé... —Interrumpe el silencio Marc.

—¿El qué? —salto a la defensiva

—Que esto pudiera ser divertido, en definitiva... estamos muertos.

—Ya... sí, ha sido divertido. El paisaje es precioso ¿verdad? —le pregunto. Estoy intentando mantener una conversación con él para que no aparezca nuestro incómodo, pero habitual silencio.

—Sí, a mi me gustan mucho más los paisajes que las ciudades, no sé... creo que Noruega me va a encantar.

—A mí me pasa igual —afirmo.

—¿Sí? ¡Qué bien! Así cuando nos manden viajar coincidiremos en los destinos...

Este no es el Marc que yo conozco; me ha parecido entender que le gustaría hacer más viajes conmigo. Se ve que mi cara es un cuadro —tipo “el grito”, de Munch—, porque vuelve a hablar:

—Con Jess me resultaba imposible coincidir en gustos. Ella es una urbanita. Además no le gustaba mucho viajar —Vuelve el temido silencio— ¿Te importa que hable de ella?

No sé que responder. Creo que la verdad estaría bien, pero ¿cuál es la verdad? ¿Me importa? He de ser sincera, yo siempre he sido así, pero cómo lo digo...

—No sé, molestarme, no, pero es raro. ¿A ti te molesta que hable de Toño? La verdad es que intento no hacerlo delante de ti, si te soy sincera.

—No, no me molesta, puedes hablar de él.

—Vale... —¡Perfecto! Yo ahora he quedado como la enferma de celos, y él estupendo.

—Bueno, un poco sí —rectifica—. Mejor no me cuentes mucho, se hace todo más difícil de lo que es de por sí. Me imagino que es un gran tipo, pero no quiero saber mucho más. A no ser que necesites hablar. ¿Y con Jess, que hacemos?

—No sé, lo mismo, creo. Intenta no hablarme de ella, de momento, pero si lo necesitas cuéntamelo.

—Me gustaría que por lo menos fuéramos amigos, Sara —Ahora no sé qué decir. Siendo sincera, no me ha gustado como ha sonado el “por lo menos”, pero menos me gusta entrar en terrenos íntimos—. ¿Por qué no lo intentamos? Sería mucho más fácil de llevar —continúa, pese a mi silencio.

¡Vaya! Me ha vuelto a sonar fatal, pero prefiero no responder. Para él será “más fácil de llevar”, pero ¿y para mí? Yo no quiero ser su paño de lágrimas, ser la paleta que le ha tocado en el sorteo y de la que “al menos” quiere ser su amigo. Yo tengo sentimientos, no sé cuales, la verdad... lo que me lleva a decir, sin pensarlo.

—Ya, es que no sé, necesito pensar, estoy hecha un lío. —Comienza a resbalarme una lágrima impotente.

—¿El qué? —me pregunta extrañado. Lo que me extraña a mí más, e interpele:

—¿Cómo, que el qué? ¿Tú, no tienes nada que pensar, lo tienes todo claro? —reirimino—. Pues esto, hijo, tengo que pensar en esto.

—No hay mucho que pensar, Sara —me responde con tono autoritario—. Es lo que hay y por mucho que reflexiones va a seguir siéndolo. Más que pensar, tienes que acostumbrarte.

No soporto que me hable cómo a una niña pequeña, me pone de mala leche ¿Pero quién se ha creído que es? ¡Se va a enterar este!

—¿Qué me acostumbre?!

—Sí, no queda otra... —Intuyo algo de sorna y estallo.

—¡Pues mira, va a tener que quedar otra porque no puedo acostumbrarme! No es fácil. No lo hemos elegido, esto nos ha sido impuesto.

—Ya, Sara, pero te repito que es lo que hay —dice resignado.

No le hago caso y continúo mi monólogo en un tono un pelín alto:

—¿Y sabes por qué no puedo? ¿Lo sabes? Pues porque me levanto y te veo, me acuesto y ahí te tengo, si no estás tú, me hielo, y sólo puedo dormir contigo. Hace nada no te conocía y estaba con otro ¡Es una maldita locura! Así que por favor no me pidas que me acostumbre, ¡¡porque a lo que no puedo acostumbrarme es a tí!!

...¡Oh Dios, la que acabo de liar!

¿Cómo he podido decir eso y encima a voz en grito? ¿Por qué? ¿Por qué he sido tan mala? Es evidente que esto le ha debido hacer daño. Me mira afectado, parece defraudado. Comienzo a temblar y las lágrimas corren a raudales por mi cara. Marc continúa contemplándome, probablemente disfrute de mi sufrimiento después de lo que le he dicho. Me lo merezco ¡Joé! Pero se lo intenté explicar. Necesito meditar unas cuantas cosas: qué me pasa cuando me mira, por qué me vuelve loca consiguiendo que salgan emociones incontrolables cuando estoy con él y no sepa medir lo que digo.

Me preparo para su respuesta; me va a caer una que ni me imagino.

Permanecemos sentados uno frente al otro. Sorprendentemente se aproxima a mí en silencio. Aprieta la mandíbula a la vez que me tiende una mano. No entiendo nada y me quedo paralizada siendo testigo del frío que corre por mis mejillas, que es menos gélido que el que me transmite su mirada. Marc pone los ojos en blanco y suspira, se acerca un poco más y me agarra la mano con seguridad. Al segundo noto como el calor entra por los dedos y va recorriendo mi cuerpo. Me calma poco a poco. Con su otra mano me indica que me tumbe de costado en el suelo, desde luego ahora sí que le hago caso. Él se tumba frente a mí, sigue sosteniéndome la mano. Me encuentro mucho mejor, he soltado un lastre que me

estaba ahogando.

Continuamos un rato tumbados en la hierba: enlazados, cara a cara, tranquilos. Estoy a gusto, no me incomoda, le puedo sostener la mirada, y él a mí. Me mira entera de pies a cabeza, yo hago lo mismo con él, sin escrúpulos.

—Eso es Sara, mírame. Si me miras te costará menos acostumbrarme a mí.

Choca su dorso de la mano con el mío en un movimiento rápido y empezamos a soñar.

Capítulo 25

Tere me vio.

Yo también la reconocí, vi como se quedaba paralizada en el pasillo del supermercado. No quería saludarme, estaba claro. Yo menos aun. No la guardo ningún reproche por no llamarme, yo tampoco lo haría si estuviera en su lugar, pero no me apetecía hacerle pasar por una situación tan incómoda. En el fondo era amiga de Sara, no mía. Es mejor y más fácil que cada uno continúe su vida.

La guarrada es que me viera con Marga; se habrá hecho mil pajas mentales... ¡Va! Me da igual.

Marga me gusta, me hace sentir bien estar con ella, no siente lástima por mí. Me habla de otras cosas; con ella no soy el chico al que se le ha muerto la novia, soy Toño. Entiendo que quien me vea pensará que soy un monstruo y la peor persona del mundo, «¿a quién se le ocurre estar con una tía a los meses de morir Sara?». Si supieran que la historia viene de antes... ¡Buahh, sería aún peor! Por descontado.

Entra en el salón Marga con una bandeja de *sándwich*, tipo “*vips clubs*”. Es un *crack* en la cocina; con nada prepara unas comidas impresionantes y lo deja todo limpiísimo. Lleva un vestidito de flores amarillas y grises, cortito, dejando ver sus largas y fibrosas piernas. Es de tirantes, y no lleva sujetador; no suele llevar. No sé si lo hace porque eso me motiva mucho o por costumbre... en el momento en que sé que no lleva sujetador, no puedo parar de mirar su pecho, y elucubrar mil formas de quitarle el vestido. Es como una invitación, me siento incitado a conocer el interior del vestido. Me pone, Marga me pone mucho. Desde que la conocí.

Fue mi monitora de *spinning*. Cuando llevaba pocas clases me compré las zapatillas para bici, y le pedí ayuda para saber dónde ponerme las calas. Ya había visto a varios requiriéndoselo. Me demostró ser toda una experta en este tema, pero no conseguimos instalar las calas antes de la clase, así que me citó después de la sesión en la cafetería del gimnasio. Y comenzó mi tormento.

En lo que dura una cerveza, me contó que lo había dejado con su novio y pasaba de compromisos. Comenzó a halagarme, diciéndome que era de los mejores de su clase y que si me lo tomaba más en serio podía hacerme monitor de ciclo *indoor*. En la segunda cerveza, me preguntó si tenía novia; le hable de Sara, muy a mi pesar. Pero le dije que últimamente no estábamos bien, no era del todo cierto, no estábamos mal, pero discutíamos más de lo normal. Me dijo que así empezó ella y que ahora vivía mucho mejor. Le acompañé al coche y hubo algún que otro momento “incómodo”. Cuando nos despedimos e iba conduciendo a casa, recuerdo que me temblaban las manos en el volante porque había estado a punto de engañar a Sara.

Pero Marga se coló en mi cabeza. Iba siempre a sus clases. Ella me hacía gestos durante las mismas, y yo como un perrito que busca su alimento, disfrutaba con esas pequeñas muestras de complicidad.

Al mes anunciaron una fiesta del gimnasio. Ya había hecho muchos amigos de asistir

tanto, y Sara trabajaba esa noche... ¡Perfecto!

Parece mentira que gente tan sana, que por el día sólo bebe batidos hipercalóricos, hiperproteicos, isotónicos... pueda ingerir tanto alcohol. A las tres de la mañana, cargado ya de copas, Marga se me acercó y me invitó a acompañarla a casa porque se encontraba muy mal. Ni me lo pensé, salimos del bar y al torcer la esquina nos enrollamos a lo bestia. Conseguimos llegar a casa, pero no a la cama. Hicimos el amor en el suelo, con casi toda la ropa puesta. Fue brutal, como ya nunca lo hacía con Sara. Me desperté resacoso, Marga estaba enganchada a mí. Me deshice de su abrazo y me fui a casa, antes de que llegara mi novia.

El despertar en mi cama fue peor. Un nudo en el estómago me impedía comer, Sara creyó que era de la resaca. Me sentía muy culpable. Yo quería a Sara, mucho... pero, quizás todo era monotonía. Pasé una semana muy mala intentando no recordar «la cagada». No aparecí por el gimnasio. Me centré en Sara: fui a buscarla al curro varios días, la sorprendí invitándola a cenar en un japonés que llevábamos tiempo queriendo ir, fuimos a comprarme ropa, eso le encantaba. Hicimos el amor varias veces en esos días. En muchas ocasiones dudé si contárselo, pero no me atreví. Al final de esa semana lo tuve claro: decidí apostar por Sara. Y el primer paso fue desapuntarme del gimnasio para no saber nada más de Marga.

Aproximadamente pasó un mes, hasta que tuvimos el accidente.

—¿Dónde estás? Llevas un rato ausente ¿Quieres que veamos alguna peli, Toño?

—Sí... eh, perdona Marga, tengo un día un poco malo, ya sabes.

—¿Quieres hablar? Sabes que puedes contármelo. —Es tan dulce.

—No, no, gracias, lo sé. Sé que puedo contar contigo. Veamos una peli y así me concentro en algo, ¿vale?

—Como quieras.

Me da un beso cariñoso mientras intenta levantarse para buscar una peli. Se lo impido atrayéndola hacia mí. Se sienta encima mía a horcajadas, y por fin consigo mi propósito: le bajo los tirantes del vestido.

—Me tienes loco —le digo. Logro una explosión de deseo en ella y acabamos revolcados en la alfombra.

Capítulo 26

Voy hacia el aeropuerto, por fin viene Adan. Llevo sin verle más de veinte días. Desde hace una semana me encuentro algo mejor. Ya han pasado tres meses desde lo de Sara.

En el terreno físico se nota como con el paso de los días la tristeza va siendo más soportable: vuelvo a tener apetito, puede ser que hasta más que antes, —creo que mi estómago se está tomando la revancha por el ayuno que le he hecho pasar—, incluso parece que me ha salido algo de tripa. También descanso bastante mejor y tengo algunos sueños bonitos. En el terreno psicológico, es otra historia mucho peor; aún así, hay días que siento que me apetece vivir.

Le he preparado una sorpresa a Adan. Como estoy de vacaciones y tengo mucho tiempo libre, he montado un despacho en la habitación que queríamos. Lo he comprado en Ikea, y lo han instalado ellos, claro está, pero me encanta el resultado. Supermesa gris que ocupa toda una pared, librería con flexos en la parte superior que le confieren profesionalidad, silla de despacho que por el precio debería prepararte el café y masajearte las cervicales y un *puf* enorme para mí. Estoy segura que le va a encantar.

Llego al aeropuerto, siempre me lío con el parking y no sé muy bien dónde aparcar para que la salida nos quede más cerca y no tengamos que arrastra la maleta por todo el aeropuerto. Resuelvo aparcar por el centro y así no me la juego. Es un poco pronto, pero me gusta venir temprano para ver los reencuentros. Me encanta jugar a mirar a la gente que está frente a las puertas de llegadas y adivinar a quién están esperando y cómo los recibirán: con abrazo, beso... Desde luego es mucho más positivo que observar en la zona de salidas, —que como te pille floja, hasta lloras con alguna despedida.

Confirmando que el avión de Adan ya ha aterrizado ¡Qué ganas de verle, madre mía!, ¡hasta tengo mariposas en el estómago!

Comienza a aparecer gente, todos sonríen. Disfruto con algún reencuentro emocionante. De momento no veo a Adan. No me preocupo, él estará esperando para recoger su equipaje; su enorme *trolley* que le tocó en un sorteo navideño del trabajo. Visto lo visto fue una señal... ¡la de uso que le está dando! Los que salen ahora, no habrán facturado.

Pasan veinte minutos, y sin rastro de él. Miro el móvil, lo tengo apagado. Lo dejé apagado por la noche y con las prisas se me olvidó. Lo enciendo con mucho miedo. Nada más conectarse el 3G, me llegan tres *Whatsapp* seguidos de Adan, y dos llamadas perdidas a las tres de la mañana. Leo los mensajes:

Cariño, no ven a buscarme. Tengo que quedarme.
No puedo dejar Esther sola, me lo dijo el jefe.
Espero que leas esto antes de ir a buscarme. ✓✓

No lo lees, estoy preocupado, te llamo.
Cariño, tienes apagado, cuando lo leas llámame. ✓✓

Cariño, tienes apagado, cuando lo leas llámame. ✓✓

Debo tener la cara de tonta más grande que se puede llegar a tener. Irrumpen miles de emociones negativas por todo mi ser: rabia, vergüenza, estupidez, tristeza, y sobre todo, ganas de tirar el móvil al carajo.

Voy hacía el coche aguantando las lágrimas. Cuando llego, me doy cuenta que no he pagado y tengo que volver a salir ¡Genial, no se puede ser más torpe!

Cuando por fin escapo del aeropuerto, ya no puedo llorar, estoy tan mosqueada que sólo hay espacio en mí para el cabreo. Intento tranquilizarme. Sé que Adan no tiene la culpa, pero me siento engañada. No sé en qué momento nuestra relación se ha convertido en una relación a distancia. Yo no quería esto. Pactamos que viviríamos en España, me ofrecí para irme a vivir a Reino Unido, pero él insistió en que nos quedáramos en España, claro, antes de la supercrisis... había crisis, pero no a este nivel, en el que tienes que aceptar cualquier trabajo sin importar las condiciones.

El pobre me ha intentado avisar, pero no ha podido. Aun así, esto me cabrea y como no tengo otra cosa que hacer pues dejo espacio a mi rabia.

Me suena el teléfono en varias ocasiones, supongo que será él, pero no quiero cogérselo, voy conduciendo y solo me faltaba, para arreglar el día, una multa. Además probablemente le soltaría un rapapolvo, que es mejor ahorrarse... Hay que madurar un poco la frustración en casa.

Se me ocurre una idea, voy a ir a hablar con Sara, a ver ella qué opina sobre mi relación a distancia con Adan. Aunque ya sé que me diría. Le encantaba Adan, siempre se ponía a su favor. Me aconsejaría que aguantase, que él valía la pena. Pero porque Adan le gustaba, si no me hubiera alentado a que le cantase las cuarenta hace ya tiempo. Aún así, voy a ir a la Iglesia. Es muy pronto y como máximo habrá varias viejecitas de estas que parecen que forman parte del mobiliario eclesiástico. Creo que me vendrá bien, hay que hacer caso a los palpitos.

Capítulo 27

Me despierto sudando; no hemos puesto el aire y estoy empapado. He tenido un montón de pesadillas. Marga está enrolada en mi cuerpo; no me gusta despertarme así, yo soy más de dormir separado, a mi bola... Sara también dormía despegada. Me decía buenas noches, se giraba, ponía su culito en pompa, y no sabía nada más de ella hasta el día siguiente.

He tenido un montón de sueños con ella, parece que mi subconsciente se venga por lo de Marga. Cuanto menos pienso en ella por el día, más sueño. Es como si mi mente fuera una balanza, a un lado el día y al otro la noche y tuviera que tener quinientos gramos de pensamientos acumulados de Sara a lo largo de las veinticuatro horas. Los gramos de pensamientos que me dejó del día, los recupero en la noche.

Miro a Marga, está frita. Me despego de ella para que no se despierte. Ni se inmuta. Me levanto. Esto con Sara tampoco me pasaba. Era prácticamente imposible que yo me despertara antes que ella. Cuando salía de la habitación, me la encontraba a tope: trasteando en el ordenador, cocinando, viendo la tele... siempre me decía que disfrutaba de esos ratos de estar a su rollo por la mañana. Incluso si yo algún día amanecía pronto, ponía cara de desilusión.

Voy a la cocina y me preparo un café. Hoy me parece que no voy a tener que ajustar gramos por la noche, porque no paro de pensar en ella desde que me he despertado. Me ponen de mal humor los días que estoy así, soy insoportable, lo sé. No me apetece ver a nadie, estaría todo el rato jugando a la play o tragando tele, pero solo. Me veo yendo hacía el despacho. Hace unos días recuperé del olvido de una estantería un álbum que me hizo Sara en nuestro tercer aniversario. Lo abro. Me siento en la silla del despacho y comienzo a pasar las fotos.

La primera es una que nos hicieron en uno de mis cumpleaños. Era en nuestro primer año y Sara me organizó una fiesta sorpresa por mi cumple. La siguiente foto es de un viaje *exprés* que hicimos a Valencia, posamos los dos abrazados con un tiburón nadando por encima de nuestras cabezas. Me invitó al *Oceanogràfic* de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, sin yo saber nada, por supuesto. Cada día me sorprendía con un cosa nueva, cada día la quería más. ¿Cómo pude engañarla? No sé. Ya no era como al principio: no teníamos tanto sexo, tanta pasión, todo era más monótono; nos conocíamos quizás demasiado, y a la larga aburre. Creo que me arrepiento, pero si me arrepiento ¿qué hace Marga en mi cama? ¡Uff, paso de pensar! Me voy a poner ropa cómoda y me voy a correr por el parque.



Le estoy pillando el punto a esto del *footing*; mi cabeza se despeja. Sólo me cruzo con gente que saca a pasear sus perros. Yo quería tener uno, Sara los odiaba. Paso por el bar de la esquina. La última vez que cené con Sara fuera de casa, fue allí. Llego al parque,

comienzo a correr más rápido, rodeando el lago. Sara siempre se refería a él cuando hablaba de nuestra casa y me preguntaba «¿verdad, que está bien el parque?» Le gustaba inmiscuirme en sus conversaciones, si me veía muy callado, me preguntaba algo para que interviniera en la charla. Era la mejor sacando temas en las reuniones con amigos.

No consigo expulsarla de mi cabeza, y cada vez me angustia más. Tengo el corazón acelerado y mi respiración alterada. Paro. Me agacho apoyándome en mis muslos para recuperarme y poco a poco lo consigo. Ahora tengo sed, me incorporo para buscar alguna fuente y me doy cuenta que me encuentro frente a la puerta de la iglesia del funeral de Sara. El caso es, que he pasado un montón de veces por aquí y nunca me he fijado, pero hoy me asaltan los recuerdos. Ahí la tengo, invitándome a entrar. Seguro que allí, en ese remanso de paz y silencio consigo relajarme. No sé por qué pero me dirijo hacia las puertas, como un corderito.

Entro. Al principio está oscura, pero me acostumbro enseguida. Sólo hay dos viejecitas en otra pequeña sala que se abre a la derecha. Me encamino sin pensarlo a donde me senté en su funeral.

Me gusta el silencio, es verdad que se respira paz. Mi corazón, poco a poco se va calmando. Ahora sí que quiero pensar en ella, aquí sí que puedo, aquí estoy preparado, — como si me hubiera puesto el uniforme del trabajo. Recuerdo la última Navidad, los regalos de reyes, las cenas, el empacho de roscón que nos pillamos. Pienso en el accidente, siempre cargaré esa culpa. Me acuerdo lo guapa que estaba el último día con ese vestido rosa, ahora sí que la diría que estaba preciosa, que era la mujer más bonita de todas, que siempre la querré, aunque no merezca hacerlo. Un nudo me ahoga en mi garganta, dejo que salga y lloro. Cada lágrima me da serenidad. Lloro. Aquí se puede llorar.

Capítulo 28

Llego a la iglesia. Me hace gracia pensar que acudo por voluntad propia y no obligada por mi madre. Igual me convierto y repito todos los domingos. No creo, porque yo no vengo por eso, lo hago por Sara. Pacté con ella —yo así lo estimo— que cuando tuviera que contarle algo, lo haría aquí. Y tengo mucho que decirle. Claro está que ni se me pasa por la cabeza describirle lo de Toño, —no vaya a ser que sí me escuche.

Entro. Efectivamente, no hay casi nadie. Me siento al final. Soy una especie de impostora, yo no acudo para hablar con Dios, yo vengo a charlar con el espíritu de mi amiga, así que en el último banco vale.

Contemplo el altar. Hoy no se aparecen tan claros los recuerdos como el día del funeral. Le empiezo a contar lo mal que lo he pasado físicamente, pero que ya voy recuperándome. Le hablo con naturalidad, incluso imagino que me responde. Le relato lo de Adan y que ahora siempre está trabajando con la nueva. Le escucho preguntarme si es guapa... Pues no lo he pensado, es que nunca he sido muy celosa, probablemente porque nunca había tenido una relación tan larga.

Me despista un llanto que oigo a lo lejos. Sí, el chico que hay en la primera fila está dándolo todo, ¡vaya berrinche que tiene el pobre! Sólo estamos él y yo, y un poco más lejos en una capillita hay dos abuelillas. El llorón está sentado donde se situaba Toño en el funeral. Me están entrando ganas de ir a consolarle, pero paso, no vaya a ser que me ponga a llorar más que él y tengan que venir las abuelitas a animarnos.

Me reconforta ver que hay gente que está peor que yo.

Yo a lo mío. Continúo hablando con Sara, y es genial. Me convence para que nada más salir de aquí llame a Adan, pero sin enfados, no merece la pena discutir. Voy a hacerlo. Realmente creo que me está escuchando, y dándome consejos. ¡Vamos! Que es mi consciencia interpretando el papel de Sara, pero me vale.

El chico llorón se incorpora. Parece estar más sereno. ¡Oh, no! ¡Otra vez! ¡Joé, es Toño! Me levanto como alma que llevara el diablo —nunca mejor dicho—, y salgo antes de que me vea.

Me monto en el coche. Estoy impactada. El destino nos ha vuelto a cruzar. Parece que irremediablemente va a seguir encontrándonos hasta que hablemos. Es que... ¡Qué casualidad! Yo nunca piso la iglesia y Toño hasta donde yo sabía tampoco.

¿Y qué hacía allí?, ¿será hipócrita!, ¿Querrá remendar sus culpas con Dios? ¡Pero si él no era católico! ¿Qué más le dará? Me estremezco al recordar cómo lloraba. Él pensaba que estaba sólo, no sabía que yo me hallaba a pocos metros, otra vez viéndole de lejos como una detective. Parece que alguien quiere que esté enterada de los movimientos de Toño. ¿Sara?

No sé muy bien qué sentir, me ha dejado chocada. Lo que menos me pensaba esta mañana cuando me desperté para ir al aeropuerto, era que me iba a volver a cruzar con Toño, y menos, con un Toño destrozado. Las pocas veces que le he visto, lucía como si tal cosa, lo que hacía aumentar mi rabia hacía él, pero hoy, hoy no puedo sentir rabia, más bien

me da pena. Yo nunca he juzgado a la gente, y con él no he podido evitarlo, pero es que su comportamiento ha sido extraño desde el principio. De todas formas ¿cómo he podido pensar que no lo estaría pasando mal? ¿Cómo no iba a echarla de menos? ¿En qué estaba pensando? ¿Desde cuándo soy así de cínica? Yo no soy la única que está sufriendo.

Arranco el motor, y me dirijo a casa. Cuando estoy llegando suena el teléfono fijo, abro rápido y consigo descolgar a tiempo. Es Adan. Me confirma que no viene y que me ha estado llamando. Ya no estoy enfadada y le digo que no pasa nada, pero que tengo muchas ganas de verle. Me confiesa que él a mi también, que se lo va a decir a su jefe porque no aguanta un día más. Le pregunto por Esther, me dice que es muy maja y que ya está más o menos puesta al día, pero que van muy atrasados con un proyecto. Recuerdo lo que hablé con Sara y le pregunto si es guapa. Adan se queda callado, no es típico de él.

—Sí... — No me dice nada más. Se ha quedado estupefacto... ¡Jó, pues sí que será guapa! Cambio de tema radical y le cuento que ya como mucho mejor y que cuando venga vamos a ir a celebrarlo a nuestro italiano favorito. Adan me pregunta cómo voy llevando lo de Sara, de sobra sé que se siente muy culpable por dejarme tan sola.

Me consuela. Hablar con Adan siempre ha sido fácil, incluso al principio cuando no nos entendíamos y utilizábamos nuestro particular *spanglish*. Desde el primer día conectamos. Adan me escucha, siento que hay alguien en el mundo al que le importa lo que piense. Siempre digo que estar con él me ha hecho ser mejor persona. Adan tiene muchos valores que me llaman la atención, sobre todo los que no son muy comunes en España. Por ejemplo: es muy caritativo y repara en los indigentes, yo no. Adan, incluso a veces se para a hablar con ellos, y les ayuda. En su anterior barrio conocía a todos, y cuando íbamos paseando le saludaban. En ocasiones les llevaba ropa, otros días algo de comida y cuando no les obsequiaba con nada material, simplemente les ofrecía su conversación, —que yo realmente creo que es lo que más valoraban. Otra cualidad es que no es nada “tramposillo”: no concibe irse antes del trabajo, o llamarme desde su oficina, no hace fotocopias gratis, en fin estas cosillas tan arraigadas en nuestras mentes corruptas.

Oigo música de fondo en el teléfono, desconozco desde dónde me está llamando Adan, pero dudo que en la oficina tengan la música a tope. Le pregunto directamente, y después de un largo titubeo, su respuesta corrobora mis sospechas repentinas: está en un *pub* con Esther. Me quedo pasmada. Se lía un poco contándome que es que tenían mucha hambre y que han bajado al *pub* que hay cerca. Permanezco callada, dejo que él se lée más. Son las once, allí serán las doce, ¿cómo van a tener hambre? ¿No iban tan atrasados con el curro? Le miento con que me están llamando por la otra línea y le cuelgo.

Silencio. Náuseas.

«Piensa Tere. Tranquila». Una lágrima se escurre por mi mejilla. Es sólo una lágrima, no me permito ninguna más. Pero una es suficiente para confirmar que algo está pasando entre Adan y yo, y que Esther probablemente tenga algo que ver.

Capítulo 29

Paseo al lado de Cloe por el lago *Hornindalsvannet*. Es inmenso y las aguas cristalinas reflejan las montañas. Es asombroso lo que sabe esta chica, debería haber concursado en Saber y Ganar; pero me gusta porque no va de lista, te explica las cosas sin el retintineo típico de los listillos. Marc y Alex van por delante, creo que discutiendo sobre la profundidad del lago. No nos hemos dirigido la palabra en lo que va de mañana, normal.

Tengo una duda rondando por mi mente desde esta mañana que no me deja tranquila y resuelvo preguntársela a la cerebrita de mi amiga.

—¿Tú crees que cuando Toño fallezca me llevarán a verle aunque no me haya casado con él?

—¡Uff, qué complicado Sara! Yo creo que no tiene que ver nada lo de estar casado, dependerá de cómo estéis en ese momento Toño y tú. Igual tú ya estás totalmente entregada a Marc y Toño a otra persona... o ya eres TAO.

—¡Sí hombre, pues no me queda nada! —Río.

Se acercan los chicos.

—¿De qué os reís gamberras? —bromea Alex.

—Cloe que me habla de cuando yo sea TAO ¡Yo no soy TAO en la vida! —Reparo en Marc, igual le ha sentado mal, mira al suelo—. Vamos me imagino que algún día... pero es que es un rollo, ¿no? —corrijo a última hora para que suene algo mejor.

—Pues a mí me lo parece —dice Alex—, pero no sabemos mucho. Lo mismo creemos que están todo el día flotando y resulta que tienen salas con consolas de ultimísima generación, *spas*, cines, gimnasios para TAOS, y lo aburrido es lo nuestro.

—¿Sabéis que yo me reía cuando vivía y decía que el cielo no podía existir, y que si existía debía ser un muermo? Todo el día con el arpa liados y fíjate no está tan mal, ahora que lo pienso nunca me he aburrido desde que llegué aquí —me percató.

—¡Y no has visto ningún arpa! —bromea Cloe.

—Sí, menos mal, porque con la mala leche que tenía al enterarme que estaba muerta, hubiera estrellado el arpa en la cabeza de alguien —me dirijo a Alex, como si le fuera a estrellar el arpa a él.

—¿A mí? ¡Anda, pero si gracias a mí no te has aburrido, si soy tu ángel de la guardia, si soy...! ¡Estréllaselo a Marc, no te digo! —responde Alex, mandándole la patata caliente a Marc. Le miramos, está callado, con gesto algo más formal que nosotros.

—Es mejor no dar ideas a Sara de estrellarme cosas, por si las moscas.

Todos reímos.

—¡Marc ha hecho una broma! ¡Yuhu! Sin reírse, pero ha sido una broma en toda regla ¡Enhorabuena Sara, estás transformando a Marc, no eres Mr. Bean, pero vas mejorando, tío! —se bufa Alex. Marc le mira divertido, intuyo que cada vez se llevan mejor.

—Bueno dejáros ya de chorradas, que se nos pasa el día —interrumpe Cloe—, hay que ir a Hellesylt a coger el ferry para ver el fiordo de Geiranger.



Como no tenemos otra opción para visitar el fiordo, nos montamos en el barco lleno de vivos. Personas que hablan, ríen, tosen, comen, se besan, cada cual a su rollo. Desde mi nueva perspectiva me doy cuenta de lo arrolladores que son los humanos, lo invaden todo y lo envuelven de ruido. El universo es silencioso hasta que aparecen los humanos y sus máquinas, y no me refiero a grandes máquinas, sino a unas más pequeñas y ruidosas que se han convertido en un apéndice del cuerpo humano, los móviles... ¡aysss, cuanto echo de menos mi *Samsung*!

Las cascadas magníficas, sobre todo la de las siete hermanas. No puedo evitar contemplar la cara de Marc, relajada, sonriendo al agua. Sus ojos grises se iluminan por la luz que irradia la catarata y los convierte en azules. Tiene unas pestañas larguísimas. Es guapo el tío. Vamos que estoy segura que si una de las siete hermanas pudiera verle abandonaba a sus parientes a la voz de ¡Ar! y se fugaba con el buenorro del americano, para nunca volver. Tiene un pelo rubio oscuro, los rasgos son fuertes, pero los hoyuelos de sus mejillas le suavizan. El cuerpo es perfecto, espalda ancha, pero no en plan armario, en todo caso, como un estilizado *sifonier*. Es fibroso, cintura estrecha, piernas fuertes ¡Vaya por Dios! Se acaba de girar de repente y me ha pillado chequeándole, le sonrió ruborizada, después de la noche de ayer me encuentro con algo de fuerzas para sostenerle la mirada. Me observa un instante y vira de nuevo para volver a atender a las siete hermanas. Alex y Cloe, dados de la mano disfrutaban del paisaje.

El barco continúa llevándonos por el fiordo.

—¿Llegaremos a despedirnos de Darío y Lara? —se cuestiona Cloe.

Ninguno sabemos qué responder. Yo espero que sí, no me imagino qué haremos cuando no estén ellos, son tan majos, tan especiales. Siempre resuelven nuestras dudas con serenidad y simpatía. Nos tranquilizan.

—Me daría mucha lástima no despedirme de ellos —continúa Cloe—. Lara siempre ha sido mi referencia.

—A mí la primera persona que me tranquilizó fue Darío, estaba en shock cuando aparecimos Sara y yo por aquí —revela Marc—. Me fui a pasear y Darío apareció de la nada y me consoló. Desde ese momento ha sido como mi mentor de la universidad.

Ahora ya sé por qué me dejó sola el primer día. Marc suelta la información a cuenta gotas, pero la va soltando, eso me gusta. Toño era hermético, inquebrantable y a mí me gusta la gente que habla, que expresa lo que siente. Con Toño tenía que interpretar el papel de *Jessica Fletcher* para averiguar algo de lo que pasaba por ahí dentro. Toño iba dejando pistas y yo hacía cábalas... ¡agotador!

El barco llega a *Geiranger* y bajamos detrás de la masa humana para visitar el pueblo. Tengo un poco de frío. Alex y Cloe se han metido en una tienda de recuerdos que está en la otra acera. Yo paso ¿para qué si no puedo comprar? No se me ocurre peor tortura. Marc está viendo las postales. Esto del frío es como cuando te hacías pis al llegar a casa y en el ascensor te dabas cuenta de que no aguantabas más. Pues aquí la sensación gélida es parecida, una vez que te percatas, no puedes parar de sentirte cada vez más helado. Podría acercarme a Marc y tocarle con un dedo sin que se dé cuenta, o podría hacer que me caigo encima suya. ¡Aysss, es que estoy helada!

Cruzo la calle decidida, me acerco. Reconozco que me da mucho corte pedirle que

me toque para entrar en calor, ¡jooé, es que parezco un “calipo” en celo! Me pongo a mirar postales detrás suya... ¡Uff, esto es aún peor, tener el calor tan cerca y tan lejos a la vez! Como si se parase el ascensor de tu portal a un piso de llegar a tu baño y entrara la típica anciana obesa, con su pesado carro de la compra, sus movimientos lentos, y sus correspondientes pausas para coger aire y fuerzas porque el carro se engancha en los raíles del suelo del ascensor. Marc se da cuenta de que estoy detrás porque se gira. Le lanzo una media sonrisa.

—¿Estás helada? ¿A qué sí? —me pregunta.

Asiento y al instante me da la mano y el calor entra poco a poco en mí. Me situó a su lado y vemos las postales con nuestras manos enlazadas, calentitos, así da gusto.

—Me gustaría ir aquí —me muestra una postal—, al glaciar Briksdal.

Me encantaría decirle: donde quieras, pero no me sueltes de la mano nunca, pero le digo que parece bonito.

Pasamos un rato viendo las fotos, hay lugares preciosos, deseo ir a todos. Sale de la tienda un grupo escandaloso de chicas que parecen americanas. Podrían ser un equipo de algo, porque gastan unos cuerpazos impresionantes. Una de ellas se planta en frente de Marc y mira una postal. Noto como el cuerpo de mi mitad se pone rígido. La chica es preciosa, melena larga y rubia, ojos grandes, labios carnosos y tez bronceada. Ella ni se imagina que haya un paisano a dos palmos de ella paralizado. Le falta babear, ni pestañea. No es que me importe, aunque... ¡Vaya, falta de respeto! Me deshago del calor de su mano; no me voy a quedar pasmada mientras flipa con una chica delante de mí, pero al instante me vuelve a agarrar. Me aprieta fuerte, mientras continúa contemplando a la chica. Una de las amigas la llama y la americana se va. El cuerpo de Marc se relaja y deja de estrujarme la mano.

—Lo siento —se disculpa, pero no tengo muy claro a qué se refiere.

Justo en ese momento salen Alex y Cloe de la tienda. Como un acto reflejo me deshago de la mano de Marc, y voy hacia ellos. Reconozco que me da vergüenza que me vean de la mano con él.

—Bueno, ¿dónde vamos ahora? —pregunta Cloe, mientras está enlazada a Alex por la cintura.

—Pues a mí me gustaría ir al glaciar Briksdal —responde Marc, que se ha acercado a nosotros y me está volviendo a estrujar la mano.

—¡Qué bien! Yo quería ir también —Cloe esta fascinada y comienza a contarnos la historia de ese glaciar. Yo asiento, pero realmente no hago ni caso. Estoy alucinando con Marc, ¿por qué de repente le ha entrado ese empeño en que esté a su lado? Intento cavilar qué es lo que le está pasando por la cabeza, si es un afán protector o controlador. Sea lo que sea, decido no volver a retirarle la mano de momento, para no entrar en conflictos y porque estoy súper calentita.

Deciden que vayamos al glaciar, así que nos enlazamos y Marc marca la dirección.

Como siempre, al instante aparecemos allí. Me giro y veo una gran lengua de hielo que se posa en la falda de una montaña. Me acerco, nunca había visto nada igual. Hay un lago de agua azul cristalina proveniente del deshielo. Los turistas hacen fotos sin parar. Me encantaría tener una cámara y poder retratarlo, aunque si hubiera venido con Toño sería imposible, porque no soltaba nuestra cámara ni para ir al baño. Voy a los pies del glaciar. Me resulta curioso estar descalza y en tirantes, en esta marabunta de hielo. Cual cotilla, escucho a un guía que explica que por aquí subían escaladores. Me alejo un poco de la civilización y se me acerca Alex, que también ha estado aprovechándose de los servicios

del guía.

—¡Qué pasada escalar por ahí! ¡Cómo me hubiera gustado! —me dice

—Pues a mí mucha envidia no me da, no te creas —le contesto.

—¿No te apetece escalar, Sara? ¡Anda, ven vamos a intentarlo!

Le insisto que no, pero me agarra de la mano y vamos para el bloque de hielo. Yo me rindo y asumo que me va a tocar escalar... Un poco de aventura no estará mal.

Al principio andamos por el hielo. Es una sensación de poder increíble, nadie nos ve y no nos pueden llamar la atención, además no sentimos el frío y no nos hacen falta súper botas de montaña. Pero cada vez se empina más, le digo a Alex que me planto y que le espero aquí, pero se ríe y me aferra una mano tirando de mí. Subimos lo que yo creo que son cinco metros mientras le insisto a Alex que nos vamos a dar un trompazo y aunque no sé si me dolerá, el miedo me comienza a paralizar las piernas, porque cada vez la pendiente de subida es más alta y casi estamos perpendiculares al suelo. Miro hacia abajo y una cantidad ingente de pavor entra por mi mente. No pensaba que habíamos subido tanto. La montaña comienza a darme vueltas a la cabeza y el vértigo logra que se me bloqueen las piernas. Alex tira de mí, pero es imposible. Hace una pausa para reparar en qué me pasa y en un segundo empujón que me propina pierde el equilibrio y resbala, arrastrándome con él. Nos caemos revolcándonos por el glaciario dando volteretas, sin que el hielo se inmute. No me duele nada y comienzo a carcajearme por cada vuelta que doy. Cuando por fin terminamos la caída, Alex está encima de mí. Los dos muertos de risa. Parecemos dos críos que acaban de hacer una gamberrada. No tengo fuerzas para moverme de lo que me estoy riendo. Es de estas risas en las que te tiembla todo el cuerpo. Alex me está aplastando pero intuyo que tampoco puede moverse por la risa. Repentinamente noto como tiran de él y se despega de mí. Marc ha agarrado a Alex por un hombro y le ha levantado en un instante.

—Vas a helarla —le recrimina con tono hostil.

—¡Uff! Perdona tío, sólo era un juego, no hace falta que te pongas así.

Marc se voltea claramente cabreado y se esfuma. Me incorporo y me siento. Se me ha cortado la risa y me ha invadido el mal rollo.

—¡Joé, con Marc, qué mala leche gasta! —se explaya Alex.

—Ya te digo —le contesto—, no sé a qué ha venido ese tono, pero no me hace nada de gracia —Cada segundo me voy cabreando más, mi filosofía de vida no concibe la pelea de gallitos.

—Sara, son celos, celos puros y duros. No hagas nada, bastante avergonzado estará a estas alturas. Le tienes entregado, ¿eh? ¡Eres una rompecorazones!

—¡No digas chorradas! —Me incorporo ya más relajada—. En serio, no sé a qué ha venido, pero no lo voy a consentir ni una vez más, y me da igual por qué lo ha hecho, sinceramente.

—¡Chicos, vaya leche os habéis dado! ¿No duele, no? —nos pregunta Cloe que acaba de llegar.

Le decimos que no y nos alejamos los tres de nuestra pista de esquí improvisada porque nos atacan los turistas, que acaban de llegar en un autobús. Nos dirigimos hacia Marc que está con gesto más sereno sentado en el suelo mirando hacia el lago. Yo voy la última, no me apetece nada llegar.

—Aquí traigo a la expedición —bromea Cloe cuando estamos a su altura. Marc no contesta.

—¡Venga tío, que ha sido un juego! —le dice Alex, mientras le da unos golpecitos en la espalda que consiguen que Marc se gire y se incorpore chocando las manos.

—Ya perdona, Alex, pero me he asustado cuando os he visto caer, pensaba que os ibais a hacer daño —se excusa Marc.

—¡Ya te digo! ¡No sabéis la carrera que se ha dado, ha sido alucinante! ¿No sé qué ha sido más emocionante si vuestro trompazo o la velocidad punta de Marc? —bromea Cloe.

—Pues no duele nada, y es de lo más divertido que he hecho, así que hay que empezar a practicar escalada Cloe —Alex se abraza a ella—. ¡Qué frío cariño!

Ya estamos otra vez. Me han recordado el frío y me doy cuenta de que estoy helada, pero parece ser que a Marc también, porque se acerca a mí despacio, algo avergonzado y como pidiéndome permiso me agarra la muñeca, se sitúa a mi lado y le escucho decirme al oído.

—Perdóname Sara.

Capítulo 30

Me toca a mí, antes se han sincerado los otros y ahora es mi turno. Espontáneamente Alex nos ha contado como falleció. Una historia trágica, no sé cómo puede seguir sonriendo. Iba con su novia de excursión por los Alpes. Justo acababan de decidir que se iban a vivir juntos a una casa en Roma y un alud le aplastó. Le dio tiempo a empujarla a ella, pero él no sobrevivió. Nos ha confesado que todavía no lo tiene superado, y que los TAOS no suelen llevarle a verla porque lo pasa fatal. Tiene la sensación de que ese capítulo quedo abierto. Después Cloe nos ha explicado su muerte. Se cayó mientras limpiaba, pero nos ha revelado que el momento más duro de su vida fue cuando terminó con su pareja unos meses antes de morir. Cloe, ahí donde la ves, tan segura, tan inteligente, tuvo una relación de cinco años, destructiva —en ambos sentidos—, y cuando parecía que estaba recobrando la cordura y disfrutando de la libertad, falleció. Ni Alex, sabía nada, Cloe no suele hablar de su vida personal. Lo de Marc, ya lo conocemos, cuando falleció su padre, nos lo confesó el otro día. Y ahora todos están esperando a que yo revele el peor momento de mi vida humana, no sé cómo empezar. Alex me echa un cable:

—¿Y tú, Sara? ¿Tu peor momento fue cuando murió tu abuela? —me pregunta. Es duro recordar, pero me decido a contarlo.

—No, lo de mi abuela fue duro, pero hay algo más doloroso que eso... —Los tres me miran extrañados. Yo advierto un nudo en mi garganta al recordar esos momentos, nunca se lo he contado a nadie. Era muy pequeña, pero aquí estoy e ignoro si es por el momento, por el lugar, o por la compañía, que me armo de valor y confieso, con una voz lenta y temblorosa:

—La desaparición de mi madre —Cojo aire, ya lo he soltado, me auto-chequeo: estoy bien. Mis cuerdas vocales se reponen un poco, y prosigo—. Yo era una enana, y casi no me acuerdo de ella, pero recuerdo a mi abuela llorar desconsolada por las noches, intentando mostrarse por el día bien para que yo no sufriera. Y yo por otra parte sabiendo perfectamente lo que había sucedido, simulando que no me pasaba nada para no atormentarla. Fue muy duro. Recuerdo una noche que le escuché llorar y me acerqué al marco de la puerta decidida a abrirla para consolarla, pero no me atreví, probablemente porque así le iba a hacer sentirse peor. Nunca le pregunté, jamás hablamos de mi madre, se convirtió en un tabú para nosotras.

Ya lo he contado, me encuentro tranquila, no ha sido para tanto. Es algo de lo que nunca he hablado y siento como si me hubiera quitado una carga enorme. Ahora estoy un poco temblorosa y siento frío. He debido gastar un montón de energía.

De repente Marc, como si me leyera la mente, se acerca a mí en silencio y me coge la mano, llenándome de calor; un calor delicioso, tranquilizante que poco a poco me relaja ¿Cómo lo ha sabido? De cualquier forma debería agradecerle este gesto.

Nos hemos quedado los cuatro callados, cada uno absorto en sus pensamientos. Alex y Cloe se alejan un poco dados de la mano.

—Gracias por el calor, Marc, me... —le digo ahora que estamos solos.

—Te debía una, ¿recuerdas? Y te he visto tan... triste. He pensado que el calor te sentaría bien. Si hay algo más que pueda hacer, dímelo Sara, por favor —musita.

—No, el calor está bien, gracias por darte cuenta —le digo sincera—. No sé porque nunca he contado esto, es un capítulo que he escondido a todo el mundo, incluso a mí misma.

Sorprendentemente continúo:

—Me he acostumbrado a vivir con ello oculto, creo.

—Casi todos tenemos secretos recónditos, Sara. Has sido muy valiente, no tenías por qué contarlos...

—Creo que me ha venido bien. Sí, creo que sí —respondo más segura.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —me dice mientras se gira para mirarme a los ojos y escrudiñar en ellos.

—Sí, por supuesto.

Estoy cómoda con él, me ha ablandado su gesto protector. Yo también le miro sin sentirme intimidada por sus ojos... bueno quizás un poquito.

—¿Qué le paso a tu madre? —Me agarra la mano más fuerte, le ha dado corte hacerme esa pregunta. Me resulta gracioso ver avergonzado a Marc, el hombre seguro de todo. Por una vez creo que se ha dejado llevar por la curiosidad y está verdaderamente incómodo. Le respondo para que no sufra más, realmente no me importa que me lo pregunte, quiero contarle.

—Creo que se suicidó —le respondo con una voz neutra, sin sentimentalismo—. Antes de que yo naciera mi padre la abandonó y creo que mi madre nunca volvió a ser la misma. Apenas la recuerdo.

—¡Ohh! —Exclama. Se queda aturdido. Probablemente esté pensando que vaya mala suerte ha tenido con su mitad, una tía que le parece vulgar y encima con problemas familiares de un tamaño descomunal. No quiero que sienta lástima por mí, no me gusta que sientan lástima por mí, y menos él.

—Estoy bien Marc. Quien realmente sufrió fue mi abuela, yo era muy cría. No he tenido madre biológica, pero mi abuela valía por tres y he tenido una infancia muy feliz, no te creas —le aclaro.

—Eres muy fuerte, Sara, me sorprendes —revela, y yo me quedo muerta en el sitio. Su voz ha sonado íntima, sincera, profunda y se ha colado por todos los rincones de mi cuerpo. No sé qué responder, ¿le sorprende? ¿Por qué? y lo que es peor, ¿por qué siento algo parecido a la felicidad en mí, por sorprenderle? ¿Por qué me siento como una niña pequeña a la que le acaban de dar una súper piruleta de cien pesetas? Lo único que consigo hacer, es subir los hombros con gesto despreocupado y continuar mirándole a sus grandes ojos grises, ahora con las pupilas dilatadas.

—Marc, llevo queriéndote pedir perdón... —«¡Oh, no, estoy descontrolada!» No debería hablar pero sin embargo sigo—: por lo que te dije el otro día, fue horrible, perdóname.

—Te dejaste llevar Sara, no tienes que disculparte —suena totalmente comprensivo. ¿Pero quién es este tío? ¿Dónde está el arrogante del principio?—. Te confieso que me sorprendió, pero me gusta que seas sincera conmigo, me gusta que no pienses lo que dices, que seas espontánea. Yo soy lo contrario, siempre meditándolo todo y por eso te envidio.

—¿Te gusta que sea espontánea? Pensé que lo detestabas... —le concreto.

—¡Qué va! Quizás al principio eres algo arrolladora para tíos tranquilos como yo, pero eso no significa que no me guste, justo es lo contrario. ¡Ves, tenemos que hablar más!

—me reprende a la vez que se ruboriza por lo que acaba de decir.

—¡Pues aquí va una de espontaneidad! ¿Por qué te quedaste pasmado con la chica de las postales? —«¡No quería caldo, pues tres tazas!» Y no estoy avergonzada por preguntarle. ¡Vale! Una pizca, pero me alegro de haberlo hecho, ¿a ver qué me dice?

—¡Jo, qué aguda! —hace una mueca cómo si le hubiera clavado una estaca en el abdomen que consigue hacerme reír.

—Se parecía a Jess bastante —me suelta tan tranquilo. Ahora imito yo el gesto de la puñalada abdominal y Marc también se ríe.

—Pues debe ser muy guapa —digo.

—¿Y eso te extraña? Yo era todo un conquistador.

—Y yo también —le contesto sin darme cuenta, picada por su arrogancia.

—Nunca lo he dudado, Sara, eres...

—¡Chicos, vámonos al mejor sitio de Noruega! ¡Va a ser una pasada! —grita Cloe.

Marc pone los ojos en blanco y yo me río por lo bajo. Nos giramos hacia donde están nuestros “corta-rollos” compañeros de viaje.

—¿Venís o qué? —vuelve a gritar Cloe.

—Sí, vamos... —decimos los dos al unísono con voz cansada y nos dirigimos hacia ellos. Ahora soy yo quien le toma la mano a Marc.

Capítulo 31

¡Pero qué mala cara tengo! Estoy hinchada y me ha salido una mancha solar enorme en el labio superior ¡Parece que tengo el bigote más grande del mundo! ¡Soy igualita a Charles Chaplin! Ayer tomé el sol en la terraza, mientras leía, pero nunca había tenido manchas solares. En este momento me alegro de que no esté Adan. Estoy horrible con este mostacho, y encima he dormido fatal, he tenido varias pesadillas con que me perseguía un *kéfir*. Mi madre me dio ayer una parte de su *kéfir*, empeñada en que lo tengo que tomar para tener más energía y para regular mi tránsito intestinal —que hasta el momento yo pensaba que iba bien—, pero en fin después de su insistencia y de la enorme lista de beneficios me decidí a llevarlo, con las consiguientes palmitas y el abrazo de mi madre:

—Muy bien Tere, ya verás qué bien, lo toman en Cancún y por eso todos llegan a viejos, está un poco malo, pero si es por nuestra salud...

—Mama será en el Cáucaso, y no prometo nada, lo intentaré.

Pero casi salgo espantada de mi cocina cuando lo colé para separar el yogur del *kéfir*. Ya de por sí, me daba un poco de asquete, y decidí hacerlo con un colador de plástico para no tocarlo; mi madre me aleccionó con que el aluminio le iba fatal al hongo. Cuando lo volqué en el colador, cayó una gran coliflor blandita —con lo que odio yo la coliflor—, y un olor ácido me removió el estómago. Después de separarlo y guardar el yogur en la nevera, lavé el hongo y como todas las cosas, lavadito tenía mejor pinta, pero me sigue dando asquete. Hoy me toca otra vez el ritual y yo creo que por eso he soñado con un gran *kéfir* persiguiéndome. A lo que todavía no me atrevo es a probarlo, igual hago una fábrica en mi nevera; se lo puedo repartir a los vecinos o mejor, se lo envío a Esther (la estupenda, nueva, y pesada compañera de trabajo de Adan).

Pero a lo que me niego rotundamente es a ir por ahí con este bigote. Me visto rápido para bajar a la farmacia a comprarme un despigmentante y un protector solar. Busco en una caja que tengo de verano algún gorro para cubrirme de las miradas de la gente y del ardiente y sucio sol.

Espero a que no haya nadie en la farmacia y que me atienda una chica, porque me muero de la vergüenza si le tengo que pedir una crema para mi incipiente mostacho a un hombre. Consigo mi cometido y me atiende una mujer, que gracias a Dios no se extraña al mirarme y me vende una crema y un factor de protección solar —y de paso un bálsamo labial, un champú anticaída y unas pastillas para que cuando tome el sol, el bronceado sea uniforme, y no sólo me pegue en el bigote. Me pregunta que si estoy tomando anticonceptivos, se lo niego y me explica que las manchas solares normalmente son por eso o por problemas hormonales. Le doy las gracias y me esfumo de la farmacia con mis cremitas y mi gorrito.

Hay algo que me retumba en la cabeza. «¿Problemas hormonales?» Yo normalmente soy muy irregular. Aunque... Se me paraliza el cuerpo y creo entrar en asistolia. Sí, yo soy irregular, pero hace un montón que no me viene la regla. Intento respirar, no me entra una gota de aire. ¿Cómo no he caído? Ya ni me acuerdo de cuándo me vino. Me toco la tripa.

¡Ay Dios! Está más dura e hinchada. ¡No puede ser! Me voy rápido a casa. Esto debe ser la sugestión, pero ahora me concuerda todo. «Tranquila Tere no te embales, si casi no has visto a Adan. No, no puede ser».

Desde la farmacia a mi casa me he cruzado con tres chicas con carrito y dos embarazadas ¡Y eso que está a cien metros! Me desplomo en el sillón. Estoy en *shock*. Paralizada. Me siento realmente estúpida, ¿cómo no me he dado cuenta? «¡Eres enfermera, Tere, leches! Se supone que sabes de estas cosas». Ahora caigo en mis náuseas matutinas y en mi ausencia de apetito, en lo débil que me sentía. Yo pensaba que era por Sara. «¡Para, Tere! Quizás sí lo era y no estás preñada». El retraso puede deberse al impacto emocional, todo el mundo sabe que a veces la regularidad se pierde por cuestiones emocionales... ¿O no? ¡Ay, Dios! Creo que tengo un antojo: me comería una bote enorme de galletitas saladas, galletitas saladas. ¡Uhhmm...! ¡Qué barbaridad, soy una embarazada de libro! Corro a la cocina, engancho un bote y me vuelvo a tirar en el sillón. Me cubro con la manta y me inflo a galletitas. Cada galleta que tomo es un cambio en mi estado de ánimo, «lo estoy, no lo estoy, lo estoy». Ni me atrevo a comprarme un test. Apago el teléfono, no quiero hablar con nadie y menos con Adan. Me pongo la música de mi *iPod*, y busco inconscientemente la canción de Ricardo Arjona:

«Llevas una estrella en tu vientre
llevas una vida que late
un posible ingeniero, roquero o escritor
quizá bohemio, quizá un señor
quizá compositor, poeta, medio loco o soñador...
quizá una idea, quizá una solución”
Rompo a llorar cuando escucho el final:
“A esa estrella en tu vientre no le digas detente
si lo hubiesen hecho conmigo...
hoy faltaría una canción»

Las lágrimas corren a toda prisa por mis mejillas, pero poco a poco me hacen volver en mí, se va aclarando mi mente y me sereno. Tengo que asegurarme de si estoy o no embarazada, pero si lo estoy...

¿Qué hago?

Capítulo 32

—Entiendo. ¿Y por qué crees que no puedes dormir?

—Pues, no sé, me cuesta mucho. Y luego tengo pesadillas.

—¿Pesadillas? No me lo habías dicho. ¿Se repiten o son siempre la misma?

—Normalmente es la misma, del accidente, justo cuando nos estrellamos. —Me revuelvo en el sillón, no me gusta recordarlo.

—¿Te incomoda? —me pregunta con un tono neutral, después de un silencio.

—Sí, claro... mucho —le respondo

—Es normal, lo resolveremos Toño, poco a poco. En estas primeras sesiones quiero que tengas confianza en mí, que me cuentes. Aquí eres libre para revelarme todo lo que quieras. Yo no te juzgo, yo únicamente estoy aquí para escucharte. Necesitas hablar.

—Sí, lo sé, pero me cuesta mucho expresar mis cosas, siempre me ha pasado.

—Es normal. Hablarás, ya lo verás. Tú marcarás el ritmo, pero el gran paso ya lo has dado. Has decidido venir. Pasito a pasito. ¿Y te cuesta conciliar el sueño?

—Sí, a veces sí. Hago mucho deporte para estar cansado, pero aun así, a veces no consigo dormir.

—Está bien que hagas deporte Toño, de hecho está fenomenal, pero no todo se resuelve sudando, no lo olvides.

Continuamos charlando durante la media hora que resta de la sesión. La verdad que me cae bien este tipo. Es mi segunda cita. Yo pensaba que iba a tumbarme en un diván, él apuntaría todo en una libreta y me haría preguntas muy íntimas que no podría responder. Pero es todo lo contrario, me siento en un sofá blanco que está frente a él. Es una sala pequeña pero espaciosa, muy blanca, luminosa, con muchos libros en una estantería a la izquierda y una enorme planta a la derecha. Me pregunta cosas de lo más normales. El psicólogo es un tipo de unos cuarenta y algo años, pero modernete, se nota que hace deporte, es un tío enrollado. Me ha convencido Marga. Tiene una amiga que le conoce y dice que el tío en lo suyo es muy bueno. Yo nunca pensé que iba a ir a un psicólogo, de hecho sólo lo sabe Marga, pero me sentía últimamente fatal, me costaba dormir y casi todas las noches tenía la misma pesadilla: Sara y yo en el coche, el impacto, busco a Sara y no está a mi lado, hay sangre por todos sitios, salgo del coche asustado, sigo sin verla, la busco gritando y de repente un coche viene a toda mecha y justo cuando me va a atropellar me despierto.

He vuelto a la iglesia varias veces y eso me relaja, allí estoy sólo, sin importarle a nadie. Esos ratos en silencio me han hecho reparar en que no puedo hacerme el fuerte, porque no lo soy. Si esto le hubiera pasado a un colega, le hubiera recomendado que fuera a un psicólogo, que tomara alguna pastilla, o que fuera al médico, ¿por qué no hacer lo mismo yo?

A menudo escucho la voz de Sara diciendo que si uno se encuentra mal tiene que ir a un especialista, que para eso están, que nos encanta automedicarnos y luego pasa lo que pasa. Así que la hago caso, se lo debo. Cada día soy más consciente de que ya no está ella,

que murió en el accidente y que no la voy a volver a ver. Al principio estaba enfadado con el mundo y sobre todo conmigo, pero ahora no tengo fuerzas para eso. Ahora sólo tengo pena, mucha pena, a veces incluso siento que me pesa el pecho, y me cuesta coger aire hondo.

Con Marga estoy... bien. Pero me agobia un poco. Es buena tía, pero lo que siento por ella no es nada del otro mundo. Cuando no puedo dormir y se ha quedado en casa la miro y busco a Sara en ella, incluso me he equivocado de nombre al llamarla en un par de ocasiones. Inevitablemente las comparo, sé que no está bien. Cada vez tengo más claro que si volviera a atrás no me volvería a enrollar con ella, estaría solo, pero ahora no puedo dejarla, no puedo hacer daño a nadie más. Es bastante complicado. Me encantaría que fuera ella la que rompiera, ¡eso sería perfecto!, se resolvería sólo el conflicto... pero no creo que lo haga, se ha puesto el uniforme de cuidadora comprensiva y no se atrevería a dejarme.

Llego a casa, no hay nadie. Mejor. Me voy a la ducha.

Suena el teléfono justo cuando me iba a meter en el agua, corro a cogerlo. No me da tiempo a mirar quién es, descuelgo antes de que se corte y salte el contestador.

—¿Sí?

—¿Papá? —oigo una voz que me es conocida.

—¿Perdón?

—¡Uy, creo que me he equivocado, perdona!

—Tere... ¿Eres tú? —le pregunto sorprendido.

—¿Papá? ¿Qué te pasa en la voz?

Sí es ella, se ha debido despistar pensando que llamaba a sus padres y ha marcado el teléfono de Sara ¡Qué palo! ¿Y ahora qué le digo?

—Tere te has equivocado, no soy tu padre, soy...

—¡Ah! —da un grito, vaya corte que se ha tenido que llevar—. Sé, sé quién eres... perdona, yo no, no quería.

—Te has debido confundir al marcar el teléfono —le digo

—Sí, la costumbre, eso habrá sido, la costumbre de marcar para hablar con Sara. — Se queda callada. El silencio es francamente perturbador, antes hablábamos con naturalidad y ahora ambos titubeamos.

—Sí. ¿Qué tal? —No sé por qué continúo si es evidente que estamos incomodísimos los dos. Está noqueada, Tere siempre ha sido fácil de entrever, incluso por teléfono.

—Bien. Bueno bien no, mejor, un poco mejor, ya sabes a ratos... —hace una pausa, yo permanezco callado—. ¿Y tú?

—Tirando... —no consigo decir nada más.

—¿Tienes dolores? Eh, me refiero a molestias físicas por las fracturas y eso.

—No, estoy mejor, ya casi no me duele nada, he hecho mucho ejercicio y me encuentro mejor, gracias. ¿Y qué tal Adan?

—Bien. Bueno la verdad, es que no nos vemos mucho últimamente —le noto la voz rara, como a punto de echarse a llorar. Me extraña.

—¿Y eso?

—No, es que está en Escocia currando y le dejan venir poco, sólo eso. —Escucho como moquea, me convengo de que está llorando.

—Tere, ¿estás bien? ¿Quieres que cuelgue? Sé de sobra que no quieres hablar conmigo y no te culpo, tranqui. Bastante duro es esto para los dos como para hacerlo aun más difícil, así que si quieres cuelgo, ¿vale? —le he soltado todo esto de carrerilla, sin pensarlo.

—Sí, mejor. Gracias. Adiós Toño. —Cuelga despavorida y escucho el ansiado «Piiiiiiiiiiiiii»

Estoy realmente consternado, ¡qué incómodo! Vuelvo a la ducha. Me tiro un rato allí dándole vueltas. Qué estúpido error, ya podría no haber llegado a coger el teléfono y me hubiera ahorrado este ratito, y a ella... ¡Pobre, qué mal rato ha pasado!

Me pongo un pantalón corto y voy a la cocina a tomarme una cerveza. No sé si hoy venía Marga, creo que me lo dijo, pero cada vez desconecto más cuando me habla. Decido esperar y si a las nueve no ha venido me hago la cena. Vuelve a sonar el teléfono, será ella que vendrá y se habrá retrasado, descuelgo.

—¿Sí?

—Toño, soy yo. Otra vez —¡Venga ya! ¡Tere otra vez!

—¿Tere? —le pregunto consternado.

—Sí... nada, que siento lo de antes... Perdona que te colgara así.

—No pasa nada, lo entiendo —¡Uff, no me apetece otro rato incómodo de silencios!

¿Qué querrá?

—Te vi —me suelta a bocajarro, y sé perfectamente que se refiere a que me pilló con Marga en el Mercadona.

—Lo sé —le confirmo.

—¿Te diste cuenta? —Ahora suena sorprendida.

—Sí, en Mercadona, y me viste con Marga, yo también te reconocí —le digo.

—Sí. ¿Marga, se llama así? ¡Ah! ¿Sigues con ella? Perdona que te lo pregunte —suena bastante avergonzada.

—Sí. No es lo que crees, Tere. Bueno no sé. —Lo que no sé es cómo explicarlo y menos a la mejor amiga de Sara.

—Ya. También te vi un día en la iglesia. —Eso sí que me deja muerto, no lo sabía.

—Estabas fatal, bueno llorabas... —Empate técnico.

—Puede ser, he ido varias veces —le respondo con la voz menos afectada que consigo que me salga.

—Yo también, pero sólo te he visto un día —aclara—, sólo era eso, que quería pedirte perdón por haberte colgado, pero estaba muy cortada, ahora mejor.

—Nada, no pasa nada —le digo

—Ahora mejor, y eso... que me ha alegrado saber que estás bien.

—Y a mí, Tere —le soy sincero.

—Adiós Toño.

Y antes de que cuelgue le digo sin pensar:

—¿Quieres que quedemos para tomar un café o algo, Tere? ¿Quieres hablar? —«¡Joer, qué cagada! ¿Por qué le habré preguntado eso?». Le he tenido que dejar *K.O.* porque no responde, después de un largo rato contesta:

—Vale.

—¡¿Qué?! —exclamo sorprendido—, quiero decir... ¡Guay!

—Sí, igual nos viene bien a los dos ¿Puedes el jueves por la tarde? —me dice muy resuelta.

—Sí, sí que puedo. —«Estoy flipando».

—¿En el barrio o aquí?

—Como quieras, si prefieres quedamos en tu pueblo.

—Vale ¿en el Tony's a las ocho? —me vuelve a preguntar.

—Ok, a las ocho.

—Nos vemos allí, Toño. ¡Hasta el jueves! —continúa sonando muy resuelta.

—Ok, hasta el jueves. —Cuelgo. Me quedo mirando el teléfono como un tonto antes de soltarlo ¿Y de qué narices vamos a hablar Tere y yo? ¡Pero estaré imbécil! Doy un puntapié al sofá y me voy aturdido a la cocina. Bueno todavía es lunes, quizás se eche atrás en el último momento. Confió en que sí. Ruego que sí.

Suena la puerta. Entra Marga. Le escucho canturrear, viene a la cocina, suelta las cosas y se lanza a mis brazos.

—¡Hola cariño! Ya estoy aquí.

«¡Diossss, voy a reventar por algún sitio!»

Capítulo 33

Llevamos varios días en Noruega y como los viajes son tan rápidos nos cunde un montón. Hemos estado en Estocolmo porque Cloe se empeñó en que quería ir. Visitamos el Museo de Arte Contemporáneo donde había una colección de Picasso y Dalí. Cloe estaba fascinada, Marc algo menos y Alex y yo al tercer cuadro nos aburrimos y jugamos a inventarnos historias sobre la gente que paseaba por el museo: que si uno es un magnate pero sufre de unas hemorroides incurables que le imposibilitan sentarse; que si esta es una actriz parisina amante de Sarkozy; que si ese es el pobre hombre que ha inventado los sobres de azucarillos cilíndricos, que todo el mundo abre por el extremo, y él lo ideó para que se abrieran por el centro de manera que el azúcar descendiera como una cascada por ambos lados, y aunque es multimillonario está sumido en una gran depresión por la ineptitud de la humanidad. Marc a última hora se nos unió y aunque no especulaba con ningún personaje, se reía con nuestras bromas.

También caminamos por mercados con verdaderas exquisiteces —que no podíamos comer. Marc y yo, como sufríamos mucho más que nuestros aventajados veteranos, acabamos alejándonos de los puestos con lágrimas en los ojos. Marc me confesó en una de nuestras “pataletas mercadillescas” que antes de enfermar disfrutaba mucho con la comida y aunque su gusto era algo más exquisito que el mío coincidimos en que nos comeríamos todo el mercadillo de una sentada. ¡Una pena!

Subimos a cabo Norte; estuvimos en la famosa escultura de hierro donde todo el mundo se hacía fotos y por segunda vez en mi viaje añoré tener una cámara. La pena es que nos encontramos con una niebla tan densa que no nos dejó gozar realmente de los paisajes. Fuimos a un bar de hielo y descubrí que lo regentaban dos españoles. Casi me caigo de culo al oírlos hablar. Nos metimos en un iglú que había en el bar. Hallarme dentro de una casita de hielo como las de “sibert” me trasladó a mi infancia. Recordé que tenía un álbum de cromos, se lo conté a mis amigos y aquello derivó en la típica conversación de los dibujos animados que veíamos de pequeños. Marc y yo coincidimos en varios, en fin, que nos echamos unas risas cantando canciones y recordando nuestros años mozos.

Mi relación con Marc ha mejorado. Me sorprende que casi siempre estemos de acuerdo. Tiene una manera de exponer las cosas que convence, no sé si es por su seguridad o su sabiduría. Es muy sensato, es lógico. Es verdad que no tiene imaginación, nada, y cero de creatividad, suspenso total, igual que la mitad de Alex. Cuando este y yo nos marcamos algún juego improvisado, Marc y Cloe nos miran boquiabiertos incapaces de participar. En estos días me he dado cuenta que hacemos un buen equipo los cuatro y que juntos nos los pasamos estupendamente. Ha sido una gran idea el viaje.

Hoy está siendo más tranquilo pero no menos espectacular. Llevamos todo el día paseando por el fiordo de Lyse, recorriendo una senda. Es fantástico, y encima no tienes que parar a comer, no te cansas, no tienes sed, sólo te detienes para disfrutar del paisaje, que por descontado es perfecto.

Me siento muy animada, no quiero pensar en nada que no sea este momento y este

lugar. Me lo estoy pasando muy bien. Antes de comenzar la senda descansamos toda la noche, creo, y fue increíblemente reparador. Me parece que cada vez tenemos que yacer más a menudo porque nos quedamos exhaustos y helados antes. Este no es nuestro lugar y nuestra propia naturaleza se encarga de recordárnoslo. Supongo que le queda poco tiempo a nuestra aventura.

Este último sueño con Marc ha sido el mejor. Antes de dormirnos estuvimos charlando. Me estuvo contando que se le daban muy bien las ciencias, que le apasionaba hacer ecuaciones. Mientras él hablaba yo le lanzaba varias puyas, llamándole empollón, cursi, gafotas, interrumpiéndole a cada rato. Me hacía gracia la cara que ponía cuando le guaseaba, simplemente paraba lo que estaba contando, ponía semblante serio, ojos en blanco y después me seguía relatando por qué le gustaban tanto las integrales. Pero sé que en el fondo, se reía, aunque no sabía contestarme...

No sabe qué decir si no lo ha pensado antes. Ya me lo ha expuesto, no es nada espontáneo, de hecho me ha confesado que le gusta que yo lo sea. En el sueño volamos por los sitios que hemos visto en Noruega, pero vislumbrarlos desde arriba ha sido mejor. Cuando vuelo me siento muy libre, y eso que lo hago con Marc, pero es una sensación indescriptible, me creo poderosa, puedo llegar a todos los rincones del mundo que quiera, incluso los puedo inventar.

Cloe habla sin parar de la historia de Noruega y mi mitad le asiente en todo. Marc y yo caminamos cogidos de la mano, así no sufro el frío, sino me quedaría helada al poco tiempo. Pero a pesar de que no quiero e intento que se evaporen, de vez en cuando me vienen remordimientos y sentimientos de culpabilidad por estar tan a gusto yendo de la mano con él. Racionalizo y me convengo de que es por el calor que me transmite, pero ¿por qué me recorre un escalofrío desagradable cada vez que lo pienso? Ignoro cómo, pero él parece percatarse de esos escalofríos porque en varias ocasiones me ha apretado la mano más fuerte, incluso me ha acariciado un poco los nudillos.

Continuamos paseando. Pienso que me gusta que Marc sea protector conmigo, Toño no lo era ¡Basta, hoy no quiero pensar en Toño! Si dejó que algo de Toño se cuele, me sentiré mal y estoy cansada de atormentarme. Con Marc me encuentro protegida. Marc me cuida y se preocupa por mí y por alguna incógnita razón, eso me encanta. ¡Yo, que iba de chica independiente! Pero es que cada vez se me hace más evidente que necesito el cariño y el contacto de los demás en esta, mi nueva situación. Su comportamiento es distinto, aunque sigue mostrando de vez en cuando algún coletazo arrogante y serio, pero también es muy interesante, y aprendo mucho con él. Debemos llevar varios meses juntos, no sé calcular cuántos. Ya ha dejado de ser un extraño, he desalojado esa sensación de mi interior. Antes de hacer el viaje lo era, pero ya no. Me viene a la mente cuando le dije que no podía acostumbrarme a él, otro escalofrío de culpabilidad me recorre desde la espalda, pasa por mi cabeza y termina su recorrido en la boca de mi estómago. Marc se para delante de mí.

—¿Estás bien? Sara. —Tiene una voz firme, grave, le hace parecer más mayor. Clava sus ojos en mí—. ¿Tienes frío? —vuelve a preguntarme, inquieto porque no le he respondido, «¡Dios santo, pero si sólo ha sido un escalofrío! ¿Cómo lo ha notado?». Continúa escudriñando en mí, preocupado.

—Sí, sí. Sólo ha sido... nada. Gracias. Estoy bien —consigo decir, todavía conmocionada.

—Si tienes frío dímelo y paramos, ¿vale?

—Sí, papá —le bromeo. Me contempla, no se ríe.

—En serio, no quiero que pases frío.

—Que sí, Marc, lo sé... Yo soy la primera que no quiere helarse. No te preocupes que te lo diré —espeto, un poco consternada con tanta protección.

—Ok. Perdona si soy pesado. —Se gira y comienza a caminar de nuevo. Estoy alucinando, debo de ser transparente para él. Me tiemblan un poco las piernas. Reconozco que me pone nerviosa tenerle tan cerca. Tiene unos ojos enormes, grises. Nunca había visto unos ojos grises tan grises. ¡Y qué pestañas! Su mirada es lo mejor de él, siempre logra intimidarme.

—Vamos a poner nuestro broche de oro. Este viaje ha sido increíble, pero vamos a perecer congelados como sigamos aquí. ¿Qué pensáis? —nos pregunta Cloe.

—Por mí vale —Alex está de acuerdo.

—Sí —dice Marc—, por mí, sí. Y Sara me imagino que también, lleva teniendo escalofríos toda la mañana —Marc habla por mí, ¡cómo ha cambiado esto! Generalmente no me gusta que decidan por mí, pero estoy asombrada, sabe lo de los escalofríos y se muestra preocupado. Me sienta un poco mal que no me haya dejado hablar, pero ya se lo diré en otro momento.

—¡Pues entonces, vamos! —nos dice Cloe animadísima y claramente entusiasmada.

—¿A dónde? —pregunto.

—Al *Preikestolen* —grita Alex emocionado—. ¡Por fin!

—Pues ni idea, chicos, pero me imagino que molará, para que Alex esté así. A mí me suena a algo de los “picapiedra”.

Marc, da un espurrido, y se carcajea. Dudo si se ríe de mí o conmigo, no obstante yo también me divierto. Alex y Cloe nos miran complacidos y al poco partimos los cuatro hacia el *Preikestolen* ése.

Aparecemos encima de una plataforma de piedra enorme, lisa, que está en un —¡Ay Dios!—, precipicio. Tengo vértigo, mucho vértigo ¡Es una pasada! Hay un montón de turistas. Casi ninguno se asoma, algunos se van arrastrando tumbados hasta el final de la roca. Sólo de verlos se me revuelve el estómago. Parece que debajo hay un río. Ahora recuerdo haberlo visto en alguna postal. Es curioso lo pequeños que resultamos nosotros comparados con esta gran formación rocosa.

Atisbo a un grupo de gente que está haciendo fotos en otro mirador que forma la montaña. Me acerco y contemplo el *Preikestolen* desde allí. La vista es aun más impresionante. La caída es recta, como si la hubieran esculpido. Escucho a una guía situada a mi lado explicar a sus clientes que hay una altura de seiscientos cuatro metros. Dicho así parece poco.

Distingo a Marc y Alex, los dos bromean acercándose cada vez más al precipicio. Cloe los regaña. Nadie los percibe ¡qué pena! Estoy segura de que si los vieran muchas chicas dejarían de hacer fotos al paisaje y se las tomarían a ellos. Parecen dos modelos de bañadores. Alex suelta a Marc y va a por Cloe, ella grita y huye carcajeándose. Marc los contempla riendo, se agacha un poco y se apoya en sus rodillas. Está relajado, parece un niño, —un niño que podría ser el mejor modelo de bañadores de la historia. Me busca. No me ve; no se ha dado cuenta de que me he ido al otro mirador, se gira trescientos sesenta grados buscándome. Yo me parapeto detrás de una pareja que hay delante mía para ocultarme, quiero saber hasta dónde llega su preocupación. Permanezco unos segundos detrás de la pareja, sin asomarme para que no me vea. Me río por dentro, lo estará pasando fatal. Tengo muchas ganas de mirar, pero igual me pilla, así que permanezco escondida. Cada vez me hace más gracia y suelto varias risitas traviesas.

Me asomo lentamente, veo a Alex empujando a Cloe hacia el acantilado mientras ella se resiste. Me asomo un poco más, no veo a Marc. Me asomo del todo ¿Dónde está?

—¿Me buscabas? —Oigo a Marc en mi nuca. Meto un grito descomunal. Se me paraliza el cuerpo del susto y Marc me agarra por las axilas porque se me doblan involuntariamente las rodillas. Me voltea en un movimiento raudo. Ahora me sostiene por la cintura y me mira travieso.

—¡Qué susto me has dado! —consigo decir. Le propino un fuerte golpe en el pecho con mi puño. Muy fuerte no ha debido ser porque ni se ha inmutado el *Superman* este.

—Tú has empezado. Recuerda que te tengo localizada en todo momento con mi palma. —Señala mis manos con la mirada. «¡Claro, que estúpida! nuestro GPS nos indica dónde estamos en todo momento, por eso habrá tardado tan poco en llegar». Ríe satisfecho. Estoy unida a este tipo, quiera o no, ni alejarme puedo sin que él lo sepa.

Sube sus manos por mi espalda lentamente y yo voy recuperando mi propia verticalidad. Estamos cerca. Muy cerca. Su sonrisa se va perdiendo poco a poco. El calor de su mano recorre mi columna vertebral y se difumina por toda mi espalda, rápido, ardiente. Me estremezco. Me recuerda a la otra vez. Estoy atrapada entre sus brazos. No voy a mirarle a los ojos, me da miedo mirarle; como conecten nuestros ojos, la liamos. Sus manos llegan a mi nuca y el calor se dispara por todo mi cuello. Me acerca a él un poco más; creo que se me va a salir el corazón. Noto su aliento cerca de mí. No puedo pararle, no tengo fuerzas, nunca he sentido una atracción tan enorme; ni aunque viniera la grúa más grande del mundo podría con la fuerza que corre entre nosotros dos en este momento, quizás un extintor.

Se inclina hacia mí y, por primera vez, noto sus labios posarse en mi piel; en mi frente. Si sus manos dan calor, sus labios son una hoguera; son suaves, carnosos. Toda una riada de sensaciones me invade: todavía noto el calor del cuello, mi frente arde, el calor se irradia por mis mejillas y por mi nariz. Mis labios centellean, como si tuvieran millones de hormiguitas deseosas de explorar nuevos mundos. Permanece con sus labios pegados a mí varios segundos y después se separa un poco y le escucho:

—¿Mejor? ¿Me, me perdonas? —Vuelvo a la realidad rápido, confusa. Doy un paso atrás, otro y otro. He recuperado mi distancia de seguridad y le miro con confianza.

—Sí, tonto. —Hace una mueca y se le ilumina la cara, sus hoyuelos aparecen ante mí. Está radiante. Tranquilo. Seguro. Guapo. Sí. Muy, muy guapo, ¡asquerosamente guapo!

—¡Tortolitos, venid aquí, que no habéis viajado solos! —grita Alex desde el *Preikestolen*.

Me sonrojo. Me da mucha vergüenza que nos haya llamado tortolitos, claro que eso es lo que podíamos parecer desde la distancia. Mi enano estomacal escala en un santiamén a mi garganta. Me percato de que quizás desde allí han pensado que nos estábamos besando. Luego se lo explicaré, ha sido un beso casto en la frente, como un hermano. ¡Sí, eso! Como un hermano.

—Joer —musita Marc avergonzado él también—. ¿Vamos? —me pregunta.

—Sí. —Intento parecer lo más animada y normal posible. Y nos encaminamos hacia nuestros amigos.

—Chicos vamos a saltar. —Asiente Cloe y Alex da saltitos de emoción detrás de ella.

—¿Qué? —gritamos Marc y yo a la vez.

—Que vamos a saltar —esta vez Alex—. Después de mi escalada con Sara, sé que no te puedes hacer daño y fue... genial —me hace un guiño— ¡Vamos animaros, será un subidón de adrenalina!

Yo no puedo ni pensarlo, ¡pero si no he sido capaz ni de acercarme un poquito al mirador! Éstos están locos...

—¡Uff, yo paso! Os espero aquí —les digo y me siento en el suelo.

—¿Y te vas a perder toda esa descarga de adrenalina, Sara? ¡Si no nos puede suceder nada! Tú lo sabes, recuerda la caída del glaciar —me regaña Alex.

—En primer lugar Alex, nosotros no tenemos adrenalina, ellos tienen adrenalina —Le señalo a los humanos, mientras Cloe sonríe y asiente—. Y en segundo lugar, me da un vértigo horrible, no puedo ni acercarme ¡Joé, hay seiscientos metros!

—Yo voy a cerrar los ojos Sara y me voy a dejar arrastrar por Alex, a mí también me da vértigo. Pero piénsalo, si estuvieras viva no podrías hacerlo, ahora sí. No sé, imagina que llevas un paracaídas.

—Yo podría hacerlo —dice Marc muy seguro—. Es arriesgado, inquietante y emocionante, y nosotros lo podemos ejecutar, ellos no, y eso me atrae aun más. No sé, por una vez podríamos aprovechar nuestra circunstancia. Piénsalo. Pero si no quieres, me quedo contigo Sara.

—Ni hablar, tú tírate —le digo, todavía impresionada por su forma “culta” de expresarse—, yo paso, me da mucho miedo —Y cometo el error de lanzar una risita que hace que los tres den un brinco.

—¡Venga Sara, vamos, va a ser divertido! ¡Venga Sara! —les escucho a los tres alentarme. No me gusta ser la aguafiestas, pero me da pavor. Miro al precipicio, no me puede ocurrir nada, eso es verdad, y si no lo hago, luego a lo mejor me arrepiento. No quiero ser la miedosa, pero me conozco y yo no puedo tirarme desde allí ni aunque el mismísimo Brad Pitt estuviera esperándome con los brazos abiertos, la melena al viento, el torso desnudo y un vaquero, bajo de cinturilla, gastado, que dejara entrever que no lleva nada debajo.

—Yo no puedo llegar allí y lanzarme... me muero —les confío.

—¿Y si te llevo yo? —me pregunta Marc al instante.

Podría ser. Si él me lleva y se lanza, igual sí. Se ve que mi ceño lo ha mostrado, porque Alex y Cloe comienzan a dar saltitos de alegría dando por hecho que me atrevo.

Comienzan a tramar la estrategia: Los chicos cargaran con nosotras en brazos y Alex dará la señal para saltar a la vez. La idea es que una vez que caemos, intentemos ir unidos por las manos.

—¿Entonces, vamos? —dice Alex tan contento.

—¡Uff! Espera, espera —Yo todavía permanezco sentada, me tiemblan las piernas—. Disfrutemos un poco más del paisaje. Sentaos.

Los tres me hacen caso. Contemplamos ensimismados el paraje durante un rato. Es una locura, pero es verdad que sólo lo podemos experimentarlo nosotros y que ya que tenemos que regresar, lo vamos a hacer volando, como en los sueños. ¡Eso es!, va a ser parecido a los sueños, no tengo que estar asustada. Más serena digo al rato.

—Creo que ya puedo.

—Yo también —me secunda Cloe.

—Listo —dice Marc a la vez que se levanta.

—Listo, yo también. —Alex está pletórico.

Después de incorporarnos, las chicas con algo de menos entusiasmo, nos miramos y nos movemos hasta quedarnos aproximadamente a un metro del final de la plataforma.

—¡Uy. Hasta aquí, no doy ni un paso más! —Me puede el miedo.

—Bien, pues hasta aquí. Levantemos a nuestras chicas —dice Alex.

Marc se gira hacia mí, se agacha un poco, me agarra por el cuello y por las pantorrillas y me iza sin ningún esfuerzo. Me abrazo a su cuello, de forma que pego su perfil izquierdo a mi moflete izquierdo. Estoy muerta de miedo.

—¿Estás preparada Sara? No tenemos por qué hacerlo —me dice al oído, tranquilo.

—Sí, Marc. Vamos —le respondo con un hilo de voz que ha conseguido escapar de mis mandíbulas apretadas y mis ojos totalmente cerrados.

Noto que se me mueve hacia adelante y de repente se para.

—Vamos allá, chicos. A disfrutar, somos pájaros —escucho a Alex— ¡Uno... dos... y tres!

—¡Aaaaaahhhhhh! —voceo con todas mis fuerzas cuando noto que Marc salta. Oigo otros gritos, ¿Marc? No distingo. Abro los ojos, me sujeto más fuerte a mi mitad pero mis piernas se descuelgan de sus brazos. Él con un movimiento ágil me agarra por la cintura. Caemos rápido.

—¡Abrid los brazos, abrid los brazos! —chilla Alex.

Con mucho esfuerzo despego mi brazo izquierdo de su cuello y Marc abre su brazo derecho, frenando un poco la velocidad. ¡Y volamos! Es espeluznante. Estoy volando de verdad, el agua cada vez está más cerca, pero sé que no me voy a hacer daño. Es la sensación más real que he tenido en mi vida, de hecho nunca me he sentido tan viva. Todo mi cuerpo está alerta, mis sentidos están atentos, noto el aire que me frena, siento a mis amigos cerca, noto el brazo de Marc que ya sólo me sujeta la cintura. Soy un pájaro.

—¡Estamos vivos! —Grita Alex muy fuerte. Nuestra energía fluye por nuestros brazos, y consigue que nos deslicemos más lento que al principio. Advierto la humedad del río a escasos metros. Hay unos árboles cerca de la orilla, volamos directos hacia ellos. Como me temía, los atravesamos, lo que es una pasada de sensación y damos con el suelo. En la llegada Marc se ha soltado de Alex y caemos algo más brusco de lo que deberíamos. Marc me agarra de tal forma que todo el impacto se lo lleva él y yo me desplomo encima suya.

—¡Ahhhhhh! —chillo. Soy una olla exprés, creo que voy a explotar de excitación, he saltado desde allí arriba y he volado. Hemos volado los cuatro juntos. Estoy feliz, me parece que estoy riéndome. Sí, estoy carcajeándome encima de Marc; él también. Miro a Alex y Cloe, igualmente ellos se desternillan. Marc me abraza más fuerte y me atrapa entre sus brazos. Me voltea mientras continuamos riéndonos y se posa encima de mí. Aleja su cara de la mía para mirarme.

—¿Estás bien? —consigo preguntarle entre risas.

—Sí, perfecto, mejor que nunca.

Ya no se ríe, sus ojos han cambiado de estado, mi cuerpo lo nota, me acelero y ceso yo también mis risas. Marc está encima de mí, quemándome. Sus ojos me abrasan, no puedo moverme, me tiene aprisionada. La energía que hay entre los dos comienza a aumentar como el agua cuando entra en ebullición. Nuestras miradas se enganchan, y ya no hay nada más aquí que él y yo.

—No lo aguanto más, Sara. Voy a besarte, lo siento.

¡Sí, no hay nada que desee más en este momento! Mi enano gástrico comienza a dar saltos de expectación. Me ha pedido permiso para besarme, ¡es como un caballero victoriano! Pero a la vez me tiene aprisionada de manera que no podría zafarme aunque quisiera. Me ruborizo, de pronto sus labios se posan en los míos, suaves... ¡Aysss, quemar! Es un beso dulce, tierno, me gusta; de mi interior sale un tímido jadeo y en ese momento Marc aprovecha y me muerde el labio inferior. Me sorprende que me haya mordido el labio

y conecto con él aquí y ahora. Marc está pegado a mí y me ha besado. Es cautivador. Siento su aliento cálido. Su cercanía. Y quiero más. Subo la cabeza y busco sus labios, que vuelven a conectar. No puedo parar, mis manos le sujetan por el cuello, y le acerco aún más a mí. Esto le confirma que yo también quiero esto, y se vuelve loco, me besa más fuerte, abro mi boca y en ese instante noto el contacto de su lengua, húmeda, con la mía. Doy un respingo y todo mi ser estalla en éxtasis, cada vez que nuestras lenguas se juntan creo que voy a reventar de sensaciones. Sus manos tocan mis mejillas, estoy ardiendo y él también. Separamos nuestras bocas extasiadas y nos miramos quietos unos segundos. No hay nadie más: sólo él y yo, mi mitad y yo. Creo que nunca he sido tan de nadie como lo soy en este momento de Marc. Me vuelve a besar despacio, tierno. Le sonrió. Intercala miradas asombradas con besitos castos, repitiendo mi nombre. Me contempla y me besa varias veces.

—Sara... joder Sara... Sara —No para de besuquearme. Yo disfruto de su cara de incredulidad. Sus ojos brillan, ahora son más oscuros. Ríe.

—No te rías de mí —se queja en broma—, no puedo parar de... besarte Sara... es imposible... te lo juro.

—Yo tampoco —le susurro. Eso le vuelve a provocar y nuestras aventureras lenguas vuelven a encontrarse, sin reparos. Me sujeta la cabeza firme y con sus dedos me toca el pelo. Sospecho que mi boca se va a fundir con la suya. El calor me abrasa, pero es delicioso.

—Para, para —consigo decir. Él inmediatamente cesa de besarme asustado, lo sé porque su cuerpo se contrae. Me giro para indicarle que Cloe y Alex están ahí, y se relaja. Pero no les veo. Alex y Cloe no se encuentran ahí, han debido salir espantados al presenciar nuestro calentón. ¡Qué vergüenza!

—¡Marc! ¿Nos habrán visto? —le pregunto azorada.

—Probablemente. No sé. Da igual, ahora mismo no me importa, te lo aseguro. Tenía que hacerlo. Después de lo de antes, —supongo que se refiere a nuestro momento en el mirador —, y de cómo has confiado en mí, cómo me has abrazado y la caída, creía que si no te besaba iba a reventar. No puedo tenerte cerca, tenerte tan cerca me dispara, quiero que lo sepas.

Estoy atónita, impactada, es tan directo, tan sincero, se muestra tan seguro. No sé qué contestarle.

—Ya, lo de estar cerca es peligroso. Les debe pasar a todos —le digo tímida, para restarle importancia. Su gesto cambia y me indica que nos levantemos. Me incorporo poco a poco y más lejos vislumbro a nuestros amigos.

Marc también los ve, y nos dirigimos hacia ellos en silencio; no sé qué he dicho, pero su actitud ha cambiado por completo, ha vuelto su rostro serio. Me rallo. ¿Le habrá sentado mal lo que he comentado de que les debe pasar a todos, o se sentirá culpable por haberme morreado como si le fuera la vida en ello?

—¡Chicos, ha sido genial! —expresa Alex a nuestro encuentro.

—Pero efectivamente tenemos que volver, nos esperan arriba, despediros de Noruega —cuenta Cloe.

Así que nos vamos, se acabo nuestro viaje. Me da pena, pero por otra parte estoy deseando ver a Fátima, Linda, a Darío, a todos. Me viro para contemplar el paisaje y aprovecho para ojear a Marc que continua con un gesto áspero. Me observa y se acerca a mí, serio.

—Llevo queriendo hacer esto mucho tiempo, debes saberlo. —Su mirada es algo fría,

pero la mantiene en mí. No puede decirme esto y estar cabreado, no lo entiendo. Subo las cejas y él, atendiendo a mi gesto sorprendido, se explica:

—Sara, me gustas. Es horrible, pero me vuelves loco, ignoro si a los demás les pasa, pero yo... —Ahora sí que me he quedado muerta, ¿pero qué dice?

—¿Es horrible? —le interrumpo.

—Sara, no me malinterpretes, por favor.

—No. No te preocupes, ha quedado muy claro —Estoy muy cabreada, ¿cómo puede decirte alguien que es horrible gustarle y quedarse tan ancho?—. ¡Nos vamos!

Me dirijo hacia Cloe y Alex, dando la espalda a Marc y cuando este nos alcanza volvemos a nuestro sitio, al primer nivel, a la eternidad.

Capítulo 34

Ya estamos aquí, en nuestro mundo. Los cuatro nos hallamos en una sala grande, luminosa y con niebla, nada más. ¡Jo, ya no hay paisajes! Vuelvo a experimentar esa sensación de agotamiento que tuve cuando llegué a Noruega. Me cuesta hablar. ¡Qué flojera! Me suelto del grupo y ando por la sala. Debe ser parecido a una “pájara”: no puedo con mi alma.

Me comienza la tiritona, estoy helada, necesito a... Marc. Se me ha pasado un poco el cabreo, quizás es que no tengo fuerzas para estar enfadada. Me vienen *flashes* de nuestro encuentro y la energía comienza a entrar en mí. Me he besado con Marc y ha sido el mejor beso de mi historia. Si llego a tener un beso así en la Tierra con alguien, le hubiera declarado mi amor eterno el primer día. Ha sido súper excitante. Ahora recuerdo lo que estaba leyendo antes de mi accidente y mi muerte; me ruborizo, pero sí, Marc es el tipo más parecido a Christian Grey que me ha besado nunca, —lástima que sus técnicas amorosas no puedan practicarse aquí. Estoy atontada, debo estarlo para pensar así del engreído de Marc.

Y aquí le tengo, se me acerca. Busco a Alex y Cloe, pero se han echado a dormir sin avisarme. Marc está tiritando. Ahora es él el que me requiere para que le dé calor, me necesita.

—Sara, estoy helado, por favor vamos a dormir.

—Vale. —Me acerco a él mientras me tumbo.

Él se recuesta a mi lado y me da la mano. El calor poco a poco entra en nosotros. Dejamos de tiritar. Levanta un poco el torso para mirarme y se me acerca. Me mete un mechón de pelo detrás de la oreja y le escucho, mientras me derrito por dentro cual colegiala.

—Tenemos que hablar. Me has entendido mal, pero ahora estoy agotado. No quiero que nos durmamos enfadados, ¿me explico?

Consigue que todo mi esfuerzo por permanecer cabreada se esfume. Es que es muy valiente al atreverse a decir eso y encima se expresa fenomenal. Yo nunca me hubiera decidido a hacerlo, me hubiera dormido enfurruñada. Debo de importarle más de lo que creo. Y como si leyera mi mente —algo que empieza a ser costumbre, por otra parte—, me dice:

—Me importas mucho. No quiero que estés enfadada conmigo. —Suena tan sincero.

—¿Te importo? ¿Mucho? —le pregunto sin pensar, dejándome llevar por el momento.

—Mucho. Es raro, antes lo he expresado mal, perdona lo de horrible, no quería decir eso. —Una pizquita de dolor me llega al recordar lo de horrible, debo gesticular alguna mueca y Marc percibirla, porque continúa:

—No, no, Sara, no quise decir eso, es raro, nada más. ¿Ves, como no puedo ser espontáneo? Perdona que no sepa explicarme, nunca he hablado mucho de mis emociones con nadie.

Esto me ha dejado aun mas impactada, ¡pero si estaba casado!

—¿Ni con Jess? —musito. Echa la cabeza para atrás suspirando.

—Esto no tiene nada que ver con Jess. Tú no tienes nada que ver con ella. ¿No lo entiendes? —le digo que no con mi cabeza—. ¡Ay, Sara! no me lo pongas más difícil, estoy agotado.

—Vale, cuando descansemos hablamos. Yo... estoy hecha un lío, Marc y me siento culpable. Es tan complicado, eras un extraño y ya no...

—¡Schsss! —Me frena con un dedo en mi boca antes de que mis ojos irrumpían en llanto. Ese leve contacto logra estremecerme. Creo que ha sido mutuo. Acerca su rostro al mío, y me tiembla de nuevo todo el cuerpo.

—¿Entonces, no estás enfadada? —me pregunta con un gesto tierno. Tener a este pedazo de hombre tan cerca, mirándome así. ¡Vale! Me rindo. Le digo que no con la cabeza, porque mis labios están paralizados. Se acerca más a mí y me da un beso, suave y corto.

—Mejor —dice sonriendo mientras se aparta, choca su palma con la mía y comenzamos a volar, esta vez, soñando.

Capítulo 35

Nada más desperezarme veo que mi indicador GPS anatómico se activa indicándome que vayamos a tomar el sol. No termino de acostumbrarme a que en mi mano salgan imágenes y menos cuando me acabo de despertar.

El sueño ha vuelto a ser muy reparador. Marc todavía tiene cara de dormido y no puede incorporarse.

—¡Despierta dormilón! —le digo mientras le zarandeo—. Están todos tomando el sol, nos lo vamos a perder.

—Sí, voy. ¡Uff! ¿No podemos dormir un rato más? —bromea todavía con los ojos cerrados.

—¡Venga, soso, que tengo muchas ganas de verlos a todos! —No puedo creer que le haya llamado “soso” tan natural y él ni se haya inmutado.

Por fin abre los ojos y me mira. Me encojo como una niña pequeña. ¡Está guapísimo! Tiene las mejillas coloradas, los ojos han vuelto a cambiar de color, se ven más claros, incluso más azules que grises y sus labios parecen hinchados, muy tentadores. «¿Muy tentadores? ¿Pero qué te pasa Sara?» La voz sensata de mi conciencia chilla desesperada, mientras continúo mirándole embobada con una sonrisa enorme en mis labios. Hay una nueva inquietante voz en mi conciencia que hoy es mucho más fuerte que la sensata y le da un culetazo apartando todos los pensamientos aguafiestas. Así que me entrego en cuerpo y alma a disfrutar de esta visión. ¿Me gusta Marc? Un poco, lo reconozco, pero le gustaría a cualquiera, y más si te pasas día y noche teniéndolo pegado a ti. Es imposible que no te quedes embelesada con su esculpido cuerpo, su cintura, sus brazos fuertes y su andar elegante —el mismo andar que al principio tildé de arrogante. ¿He querido ocultarlo? No sé, al comienzo no me parecía atractivo, tampoco le prestaba mucha atención, pero después de todo lo que he sentido con el beso. ¡Uff! Y de conocerle mejor estos días, no puedo engañarme, me gusta. Un poquito. Es que resulta difícil no derretirse ante la energía que fluye cuando nos acercamos. Ya pensaré en otro momento qué repercusiones conlleva esta afirmación.

—Estás muy guapa, Sara —¡Buahh! Me desplomo. Cada vez que habla desestabiliza mi fuerza interior y caigo rendida a este tío. Y me desplomo literalmente encima suya, como si me hubiera disparado.

—¡Uhh! —se recompone mientras que yo permanezco tirada encima suya de costado—. ¡Eso ha dolido! —Ríe.

Me vuelvo a incorporar y esta vez le agarro las manos para ayudarle a levantarse.

—Tenemos que irnos ya, estoy impaciente.

—Vale, lo cojo, vámonos, pero tenemos que hablar largo y tendido, no lo olvides —me reprende.

—Sí, ya lo sé —Mi ya entrañable enano estomacal da alguna voltereta en mi antro—. Lo único que quiero decirte ahora Marc, es que tengo muchas ganas de encontrarme con nuestros amigos y que... estás muy guapo por la mañana —Le doy a mi “v” anatómica,

dejándole con la boca abierta.

Llegamos más o menos a la vez. Me sorprende que Marc haya sido tan rápido. Le miro y gesticula una mueca desafiante. Nos quedamos sonriéndonos hasta que se oye un estruendo de saludos y todos nuestros colegas vienen hacia nosotros.

No me había dado cuenta de todo lo que los había echado de menos. Al igual que Marc ha dejado de ser un extraño, ellos forman parte ya de mí y los adoro. Abrazo a Fátima; de todos es a la que más unida me siento y estoy deseando revelarles mis novedades y escuchar cómo ella me las cuenta con su gracioso acento porteño. Es como mi Tere en la Tierra.

Me alegra encontrar a Darío y Lara todavía entre nosotros. Marc se ha ido directo a abrazar a Darío y ya charla con él animadamente. Alex y Cloe llevan un rato y les han contado gran parte de nuestra aventura. Nos sentamos en un corro, yo al lado de Fati, ella me agarra de la mano y cuando estamos sentadas me dice:

—Te he echado tanto de menos Sara, tengo que contarte muchas cosas.

—Y yo a ti, Fátima, de verdad —le respondo algo emocionada.

Nos enteramos de que todavía no se sabe nada de la transformación de Darío y Lara, pero ellos nos confiesan que permanecen tranquilos y que todavía les gustaría quedarse unos meses con nosotros. Tampoco se conoce nada de la fiesta de despedida, por lo que asumen que todavía falta tiempo para que se conviertan en TAOS.

—De lo que sí se sabe es de la fiesta del fuego —dice Linda. Linda me hace un guiño y yo la sonrío. Me apuesto las mallas a que se está preguntando si he avanzado con Marc, después de nuestra inquietante conversación no la había vuelto a ver.

—¿Otra vez el torneo del fuego? —pregunta Cloe— ¡Pero si siempre ganan los mismos, es aburridísimo!

—Principalmente ganan los mismos porque sólo se presentan cuatro gatos, Cloe —espeta Frank. Yo ni idea de lo que están hablando, pero luego me enteraré. Busco a Marc, él los contempla intrigado.

—Chicos, hay gente aquí que no sabe lo que es el torneo del fuego, deberíamos aclarárselo —les reprende Lara.

Darío se lanza a explicarnos en qué consiste. Yo estoy demasiado entusiasmada con el reencuentro con mis amigos para escuchar atentamente lo del torneo y desconecto de vez en cuando. Pero más o menos pillo que es un concurso en el que te tienes que presentar por equipos y es algo de mover una llama que se enciende con la energía de todos. Hay que mantener el fuego y hacer formas o algo así. Se requiere mucha concentración y hay varias funciones en el equipo. Reanudo mi atención:

—Nosotros nos hemos presentado pocas veces, pero hemos pensado que como es nuestro último año, podíamos asistir por última vez y así averiguar en qué consiste el premio.

—¿Hay un premio? ¿Cuál? —pregunta Marc, con los ojos brillantes por el entusiasmo.

—¡Misterio! Lo único que sabemos es que siempre los ganadores vuelven con una sonrisa enorme, pero que está prohibido describir el premio —explica Lara.

—Si al final decidimos que nos queremos presentar, tenéis que tener claro que hay que ensayar mucho, que es muy cansado, y que los rivales son invencibles desde hace diez torneos —Nos aclara Darío—. El plazo es hasta mañana. ¿Qué pensáis?

Se abre un debate que por lo visto lleva varios días y comienzan a hablar a la vez. Todos quieren excepto Linda, Jimmy y la recién llegada Cloe. A mí realmente me da igual,

lo que pacte la mayoría. Marc está encantado, por lo que entiendo que quiere participar.

—Sara, vente conmigo, que te tengo que contar una cosa. Éstos ni se van a dar cuenta que nos hemos ido —me dice Fátima.

—Me incorporo y nos alejamos del brazo, sin que efectivamente nadie se percate. Me tiene expectante tanta celeridad para hablar. Cuando ya estamos un poco lejos la pregunto:

—¿Qué pasa Fati? Me tienes muerta de la intriga.

—¡Ay, piba, cuánto te eche de menos! —Me abraza— ¿Qué tal el viaje? ¿Y con Marc? Me tienes que contar.

—Yo bien, muy bien, y con Marc mejor, ya hablaremos, pero ¿y tú? ¡Venga desembucha! —le digo sin poder esconder la curiosidad que me corroe.

—Es que ahora me da un poco de vergüenza, no sé como decírtelo... —Fátima está cortada, ¡no me lo puedo creer! Le lanzo una mirada confortadora.

—Fati, sea lo que sea puedes contar conmigo ¿lo sabes, no?

—Sí, Sara, eres mi mejor amiga aquí, no es nada malo, es que me da vergüenza contártelo —Muestro un ceño enfadado y prosigue—. He... ¡Aysss! He hecho lo de la unión con Jimmy —Noto como su cuerpo se relaja, su mandíbula se abre y vuelve a hablar—. Sara he hecho el amor con Jimmy y ha sido mágico, brutal, precioso, lindo, adictivo y no puedo parar de pensar en hacerlo todo el rato. Creo que estoy enferma y que me he convertido en un ángel ninfómano.

Río con su último comentario, a pesar de que antes me había quedado estupefacta por su sinceridad. Fátima ya se ha unido a Jimmy. La verdad es que nunca habíamos hablado de este tema. Me alegra que haya tardado un tiempo —como lo hago yo—, y que me lo cuente.

—Sara, fue fantástico, te lo juro, pero ahora me siento culpable y eso me está matando, ¿cómo puedo hacerle esto a mi marido? —Se le llenan los ojos de cubitos de hielo, es evidente que está hecha un lío y ha ido a contárselo a una que está peor que ella. Pero me duele ver a mi amiga así, y si hay alguien que la puede entender soy yo.

—No, Fátima, no llores. No te sientas culpable, ¡ni de broma! Tú no tienes la culpa de estar aquí. Tú no tienes la culpa de que exista esto. Tú no tienes la culpa de que Jimmy sea tu mitad. No nos podemos castigar por sentir. Estamos vivas, en otro sitio pero vivas.

—Ya, pero yo quiero tanto a...

—¿Y qué tiene que ver eso? Claro que le quieres, pero ya no está. Y Jimmy es tu mitad, está aquí, todos los días pegado a ti, te necesita tanto cómo tú a él. Es diferente, Fati, no lo compares, no puedes impedir que la energía fluya entre vosotros. Es para volverse loco pero es nuestra realidad y cuanto antes sucumbamos mejor. —Me asombra la intensidad con que la he defendido. Es que no quiero que se sienta mal, ella no tiene la culpa.

—Gracias, Sara —me abraza—. De verdad que estoy hecha un lío, pero voy a intentar hacerte caso. Yo pienso lo mismo, pero luego me invaden de nuevo las boludeces y la culpabilidad. ¡Viste, qué bien me comprendiste, Sara! ¡Eres la mejor! —Su cara pasa de la tristeza a la interrogación en dos segundos —¿Tú, tú ya?

—¡No, yo no! —contesto rápido.

—¿Seguro, Sara? Mira que te mostraste muy impetuosa...

—No, Fátima, seguro, pero me llevo mucho mejor con él. Todo ha cambiado. Y me sucede lo mismo que a ti, me siento mal. Por eso te entiendo.

—¡Pues entonces aplícate el cuento, nena! —Ríe— ¡Hacéis una pareja tan bonita! Sois guapísimos los dos y Marc te mira de esa forma, siempre pendiente de ti.

—¿Qué dices, pava? —le contesto.

—¿Y todavía sigues con lo mismo, no te has dado cuenta de que te adora? ¿Quieres una prueba? ¡Ya verás! Estoy segura de que si nos giramos ahora, pillaríamos a Marc mirándonos y a Jimmy a lo suyo, enfrascado en el debate.

—¡Qué tontería, pero si ni se habrá percatado que nos hemos ido! —le digo resuelta.

—Ok. Apuesta. Si Marc nos está mirando me respondes con la verdad a todo lo que te pregunte y si no, volvemos al grupo.

—Vale.

Estoy convencida de que voy a ganar, conozco a Marc. Por su forma de volar y porque ha hecho mucho deporte, sé que le encanta la competición y que está deseando participar en el torneo, así que estará debatiendo como el que más, sin advertir que me he alejado para charlar con Fátima.

Nos giramos despacito y me encuentro con los ojos de Marc, indagando en los míos. Intrigado. Cuando nuestras miradas se encuentran me lanza una pequeña sonrisa y mis labios la imitan.

—¿Ves, boluda? —ríe Fátima—, mira a Jimmy —Su mitad permanece sentado al otro lado de Darío, en frente nuestra también, pero está pendiente de la conversación de los demás—. ¡He ganado! ¿Te das cuenta? ¡Jo, Sara me encanta cómo te mira ese pibe! ¿Ha pasado algo entre vosotros? ¡No puedes mentirme, así que piénsatelo antes de hablar!

Le cuento a Fátima lo del beso, lo que sentí y lo que me dijo, como me pidió permiso y como no podíamos parar de besarnos. Contárselo lo convierte en más real, por una parte me asusta, pero por otra me libera.

—¡Ché, es como un cuento de hadas, Sara! ¡Voy a formar un club de fans de Marc! ¡Qué pibe tan romántico! Tú, por supuesto la socia honorífica, porque... ¿Te gusta, verdad? Sara, ¿te gusta Marc? —me escudriña.

Miro a Marc. Ahora no me observa. Me fijo en sus ojos, sus hoyuelos, quien ya sabéis —el susceptible enanito—, da un pequeño salto en mi estómago, decirlo en alto es más grave que reflexionarlo para mí.

—Sí, sí y sí. Me gusta mucho. —Me giro para que no nos vean en el grupo y comienzan a brotar copitos de mis ojos.

—Sara no, cariño, no llores —me repite varias veces para calmarme. Expresar en alto que Marc me gusta me avergüenza, pero siento que sería imposible negarlo.

—¡Pues vaya dos tontas! Aplícate todo lo que me dijiste, nenita —me dice dulce, mientras me acaricia el pelo—. ¿Pero por qué somos tan boludas? ¿No te das cuenta? Yo en ti, no lo veo mal, me parece perfecto. Es normal que te guste Marc y sin embargo, a mí misma me castigo.

—Ya —consigo decir, algo más serena—, Fátima, me gusta mucho, de verdad. He conocido a un nuevo Marc, no es el que pensaba. Me cuida, ha estado siempre pendiente mía, incluso un poco de más, nada que ver con Toño. Él al principio fue así, pero últimamente ni me miraba, cada uno íbamos a nuestra bola, yo incluso fantaseaba con otros tíos. Y ahora se aparece ante mí alguien que me cuida, que me observa, que me dice que le sorprende, que me pide permiso para besarme porque no puede más, y descubro que es el mejor beso que me han dado en la vida. Yo no quiero sentir que me derrito cada vez que estoy cerca suya, pero es lo que me pasa.

Ya está. Lo he soltado de carrerilla, todas las dudas que tenía en la cabeza se han disipado hablando con Fátima. Incluso lo de Toño; en el último año estaba distante y yo a la par, pero mi memoria se ha encargado de ocultarlo.

—¡Vosotras dos, las del cuchicheo! —grita Alex muy fuerte y Fátima y yo damos un brinco. Nos giramos para verlos.

—Estamos votando, ¿queréis participar o no? —vuelve a chillar. Miro a Marc, pero esta vez está cabizbajo, me imagino que nervioso por la resolución.

—Por mi sí. Sara —me susurra Fátima—, así pasamos más tiempo juntas.

—Ok —le respondo bajito—. Estoy de acuerdo.

—Síiii —grita Fátima.

—Síii —chillo yo después. En ese instante Marc levanta la cabeza y me envía la sonrisa más bonita que nunca le he visto. Está feliz. Me encanta sintonizar con él.

Todos, excepto los tres escépticos, rompen en un aplauso que estoy segura que se ha oído en Madrid. Nos acercamos de nuevo al grupo que lo celebra como loco. Darío está abrazando a los que no querían participar, Alex dando botes con Frank, Linda riendo con Lara. Voy hacia él, mis pies me llevan solos. Me encanta verlo así, como un niño, con sus graciosos hoyuelos cerca de su boca, implicado con todos, querido por todos y sobre todo por...

Capítulo 36

—¡Ha funcionado, enhorabuena!

—¡Igualmente te digo! Ha sido un éxito para ambos.

—Sí, es verdad, Alex y Cloe van remando en la misma dirección, como queríamos. Alex no ha coqueteado con Sara, ha sido desde el primer momento la pareja de Cloe y ella por fin se ha abierto del todo a él. Pero lo de tus chicos sí que ha progresado. ¡Qué cambio! Por fin.

—Estoy muy alegre. No pensaba que iba a funcionar tan bien el viaje. Ves, te dije Sara era muy visceral, antes detestaba a Marc y ahora está prendada. En estos días ha visto la luz que hay en él, así que creo que irá directa hacia su mitad. Y Marc, ¿qué decir de Marc? No creo que vaya a permitir que ella se aleje, Sara es lo mejor que le ha pasado, su vida con Jess era un desastre.

—Si algo me sorprende de esta pareja, es lo enamorado que está él. No me di cuenta hasta el viaje.

—Sí, yo lo intuía, pero en cierta parte le ha pasado como a ella, no se ha podido resistir a la energía de Sara. La diferencia estriba en que él ya estaba enamorado pero lo ocultaba, sin embargo Sara casi le aborrecía. Les queda un largo trabajo, pero una vez que sintonizas es todo mucho mejor, no te peleas contra todo, y esta sintonía es muy fuerte. Hay mucha energía entre ellos dos, resulta curioso.

—¿Tienen que bajar pronto? A Alex y Cloe les voy a intentar dejar un tiempo aquí, para que sigan prosperando. Ya sabes que cuando hacen las visitas terrenales vuelven despistados.

—Pues a mí no me queda más remedio que separarlos ya mismo, en cuanto acabe su reunión. Me da pena distanciarlos ahora que está fluyendo todo, pero hay órdenes de arriba.

—Si hay órdenes no hay más remedio, pero efectivamente es una lástima. Espero que el reencuentro con sus vidas anteriores nos les vuelva a bloquear.

—No creo, pero les dolerá lo que se van a encontrar.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Pues que el novio de Sara...

Es una sala vacía y dos TAOS continúan su conversación.

Capítulo 37

Se nos alarga vigorosamente el brazo a Marc y a mí a la vez. Como estoy a su lado, miro en su “v” anatómica; aparece una sala vacía. Nos miramos incrédulos... ¡Pero si acabamos de venir!

El brazo vuelve a estirársenos aun más fuerte. Tenemos que irnos ya, ¡qué prisas! Nos despedimos de Linda y Frank que son los únicos que quedaban y partimos hacia una reunión con nuestro TAO.

Nos encontramos la sala despejada.

—¿A qué vendrá esta reunión? ¿Tú crees que nos bajaran a la tierra? —le cuestiono.

—No creo, quizás es para preguntarnos por el viaje. —Hace una mueca subiendo los hombros y frunce los labios, me resulta graciosa y bromeo:

—No es posible que Marc no lo sepa, el “lisssto” de Marc no sabe qué pasa, el empollón de Marc está desorientado, confuso... ¿Cómo te sientes? —Le pongo la mano en forma de micrófono, como si le hiciera una entrevista.

Él en un movimiento rápido me agarra el puño y me atrae hacia sí, de manera que volvemos a estar uno enfrente del otro separados por escasos centímetros. Me besa en la frente, muy suave. Mi cuerpo está alerta.

—No soy un empollón —me dice a regañadientes bromeando—. Gracias por lo de antes.

—¿Por qué? —le pregunto temblorosa por la cercanía.

—Por votar que sí, estaba nervioso y todo —confiesa. Ahora recuerdo que no me miró hasta que grité.

—¿Tanto te apetece? A mí me da un poco igual —me sincero. Mi cuerpo está disfrutando de todo el calor que irradia el suyo.

—Bueno, hay cosas que me apetece más... como hablar contigo, ¿recuerdas nuestra conversación pendiente?

—Eh, sí... estoy impaciente —le miento descaradamente.

—Respecto al torneo, me apetece participar, me encanta competir, lo llevo en la sangre. Desde pequeño he competido y me parece que va a ser divertido. Además Darío lo desea y se lo debemos.

—¡Cuánto hablas Marc, me sorprendes! —le digo —. Me gusta que me cuentes lo que te pasa, me resulta curioso. Creía que eras mucho más introvertido, que casi no abrías la boca y aquí te tengo, contándome que estabas nervioso porque querías participar.

—No sé... —Le he dejado «K.O.» —. Desconocía esa faceta mía. Creo que estar contigo me hace ser así.

—¡A mí no me echas la culpa de que seas un charlatán! ¡Y un blandito! —bromeo, mientras le empujo y le separo de mí.

—¿Un blandito? ¿Marcus Fest un blandito? ¿Qué yo soy un blandito? ¡Te vas a enterar! —Marc viene hacia mí, pero yo ya he salido pitando. Me persigue por la sala, mientras me carcajeo cada vez más fuerte—. ¡Te vas a enterar, enana! —grita varias veces

mientras me persigue. Soy muy rápida y aunque las carcajadas me enlentecen, no me coge.

—¡Hola chicos, que alegría veros así de bien! Es un gran placer para mí. — El TAO se ha presentado de repente y nos ha pillado jugando al pilla-pilla cuales críos. Me da un poco de vergüenza, pero sí recuerdo la última vez que estuvimos con él, prefiero esto. Los dos nos acercamos al centro de la sala, con una sonrisa en nuestros labios.

—Gracias —musita Marc.

—Creo que el viaje a Noruega os ha sentado muy bien. Vais por el buen camino, chicos. Os ha costado, pero ya parece que habéis entendido qué hacéis aquí. Sois “uno”, acordaos; os pertenecéis.

Mi “saltimbanqui” enano gástrico ha dado un pequeño bote. Eso de que yo sea “uno” junto a Marc, todavía no lo concibo. Marc me agarra de la mano y me aprieta. Creo que a él también le ha inquietado la definición del TAO.

—Tenéis que despediros, no creo que sea por mucho tiempo, pero es preciso que bajéis a la Tierra. Recordad que este es vuestro mundo, vuestra nueva vida. Allí volvéis porque tenéis que ayudar o asistir a momentos importantes de vuestras antiguas familias.

Emerge en mí el miedo. Yo no quiero bajar ahora, no me veo con fuerzas de ver a Toño, me separo bruscamente de Marc... ¿Qué he estado haciendo?

—No te compliques Sara, no te bajamos para que te sientas culpable —Se está dirigiendo a mí, y eso me da mucha vergüenza—. Te bajamos porque puedes ayudar a tu familia y más tú, que cuentas con ese don tan especial...

Marc me mira sorprendido. Por primera vez han hecho referencia a mi facultad para comunicarme con los humanos... entonces sí que es cierto que tengo una cualidad.

—Ten claro que lo que sientes por tu mitad es lo natural, es el sentimiento más puro que hay y es incontrolable. Os dejo unos minutos para que os despidáis, pero hay que bajar pronto. —Se esfuma.

—¡Jo! ¿Por qué se ha dirigido a mí sólo? —le pregunto consternada.

—No sé —duda—... no me apetece mucho bajar, quiero ver a mi madre y mis hermanas, pero a Jess...

—Y yo a Tere, pero a Toño... —Expreso un gesto de dolor.

—¿Oye, qué es eso de “el don” que ha dicho el TAO?

—¡Ah, no te lo he contado! Pues creo que me es posible comunicarme con ellos mandándoles imágenes mentales; puedo meterme en sus conciencias y ver lo que están pensando.

—¿Sí? ¿Pero eso es magnífico! ¿Y puedes siempre?

Le explico rápidamente a Marc cómo lo hago. El que el TAO lo haya nombrado, me ha reafirmado en que sí que tengo esa habilidad y no era producto de mi imaginación. Todavía no sé usarlo bien, pero me voy a poner a la faena ahora cuando baje. He de aprovecharlo.

—¡Qué envidia me das! Yo también quiero. Lo mismo sí que puedo... ¿quién sabe, no?

Después de hablar, el rostro de Marc se torna de perplejo a preocupado. Es flipante cómo cambia de estado de ánimo este chico y cómo puedo entreverlo yo. Tarda poco en aclararme la razón.

—Hay una cosa que me gustaría decirte Sara. Y es que por favor... no me olvides — vacila mientras se acerca a mí muerto de la vergüenza por lo que acaba de decirme—, yo me voy a acordar mucho de ti.

Su sinceridad hace que me derrita y le abrazo.

—Estoy alucinando contigo Marc, me dejas con la boca abierta a cada rato, parezco una rana de esas que le lanzabas monedas — Creo que no las conoce, porque hace una mueca de extrañez—. Hace unos días casi ni nos hablábamos y ahora me dices estas cosas, y a mí me encanta oír las, ¡que conste, de verdad! Me asusta, pero me encanta. Yo creo que nos hemos vuelto locos o algo —He soltado esto en alto, ¡ya no mido lo que digo!

—¡Oye, pues tú también hablas mucho! Lo que me recuerda que antes me has llamado blandito. En estos días, pensaré qué te voy a hacer —bromea frotándose las manos. Nos miramos sonriendo, y su rostro poco a poco vuelve a tornarse.

—Te voy a decir otra cosa aunque no sé cómo la vas a tomar.

Su repetido cambio de actitud me intriga. Es obvio que algo le anda rondando y no sabe cómo soltarlo. Le animo con mi cabeza. Se separa un poco de mí y dice mirando a sus pies...

—Me da un poco de miedo que veas a Toño, y que luego...

No sé qué contestar, a mí también me da miedo verle, ¡pero él va a ver a su mujer, estamos en la misma situación!

—¿Y que tú veas a Jess? —le rebato.

—No, no, por Jess no te preocupes. No te preocupes por ella, por favor —me dice mientras se acerca y me abraza más fuerte acariciándome el pelo —. Pero sé que tú le quieres y te entiendo, sólo te pido que cuando vuelvas no me odies. Yo no soy él.

—¡Para, para! No te voy a odiar Marc, es imposible. Tengo que aclararme, pero tú me vas a ayudar ¿verdad? Somos uno, lo ha dicho el TAO, y ha dicho que esto es incontrolable.

Se me comienzan a caer algunos cubitos, es injusto que nos tengamos que ir, me da pavor enfrentarme a Toño. Sé que inevitablemente los voy a comparar. Soy consciente de que siento mucho por mi novio, pero también sé que estoy deseando besar ahora mismo a Marc. ¡Dicho y hecho! Definitivamente mi mitad me lee la mente porque acto seguido me sube la barbilla, me mira a los ojos, me quita los cubitos que están helando mis mejillas y avisándome de lo que va a hacer sus labios se pegan a los míos.

No hay nada más que Marc y yo. Nuestras leguas. El calor que nos recorre. No hay nada más en este lugar que este beso tierno.

Nos separan nuestros brazos que dan un latigazo. Estoy jadeando. Marc igual. Miro mi dirección asustada. Veo a Tere, doy un salto de alegría.

—Voy con Tere.

—¡Y yo con mi familia! —dice alegre.

Nos acercamos para despedirnos.

—Te veo pronto. Me tienes atontado. Como me sigas besando así... —susurra.

Le comprendo, a mí me pasa igual. Sonrió. Ahora entiendo que con la rapidez que le desprecié al principio es la misma con la que han cambiado mis sentimientos hacia él. No le voy a odiar. No puedo. Es el hombre más perfecto que me he cruzado. He tenido una suerte enorme. Ahora sí, me guardo mis pensamientos y le digo.

—Te echaré de menos, guapo. Créeme.

—Y yo a ti, guapa. Créeme.

Nuestros brazos vuelven a dar un latigazo mucho más fuerte y antes de que nos descoynten pulsamos nuestros diferentes destinos.

Capítulo 38

Tengo una bola en el estómago del tamaño de un melón. Voy a ir. Yo fui la que llamó de nuevo, en un ataque vehemente del que me he arrepentido toda la semana; pero tengo que cerrar este capítulo con Toño. Debo empezar a resolver mis asuntos pendientes.

En estos tres días no he sido capaz de ir al médico, o de comprarme un *predictor*. A cada rato iba al baño, a ver si me había bajado la regla y la respuesta era siempre contundente.

Adan aún no es conocedor de la flamante duda. No hemos hablado mucho, sólo por mensajes. Bueno él sí que me ha llamado, pero no lo he cogido; podría notar algo y yo prefiero contárselo —si es que hay algo que contar—, cara a cara. Este fin de semana viene, o eso dice y ahí se lo revelaré. Si se confirma avisaré a mis padres, pero por ahora no me atrevo, están en el pueblo y les haría venir escopetados del susto.

Me miro en el espejo de la habitación. Mi bigote sigue luciendo estupendo a pesar de la crema despigmentante de cincuenta euros. Me pongo de perfil observándome la tripita, algo de barriguita hay, pero yo creo que la invento por la sugestión. Realmente estoy más flaca que nunca.

Estos días no tengo apetito, apenas he comido, excepto el kéfir. Lo he probado: es muy ácido, pero si le echas nueve cucharadas de azúcar, plátanos y muesli con chocolate negro se deja comer. Casi no he podido ingerir otra cosa; los nervios me van a dejar consumida.

¡Cuánto echo de menos a mi amiga! Me dirijo al despacho de Ikea, que todavía no ha visto Adan, para contemplar el cuadro en lienzo que he mandado hacer de una foto de Sara y mía. Posamos en la piscina, las dos con el pelo despeinado, ella delante y yo me asomo por detrás. Riéndonos.

—Sara. Voy a ir, por ti, porque se merece que le cante las cuarenta. Pero no me apetece nada. Toño es un gilipollas, que los sepas. Y luego voy a ir a la farmacia para resolver esto de una vez. Tú ya lo habrías hecho por mí. Sin ti no me atrevo, ¡pero se acabó!, me voy a morir de los nervios. Lo que sea será.

Continúo contemplando la foto un rato. Cada vez adquiero más seguridad. En un arranque de decisión, agarro el bolso y las llaves y salgo de casa.

El bar me pillá a cinco minutos. Menos mal que hemos quedado en mi pueblo, si no con el estrés que gasto, me hubiera estrellado con el coche. Es un poco pronto, pero así voy pensando qué decir... aunque llevo toda la semana ensayando y no he sido capaz de pasar del «Hola Toño». Me dejaré llevar. Paso por delante de la farmacia y me visualizo entrando luego. Sí, sí, luego voy a ir. Continúo andando, curiosamente cada vez más despacio. Mis pies se están echando atrás, ¡serán cagones! Estoy llegando, diviso el bar en la esquina. Gracias a Dios no aprecio a nadie en la puerta. Lo mismo se raja. ¡Ojalá! Igual no se acuerda de dónde está el bar. Toño sólo ha venido una vez.

Se me ocurre mirar mi móvil por si he recibido algún mensaje. No hay nada, pero continúo contemplando la pantalla mientras me acerco al bar. Tengo la boca seca. Una

incipiente taquicardia se está apoderando de mi tórax. Recuerdo mis clases de fisiología: mi sistema simpático está a tope, quiere que huya. Ya he llegado a la puerta. Cojo aire fuerte y me atrevo a mirar por el cristal a las mesas. No, no ha llegado todavía. Me volteo, prefiero esperar fuera y que el aire me refresque las ideas.

Son las ocho menos un poco, ahora recuerdo que Sara y Toño siempre llegaban tarde. Me relajo. Desbloqueo el móvil y vuelvo a confirmar que no hay mensaje alguno. Me viene a la mente las veces que Sara y yo estuvimos en este bar y en el de su barrio (los alternábamos cada semana desde que me mudé a aquí). Casi siempre hablaba ella y me contaba alguna anécdota del hospital; como la vez que apareció un tío con un salero metido en su recto, o la vez que se pegaron dos familias y tuvo que venir la policía a separarlos. Lo contaba con tanta gracia que yo me meaba de risa. Siempre encontrábamos algún momento para quedar durante la semana, las dos solas. Nuestro día especial: los martes, pero si por alguna razón no era posible, el miércoles o el jueves también nos valían, el caso era verse. Los recuerdos me vienen solos. Alguien me toca en la espalda por detrás, me giro ¡ay Dios! creo que voy a vomitar.

—¡Hey, Tere! ¿Qué tal? ¿Qué puntual eres, siempre llegas pronto!

—¡Hola Toño! —consigo pronunciar sin vomitar. Hasta aquí había llegado mi ensayo. Noto que el suelo cada vez está más cerca.

—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara. Venga entremos y pidamos algo.

Voy detrás de él y me abre la puerta. Lentamente voy cogiendo aire y la náusea se hace más soportable, pero la tarima del bar continúa muy próxima. Se encamina hacia una mesa vacía. Yo le acompaño como puedo. Me ha tenido que ver muy mal porque saca la silla y me indica que me siente en ella, le hago caso.

Ya sentada me encuentro mejor. Le observo. Ha adelgazado y está muy moreno, parece diferente.

—¿Qué te pido, Tere? ¿Un té verde? —pregunta amable. Me asombra que se acuerde de mis gustos. Bueno tampoco es que sea ningún erudito, me habré bebido cien té delante suya. «¡No se lo pongas fácil Tere!», me reprendo a mí misma. Le digo que sí.

El bar parece distinto. Han puesto en las paredes tablones de madera, y las mesas y las sillas también son nuevas. Le da un toque irlandés, no está mal, pero reconozco que ahora no es el mejor momento para recordarme a la Gran Bretaña y sus hijos.

Toño vuelve con mi té, y una cerveza sin alcohol para él. Se sienta.

—¡Han cambiado esto! No está mal.

—Sí, es como una taberna irlandesa, aunque cada vez hay más. —Sonrío. Se hace un silencio. Toño gira la cabeza mirando al bar con el botellín en la boca y yo hundo mi cabeza en la taza. Esto es de lo más incómodo. Pienso en algo que comentar. Con todo lo que tengo que decirle y no consigo abrir la boca.

Toño, deja de hacer un repaso al bar y posa la cerveza en la mesa.

—Te veo más delgada, Tere. ¿Qué tal estás? —Suena sincero.

—Sí. Perdí mucho peso al principio. No podía comer. Ahora mejor. Tú también has adelgazado —le digo muy rápido y con tono neutral.

—Yo tampoco tenía nada de hambre y he hecho mucho deporte como te dije por teléfono el otro día. ¿Por qué me llamaste otra vez? No me lo esperaba.

—No sé, tenemos que hablar... —le digo sin ganas. El aparenta más tranquilidad que yo, se le ve confiado.

—Sí, quizás sí. Ahora te tengo delante y me alegro de verte, hemos sido muy amigos ¡Pero leches, es muy incómodo! ¿Eh?

—Un poco...

—Tere, ya te lo dije, entiendo que no me llamaras. Me imagino que tú y mucha gente me echáis la culpa de la muerte de Sara. Os comprendo, de verdad, yo he de vivir con ello y ya está. Llevaré eso lo que me quede de vida —Carraspea, me asombra su franqueza—. Al principio estaba enfadado con todos, pero poco a poco me he dado cuenta de que es conmigo con quien estoy cabreado porque he matado a mi chica —Se calla y traga saliva, sus ojos se enrojecen.

—No, no. Tuviste un accidente y conducías tú... de ahí, a matar, hay una diferencia Toño. No seas bruto ni digas cosas que no son.

—¿Entonces por qué no hemos hablado? —me pregunta muy serio. Desde luego no hemos venido a perder el tiempo, la conversación está al rojo vivo. Ninguno de los dos nos andamos con rodeos.

—Sí, si es que tienes razón. Te he... te he echado la culpa. No quería verte ni en pintura. Lo siento, pero es verdad que en el fondo era el cabreo, la indignación; es tan injusto... —recapacito—. Pero fue un accidente, no te condenes. ¿Qué sabes del otro?

—Creo que vamos a ir a juicio, lo llevan los seguros. Yo di positivo en la prueba de la alcoholemia, pero fue él, el que se metió en mi carril. El hijo de puta dice que no sabe lo que le pasó, que el coche se le fue —Frunce el ceño—. Y ahora para quitarse el bulto alegan que yo di positivo.

—¡Qué fuerte! —respondo. Cada vez me siento más a gusto y más yo. He estado tantas veces con él que poco a poco la naturalidad y la confianza borran la incomodidad. Toño está siendo muy franco y muy comprensivo. No parece enfadado conmigo por no haberle llamado, pero hay otro tema que no puedo dejar pasar.

—Y cuando te vi con... —No me atrevo ni a pronunciarla

—Tan pronto quieres hablar de eso, deja que me beba varios botellines más —bromea.

—¡Pero si son sin alcohol, Toño! —espeto—. No, en serio, necesito que me lo expliques porque no lo entiendo.

—¿Qué te lo explique? ¿Qué te explique lo de Marga? ¡Uff! —Se frota la cara varias veces antes de volver a hablar — ¿Quieres toda la verdad o la versión resumida? Toda la verdad no te va a gustar, Tere, y además no tienes por qué saberlo, es una mierda —Reanuda el frote de su cara.

—Quiero toda la verdad, Toño.

—Me vas a odiar para siempre ¿Por qué quieres saberlo? —Me mira inquisitivo.

—No sé, necesito entenderlo. A veces creo que hablo con Sara, y no le puedo ocultar esto por más tiempo. Te vi, si no te hubiera visto no querría saberlo, pero una vez que lo descubrí necesito que me expliques cómo te has enrollado con otra tía a unos meses de haber muerto Sara. ¿Cómo has podido? —Me callo. Ya lo he soltado, la gran pregunta flota en el aire. Toño piensa cabizbajo, hasta que unos segundos después levanta la cabeza y contesta:

—Viene de antes, Tere. Esa es la verdad, me lié con Marga cuando todavía vivía Sara.

—¡¡¿Qué?!! —grito, y varias mesas que hay cerca de nosotros se giran. Mis ojos escuecen de rabia y de varias lágrimas que están a punto de saltar.

—Déjame hablar. Tú has pedido toda la verdad —Ahora soy yo, la que se tapa la cara con las manos. Él comienza a contarme que se lió con ella sólo una vez, que la conoció en el gimnasio, y que después de eso no la volvió a ver—. Tere, no se lo he dicho a nadie y no

sé por qué te lo digo a ti, quizás es que quiero que me odies aun más. Te juro que cuando me lié con Marga, no me iba bien con Sara, ella parecía distante, los dos estábamos lejos. A lo mejor te comenté algo...

—No, no me dijo nada —le respondo segura.

—Bueno, pues créeme. No es disculpa, pero no estábamos del todo bien. Marga se me apareció ¡Joder, la monitora del gimnasio! Me tiró los trastos y al final caí. Por muy mal que tú te sientas, no te puedes hacer una idea de cómo lo hago yo.

—¿Y por eso estás con ella? —le reprocho.

—Después del accidente me llamó varias veces. Te prometo que yo no le respondía. Un día se me presentó en casa. Hablamos. No sé cómo explicarlo, el psicólogo dice que ella me aleja de mi realidad, ella no tiene nada que ver con mi mundo anterior, con vosotros, me hace olvidar a Sara. Estar con ella al principio me hacía ser el Toño de antes, pero ya no. Ahora no.

—¿Cómo que ahora no? ¿Ya no estás con ella?

—Sí, pero no puedo más, Tere, no puedo más...

Y como si no hubiera nadie más en el bar, Toño hunde la cara en sus brazos apoyados en la mesa y rompe a llorar desconsolado. Miro a mi alrededor, nadie nos mira y si lo hacen lo están disimulando muy bien. Deben pensar que es una pelea de novios.

—Voy a reventar, no aguanto más —dice mientras continúa llorando. Creo que tenemos que salir de aquí o todo el bar va a sacar el móvil para grabarnos..

Me levanto para pagar las consumiciones. Después regreso a la mesa. Toño permanece con la cabeza entre sus manos, pero creo que ya está más tranquilo.

—Vámonos fuera —le digo

—Sí, mejor. —Se levanta. Todavía con restos de lágrimas en los ojos. Camina con la cabeza gacha hacia la puerta. Salimos.

El aire del otoño nos envuelve y nos sienta fenomenal. Vamos a un parque que hay cerca del bar, y nos sentamos en un banco. Yo abajo y Toño en el respaldo. Ya no llora.

—¿Estás mejor? —le pregunto.

—Tere todavía sigues aquí, no has salido espantada. Siempre has sido muy buena persona, Sara lo repetía continuamente. Y le voy a tener que dar la razón. Otro después de oír esto, andaría ya por Albacete.

—Todos cometemos errores, Toño, y no puedo dejarte así. Creo que en parte te entiendo. No que engañaras a Sara, eso no, no me lo esperaba y me parece fatal.

—Ya, soy lo peor —susurra.

—Pero en este momento, tú estás mal y yo también. Los dos sentimos lo mismo, estamos hechos mierda, nadie te puede entender como yo.

—¿No te pasa que ahora eres más consciente de que no la vas a ver más? Que no la vas a oír.

—Sí, sí me pasa —le confirmo—. ¿Por qué sigues con ella, con Marga? —Vuelvo a la carga.

—Porque no puedo hacer daño a nadie más.

Capítulo 39

Tere está más delgada, pero tiene mejor cara que la última vez. Me alegro tanto de verla. Me siento cómoda y segura aquí y a la vez advierto que la echo tanto de menos que duele. Me encantaría contarle todo: que estoy bien, que tengo muchos amigos, le describiría lo de Marc, lo guapo que es, lo protector que es conmigo. Le explicaría lo del calor y lo de que ella también tiene su mitad por algún sitio del mundo. Seguro que le gustaría bromas con el aspecto de su mitad: le diría que le había tocado un callo malayo y le animaría a que disfrutara de Adan el tiempo que le quedara. Sonrió imaginándomelo.

Va hacia una habitación de su piso nuevo que antes tenía vacía. ¿Está sola? Sí, Adan no respira por aquí. Ha hecho un despacho muy chulo, con una librería y una mesa enorme. Se planta delante de un cuadro ¡Oh! ¡Es una foto mía y de ella en la piscina! Salimos muy bien, mucho más jóvenes. Le escucho decir a la foto:

— Sara, voy a ir, por ti, porque se merece que le cante las cuarenta. Pero no me apetece nada. Toño es un gilipollas, que los sepas. Y luego voy a ir a la farmacia para resolver esto de una vez. Tú ya lo habrías hecho por mí. Sin ti no me atrevo, ¡pero se acabó!, me voy a morir de los nervios. Lo que sea será.

Está hablando al cuadro, como si lo hiciera conmigo. He entendido que va a ver a Toño y le ha llamado gilipollas. ¿Qué está pasando? Tere nunca insulta a nadie. ¿Y lo de la farmacia?, ¿qué le ocurre?, ¿qué habría hecho yo? Está nerviosa, inquieta, se le nota. La conozco tanto...

Sale de casa. Hace buen tiempo, ya es otoño. Reparo en que han tenido que transcurrir varios meses desde mi muerte. Y han sucedido tantas cosas.

Pasa por una farmacia. Ella dijo que iba a ir, pero no entra. Le mando imágenes de ella adentrándose para que lo visualice.

Se acerca poco a poco al bar de su nuevo barrio donde ella y yo solíamos quedar. Ahora me vienen imágenes a mí. Tere y yo juntas, sentadas en este *pub*, le cuento anécdotas hospitalarias; seguro que me las está mandando ella.

Voy a ver a Toño, ¡qué nervios! Por una parte tengo ganas de verle, pero si ya me siento mal, no me quiero imaginar cuando le tenga delante. Me giro y le descubro, Tere no le ha visto. Está guapísimo. Me da un vuelco el corazón. ¡Oh, Toño, mi Toño! Me acerco a él. Se ha parado unos metros detrás de la espalda mi amiga, como si dudara. Aunque no puedo olerle, me viene el recuerdo de su perfume. Está más delgado y le sienta mucho mejor. También parece nervioso. ¿Pero qué les pasa a estos dos? Da un resoplido y se acerca a ella silencioso. Le da unos golpecitos en el hombro saludándola. Tere da un bote del susto y al girarse veo que está blanca como la nieve y temblorosa, tampoco el susto ha sido para tanto, han sido unos toquecitos, pero vamos por el color de sus labios barrunto que está a punto de sincoparse.

Toño se sorprende igual que yo y la conduce al bar. Prácticamente la sienta. Ella poco a poco recupera el color. Acompaño a Toño a la barra. Han reformado el bar, ahora es como una taberna irlandesa. Toño se ha pedido una cerveza sin alcohol ¡lo flipo! Lleva las

bebidas a la mesa. Se masca la tensión. Me da la nariz que éstos no se han visto desde el accidente y por eso están así. Ahora recuerdo que en mi funeral no se hablaron. Puede ser que este sea el reencuentro y que por eso me han bajado. Intercambian comentarios sobre la reforma del *pub* y después se quedan callados ¡Madre, qué dos, qué angustia! ¡Qué alguien diga algo!

Toño, menos mal, rompe el silencio y charlan de cómo se ven. Los dos han adelgazado. Toño dice que ha hecho mucho deporte, se le nota. Está mucho mejor. Comienzan a hablar del accidente y de que no se han visto; confirmando mis sospechas. Poco a poco la tensión desaparece. Yo me relajo. En un momento Toño dice que me mató y Tere le reprende. ¡Muy bien, amiga! Si supieran que nadie tuvo la culpa, que fue la muerte de Marc lo que me separó de ellos. Y vuelve Marc a mi cabeza, estoy en frente de Toño y pienso en Marc. Quiero a Toño, está guapísimo, pero Marc es tan bueno conmigo. ¿Qué estará haciendo? ¿Estará con Jess? Una punzada de dolor me sacude, no quiero que la vea, aunque él insista en que no me preocupe por ella, no me lo creo.

—¿Qué te lo explique? ¿Qué te explique lo de Marga? ¡Uff! ¿Quieres toda la verdad o la versión resumida? Toda la verdad no te va a gustar, Tere, y además no tienes por qué saberlo, es una mierda.

Me he perdido ¿de qué están hablando? ¿Marga? Tere tiene un gesto cabreado y Toño preocupado ¡No me jorobes!, ¿Toño está con una tipa? Eso debe ser. Mi enano gástrico ha dado un salto de medalla de oro en las olimpiadas. Toño está saliendo con una chica que se llama Marga. ¡Espera! Ahora recuerdo. Cuando estuve en mi casa llamó al teléfono una Marga, ¡El muy capullo lleva con una chica desde mi funeral! ¿Cómo es tan fresco?

Tere le dice que le diga toda la verdad. Yo no quiero atender ¡No, por favor, sacarme de aquí! Canturreo y me tapo los oídos. No quiero escuchar... lalalalalalala...

—¡¡¿Qué?!!

Me ha sido imposible no escuchar el grito que ha dado Tere, ahora casi todo el bar les está mirando. ¿Pero qué le ha dicho, para que se ponga así?

—Déjame hablar. Tú has pedido toda la verdad.

Al final he tenido que oír que a la tal Marga la conoció en el gimnasio, ¡qué asco! No puedo imaginarme a Toño con otra, tan pronto. Aunque yo he besado a Marc, pero no es lo mismo y además esto que cuenta él debió ocurrir al mes o por ahí de mi muerte ¡Qué fuerte, valiente sinvergüenza! Continúa hablando.

—Tere, no se lo he dicho a nadie, y no sé por qué te lo digo a ti, quizás es que quiero que me odies aun más. Te juro que cuando me lié con Marga, no me iba bien con Sara, ella parecía distante, los dos estábamos lejos. A lo mejor te comentó algo.

Creo que ahora sí que estoy muerta. Alguien me ha debido disparar y ha acertado. Tengo la sensación de que no puedo respirar, me caigo de rodillas al suelo. Estoy aturdida, las palabras «te juro que cuando me lié con Marga, no me iba bien con Sara», retumban en mi cabeza y resuenan como un eco. Me bombardean. No puedo moverme. Me quedo tumbada en posición fetal en el suelo del bar, me acurruco y me mezo a mí misma. Toño me estaba engañando, era todo mentira, ¡mentiroso! No puedo llorar. Hay hielo en mi interior deseoso de salir, pero no soy capaz de expulsarlo, me congela por dentro. «No estaba bien con Sara».



Permanezco tumbada mucho tiempo, ignoro cuánto, he sido incapaz de incorporarme para atender.

Mi brazo se me estira. No le hago caso, no puedo ni moverme. Se vuelve a alargar otra vez más fuerte. Quizás me quieren llevar de nuevo arriba. Me da igual lo que hagan conmigo. Marco el destino sin mirar. Aparezco en un parque en pie, con ellos dos otra vez. Han tenido que salir del bar y no les he seguido. Aprovecho que estoy en pie, para acercarme a Toño y golpearle.

—¡Hijo de puta! —Pero ni se inmuta. Mi rabia se siente frustrada y ceso en mi empeño de golpearle. Le observo. Ha llorado, tiene la cara enrojecida. Habla:

—Tere, todavía sigues aquí, no has salido espantada. Siempre has sido muy buena persona, Sara lo repetía continuamente. Y le voy a tener que dar la razón. Otro después de oír esto, andaría ya por Albacete —le dice el muy canalla.

Me siento en frente de ellos, todavía débil. Por lo que veo se entienden bien, hablan de mí, de lo que me añoran. Tere no parece estar enfadada con él, le escucha comprensiva. Ella es mucho mejor que yo, siempre perdona a todo el mundo, no es nada rencorosa. Y entonces vuelvo a escuchar algo que es como otro disparo en mi sien.

—¿Por qué sigues con ella, con Marga?

—Porque no puedo hacer daño a nadie más.

¡Sigue con ella! ¡Toño me engañó y sigue con ella! ¡Oh, cuánto le odio! Está llorando. ¡Me la trae al paio, no me da pena! ¡Qué se joda! Le aplastaría aquí mismo.

Capítulo 40

—Tere, no puedo hacerle daño, pero me agobia, no puedo respirar, encontrarla en casa me desespera. Yo quiero ver a Sara, no a ella. Al principio me hacía sentir bien, ya te lo he dicho, me hacía olvidar, me trasladaba a otro mundo y me sacaba de esta mierda. La mierda de no volver a ver a la tía más maravillosa que he tenido nunca. A la tía que engañé un mes antes de su muerte, como un memo. ¡Es que no merezco ni que me mires a la cara!

—Estar con Marga te hacía sentir menos culpable probablemente —afirma Tere.

—Sí, puede ser. Pero ya no la aguanto. Necesito estar solo. Darme de cabezazos por lo mal que lo he hecho. Marga es muy buena tía, es muy... *hippie*, no sé, siempre está con el rollo ese de las energías. Gracias a ella estoy yendo al psicólogo. Y es él. Él me ha recomendado que viniera a hablar contigo y que te contara toda la verdad. No puedo eludir mi culpa más tiempo, tengo que hacerla frente. —Parezco un loro, repitiendo lo que me dice el psicólogo.

—Ya está Toño, ya está. Yo no tengo que juzgar a nadie. Y por supuesto que puedo mirarte a la cara. Es cierto que fuiste un idiota engañándola porque era la mejor tía que has tenido delante, pero bastante arrepentido estás tú ya. Yo me siento culpable por no haberte llamado, de verdad, quizás si lo hubiera hecho, no estarías así. —Me asombra que Tere encuentre algo de culpa en ella misma por todas mis cagadas.

—No, no te hubiera hecho ni caso, al principio no escuchaba a nadie. Tú no podías hacer nada. El psicólogo dice que también es normal.

—Yo opino, y permíteme que te sea sincera, que si eso es lo que sientes, tienes que romper con ella. Díselo. Te vas a encontrar mejor. ¿Tú crees que ella no se está dando cuenta?

—Probablemente sí. Es una tía muy inteligente, ¿pero y si la hago daño?

—Se le pasará. —Sonríe Tere.

Pienso unos segundos. Tiene razón, se le pasará. Se le pasará. Es esperanzador.

—Gracias, gracias, Tere. De todas las repuestas que esperaba de ti con toda esta movida que te he zampado, esta es la que menos me imaginaba —le confieso—. Eres una gran tía.

—Soy tu amiga, Toño, y de verdad, perdona por haber desaparecido. Me siento muy culpable. ¡Qué injusta he sido! Cuenta conmigo a partir de hoy para lo que quieras, ¿vale?

Yo todavía flipo con su actitud.

—Y tú conmigo. Eres alucinantemente buena persona ¿Lo sabes, no? Adan tiene mucha suerte —Se ruboriza—. Pero háblame de ti, me dijiste que estaba en Escocia currando, ¿no?

—Sí, nos vemos muy poco últimamente —confiesa apesadumbrada.

—¿No lo llevas muy bien, no? —le pregunto.

Me cuenta que hace ya casi un mes que no se ven, que incluso un día fue al aeropuerto a buscarle y él no vino. Adan está currando allí con una nueva compañera y leo entre líneas que Tere está algo celosa. Me imagino que mi recién confesada infidelidad no

le va a ayudar mucho y le va a llenar la cabeza de pájaros.

—¡Tere, que te pierdes! No todos los tíos engañan. Adan está muerto por ti. Tendrá mucho curro y su jefe le estará apretando las tuercas. Su compañera no tendrá ni idea y ya está. No te ralles ¿Ok? —le interrogo.

Tere frunce el ceño, está realmente molesta, salta a la vista.

—¿Pero le has preguntado a él?

—¿Y qué le pregunto? ¿Me estas engañando Adan? No, es que me parecía.

¡Uff! Ironía en Tere, eso es preocupante. Continúa hablando:

—Pero no es sólo que crea que está con la tipa esa, es que me siento muy sola. Yo veía a Adan todos los días, éramos un equipo y ahora no le tengo y me enfado. Mi amiga desapareció, él también. Yo creo que estar lejos es lo que me hace tener tantas dudas y comerme la cabeza. Yo jamás he sido celosa. Pero no son celos, creo... Lo que me pasa es que le necesito más que nunca y no está.

—Sí claro, te entiendo. ¿Has probado a ir a verle? Si la montaña no va a Mahoma...

—Tere siempre ha sido poco decidida, Sara siempre tiraba de ella, quizás dándole un empujoncito.

—No, no sé si puedo ir —me dice confusa, mientras se ruboriza.

—Tere ¿Cómo no vas a poder ir? ¡Vete a una agencia y compra un billete! —Igual he sido demasiado impetuoso, bajo el nivel—. No busques excusas, si no viene este fin de semana, ve tú y así le sorprendes. Le vas a dejar “K.O.”.

—Ya, no sé yo. ¿Y si está con ella? ¿Y si me los encuentro? —me pregunta muy bajito.

—Pues me llamas, y voy allí y le mato.

—Toño, hay algo más... —Su anterior sonrisa se ha esfumado y una sombra de preocupación se implanta en su cara, su voz ha cambiado—. ¡Aysss, no sé cómo decírtelo! No pienses que soy una inepta. Me da mucha vergüenza, es que no se lo he dicho a nadie y no me atrevo a hacer nada. ¡Estoy cagada! —Sus excusas salen escopetadas. Lo que sea que vaya a decirme la tiene hecha polvo. Me levanto del banco y me agacho para estar delante de ella. La agarro por los hombros.

—¡Eysss, no te embales, para! Cuéntamelo, tranqui, me estás asustando.

Coge aire y me mira a los ojos. ¿Qué narices le pasará?

—¡Ay Toño, creo... creo que estoy embarazada! ¡Y encima de mucho! Y no me atrevo a ir al médico, ni a decírselo a Adan, y es que si lo estoy, es de hace un montón, y me da una vergüenza horrible presentarme en el médico embarazada de cuatro meses sin haberme dado cuenta. ¡Una enfermera!

—¿Pero...?

No me imaginaba esta confesión. Y de una manera intempestiva me echo a reír a carcajadas y me exployo:

—¡Joer, vaya dos patas para un banco! ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Somos unos cracks!

Tere me escucha con los ojos al borde de las lágrimas, pero mis risas la frenan y parece emitir una sonrisa. Me siento a su lado. Me da mucha pena que lo esté pasando mal y que haya estado sola. Lo que le sucede es que le falta un empujoncito y a esta tía que me ha escuchado y no me ha juzgado con todas las cosas que he hecho, le tengo que ayudar como sea. A partir de hoy mi propósito va a ser que Tere esté bien. Me incorporo, le tiendo una mano y la levanto.

—Vamos a comprar un aparatejo de esos que anuncian en la tele, ¡anda! —Me mira

asustada—. Vale, yo lo compro.

Capítulo 41

Toño y yo estamos en casa, los dos sentados en el suelo de mi habitación. El *predictor* acaba de dar positivo. Han salido dos rayitas. Yo permanezco contemplando absorta las dos líneas, y Toño se lee por tercera vez las instrucciones. Me resulta muy reconfortante que alguien parezca tan nervioso como yo.

—Tere, no hay duda, estáis embarazados ¡Enhorabuena tía! —me dice con una sonrisa tímida. Mi boca le imita. Aunque todas mis dudas se han hecho realidad, ahora estoy más tranquila. Aquí, sentada en el suelo con Toño, me acabo de enterar que voy a ser madre. Es diferente a como me lo había imaginado. Se suponía que iba a ser Adan, dentro de unos años y me iba a abrazar emocionado al enterarse de la feliz noticia. Pero prefiero esto, que nada.

—Gracias. Voy a ser madre. ¡Qué fuerte! —Suspiro. Desde que lo he sospechado este es el primer momento que siento algo parecido a la felicidad. Voy a tener un bebé, tan pequeñito, con su piel suave y el olor a bebé por toda la casa. Como un huracán mental, sin previo aviso, me asaltan cientos de miedos.

—¿Estará bien, Toño? No me he cuidado, a lo mejor he tomado alguna pastilla que le ha hecho daño y mi bebé está enfermo.

Es alucinante cómo ya hablo en posesivo y cómo tengo ganas de cuidar a esta cosita que hay dentro de mí. Se me cae el alma a los pies de pensar que no me he cuidado, no he tomado ácido fólico, ni nada. ¡Dios mío, la toxoplasmosis! He comido de todo. Me vienen imágenes de bebés enfermos, con malformaciones, casos que vi en las prácticas de la carrera. Intento recordar: no creo haber tomado algún medicamento, quizás algún ibuprofeno. Otra vez quiero vomitar, mi estómago arde del miedo, ¿y si tengo un bebé con problemas? ¿Qué hago? Pero como por arte de magia, se me disipan todos esos pensamientos y se me aparece una bebida preciosa en mi mente. Tiene la piel sonrosada, me saludan sus manos pequeñitas y su linda boca me sonrío. Esta es mi bebé. Va a estar sana y es una niña. No debo pensar nada malo, no hasta que no me quede otra opción. Hay mucha gente que no se cuida y tienen niños preciosos.

—Para saberlo hay que ir al médico, mañana a primera hora llamas. Te acompaño si quieres. Esta semana estoy de vacaciones.

Es rarísimo, pero quiero que me acompañe. Me gusta la decisión con la que me lo propone. No quiero decírselo a mis padres hasta que no sepa que está bien. Además no les voy a hacer venir del pueblo.

—Vale, ¿pero dónde voy? No me van a dar cita en un día y deberían realizarme una ecografía...

—Mañana vamos a un hospital privado y que te hagan todo allí. Ya luego si quieres ve al público, pero si no, vas a tener que esperar más y ya estás suficientemente nerviosa. Además lo pago yo.

—¡Sí hombre, ni que se te ocurra! Ya tengo seguro privado, lo que no sé es si te pueden citar en un día. —Dudo.

—Pues si hace falta lo pagamos, después del día que te he dado, te lo mereces. Hazte a la idea de que te lo regala Sara. Teníamos dinero común, ella es la que te lo va a regalar: estoy seguro de que así lo haría. Por favor déjame. Es lo mejor que voy a realizar en mucho tiempo. ¡Pero si estoy emocionado y todo!

—No voy a discutir eso ahora, mañana vemos. No sé cómo funciona. Nunca voy al médico ¿Quieres cenar algo? —Aunque sigo un poco revuelta, noto que mi bebito está pidiendo comida— ¿Quieres un bocata de atún con pimientos? ¿Si quieres quedarte en la habitación de invitados? Es muy tarde y esto está un poco lejos —La verdad es que no quiero quedarme sola, pero no quiero parecer desesperada.

—Me vale —me responde tranquilo.

—Pues hecho. Ve preparándote la habitación. Hay sábanas en el armario. Yo hago la cena.

Me levanto y voy a la cocina. Estoy mucho mejor, algo asustada, pero más relajada. Tengo mucha hambre y mientras cocino los bocatas, como alguna patata. Me gusta preparar la cena para dos, y hace tanto que no lo hago. Me agrada tener un amigo, tener compañía.

Toño ha hecho muchas cosas fatal: engañó a Sara, pero se siente culpable ¿Quién soy yo para juzgarle? Recuerdo que Sara me decía que Toño era muy cerrado, que nunca expresaba sus emociones y hoy le he visto hundirse, llorar, explicármelo todo. No puedo darle la espalda. Todos la cagamos alguna vez, y además eso no tiene nada que ver con la desaparición de Sara. Es un problema en su relación. Creo que me apetece estar con él porque se siente tan triste como yo.

Toño viene del salón, llamándome. Tiene su móvil en la mano y me mira extrañado.

—Tú... es Adan —tapa el teléfono—. Me ha dicho que estaba preocupado y que le habías dicho que ibas a quedar conmigo, como no le cogías el teléfono, me ha llamado a mí ¿Quieres ponerte? No le he contado nada.

Agarro el teléfono de Toño y este se esfuma.

—¡Hola Adan! —intento sonar bien.

—¿Dónde estabas? Yo ser preocupado. —Cuando Adan está nervioso no da ni una. Le mandé varios *Whatsapp* ayer diciéndole que iba a ver a Toño hoy.

—Se me ha olvidado sacar el móvil del bolso, perdona Adan.

—Sí. ¡Qué susto! ¿Qué tal “Tonio”, está en casa? —pregunta extrañado.

—Sí, hemos hecho las paces. Él está pasándolo muy mal, y yo también. Resulta que tenemos muchas cosas en común y como estoy tan sola Adan. —Se lo digo sin ánimo de ofender, pero hoy es el día de las confidencias.

—I'm sorry. Te quiero. ¿Sabes? Necesito estar contigo ya —me dice y me derrito.

Suena apesadumbrado, la desilusión comienza a correr por mis venas, aun así le digo:

—Bueno, mañana por fin nos vemos cariño. Ya hace un mes. Te echo tanto de menos. —Soy realmente estúpida y blanda.

—Tere... No, I can't —titubea. Está avergonzado.

—¿No, no vienes? —me contengo las lágrimas.

—Hay un problema y no poder ir. Mi jefe mata mí. Tere, perdona. Quiero verte. Te quiero tanto, pero no puede ser.

—Ok, no pasa nada. Chao —respondo fría como un robot y cuelgo antes de que me oiga llorar.

No lo entiendo, no me cuadra, no quiero tener dudas, pero creo que me lo está poniendo muy difícil. Además, suena raro, como si me diera excusas. Sí, eso es, se está excusando pero sin profundizar. Adan siempre me ha contado todo con pelos y señales.

Suena el móvil en mi bolso, me estará mandado mensajes. No me apetece leerlos. Lo único que me importa es que no va a venir, que estoy esperando un hijo suyo y en vez de ser el momento más bonito en nuestras vidas, está siendo todo lo contrario.

Voy al salón para devolverle el móvil a Toño que me mira interrogante desde el sofá. Nada más contemplarme pronuncia:

—No va a venir, ¿verdad? Tere, no te ralles. —Se acerca a mí, estoy a punto de derrumbarme.

¡Jo, este día es una montaña rusa de emociones, resulta agotador! Toño me abraza y mi falsa serenidad se desploma, me hundo en un mar de lágrimas, más bien le hundo a él porque caen en su hombro y le empapan la camiseta.

Me consuela durante un rato. No sé cómo ha llegado Toño aquí, pero se lo agradezco a Dios. Debe de ser la revolución hormonal, porque yo no suelo llorar tanto y ahora parece que soy la protagonista de cualquier culebrón venezolano... —Bueno, igual yo no soy tan guapa, ni tengo esos dientes blancos, y no suelen tener bigote, ¡pero si es por tragedia, lo clavo!

Cuando me relajo, Toño insiste en que me siente en el sillón y se va a la cocina para terminar los bocatas ¡Qué majo! Enciendo la tele, no hay nada interesante. Llega con la comida y nos sentamos a cenar delante de la tele.

—Me dejas que mire qué hay por ahí.

—Sí, tonto. A mi me da igual —le suelto con la boca llena.

Toño ha cambiado. Es más serio pero más educado, más caballero. No sonrío, o menos que antes. Tiene un halo de tristeza. Se le nota que no es el mismo de antes.

—¡Dexter! ¡Qué bien! ¿La has visto?

—No, creo que no.

—Pues estoy “súper enganchado”. Es que me estoy haciendo experto en series americanas... y esta es una de las que más me gustan. Es de un tipo que trabaja en la policía de Miami y estudia las manchas de sangre en la escena del crimen, pero a la vez es un asesino en serie, aunque sólo mata a los malos. Mola un huevo

Le miro sonriendo, ha sonado como un friki de la guerra de las galaxias.

—No te rías, yo te voy contando, ya verás cómo te engancha.

—Vale, vale —le digo que sí, no vaya a ser que él se convierte en el Dexter ése. Así que comenzamos a ver la serie y Toño me va explicando quién es quién. Me divierto. Me estoy divirtiendo. ¡Vaya día!

Capítulo 42

Me encuentro con Toño, y Tere en casa de ella. Por supuesto no notan mi presencia. ¡De cuántas cosas me he enterado en este rato! Todo está enmarañado, gris, podrido.

Los dos descansan dormidos como troncos en el sillón. Han estado viendo un montón de capítulos de Dexter. Yo intentaba seguirlo también, pero mi mente estaba a cien años luz de la tele.

Intento recordar alguna sospecha, algún indicio. Nada.

No he sido capaz de mirar a Toño a la cara, me da asco. Cuando suba le voy a decir a mi TAO que ya he cerrado esta etapa y le pediré que no me bajen nunca más con él porque que no quiero volver a saber nada de su persona. Y cuando muera tampoco. Le odio. Le odio muchísimo.

Al menos también me he enterado de que Tere está embarazada, aunque estoy muy cabreada con ella. Siempre tenía que tirar de mi amiga para todo, ¡pero, con esto! Menos mal que parece que Toño está haciendo méritos para que ella le perdone y la va a acompañar al médico. No sabe este inútil, que no tiene que hacer nada para que Tere le indulte, es una persona que no sabe estar enfadada con nadie. Es el ser más comprensivo que conozco.

Y lo de Adan... No entiendo nada, me niego a pensar que él la está engañando. Algo le pasa, lo intuyo, pero ¿engañándola? ¡Ni de broma! Un mar de náuseas que me lanza mi enano hiriente poco oportuno, me recorre. ¿Y quién soy yo para descartarlo? A mí me han engañado a la cara. A mí sí. La persona que vi por última vez, en la que más confiaba, me estaba mintiendo, y yo no me percaté. Me siento tremendamente idiota. Esto le pasaba a otras, pero a mí no. Se suponía que en mi relación no, que había elegido al chico correcto. Me asaltan imágenes de Toño y mías en la cama. ¿Cómo podía tener sexo conmigo? ¡Y yo! Se suponen que esas cosas se notan: te besan diferente, las caricias... Además tuvimos mucho sexo esas últimas semanas, estuvo encantador, complaciente. ¿Cómo no me di cuenta? Soy una mema confiada.

Y lo peor es que sigue con ella. Me da igual que intente justificarse alegando que no quiere. Se ha acostado con esa tía más veces después de mi muerte. Ese pensamiento es devastador. Me quedo helada cada vez que me viene a la conciencia. ¡Y además parece que está instalada la muy guarra en mi casa! ¿Tendrá llaves? ¡Joder! Se pasea por mi cocina, se sienta en mi sofá, usa mi baño, duerme entre mis sábanas, ¡se lo hace con Toño en mi cama! Es repugnante. Bueno, ella al fin y al cabo no tiene recuerdos de esa casa, pero él, ¿cómo ha podido vivir con una tía que no soy yo en nuestro hogar? Hay que tener muy poca conciencia. ¡Cómo le odio! Es un extraño. O yo soy la extraña, porque me siento hueca, vacía. Creo que no voy a poder confiar en nadie nunca más. Paso.

Se me alarga el brazo. ¡A buenas horas! ¡Sacadme de aquí! Miro en mi mano, vislumbro una sala vacía. Me devuelven a la eternidad. Me acerco a Tere, está dormida profundamente. Me arrimo a su vientre, escucho como el cabalco de un caballo muy rápido. Su bebé crece bien, estoy segura. Ya le he mandado antes imágenes de un bebé sano cuando le han asaltado las escenas de niños con malformaciones. Pero no me alegro todo lo que debería. Me han robado la alegría. Creo que nunca más volveré a reír. Me acuerdo que esto mismo dijo Carrie Bradshaw a sus colegas cuando Mr. Big la dejó plantada y al final sí que rió, pero claro, volvió con él; en mi caso no hay solución ¡Cómo me gustaría ver a mis amigas de Sexo en Nueva York! ¡Qué tardes reconstituyentes pasé viendo un capítulo tras otro!

—Cuida de mamá y deshazte de este mamarracho —le profiero a su tripita.

Me incorporo y echo un vistazo rápido a Toño. Mis labios automáticamente pronuncian:

—¡Gilipollas! —Me volteo para no ver más esta estampa ¡Qué injusto! Se me resbalan algunos cubitos. Me largo.



Aparezco al momento, lo sé porque sigo teniendo hielo en mis mejillas. No hay nadie. Aquí estoy mejor, no puedo verle. Un montón de cubitos salta de mis ojos y caen al suelo. No quiero volver a tener a Toño cerca; esta ha sido la última vez. He perdido un montón de tiempo. Yo confiaba en mi novio. Siempre le hablaba de él a todo el mundo. Cuando le conocí pasaba por una etapa en la que me costaba confiar en la gente, pero en él, con su cara de bueno, lo hice al instante. ¡Qué ilusa!

Me cautivó su mirada clara y sus bromas, su ironía. Toño me intrigaba, no contaba nada de su vida y yo al contrario le relaté casi todo a las horas de conocerle. Supe cuando nos besamos por primera vez, que iba a ser alguien importante en mi vida. Sobre todo porque a pesar de mis normas, me las salté todas, y acabé teniendo sexo con él en su *Peugeot*. Le había conocido hacía unas horas, y ya nos habíamos acostado, no en el sentido literal, porque en el *Peugeot*, era bastante difícil acostarse, pero lo habíamos hecho a lo bestia, como si de ello dependiera nuestras vidas.

Recuerdo que cuando llegué a casa lucía una sonrisa estúpida en mi cara, a pesar de que sabía que me había pasado por el forro mis reglas. Pero al despertar me quería morir. Toño me gustaba, y después de ponérselo tan fácil no me iba a llamar. Me acuerdo de que mi abuela me preguntó si me sucedía algo, porque estaba alelada. Pero a mediodía me llamó, nos citamos esa tarde para ir al cine. Nada, imposible ver la peli, o era muy mala o nosotros estábamos en celo, porque casi nos lo montamos en la sala.

Resultado: llamada a mi abuela, mentira respecto al lugar donde iba a pasar la noche y la siguiente secuencia fue pasión con Toño en un hotel; el mejor sexo de mi vida, aderezado con risas, y un montón de confianzas. Y a pesar de haber sido bastante infiel a mis directrices personales, Toño y yo comenzamos una relación.

Lloro mientras me acosan los recuerdos. La relación con Toño al principio fue muy pasional, poco a poco se fue enfriando, pero dio paso al amor. Yo le entregué a Toño todo mi corazón, mis esperanzas, mi futuro, mi confianza. Y él me lo ha devuelto así. Le odio.

Comienzo a tener mucho frío. Sigue sin haber nadie. Estoy sentada acurrucada entre mis rodillas en un charco de hielo. No debo pensar en Toño, se acabó. Yo no tengo grises, lo sé. I blanco o negro. Toño se ha convertido en oscuridad eterna, es como si se hubiera inmolado.

Noto una presencia. Levanto la cabeza, pero no veo a nadie. Es extraño porque me sentía observada. Continúo absorta en mis pensamientos.

Vuelvo a notar una presencia, echo una ojeada y esta vez sí que encuentro a alguien: mi abuela que viene hacia mí.

—¡Sara, cariño, no llores! —Se pone de rodillas y me abraza casi abarcando todo mi cuerpo. Me intenta acunar. El ver a mi abuela es una cuesta sin frenos para mis emociones y un mar de cubitos salta de mis ojos.

—¡Abuela, es que he visto...! —No puedo terminar la frase.

—Lo sé, lo sé. Tranquila, lo sé. Cariño, mírame, mírame —Me levanta la barbilla con una mano mientras que con la otra me acaricia el nacimiento del pelo y la frente—. Cálmate mi niña... —Lentamente la escucho y la observo. Luce tan guapa, tan serena...

La abuela está contigo, «piensa eso, Sara». Me calmo y le envío un pequeño gesto avergonzado.

—No. No te avergüences. Sara, no dejes que te influya tanto tu anterior vida. Estás aquí. No permitas que los problemas de tu vida pasada obstruyan toda la felicidad que puedes sentir en la eternidad. Esto es de verdad. Todo el mundo se equivoca, pero Toño, ya no es tu mundo. —Acabo de alucinar:

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo...? —le pregunto.

—El TAO me lo ha contado y por eso he venido. Sara olvídate de Toño, poco a poco le irás perdonando —Le hago una mueca dejándole muy claro que eso es imposible—. Lo harás, cuando no seas tan humana, cuando seas más objetiva. Comprenderás cómo los sentimientos de los humanos son débiles y maleables. Pero aquí son de verdad. Únete a tu mitad. Él es el único que te puede ayudar. Refúgiate en Marc, Sara. Olvídate de Toño, Marc.

Y se evapora.

Mi abuela está preparadísima para ser TAO. Habla como ellos. No sé yo cuánto va a estar aquí. Por otra parte me encanta verla tan feliz y segura, es tan sabia, y parece tan joven. ¡Cuánto la quiero!

—¡Hola guapa! —Oigo a Marc, que ha aparecido frente a mí. No me he dado cuenta. Levanto la cabeza para observarle. Su enorme sonrisa se esfuma al ver mi estado y el pedazo de charco que hay alrededor mía. Se agacha al instante para quedar a mi misma altura. Debe verme horrible, él al contrario está muy guapo.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué has visto? —Parece asustado. No quiero explicárselo a Marc. No quiero volver a lo mismo y paso de que piense que soy una fracasada—. Sara, contéstame, ¿qué te ha pasado? —Cada vez está más nervioso, se lo noto, y no se atreve a tocarme. No quiero hablar. Quiero entrar en calor y dormir.

—¿Estás enfadada...? ¿He hecho algo? —Una sombra de dolor oscurece sus ojos, pero no puedo calmarle. Estoy fría. Bloqueada. No me conmueve. Me da igual.

—Tengo frío y estoy cansada. —He sonado como las dependientas cuando llaman por megafonía a alguna compañera:

«Señorita Esther, venga a caja central».

Su respuesta no tarde en llegar. Se ha quedado petrificado. Agacha la cabeza. No estoy cumpliendo lo que le prometí antes de irme. ¡Me da absolutamente igual! ¡Paso de los hombres!

—Vale, quieres dormir —me dice después de un rato con voz amable pero distante. Me ofrece sus manos para incorporarme y me levanto—. Vayamos a algún lugar seco —Le indico que sí.

Nos alejamos un poco de mi charco y nos tumbamos boca arriba. Ahora mismo me dejo llevar, estoy débil, emocional y físicamente, y sé que Marc no tiene la culpa.

Permanecemos un rato callados, Marc me ha dado la mano y disfruto del calor. Me complace el silencio, nunca pensé que lo diría, pero me encanta el silencio. Marc lo rompe:

—He estado con mi madre y mis hermanas, y es como si hubieran notado mi presencia, ha sido alucinante, tenía muchas ganas de contártelo.

—Genial... pero Marc, perdona, no me apetece hablar.

—Vale. Pensé que si... da igual. ¿Dormimos?

—Como quieras.

—Pues sí, descansemos. Buenas noches. —Se ha disgustado, es indudable, pero estoy hueca. No puedo sentir nada, bueno sí, sí que siento... soy una miscelánea de dolor, rabia, tristeza y aderezado todo ello con una pizca de vergüenza.

Comenzamos a volar. Claramente no es un buen vuelo.

Capítulo 43

Amanezco en mi cama, no recuerdo ni cuando vine. Oigo ruido en la cocina ¡Ala, Toño! ¡Qué fuerte! Ha dormido en mi casa. Estuvo encantador conmigo. Me contó todo lo de Marga llorando, la traición a Sara. Eso me duele. Si Sara se hubiera enterado nunca se lo habría perdonado. Un halo de duda me invade ¿Debería exonerarle? Medito un rato... ¿Y yo qué tengo que perdonar? A mí no me ha engañado, eso es algo de su relación, y es evidente que está arrepentido. Después de habérmelo contado entiendo por qué siguió con ella, eso le hacía olvidarse de su realidad. Pero el tiempo pasa y con él no valen los trucos. La ausencia de ella cada vez es más grande y no la puede ocultar ni Marga ni la mismísima novia de Cristiano Ronaldo.

El destino nos ha ido encontrando, eso debe significar algo... así que sí, voy a ser su amiga. Nos necesitamos mutuamente.

Después de la llamada de Adan, me sentó fenomenal el consuelo de Toño. Tener a alguien que conoce todo lo que me pasa, me alivia. Es como si mis problemas pesaran menos; pelín egoísta ¿no?

Nos tragamos varios capítulos de Dexter. Yo nunca he visto muchas series americanas y Toño dice que tampoco, pero que empezó a ver una, *Breaking Bad*, o algo así y se enganchó como un *yonki*. Ahora no puede parar de buscar nuevas. La verdad que Dexter me gustó. Mola ver que alguien tiene un lado oscuro tan oculto y tan enorme a la vez, tan enorme como para asesinar a gente a cuchillazos y tan oculto como para que lleve años matando y no lo haya descubierto nadie, pero Dexter sólo mata a los malos, eso le hace mejor asesino. No sé, puede que me enganche, me gustaría que se convirtiera en bueno, dejara de matar, y que se enamorase de su novia de verdad, además me gustó el actor ¡Jo, qué buenos son los actores americanos!

—¿Se puede, dormilona? —Oigo a Toño al otro lado de la puerta. Como un resorte me tapo inconscientemente con la sábana. Me paso los dedos por el pelo. ¡Debo estar horrible! ¡Y qué más da!

—Sí, pasa, Toño —le contesto. Entra con un zumo de naranja, ¡qué majo!

—No te preocupes, que no soy ningún asesino en serie —bromea—. Tómate este zumito. Y despierta, que tenemos cita a las diez en el ginecólogo.

Vuelco de angustia en el estómago inmediato. Mi bebé, ¿estará bien?

—Va a estar bien, Tere, no te rayes, pero cuanto antes lo sepas mejor. —Parece que ha leído el terror en mi mente. Me tiende el zumo, y me lo voy bebiendo sorbo a sorbo. No me apetece nada, pero no le voy a hacer el feo. Se sienta en el borde de la cama. Le encuentro algo inquieto, como si quisiera decirme algo, lo mismo ya no quiere acompañarme. Mis sospechas se evaden pronto cuando comienza a hablar mirando al armario:

—He llamado a Marga, le he dicho que tengo que hablar con ella. He quedado esta noche. No lo voy a dejar más tiempo. Lo que no sé es que le voy a decir. —Vale, vale. Era esto lo que le inquietaba. Ha quedado para cortar con Marga. Normal, a nadie le gusta pasar

estos tragos.

—Es lo mejor que puedes hacer Toño, necesitas pensar en ti. —Le intento animar.

—¿Sabes? Le he dicho que estaba contigo porque me ha preguntado dónde dormí anoche y creo que le ha sentado mal. Eso ha sido el punto clave para decidir que tengo que cortar esto de una vez. Paso de tener que andar dando explicaciones a nadie, lo siento. Bueno, venga que me enrolló y todavía queda mucho para esta noche. Vamos a por otro día, que puede que sea la leche. ¿Preparada?

—¡Uff, Toño préstame algo de tu energía! Yo no lo veo tan claro —le digo en un arranque de sinceridad.

—Venga, Tere, lo que tenga que ser será, pero es mucho peor no saber nada. ¿No crees? Y además va a estar bien, lo intuyo.

No puedo darle más vueltas, ahí tiene razón. Tengo que ser valiente, a lo mejor es un gran día. Recuerdo el bebé que me imaginé ayer, tan rosadito, tipo Nenuco, y me incorporo rápido de la cama.

—Vale, me voy a duchar, ¡allá vamos!

—¡Bien! —responde Toño.



Estamos solos en la consulta del ginecólogo. Resulta cálida. Tiene unos confortables sillones verdes y algunas fotos de paisajes del mundo que te atrapan. Suena una música de esas relajantes. Parece que se han dado cuenta de que iba a venir yo, y han puesto todas las medidas anti crisis de ansiedad, falta un equipo del SAMUR fuera. Estoy que me va a da algo de los nervios, me da muchísima vergüenza contarle que no me he dado cuenta. Toño está trasteando con su móvil.

Se abre la puerta, sale una mujer joven ¡Bien! Más o menos de mi edad. Oigo a Toño susurrar sorprendido «¡agüita!» Tiene media melena rizada castaña, ojos verdes ligeramente maquillados, cutis perfecto y una amable sonrisa con unos dientes blanquísimos. Viste bata blanca, que le hace juego con su dentadura, y aunque creo que es la doctora, me inspira confianza. Pronuncia mi nombre. Me levanto; mis articulaciones deben de ser de gelatina, porque se me doblan un poco las piernas. Camino hacia ella. Me giro para mirar a Toño y él me lanza una mirada cómplice.

Entro en la consulta. Es amplia, tiene una ventana al fondo. Hay un biombo en mi espalda donde me imagino que estará el sillón de exploraciones y el ecógrafo. Me indica que me siente. A mi derecha hay un tablón con fotos de bebés. Serán como sus trofeos, o quizás son fotos de madres orgullosas que se las han encasquetado y por no perder clientes... pues bebé-tablón en el despacho. Estoy atacada. La doctora teclea en el ordenador.

—No has venido nunca. —Por fin habla. Asiento. Pasa mis datos al ordenador.

—Bueno, pues Teresa cuéntame en qué puedo ayudarte. —Ya está, la pregunta del millón. Soy una mujer adulta, no sé a qué viene esta taquicardia, esta mujer habrá visto de todo. «¡Vamos Tere!»

—Estoy embarazada... Bueno creo que lo estoy. Ayer me hice el predictor y dio positivo. Pero creo que estoy de bastante, mínimo cuatro meses. Soy muy irregular, he pasado por momentos muy malos en estos meses y no me he dado cuenta, y soy... enfermera.

Ya está, lo he soltado del tirón, y aunque intento reprimirlo, una lágrima avergonzada se resbala por mi mejilla izquierda. Levanto la cabeza para observar a la doctora. Me sonrío, me está sonriendo.

—Tranquila, Tere, eso le pasa a algunas mujeres, sobre todo a las que son irregulares. Para tu tranquilidad yo tengo una amiga de la carrera que le sucedió y cuando se quiso dar cuenta estaba de cinco meses. —Ríe recordando y mis nervios se esfuman. Me encanta esta mujer.

Cautelosamente me hace la anamnesis o entrevista médica. Le expongo todos mis miedos y le digo las actividades que he hecho, lo que he comido y la medicación que recuerdo haber tomado. Me tendrán que hacer una analítica y dependiendo quizás una amniocentesis. Pero antes hay que confirmarlo y para eso me va a hacer una ecografía. Me lleva al sillón de las torturas, —si hicieran una peli de miedo para mujeres, este sería el escenario. Me desnudo de cintura para abajo. Mis piernas vuelven a ser de gelatina. Apoyo mis talones en los estribos y me tapa con una sábana. Me informa que me va a hacer una ecografía transvaginal. Nunca me han realizado ninguna. ¡Dios mío! introduce un preservativo en una sonda más grande que mi cabeza... Igual un poco menos, pero es muy gruesa.

—Si estás tranquila, no te va a doler. —Hago ejercicios de respiración, o eso creo. Doy un respingo cuando noto la sonda dentro de mí. La doctora me vuelve a tranquilizar, pero ya no me mira, está embobada con la pantalla. ¡Hay que ver lo que les gustan a los médicos los ordenadores! Yo giro la cabeza para no ver la cara de la ginecóloga, no quiero obtener información extra ni descifrar sus mensajes no verbales. Sigo respirando. Parece que lleva medio siglo ahí dentro cuando escucho:

Pum-pum, pum-pum, pum-pum.

—Es el latido de tu bebé, Tere. —Me volteo y busco sus ojos. La doctora sonrío.

—Tranquila, parece que todo está bien.

No puedo más. Me derrumbo. Lloro. Lloro más de lo que nadie habrá llorado con una sonda como su cabeza metida en la vagina. No puedo parar. Mi bebé... mi bebé está bien. La doctora aparta sus dedos del teclado y me aprieta la mano. Yo diría que está emocionada... es que hay que tenerlos cuadrados para no emocionarse con la que estoy liando yo aquí hoy.

—¿Quieres que pase tu novio? —me pregunta.

—No es mi novio, es un amigo —le aclaro entre sollozos—. Pero, sí, quiero que pase.

La doctora saca la sonda de mi interior y se va en busca de Toño. Intento recomponerme, aunque sigo sollozando. Toño entra acobardado. No sé si es porque no sabe lo que se va a encontrar o está nervioso porque la ginecóloga es monísima. Se sitúa a mi lado y me mira con falsa tranquilidad. La ginecóloga nos explica que esta vez me va a hacer la ecografía abdominal, gira la pantalla para que podamos verlo. Estoy deseando. Me aplica un gel frío en el vientre y apoya otra sonda en él.

Al poco tiempo vuelvo a escuchar el pum-pum, pum-pum de antes, y como si de un milagro se tratase veo la silueta del bebé recostado, su cabeza, su columna, una manita que se mueve y sus piecitos dando pataditas que yo no percibo. Parece que nos saluda. Flota. Vuelvo a llorar. Es el momento más bonito de mi vida. Toño me coge la mano y me aprieta fuerte. Pregunto a la doctora con la voz tomada si está bien, y ella nos va explicando poco a poco que el perímetro cefálico es correcto, las medidas, el latido... todo en su sitio. Debo de estar de diecinueve o veinte semanas. Le observo el perfil, tiene una naricita preciosa, y la boquita se le aprecia fenomenal. Hace varias fotos. Quiero estar aquí siempre viendo a

mi pequeñajo, pero al poco la doctora retira la sonda, me da varios pañuelos para que me limpie y se incorpora. Miro a Toño, tiene los ojos rojos. Le sonrió. Y de repente se agacha y me besa en la frente.

—Gracias —me susurra.

Capítulo 44

Acabo de dejar a Tere en el aeropuerto.

Ha sido un día espectacular y a la vez uno de los raros de mi vida, incluida la tarde de ayer. Pero desde la muerte de Sara, el mejor.

He visto al bebé de Tere y Adan. No puedo describirlo. Se le percibía tan claro, yo pensaba que no iba a distinguirlo, pero todo lo contrario, le he observado de perfil, la cabeza, los pies; flotaba tan a gusto el renacuajo. La realidad supera la ficción. Quién me iba a decir a mí hace unos días que iba a estar dándole la mano a Tere en el ginecólogo — por cierto que la ginecóloga estaba que crujía.

Me he emocionado un poco. Me ha dado por pensar que Sara y yo podríamos haber vivido algún momento así. Todavía no estábamos preparados para los niños y ya nunca va a poder ser...

Ver a Tere tan contenta, tan tranquila al fin. Sus ojos brillantes, llenos de ilusión. No paraba de hablar y de hacer preguntas a la sorprendente e impresionantemente buenorra ginecóloga. Esta le ha pedido varias analíticas, le ha prohibido varias comidas y le ha recomendado varios libros... Y Tere tan contenta. Llego a ser yo y me muero: no comer jamón, leer libros y para colmo ¡sacarme sangre! Menos mal que sólo les puede pasar a las mujeres.

Después de haberme visualizado en la consulta con Sara, me ha dado mucha pena que Adan se haya perdido este momento. No creo que la este engañando, y aunque sea así, él debe saber que hay un bebé en camino. Así que, como conducía yo, y sé que a Tere hay que empujarle un poquito, me la he jugado y la he llevado directamente al aeropuerto. Ella al principio ha puesto cara de terror, pero después de tres *roiboos* de esos y una interminable charla tranquilizadora, le he convencido de que tenía que ver a su chico y decírselo. Como el avión salía a las seis, nos hemos ido a un centro comercial y se ha comprado varias cosas para el viaje: ropa, mochila, neceser. Cada dos por tres me miraba asustada y me decía que no se atrevía. Hemos entrado en una tienda de bebés y le he regalado a mi sobrino —según Tere— unos patucos y una gorra de España chiquitita. A medida que iba pasando el mediodía y se acercaba la hora, Tere en vez de estar más nerviosa, adquiría seguridad y afirmaba que quería ir y que necesitaba ver a Adan. Así es que a las cuatro, nos hemos despedido en la puerta de embarque. Ella a pesar de todo lo que tiene encima, me ha estado dando mil consejos sobre cómo hablar con Marga. Pero después de todas las emociones de hoy, de haber conocido a ese renacuajo, creo que estoy preparado para aclarar las cosas con Marga. Ella tiene derecho a encontrar a alguien que la quiera de verdad, y desde luego no soy yo, no es mi momento.

Llego a casa a las cinco y media. No hay nadie. Me gusta. Quiero llegar a casa y no ver a nadie. Me ducho. Pienso en Tere, debe de estar hecha un flan, pero es por el bien de ellos dos; me lo agradecerá. Todavía es pronto, así que me pongo el primer capítulo de *Homeland*. He escuchado en el aeropuerto una conversación de dos auxiliares de vuelo, que decían que estaba genial. Yo no sé qué hacía antes sin ver estas series. Me abstraigo. Me

trago dos capítulos seguidos. Brutal. Qué intriga ¡Qué grandes!

Suena la llave de casa, ahí viene. Voy hacia la puerta para encontrarme con ella. Aparece Marga, que se asusta al encontrarme allí plantado. Se sorprende. Al momento frunce el ceño, está contrariada, se lo leo en la cara, parece que sabe lo que va a ocurrir. Los nervios me asaltan.

—¡Qué susto, Toño! —Viene y me abraza, quitando distancia entre los dos; pero o yo estoy muy frío o este abrazo es raro, no es natural. Aún así, Marga me busca y como no encuentra mi boca, me besa el cuello lentamente... ¡oh, oh! está intentando llevarme a la cama. O la aparto ya o lo consigue. Me está arañando la espalda y baja hacia mi trasero con una rapidez que me paraliza ¡Dios mío, Marga sabe cómo ponerme cachondo! Mete su mano, cada vez más caliente por el contacto, entre mis pantalones y mi bóxer y me clava las uñas en el culo.

—Estoy muy enfadada contigo, pero hablamos luego. —Me devuelve a la realidad y la aparto bruscamente.

—No, Marga, no. —Ella me mira estupefacta. Me he pasado en el empujón y si no fuera porque está en forma la podría haber hecho algo de daño.

—¿De qué vas, Toño? ¿Te parece normal el empujón que me acabas de dar, cuando soy yo la que tiene que estar cabreada? —¡Uff!, no estoy preparado para una bronca

—Perdona. —Me acerco a ella, que me mira resentida, y la conduzco de la mano al salón. La siento en el sofá y yo me quedo de pie enfrente de ella. Tengo la boca seca. Su cara es un poema. No sé cómo empezar, pero me lo pone fácil.

—¿De qué va esto? ¿Me vas a dejar, Toño? —Tiene una voz diferente, nunca la había escuchado ese tono, es amenazante.

—Marga, perdona. —Soy un canalla, voy a dañar a esta tía que confiaba en mí.

—¿Me vas a dejar, a mí? —Vuelve a sonar extraña, no es una voz con tinte nervioso ni triste, más bien suena arrogante, irónica. Lo entiendo. Me lo merezco. Tengo que explicárselo.

—Marga, no es por ti, es porque no estoy preparado. Eres genial —Me mira con los ojos muy abiertos, con semblante frío, continuo—, pero no puedo tener una relación ahora mismo, no tengo nada que ofrecer.

—Pues hasta ayer sí podías —me interrumpe.

—No, no es así, llevo semanas mal, muy mal. Lo que me ha pasado... Entiéndelo, Sara cada vez está más presente en mí.

—¿Qué lo entienda? ¿Qué entienda que echas de menos a tu ex? ¿No he sido yo la que te he ayudado? ¿No he sido yo la que te ha llevado al psicólogo? ¿La que se despierta contigo y te socorre cuando tienes pesadillas? ¿Me pides que te entienda, tú crees que no lo hago, que no lo llevo haciendo todo este tiempo? —me grita. Está descontrolada.

—No es mi ex. Sara no es mi ex, no la llames así —le corrijo.

—Eso da igual —profiere y muestra una mueca despreciativa. Un puñetazo de rabia me sacude en el estómago ¿A qué ha venido esa cara? Acaba de menospreciar a...

—No, no da igual, Sara no es mi ex, Sara era mi novia y está muerta. Pero estábamos juntos, así que no tengas los cojones de llamarla ex, porque no lo es. —Estoy gritando, no sé cómo he llegado a este nivel, pero estoy muy cabreado, me ha tocado en lo más hondo.

—Pues si tan bien estabas, ¿por qué nos lo montamos unos meses antes? —Me desarma, no reconozco a esta tía. No puede ser Marga, la Marga pacífica que ha estado viviendo conmigo.

—Eso está fuera de lugar. No te conozco. —Le confío, intentando bajar el nivel de

gritos.

—Pues yo a ti tampoco. ¿Cómo eres tan veleta, tan insensible? Antes de ayer me hiciste el amor y hoy te acuerdas de la tía que... de ella. Qué pena me das.

—Te estoy intentando explicar que llevo un tiempo mal, eso no quiere decir que no me gustes. Marga, me gustas, pero no puedo más. Necesito estar solo.

Me propongo no volver a dejarme llevar. Quiero que se vaya cuanto antes. Esto está resultando mucho peor de lo que a priori parecía, pero si me cabreo no voy a conseguir nada.

—Ya. ¿Dónde pasaste la noche? ¿La pasaste solo? Porque fíjate tú que no creo. — Esta nueva Marga resulta exasperante.

—¿Por qué? ¿A qué viene esa chorrada?

—Me puedes responder, por favor —espeta.

—Por supuesto, no tengo nada que esconder, Marga. Estuve con Tere, ya te lo dije, la amiga de toda la vida de Sara. Tiene problemas. Nos quedemos hasta tarde y al final dormí allí. —Desconozco por qué se lo he explicado. Incluso ha sondado un poco raro. De repente Marga, como un resorte se incorpora del sillón y viene hacia mí gritando.

—¡Y una mierda! ¿Te crees que soy idiota? Todo está bien hasta que aparece la tipa esa. ¿Eso es lo que quieres? ¿Quieres tirarte ahora a la amiga de tu cornuda novia muerta? ¡Muy bien Toño! Te dejo el camino libre.

A estas alturas no puedo ni contestar. Me da miedo está tía, parece una enferma psiquiátrica. Lo que quiero es que se pise cuanto antes. Le señalo con mi brazo que se marche. Me sostiene la mirada fijamente y me hiela. Le emito directamente:

—Lárgate. No tengo nada más que hablar contigo. No quiero volver a verte. Te has pasado. A mi casa tú no vienes a gritar y menos a meterte con Sara.

No se mueve, ni se inmuta, me siguen helando sus ojos, pero ya ha alcanzado mi límite.

—Lárgate y deja las llaves en la entrada, por favor.

Me giro y le doy la espalda. Salgo del salón y voy a la cocina. Cierro la puerta. Tengo el corazón a mil y me estalla la cabeza ¿Quién era esa chica? He hecho un ejercicio de contención porque cuando ha dicho eso de Sara le hubiera matado. No oigo nada. Todavía no se ha ido. ¿Qué estará haciendo? No voy a salir, es lo que quiere. No pienso discutir más con ella, ha quedado todo claro, así que hasta que no se marche, permaneceré aquí.

Al rato escucho un ruido de cristales estrellarse contra el suelo, ¡la madre que la...! ¿Qué habrá roto? Vuelve el silencio. Siento pasos, oigo como las llaves tintinean en el mueble de la entrada ¡Madre mía, que portazo ha dado! Ha debido retumbar todo el bloque; da igual, se ha largado por fin. Me asomo a la ventana de la cocina, diviso a Marga salir del portal y meterse en su coche. Adiós Marga. No me ha gustado nada esta nueva versión de la chica comprensiva y amable que hablaba todo el día de las energías y del buen rollo, se ha transformado en el mismísimo Belcebú. Me alegro un huevo de haber terminado esta historia.

Doy por finiquitado mi encierro en la cocina y entro en el salón. Me quedo pasmado. En el suelo hay roto el cristal de una foto mía y de Sara, la del día que hicimos la mudanza. Sospechaba que era eso lo que había arrojado. Pero lo siguiente que descubro no me lo esperaba. En la pared hay escrito con un pintalabios rojo:

HIJO DE PUTA

Capítulo 45

—¡Sara, Sara, despierta! —Oigo cómo me llaman, pero estoy tan a gustito aquí. No puedo abrir los ojos.

—¡Sara, Sara! —Espera... ¿Dónde estoy? ¿Quién me llama?

Mi mente está cubierta de vaho, como el vaho del cristal después de una ducha de agua caliente. Intento recapitular dónde me encuentro y quién es él que me llama. Con mucho esfuerzo abro los ojos y veo a Marc contemplándome preocupado... ¡qué guapo es! Parece serio.

—No te despertabas. ¿Estás bien? —Su tono de voz es más bajo de lo normal, suena intranquilo. Como si de repente hubieran abierto una puerta, con el aire más gélido que existe, todo mi vaho mental se esfuma y recuerdo lo que aconteció ayer: Toño, Tere...

—¿Sara? —vuelve a pronunciar Marc.

—Tranquilo, he debido dormir como un tronco y me costaba despertar. No te preocupes. —Vuelvo a escucharme como la de la megafonía del Zara.

—Estabas muy cansada ayer. Será eso.

Marc acerca sus manos a mi cara peligrosamente. Doy un respingo inconsciente y me alejo de su contacto. Rápidamente me incorporo. Debo evitar cualquier momento íntimo con él, es muy violento ir dando calabazas desde primera hora de la mañana. Paseo por la sala, todavía con las piernas temblorosas del sobreesfuerzo.

Su semblante se torna a paliducho y se incorpora.

—¿Vamos a ver qué hacen estos? —le pregunto a diez metros de distancia, casi tengo que gritar. Está consternado. Pobre. Pero no puedo evitarlo.

—Como quieras —me contesta cabizbajo.

Aparecemos los últimos. Todos dan un salto de alegría al vernos. ¡Qué energía tiene todo el mundo!... —y yo con estos pelos. Después de los saludos oportunos en los que yo miento como una bellaca y les digo que todo ha ido bien con la más falsa de mis sonrisas, nos sentamos en el carro. Yo lejos de Marc y al lado de Fátima. Ella me mira intrigada, sé que es la única a la que no le ha convencido mi poco orgánica interpretación. Pero tampoco me apetece contárselo a ella.

—Bueno, pues ya estamos todos por fin. Hay que empezar a entrenar.

¿Entrenar? ¿De qué habla Darío? Miro extrañada a Fátima, que me devuelve el mismo gesto, pero me responde:

—Sara, lo del torneo del fuego ¿No te acuerdas?

—¡Ay, sí! Qué boba, estoy atontada hoy.

Claro, lo del torneo ese ¡Qué bien! Así voy a estar entretenida en algo y no voy a poder pensar. Sin que me dé tiempo a digerirlo el entrenamiento se pone en marcha.

—Tenemos que saber de qué se va a encargar cada uno. Es muy importante la repartición de roles —nos explica Darío.

—Ya, ¿pero cómo sabemos qué va a hacer cada uno, si nunca lo hemos hecho? —pregunta Jimmy.

—Claro, claro. Por eso hoy vamos a dedicarlo a practicar y así veremos qué es lo que se le da mejor a cada uno ¿Ok?

Todos asentimos.

—Antes de nada he de contarle a Sara y Marc que no estuvieron, que vuestros compañeros me declararon ayer el capitán del equipo, y por eso soy el que dirijo. Es un honor para mí. —Darío suena emocionado.

Como cualquier “míster” de un equipo serio, Darío nos explica de que va a ir esto. Presto atención. Nos asegura que va a ser duro, que habrá momentos arduos y aburridos en los que tendremos ganas de matarle, pero que hay que llevar las cosas bien entrenadas porque el día del torneo andaremos muy nerviosos y daremos la mitad de la mitad. Pero también se muestra confiado.

Piensa que podemos lograrlo y que va a ser toda una experiencia. Y sin mucha más palabrería, nos pide que montemos un círculo perfecto y todos, como si de una instrucción militar se tratara, nos acoplamos y lo formamos. ¡Vaya! Tampoco es que sea muy difícil. Yo me sitúo entre Fati y Cloe. Darío nos indica cómo debemos enlazar nuestras manos con nuestros compañeros. Sencillo, aunque Frank y Linda se han liado (yo flipo). Cuando por fin enlazan sus manos de la manera correcta, advierto una corriente. Suelto el típico «¡Uhh!», con tono agudo. Me ha pillado por sorpresa. Duele un pelín; más que dolor es quemazón, pero aguanto. Todos tenemos los ojos muy abiertos y permanecemos quietos.

—¿Notáis la energía? —nos pregunta Darío.

Parece que nos están haciendo una colonoscopia grupal, nadie contesta.

—Chicos, podéis hablar, no os van a salir rayos de los ojos, tranquilos. Si tuvierais que puntuar del uno al diez ¿Quién nota la corriente en menos de un cinco?

Efectivamente, aquí cada uno siente la corriente a un nivel. Sistemáticamente vamos puntuando. Lara y Cloe apenas la perciben. Frank y Jimmy son los siguientes, lo describen como un seis. Fátima y Linda después y por último Marc, Alex y yo que consideramos que nuestra corriente es de notable alto. Yo diría que la mía es de diez, pero siempre he tenido un umbral bajo al dolor y lo mismo estoy exagerando.

A Darío le entusiasma que haya una pareja con alto nivel de energía —Marc y yo—, y la primera orden que da es que nos miremos fijamente, «¡manda narices!» y apuntemos nuestros dedos hacia el centro del círculo.

Tardo en levantar mi cabeza para ver a mi mitad, pero cuando lo hago, ahí le tengo, expectante, con sus ojos grises. Cuando conectamos noto como mi corriente aumenta y estoy a punto de retirar las manos de la quemazón. Suelto una mueca de dolor. Darío le pide a Alex, el que quedaba con alto nivel de energía, que piense en fuego. Mis manos arden, creo que no voy a poder soportarlo por mucho tiempo. Mis mejillas también, pero éstas por la mirada fría de Marc, que me está matando. Intento decirle con un gesto que lo siento. Creo que es la última vez que le voy a ver porque voy a explotar como un petazeta...

—Alex, piensa en fuego... ¡Vamos! —grita Darío.

De la nada aparece en el centro de nuestro corro una hoguera. Mis manos se refrescan inmediatamente, y noto como mi mandíbula se destensa, pero en sí, toda yo estoy alucinando. Hemos creado fuego con nuestras manos... ¿es para fliparlo, o no?

—¡Bien, chicos, bien! Sara y Marc, no dejéis de miraros, si lo hacéis, no tendremos llama. Alex, ayúdalos, continúa pensando en fuego.

No se puede tener más mala suerte, yo que quería distraerme de mi mitad y me han puesto a jugar a las miraditas con Marc.

Darío le detalla a Alex su función, que se la conoce como el guardián del fuego. Debe de asegurar que nadie se queme. En el momento en que exista algún peligro, tiene que apagarlo. Pero él es el guardián externo y nos falta el guardián interno. Nuestro entrenador nos pregunta si alguien siente que controla la energía que hay en el círculo, percibiendo la cantidad de calor que tiene cada uno, y Fátima, que debe de ser la única que lo ha entendido, lo afirma. Así que, se hace con el puesto de guardián interno, sin rivales. Si advierte que las manos de alguien van a arder, debe repartir la energía y si no le es posible, separar las manos y así, acabar con la corriente.

—Ahora los demás debéis mirar al fuego. Contempladlo —prosigue Darío.

Permanecemos varios minutos así, ellos mirando a la llama, y Marc y yo mutuamente. Me resulta excesivamente complicado, no sólo por mi situación anímica, sino porque se me van los ojos a la llama; sin embargo a Marc no. Los mantiene fijos en mí y cada vez que yo sucumbo a la hoguera y después vuelvo a mirarle me hace muecas indicándome que preste atención. ¡Qué poder de concentración tiene este chico! Si hubiera tenido que mirar fijamente a un tío rompiéndose la pierna por cuatro sitios, con los correspondientes crujiditos grimosos, mientras vomita por el dolor y se le ponen los ojos en blanco, pues ahí le tendría sin pestañear.

Para que no me reprenda más, voy a concentrarme en algún punto en su cara que no sean los ojos. ¿Su boca? No, muy lejos de los ojos... ¿su nariz? ¡Ni de coña!.. ¿Sus cejas? Sí, miraré sus cejas. Voy a contar cada pelo rubio que hay en su frente.

Darío pregunta a quién la llama le sugiere formas y encuentra en Lara, Cloe y Linda, a sus artistas creativas. Hacen una prueba que comienza Lara. Con la yema de sus dedos, siempre unidas a la de su compañero, dibuja en el aire las imágenes que el fuego le envía y así se proyectan en la hoguera.

Yo no puedo mirar, pero debe de estar haciéndolo muy bien porque todos están asombrados, les oigo murmurar con lo que está pintando.

—¿Un conejo?

—No, tonto, un ramo de flores.

—¡Qué no! Que es un avión.

—Un avión. ¡Pero si es un pollo asado!

Yo me río por dentro, no quiero hacerle el feo a Lara, ¡pobre! Ella lo está intentado, pero debe de ser más de la corriente Picassiana que de la hiperrealista. Me da rabia no poder mirar.

De repente todos dicen al unísono:

—¡Un sol!

—Es precioso, Cariño... Lara. Muy bien. Ya hablaremos de cómo hay que mejorar la técnica para llegar a la figura antes, pero muy bien —le reconoce Darío

Después pinta Cloe, que por lo que les explica más tarde a los demás eran flores. Parece ser que nadie lo adivinaba —Hay mucho Picasso por aquí.

Linda es la última, y desde el primer momento todos flipan con lo que está haciendo. Me muero de ganas de echar un vistazo. Así que dejo de contar pelos y oteo fugazmente. Me ha parecido ver como triángulos encadenados. ¡Qué pasada! Cuando devuelvo mi mirada a Marc, este me reprende. Yo dejo los ojos en blanco, «no todos somos tan perfectos como tú, cansino».

—Muy bien. Tenemos a nuestras artistas —continúa Darío—, ahora sólo falta encontrar a los elevadores y cortadores de la llama. Alguien tiene que hacer piruetas con las formas. Según la repartición, de momento sólo nos quedan Frank y Jimmy. Chicos tenéis

que lanzar el fuego hacia arriba, justo en el momento que surge la figura.

—¡Madre mía! ¿Y cómo coño...? —Frank está alucinando.

—Es cuestión de concentración. En el momento que la figura está nítida, debéis separarla del resto de la llama. Sólo lo podéis hacer con la mente y la mirada. Digamos que es como si tuvierais un pequeño extintor en los ojos que separa el fuego. Eso lo puede hacer uno. El otro debe estar rápido y en cuanto la figura esté separada, debe impulsarla con toda su energía hacia arriba. Esto último es lo más complicado. Venga, a entrenar.

Aquí aparecen los problemas, ninguno de los dos es capaz de enviar el fuego hacia arriba. Sí que consiguen cortarlo, pero no lanzarlo, a pesar de las pacientes explicaciones de Darío, ninguno puede. Frank y Jimmy terminan exhaustos.

—Tenemos que hacer cambios chicos, ya decía yo que iba muy bien. Generalmente son los hombres los que pueden lanzar el fuego ¿Alex, Marc, podéis intentarlo?

Primero lo intenta Alex, mientras Jimmy lo suple en su función del guardián, después de varios intentos fallidos cesa en su empeño.

—Marc, quedas tú —reconoce Darío—. Es cuestión de fuerza mental, sólo debes pensar en lanzar la imagen. No tiene que haber nada más en tu mente. Marc, concéntrate. Pero espera, tenemos el problema de la llama... la conexión entre Sara y tú, la mantiene enorme y no sé qué va a suceder cuando se pierda. Bueno, probemos esto: Alex mira a Sara para que el fuego no se apague y ya veremos qué ocurre.

Por fin vamos a dejar de mirarnos. Observo a Marc, tiene una chispa en los ojos especial, creo que está algo nervioso. Sé que si alguien puede concentrarse de tal forma, ese es Marc, así que silabeo en silencio: Tú-pue-des-Va-mos.

Marc gesticula una mínima sonrisa, que me hace entender que le ha llegado el mensaje y separa sus ojos de los míos. Busco a Alex, rápidamente y este y yo nos encontramos. La llama continúa.

—¡Espectacular, chicos! El fuego sigue fuerte. Inténtalo Marc ¡Ánimo! —le alienta Darío, que a estas alturas comienza a sonar preocupado.

—¡Vamos Marc, tú puedes! —¡Upss! Se me ha escapado en alto. Mi cuerpo está en tensión porque quiero que lo logre. El resto comienza también a animarle. Miro con el rabillo del ojo al fuego, no sucede nada, sigue igual.

Pasan diez segundos, veinte y justo cuando voy a dejar de cotillear, salta una pedazo de llama hacia arriba y la pierdo en mi campo de visión. Todos comenzamos a chillar y por un acto inconsciente nos soltamos las manos para aplaudir. El fuego se apaga.

Observo al grupo, mientras aplaudo. Darío está dando botes alrededor nuestra, a Lara se le escapa alguna lagrimilla. Frank descansa tirado en el suelo, probablemente agotado de cortar el fuego. Las chicas aplauden. Y busco a Marc. Está siendo aplastado por Alex:

—¡Eres un máquina, eres un jodido crack! —Marc ríe como un niño mientras se intenta deshacer del peso del cuerpo de Alex. Cuando por fin lo consigue y se incorpora, sé de sobra que es lo que va a hacer, lo tengo claro y me preparo para ello. Marc me mira, sus ojos se han tornado más azules. Me sonrío satisfecho. Es intenso. Yo le devuelvo la sonrisa. Estoy orgullosa. Se lo merece.

Capítulo 46

Me siento exhausta. El entrenamiento ha sido agotador, pero a la vez me ha venido fenomenal. Me despeja la mente estar cansada, siempre lo ha hecho. Muchas veces después de alguna clase dura en el gimnasio, volvía a casa liberada. Parece que el sudor arrastraba además de agua y varios electrolitos, todos los pensamientos negativos.

Lo malo es que aquí no hay sudor.

Hemos dejado de entrenar hace un rato, y me he alejado un poco. Estoy hablando con Fátima, corrijo: con Sherlock Holmes. Mi confidente tiene bien claro que algo me ocurre y no para de hacerme preguntas sobre mi visita a mi mundo anterior. A pesar de que le contesto con evasivas, continúa con el interrogatorio.

—¿Viste a Toño?

—Sí.

—¡Ah, qué bien! Y ¿qué tal? —suena muy amena ella. No respondo. Me escudriña. Sigo sin responder. Miro al grupo como si me hubiera llamado la atención algo. Fátima me da un golpe en el hombro.

—Sara ¿Me vas a contestar bien o vas a seguir haciéndolo con monosílabos? ¿Qué te pasa, mi niña? Estás fría.

Qué bien lo ha expresado, «estoy fría», y quiero seguir así, para lo cual no puedo recordar.

—Fati, no me apetece. No me fue bien ayer, de hecho me fue fatal, pero no me apetece hablar. Cuando esté preparada te lo contaré, pero ahora no, porfi.

—¡Lo sabía! Ok. Cuando quieras hablar, sabes que estaré. Nada más verte esta mañana me percaté. Marc y tú, la cara triste de Marc —Le hago una mueca para que corte el tema, por nada del mundo quiero hablar de “la cara triste de Marc”.

—Ok, perdona, perdona. —Me abraza. La respondo al oído:

—Te lo contaré Fati, pero hoy no, delante de todos no. ¿Y tú qué tal? —Mejor cambiar de tema— ¿Has vuelto a... eso... a unirte?

Fátima me mira haciéndome pucheros, mientras me dice que sí con la cabeza.

—¿Y qué tal?

—Sara, no preguntes. ¡Hazlo! ¡Boluda!

—¡Ni de coña! —La empujo.

—Es que es impresionante, no te lo puedo describir, bueno ni quiero hacerlo. Cuando lo hagas, que lo harás, verás todo lo que se puede sentir. Mientras, sólo te voy a contar que Jimmy es el mejor amante de mi vida, que cuando me besa y me acaricia...

—Un momento ¿te besa y te acaricia? —Estoy algo confundida, no por lo que dice sino por cómo lo dice, me ha recordado a cualquier charla de sexo con amigas.

—¡Hombre, pues claro! ¿Cómo si no? —replica.

—Ya, ya, pero es que me ha sonado, como muy parecido al... Sexo. — Esto último lo digo mucho más bajito. Fátima vuelve a reír.

—¡Ay, Sara, que perdida estás! Pues claro que es parecido al sexo —Baja el tono

también, pero suena más a burla que a vergüenza—. Si hay algo parecido aquí, a algo de allí abajo, es esto...

Estoy más que confundida, ¿parecido? ¡Pero si no hay intimidad! No hay camas —o en su defecto mesas, sillas, tumbonas, hamacas, *puffs*, duchas, bañeras, asientos de atrás del coche, encimeras de cocina, ascensores, probadores del Corte Inglés, establos— ¡Da igual, lo que sea! Tampoco hay lencería sexy, no estaría mal un Victoria Secret por estos lares. Aquí todos vamos vestidos como salidos de una fiesta ibicenca, pero no rollo sexy, más bien rollo puritano, a lo Kelly Family. Y tampoco hay productos eróticos. Entiendo que preservativos no hacen falta, pero unas esposas son esenciales, por no hablar de que nuestras partes íntimas parecen las de Ken y Barbie o eso creo; nunca he visto en Marc ninguna elevación sospechosa.

¡Lo mismo me ha tocado un “Nenuco”!

—¿Pero no hay, no hay...? —No sé como decírselo, le señalo los bajos. Me mira extrañada, hago gestos con las manos dándome golpecitos. Fátima me mira con sorna.

—No, Sara, no. Eso no hay, más que nada porque nuestros genitales parecen pintados, ni se inmutan... pero no te va a hacer falta, ya lo verás.

Repentinamente se estiran nuestros brazos. Observo al grupo, todos miran su “v” anatómica. Echo un vistazo rápido a la mano de Fátima, y esta vez me sorprende lo que veo. Hay una pareja.

—¡Tenemos gente nueva! —grita Alex.

Miro intrigada a Fátima y le pregunto.

—¿Esto pasa siempre? ¿Con nosotros también os avisaron?

—Pues creo que sí, pero yo no sabía qué significaba. Recuerda que llevaba poco tiempo y os vi en mi mano. No le di importancia. Pero debe ser eso, se ve que cuando alguien nuevo viene, nos aparece en la palma. De todas formas vámonos con éstos.

Nos acercamos al grupo, y mi amiga le pregunta a Darío, que a la vez estaba respondiendo a Jimmy.

—Sí, claro, nos avisan de que hay gente nueva. Pero normalmente es mejor no agobiarlos el primer día. Es mejor que ellos vayan descubriendo las cosas poco a poco.

Alex y Marc están juntos mirando en la mano de Alex, riéndose de algo que está diciendo el italiano.

—Pues a nosotros nos apetece ir, no nos importaría agobiar un poquillo, ¿verdad Marc?

—Verdad —responde Marc risueño, sin mirarme.

—Yo también voy... —prorrumpe Frank.

—Y yo —dicen Jimmy y Darío a la vez. Los cuatro chicos rompen a reír al unísono. No entiendo nada, ¿pero qué les pasa a estos? Vuelvo a mirar en mi “v” esta vez más detenidamente. Y lo comprendo al instante. ¡La chica es un pibón! Es clavada a Charlize Theron, lo mismo es ella, pero no creo, debe haber algún espacio para los famosos, si no, ¡vaya lío! Te toca en el mismo que Paul Newman y no le dejas ni a sol ni sombra, o en el de Frank Sinatra y le tienes cantándote hasta que te odie y prefiera irse al infierno.

—Pues vamos a saludarlos, seamos amables... ¿No os parece? —les pregunta Jimmy a los demás.

Me sorprende que sea él el que lo proponga, se ve que tanta unión con Fátima le está despertando. Todos dicen que sí, y se esfuman en una nube de risas y golpes de colegas en la espalda. Alucino, no sé en qué momento se han transformado en una *boy band*.

—¡Qué fuerte! Hasta aquí los pibes son idiotas, ¡serán boludos! No se dan cuenta de

que no pueden hacer nada... —exclama Fátima ofendida.

—Sí que pueden hacer... pueden babear. Alex babea mejor que nadie, así que no os preocupéis que el líder de los babosos es mi mitad. —Cloe parece algo mosqueada. Me resulta raro que muestre así sus sentimientos.

—Bueno chicas, calma, es normal. La verdad es que la nueva es un bombón. Creo que nunca he visto a nadie así. Bueno en la tele ¿Creéis que será modelo? —nos pregunta Lara intrigada. Desde luego está preparadísima para su próximo cambio de forma, qué mujer más conciliadora, le faltan las alitas y el aro encima de la cabeza.

—¡Qué pena que no se vea al chico, lo mismo es mejor que ella! —Intenta animarnos Linda.

—No creo —murmura Cloe.

Por la posición en la que se encuentran sólo la vemos a ella. Él está detrás, me imagino que mirando hacia otro lado. Se hallarán en *shock*. Recuerdo mi primer día...

Todas volvemos a mirar la estampa. Nuestras mitades todavía no han llegado, quizás los TAOS les estén echando la bronca por corrompidos. Me encantaría tener un *zoom* en los dedos y ver a la chica más de cerca, por si tiene algún fallo; reconozco que así de lejos es impresionante.

—¡Vaya tela! Es guapísima —consigo decir.

—Me recuerda a alguien. ¿No os recuerda a alguna famosa? ¿Alguna actriz? —pregunta Linda.

—A Charlize Theron —contestamos Fátima y yo a la vez.

Nos pasamos un rato contemplándola y comparándola con la actriz. Ahí nos tienes, todas mirando en nuestra palma, como si estuviéramos cotilleando en cualquier revista del corazón y comentando en voz alta. Y por fin aparecen nuestros hombres, encabezados por Darío. Están atolondrados, se nota. Se ponen en fila dándose empujoncitos. Parece que fueran a saludar a la reina.

—¡Joer, esto es como el cine, nos faltan las palomitas! —digo. Todas reímos.

Uno a uno se van presentando a la rubia y Linda lo va relatando como si de un partido de fútbol se tratase. Nos tronchamos. Marc es el último, Linda lo presenta como el “buenorro lanza llamas”. Veo como la saluda con un gesto cortés, agachando un poco la cabeza y dándole la mano, —tan protocolario él. ¡Joé! Juraría que la tipa le ha hecho ojitos. Linda opina lo mismo porque suelta:

—¡Oh, oh, ya sabemos quién le gusta! ¡No es tonta, no, tiene buen gusto! ¡Sara, espabila! —Todas vuelven a reír. Yo no.

Y al dar un paso hacia atrás, por fin contemplamos a su mitad.

—¡Oh Dios! —exclamo.

—¡Fucking! —mi traductor mental no lo cambia porque entiendo perfectamente lo que quiere expresar Linda.

—¡Toma Ya! —Ríe Cloe.

—¡Vaya pibe! —suelta Fátima.

—¡Pobre, qué feo es! —dice Lara y ahora sí que sí, estallamos en una carcajada.

Creo que me voy a deshacer de la risa. Linda no para de hacer comentarios jocosos y nos desternillamos. No puedo mirar a mi mano, porque cada vez que veo la desproporción, me parto. Es chino, medirá veinte cinco centímetros menos que ella. Tiene barriga —juraría que es la primera vez que observo una tripita aquí. Tiene la cabeza muy grande, pero los rasgos muy pequeños, como si le sobrara cara.

—Eso sí, parece simpático. Se le ve muy sonriente —Intenta suavizar Lara.

—¡Nos ha jodido, como que le ha tocado la lotería! ¡Ella ríe menos! —bromea Cloe, a lo que Lara responde:

—Somos peores que ellos, pobre chico. Venga vamos a presentarnos nosotras también.

Yo al principio me niego, soy de risa bruta y me temo que pueda carcajearme delante de ellos, pero después de una charla de Lara que está empezando a estar enfadada con nosotras y nuestra superficialidad, se nos pasa la guasa y nos convence para ir.

Cuando llegamos el chico chino les está contando algo de que tenía cincuenta y cinco años, y todos lo informan que ahora parece mucho más joven. La modelo está callada, agachando la cabeza y la levanta sorprendida al vernos llegar. Parece que muestra algo de alivio.

Lara nos encabeza y poco a poco hacemos las presentaciones. Yo soy la última. Ella de cerca es aun más guapa. Tiene la piel preciosa, blanca con coloretos y los labios carnosos pero no muy gruesos. Los ojos rasgados y azules verdosos con unas pestañas de impresión. Su melena rubia es sedosa. Medirá más de metro ochenta y está delgadísima, menos sus pechos que son de todo, menos delgados. Encima va con unos pantalones cortos que muestran sus fibrosas piernas. ¡No es justo!

Él desde luego no es nada guapo, quizás al lado de otra chica no hubiera dado tanto el cante. Es un tío del montón —bajo, pero montón—, aunque comparado a la *top model*, es un *troll* en toda regla. Darío les va anotando quién es la mitad de quién y cuánto tiempo llevamos aquí. Cuando me acerco a Sylvia, así se llama, presiento que ella por descarte deduce, antes que lo exponga Darío, que soy la mitad de Marc y me echa una ojeada de arriba a abajo. Mal empezamos. Le doy la mano y paso rápido a Shinji, que sin embargo se muestra muy amable diciéndome que ya no somos los novatos nosotros. Y a su favor, observo que tiene una sonrisa muy bonita.

Permanecemos en pie. Sylvia no habla apenas, tiene bastante con echarle miraditas a Marc y luego a mí. Shinji nos cuenta que ha tenido un infarto, que andaba por su casa y se desplomo.

Darío le pregunta a Sylvia por su procedencia y ella muy despacio contesta que es Americana, de Los Ángeles, y que fue modelo hasta los cuarenta años y ahora trabajaba en el mundo del cine como representante y directora de casting. Tiene un tono algo arrogante, o por lo menos me lo parece a mí. Habla para Marc y este no le quita ojo, sonriéndola como un quinceañero. Me estoy poniendo enferma «¿es que todos son iguales?»

Poco a poco se hacen dos grupos, nosotras con Shinji y ellos con “La diosa rubia”. Él habla abiertamente sobre lo que está sintiendo y expresa su consternación. Todas le alentamos. Le preguntamos en qué trabajaba y nos cuenta que era cantante. Varios chicos se vienen a nuestro grupo al enterarse. Dice que era cantante de baladas y que ha vendido millones de discos, pero claro en Asia y sobre todo en China, así que ninguno le conocemos. Nos cuenta anécdotas. La verdad es que es muy gracioso y aunque pueda parecerlo, no es nada pedante. Lo cuenta todo muy natural. El pobre de vez en cuando suspira y dice que todavía no se cree lo que le ha pasado. Cuando me quiero dar cuenta, Marc y Sylvia están solos, hablando tan amigablemente. Un montón de rabia me vuelve a invadir. Son emociones muy parecidas a las que sentí ayer. Intento que no se me note y doy la espalda a la parejita concentrando todos mis sentidos en la conversación de Shinji.

¡Mis sentidos están idiotas perdidos! Parezco un murciélago, con las antenas puestas.

No hay manera. Tengo el radar conectado al intrigante grupo minoritario que conversa amigablemente sobre su país. Ella le pregunta por el tiempo que lleva aquí. Se

ríen amistosamente. Es una charla de lo más fluida.

De vez en cuando me conecto con mi grupo, pero las risitas cómplices de Marc y Sylvia, me abstraen y vuelvo a ellos.

No me gusta nada esto. Tengo un enorme agujero en mi estómago, apuesto a que mi enano gástrico está llorando. Me siento sola... «¿Por qué todos se van con otras? ¿Eres tan poca cosa, Sara?» Mi enano se conecta con mi aparato lagrimal en el instante, y un mar de frías lágrimas quiere brotar. Hago toda la fuerza que puedo para que no suceda. Ya no escucho a ninguno de los dos grupos; estoy concentrada en no hacer un ridículo espantoso. Por fin empieza a haber signos de que la charla se acaba. Oigo a Darío suplicarnos que tenemos que descansar para mañana entrenar de nuevo. Los más obedientes comienzan a esfumarse. Yo estoy parada, no quiero darme la vuelta, como les vuelva a oír reírse todo mi ejercicio de contención se va a ir al garete. De pronto siento un calor exquisito en mi espalda y un ardiente aliento en mi oreja.

—Estás helada, Sara. Vámonos —Doy un respingo del susto—. No te asustes tonta, soy yo —Me vuelve a decir al oído.

—¡Quita! —Me aparto de él dando un manotazo hacia atrás. Ha sido inconscientemente, pero creo que lo he dicho un poco alto. Se han debido dar cuenta los demás. Doy un paso hacia adelante, para alejarme más de él, pero Marc es muy rápido y me agarra una mano a la vez que dice:

—Nosotros nos vamos, Sara está helada. Adiós. Hasta pronto. Un placer conoceros Shinji y Sylvia. Nos vemos por aquí.

Antes de desaparecer consigo observar a la modelo. Sonríe satisfactoriamente.

Capítulo 47

—¿A qué ha venido eso?

Acabamos de llegar a un espacio tranquilo, en el que estamos solos y Marc no ha tardado ni un segundo en recriminarme mi empujón despectivo de antes. Le miro, parece alterado. Sus ojos son más grises, su nariz más ancha, aprieta la mandíbula. Se acerca a un paso de distancia, yo sin embargo lo doy hacia atrás, pero rápidamente me agarra una mano. Ni intento zafarme, sé que no voy a poder, «punto para él».

—No vas a contestarme, ¿verdad? La niña me ignora durante todo el día, y ahora no se digna en darme ni una explicación —Va subiendo el tono poco a poco. No sé qué contestarle, no sé por dónde empezar. Opto por el silencio que parece que le molesta.

—Me vas a volver loco, ¿lo sabes, no? ¿Eres consciente verdad? ¡Por supuesto que lo eres! ¿A qué estás jugando, Sara? —Continúo mi mutismo. Parece que Marc se derrumba, sus hombros hasta ahora altivos caen en una señal de derrota, «punto para mí»

—Sara, por lo que más quieras, contéstame. ¿Qué te he hecho? ¿Qué he hecho mal para que me trates así? Te juro que es que no lo sé. Creía que te había pasado algo ayer en tu visita, y por eso respeté que no quisieras contarme nada, pero ahora veo que el problema es conmigo, y no saber qué te he hecho que sea tan malo me desespera —Marc busca en mis ojos, alguna respuesta. No hace falta que busque más, estoy harta de callar y de que parezca el bueno de la historia.

—Vosotros nunca sabéis que es lo que hacéis mal... —Su cuerpo se echa para atrás, su ceño se frunce.

—¿Quiénes somos nosotros? No sé de qué me estás hablando.

—Pues tú y todos los tíos. Sois todos iguales —respondo sin pensar, soy consciente de que mi argumento parece el de una cría de catorce años.

—¡¿Pero eso qué quiere decir?! —estalla. Me asusta. Nunca le había visto así. Consigo soltarme de su mano y me echo hacia atrás. No intenta retenerme, «punto para mí». Toma aire y continúa:

—¿Me quieres decir de una vez qué he hecho mal? Es tan difícil explicarlo, sólo te pido eso... o ¿es que estas jugando? ¿Te lo pasas bien con tu nuevo juegucito?

Estoy segura de que si alguien de fuera viera esta discusión pensaría que el pobre chaval, no ha hecho nada y que yo estoy enferma... ¿Cómo pueden mentir tan bien? Se ha pasado toda la tarde coqueteando con una tía y ahora parece que yo soy la loca...

—¡Pero, cómo eres tan hipócrita! ¿Te crees que soy idiota? ¿Que yo juego? ¿A qué jugabas tú hace un rato con la tía esa? —Vale, reconozco que ha sonado a celos, «punto para él».

Se hace un silencio. Me mira extrañado. Noto como se va serenando, su mandíbula parece más relajada y sus orificios nasales vuelven a ser de un tamaño normal. Incluso, en un leve instante, me ha parecido que dibujaba una serena sonrisa. Ahora está pensando. Generalmente es lo que hace, pensar antes de hablar; se había descontrolado. Y sin embargo yo estoy a cien, no puedo frenar en seco una vez que he empezado a soltar lastre.

Voy a volver a increparle, pero me interrumpe.

—Sara, no digas tonterías...

¿Eso es lo único que se le ocurre, hacerme pasar por tonta? Lo mismo que Toño, es igual a Toño. Cuando le pillaba mirando a alguna tía, siempre me decía lo mismo, que si estaba tonta, que me lo había imaginado todo...

—No me hagas eso, por favor, Toño. Te hemos visto todos. Has perdido el culo por tu nueva amigueta. Y que conste que me da igual. Yo estoy curada de espanto, vete con ella si quieres. Pero por favor ahórrate hacerlo delante de todos nuestros amigos. ¿Ok?

—Si no te importa, yo me llamo Marc.

¡La leche, le he llamado Toño, vaya marrón! «Cinco puntos para él, del tirón».

—Y sí, he hablado con Sylvia, no te lo niego.

—Bien, vamos bien —le espeto ironizando.

—Y volveré a hablar con ella. Porque me cae bien, porque es americana como yo y porque me da la real gana.

Me deja sin palabras esto último, ¡qué insolente!

—Pero no sé qué hay de malo en ello... —farfulla.

—¿Qué no sabes qué? Lo del respeto y todo eso... ¿Te suena?

—Sara, creo sinceramente que hablar con otra persona no es faltarte el respeto. De verdad, siento que lo hayas estimado así, Sylvia es...

—¡No es hablar con una persona! ¡Es hablar sin hacer caso a nadie más con el pibón por el que todos habéis perdido el culo! ¡Vete con ella si quieres! —Madre mía, me estoy embarrando yo solita, ¿qué estoy diciendo?

—¿Pero a dónde me voy a ir? ¿Has perdido el norte? ¡Maldita sea Sara, que estamos en el cielo! ¡Que yo no puedo hacer nada si no es contigo!

—¡Veeees! ¡Pero si pudieras lo harías! ¡Lo dejas muy claro, ese es el problema! —le grito descontrolada.

—¡Pues claro, si es que no hay quien te aguante!

Demolidor. Eso ha sido un ataque terrorista a todo mi ser. Se me doblan las rodillas y me caigo al suelo.

Nadie viene a rescatarme.

Las últimas palabras hacen eco en mi cabeza, resuenan sin parar. Comienzo a tiritar. Siguen sin venir a rescatarme. Mis pensamientos se reparten entre mis escalofríos. Se nos ha ido de las manos. Yo ya no sabía si estaba gritando a Marc o a Toño. Incluso me he confundido de nombre, ¡qué feo! Pero él me ha dicho que no hay quien me aguante. Algo de razón no le falta, digamos que bastante; soy más bien insoportable.

Me estoy pelando de frío, pero sigo sin noticias de Marc. Ahora me gustaría que viniera y me abrazara, que me pidiera perdón por esto último que me ha dicho. Nada. Es normal, le estoy separando de mí.

¡Eso es! Le estoy separando de mí, y ¿por qué? Pues porque está pagando todas las culpas de Toño. «Sara, él no es Toño. Que ha roneado con Charlize Theron es tan cierto como que Galileo Galilei los tenía cuadrados al reiterar —so pena de muerte— que la Tierra se movía. Pero ¿y qué querías, si llevas despreciándole desde ayer? Prácticamente le has lanzado a sus brazos».

Quizás debería contarle lo que me ha pasado, esclarecería mi comportamiento, y además no pensaría que estoy loca. Eso sí, me haría ver como una fracasada, una idiota que no ha hecho otra cosa más que hablar de su novio, mientras que él la estaba poniendo los cuernos. Una voz interna me dice que siga por el camino de la lucidez y me deje de

chorradas. Marc debe saber el porqué de mi conducta. Quizás podría contarle parte, y no todo. Es lo que voy a hacer, estoy decidida, pero...

...¿por dónde empiezo?

No salta el contestador, ni la fastidiosa voz: «el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura». Miro el reloj, sigo escuchando los tonos. Son las 2.30 de la madrugada. Es tardísimo, pero no sé a quién acudir. El miedo está instalado en cada célula de mi cuerpo y me impide pensar con claridad. Me tiemblan las manos mientras sostengo el móvil y se mojan por las lágrimas que resbalan por mis mejillas. Por favor que lo coja, por favor.

No ha podido salir peor.

Cuando llegué al aeropuerto de Edimburgo cogí un curioso taxi con una baca pintada en la puerta; me pareció una señal, dentro de poco yo también daré leche. Me dirigí directamente al hotel de Adan, había atasco, y tardé más de lo normal. Llovía para variar, en Escocia es raro ver el sol. Al ir tan despacio disfruté de esta maravillosa ciudad, sobre todo del palacio real que está mimetizado con la colina. En el taxi ideé miles de conversaciones con Adan. No sabía en qué momento le iba a detallar los pormenores de mi visita. Quizás él nada más verme se diera cuenta de mi estado de buena esperanza. También fantaseé con la cara que pondría al verme. Después de casi una hora y varios sustos descomunales por los truenos, llegué al hotel.

Pregunté en la recepción y por supuesto Adan no estaba. No podía salir todo bien a la primera. El recepcionista muy amable, me dijo que Adan solía regresar a esta hora generalmente y que si quería esperarle en la cafetería, cuando llegara le conduciría directamente allí. Me gustó el plan. Como en las pelis, «Señor, una señorita le está esperando en el *Lounge*»... Yo estaría sentada de espaldas y Adan al verme se quedaría patidifuso...

Decidí que era lo mejor aguardarle allí. El recepcionista (típico escocés, por cierto, pelirrojo, ojos azules... le faltaba llevar el *Kilt*, la falda esa de cuadros) me acompañó y me recomendó un chocolate caliente. Eso hice. Me senté de espaldas a la entrada, con mi bebida calentita. La cafetería estaba vacía. Cogí una revista escocesa e intenté concentrarme en la lectura, pero mis nervios impacientes no me dejaron. Con el tic tac del reloj mis planes se iban forjando. No sé cuanto esperé, probablemente una hora, no quería parecer pesada, pero me dio por pensar que quizás Adan ya había llegado y el recepcionista no se había percatado, así que me armé de valor y fui otra vez a la recepción.

Si hay algo que odio hacer, es ser plasta. Había gente haciendo el *Check-in* y el recepcionista tardó en verme, pero cuando lo hizo, mostró una mueca de fastidio y me indicó que esperara un momento. Llamó por teléfono a la habitación y me confirmó que seguía sin tener señales de Adan. Regresé a la cafetería. Esta vez ya, con menos energía y menos ganas de sorprenderle. Comencé a ponerme límites, «si en treinta minutos no ha llegado, le llamas». Nada, bueno espero un poco más. «Si la segunda persona que entre a la cafetería no es Adan, le llamas». Nada. El tic tac del reloj cada vez se burlaba más de mí. Miré en mi móvil varias veces. Para colmo, el traspaso de compañías estaba tardando más de lo normal y no tenía cobertura. Lo apagué y encendí en dos ocasiones y por fin recibí el mensaje de bienvenida a Edimburgo. Pero sin noticias de Adan. Probé a mandarle un *Whatsapp*, pero no tenía 3G. Me puse como límite las nueve de la tarde, y llegaron. Así que ya bastante ofuscada por la pérdida de tiempo, cuando el reloj de la cafetería marcó la hora, llamé a mi novio. Descolgó en seguida.

—Tere, cariño, no te he podido llamar en total tarde, mucho trabajo.

—Hola Adan. ¿Qué tal? ¿Sigues trabajando todavía?

—No, he acabado hace un poco. —«Menos mal, estará viniendo hacia aquí», pensé.

—¡Qué bien!

—Tere, siento no poder ir a España, de verdad, tengo muchas ganas de verte. —«Qué sorpresa se va a llevar cuando llegue», me animé.

—Ya, Adan, lo sé, pero me da tanta pena, yo también tengo muchas ganas... — Oí como el cerrarse de una puerta, acababa de decirme que no estaba en el trabajo, entonces ¿Dónde...?

—¿Dónde estás, Adan? —le pregunté.

—En el hotel, estoy ya en el hotel —me contesta sin dudar. Pegué un respingo y me dirigí a la recepción hecha un cisco. ¡El recepcionista era un idiota! Adan había llegado y no me había avisado. Tardé tres segundos en llegar a la recepción, pero sin embargo el chico nada más verme me hizo un gesto de que era extraño pero Adan no había venido. Tapé el auricular del teléfono diciéndole a Adan que esperara un momento. Le pedí que volviera a llamar a su habitación, no sé por qué, quizás para dejarle como un tonto, ya que me había tenido esperando toda la tarde. Él, muy cortes, marcó de nuevo y puse mi oreja en el teléfono móvil. Pero no escuché la llamada que en teoría se debería haber oído si Adan hubiera estado en la habitación como decía. Por supuesto el amable trabajador, me confirmó que no lo descolgaba.

Salí a la calle. Continuaba chispeando, las gotas de lluvia resbalaron por mi cara, (la clásica ducha escocesa). Me despejaron. Tomé aire, intentando relajarme. Haciendo acopio de valor proseguí, aparté mi mano del auricular y le pregunté:

—Adan, ¿sigues en el hotel de siempre verdad?

—Sí ¿Por qué?...

—¿Y estás allí ahora mismo? —Mi frecuencia cardíaca se aceleró.

—Sure, ¿Why, Tere? Sí, estoy en la habitación del Hotel. —Y después de la respuesta, creo que tuve una parada cardíaca momentánea. Adan me estaba mintiendo sin escrúpulos.

—¿Por qué me mientes? No estás en el hotel.

—Sí estoy, ¿cómo? ¿Why do you say que no...? —sonaba mucho más dubitativo...

—Adan, estoy aquí, en Edimburgo, llevo toda la tarde esperándote y no has aparecido por aquí.

—¿Where, in my hotel?

—Sí, en tu hotel, en tu maldito hotel. Vete a la mierda, Adan.

—¡Oh, my God! —le escuché murmurar—. Tere, Tere... What are you thinking? No, no, no es eso, but...

—Vete a la mierda, ya no te creo nada —le grité por el teléfono en medio de la calle.

—Sorry, darling, yo, yo... —balbuceaba.

—Me voy de aquí Adan y ¿sabes qué? No quiero volver a verte, había venido a decirte algo importante, quería hablar contigo pero ya no quiero saber nada de ti. Me has roto...

—¿Qué querer decirme? —creí entenderle antes de colgar.

Adán me llamó durante todo el trayecto del taxi al aeropuerto. Sonaron también varios mensajes de texto. En el aeropuerto tuve que esperar poco tiempo, y en seguida embarqué. Ya en el avión, con la cara enrojecida de tanto llorar, conseguí calmarme. Nunca me había sentido tan perdida. En un sitio que nadie habla tu idioma, que no tienes a nadie a quien recurrir, me habían clavado un puñal por la espalda. Menos mal, que el atento recepcionista, había estado observando, dándose cuenta de que algo no iba bien y salió a mi

encuentro cuando colgué el teléfono. Él fue el que me pidió el taxi y llamó al aeropuerto para conseguirme un vuelo. Pero lo peor estaba por suceder, las desgracias nunca vienen solas...

Cuando quedaba poco para llegar a Madrid, me levanté para ir al baño. No sabía cuánto tiempo iba a tardar en llegar a casa, y mi vejiga últimamente tenía poca resistencia. Me quedé sin respiración al ver que mis braguitas estaban empapadas de sangre. Menos mal que por el tamaño del baño no había espacio para desmayos, porque me tuve que agarrar al lavabo de la conmoción. Todo comenzó a darme vueltas y un sudor frío me recorrió la espalda; estaba perdiendo a mi bebé en el avión. Allí nadie podía hacer nada, así que tomé las riendas de mí misma. Me sequé con papel, seguía sangrando, no mucho, pero todavía había indicios de hemorragia. La enfermera que había en mí se aseguró de que no fuera hematuria, y confirmó que provenía de la vagina. Me miré al espejo. Estaba pálida. Era una mujer demacrada, una mujer a quien su novio engañaba y que probablemente por el disgusto estaba sufriendo un aborto.

Me indiqué a mí misma reposo, así que salí disparada hacia mi asiento. Dudé si llamar a mi madre, pero igual la terminaba de rematar a ella. Mi madre sufre una miocardiopatía dilatada y no está preparada para este tipo de sustos, además que no sabía lo del embarazo, ni que me había ido a Escocia. Cuando me senté, se encendieron las señales de abrocharse el cinturón y desde la cabina nos informaron de que estábamos llegando a Barajas. Decidí que nada más llegar iría al hospital lo más rápido posible. ¿Y si no había taxis? ¿Iba a ir sola? Podía ir sola, pero realmente necesitaba que alguien me apoyara. Si viviera Sara ya estaría esperándome en Barajas, pero mi hermana, mi amiga ya no podía ayudarme, sólo pude recurrir a alguien más.

Y aquí estoy esperando a que me coja el teléfono, a las tantas de la madrugada. El avión acaba de aterrizar. El de la fila de al lado me mira cabreado. Todavía no se puede llamar, pero aunque yo no suelo saltarme las reglas, esto es una emergencia. Me sigue dando tono, pero no descuelga. Por fin responde.

—¿Sí? ¿Tere? ¿Eres tú? —Estaba dormido, le he despertado.

—Sí, soy yo. —Reanudo mi llanto.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es? —me pregunta.

—Muy tarde, por favor Toño, ven a buscarme y llévame al hospital —le suelto a bocajarro.

—¿Qué?...

Capítulo 48

Conduzco a toda pastilla por la M-40, dando gracias porque a estas horas no haya nadie. ¡Vaya nohecita, me la querría perder! No conseguía dormirme rayándome con la locura transitoria, o eso espero, de Marga, y cuando por fin lo logré, va y me despierta Tere, que ha vuelto a España.

Me siento terriblemente culpable. Lo ha debido pasar fatal, y yo soy el que le ha inducido y empujado a llevar a cabo este plan de mierda.

Cojo el desvío del aeropuerto, me ha dicho que está en la T1, así que calculo que en cinco minutos estaré allí. Busco su teléfono en el *bluetooth* del coche y le hago una llamada perdida. He quedado con ella en eso. Diviso el cartel de llegadas. No hay ni un alma, dos taxis únicamente, así que aparco en la puerta.

Salgo disparado del coche, y entro en la terminal. Me sorprende ver movimiento a estas horas, hay más gente de la que esperaba. Esto es enorme. Voy a tener que llamarla de nuevo, porque en principio no la veo.

Mientras marco, paseo por los asientos. Hay gente que se ha echado a descansar, y están dormidos como benditos. Pero no distingo a Tere. El teléfono me da señal, pero antes de que descuelgue, la vislumbro. Está sentada, con la cabeza apoyada en sus manos, parece una más de este albergue improvisado. Me acerco a ella con cuidado para no asustarla y la llamo. Ella rápidamente eleva la cabeza y me mira. Se echa a llorar, bueno no sé si ya estaba llorando. Tiene la cara fatal, llena de ronchas. Me agacho para ponerme a su altura. Le acaricio la cara, y le aparto las lágrimas de las mejillas. Le pregunto si tiene dolor y me lo niega con la cabeza. Me asegura que sí puede andar, y le ayudo a levantarse. Está débil. Le agarro por la cintura y ella se apoya en mis hombros. Caminamos despacio en silencio hasta el coche.

Ya allí, de camino al hospital me cuenta todo lo que ha pasado, que Adan no estaba en el hotel y que le mintió diciéndole que sí. Sigo sin creermelo que la esté engañando y creo que debe haber alguna explicación, pero desde luego ahora no es el momento de entrar en debates. Ella cree que del disgusto está abortando. No sé cómo animarla, yo no tengo ni idea de estas cosas.

Se siente muy culpable, por haberme despertado, no para de decírmelo; pero es imposible que se sienta la mitad de mal que yo. He sido un iluso inmiscuyéndome en los asuntos de otros, creyendo que se iba a resolver todo. Intento hacerle ver que me alegra que me haya llamado y la miento para que crea que estaba despierto.

Llegamos al hospital. Primero pasamos por la ventanilla de información, donde Tere da sus datos y les explica el motivo por el que ha acudido a Urgencias. Yo estoy un paso detrás de ella. Nada más terminar, aparece un celador con una silla y Tere se sienta en ella. El celador transporta a Tere a través de unas puertas de metal y me indica que espere en el *hall*.

Son las cuatro de la mañana. También me sorprende de ver la actividad que hay aquí. En el *hall* habrá ocho personas esperando como yo. Hay un grupo de jóvenes con

magulladuras, entiendo que habrán tenido alguna pelea y están aguardando a alguna amiga. Me fijo en un chico de unos treinta años que se sienta en frente mía, su cara es un poema; deduzco que debe estar dando a luz su mujer. Se levanta cada dos por tres para mirar a través de las puertas de metal. Trastea con el móvil, el pobre no puede parar quieto.

Un poco más lejos hay dos hombres marroquíes, a estos se les ve más tranquilos.

Las cinco de la mañana. Los chicos ya se han ido. Quedamos los marroquíes, el futuro padre y yo. Voy a la máquina de café, para matar el tiempo. ¿Cómo es posible que no te digan nada? ¿Estarán haciendo un estudio sobre los infartos y crisis de ansiedad que hay en las salas de espera y somos sus conejillos de indias? Nadie sale para darnos información. Me compro un *cappuccino*. Se abren las puertas de metal, los cuatro miramos hacia ellas. Hacen pasar a los marroquíes. Mi compañero de espera, me mira y me hace una mueca de fastidio. Me lanzo a hablar y le pregunto que si quiere un café. Comenzamos una sencilla charla. Me corrobora que su mujer está dando a luz, pero que es cesárea, por eso no ha podido entrar. Está muy nervioso. No entiende cómo tardan tanto. Me confiesa que está siendo el peor momento de su vida, que se le están pasando miles de trágicas ideas por la cabeza. En mi línea, intento calmarle, a estas alturas creo que debería montar un gabinete. Se abre la puerta y preguntan por él. Se levanta tan rápido que me tira el café a los pantalones. Casi ni le da tiempo a disculparse, se abalanza a través de las puertas.

Me quedo solo, no sé si ir al baño a limpiarme el vaquero, pero basta que vaya para que me llamen. Decido esperar. De vez en cuando se abren las puertas, pero sale personal sanitario para fumarse un cigarro.

Las seis de la mañana. Esto no puede ser bueno, dos horas es mucho tiempo. Me he tomado otro café y unas galletas oreo. Acabo de preguntarle a un celador que ha salido solo a fumar si sabía algo de Tere. Me ha dicho que no, pero que iba a preguntar.

Se abren las puertas, y aparece este, indicándome que pase.

—Puedes esperar con ella. Tranquilo, está bien. —Cojo aire, y noto como entra en mis pulmones. Al menos no la están operando. Me conduce a una zona donde hay muchas cortinas y me dice que se halla en el box 3, que pase.

Descorro la cortina y ahí me encuentro a Tere, de una pieza, con los ojos cerrados, que abre al sentirme.

—¿Te han dejado pasar? Estaba preocupada por ti.

—¿Qué te han dicho? —Hay una silla a su lado, me siento y le doy una mano. Parece animada.

—Todavía no mucho. Pero el bebé creen que está bien, escuchan el latido y eso, pero no me han contado nada más. Estarán esperando a la analítica. Hace un rato se ha ido la residente y no ha vuelto nadie. Toño si quieres vete ya, no hace falta que te quedas.

—Ni de coña. Anda, calla. Venga descansa un poco. —Tere sonrío, y se hace un poco más a un lado, para que apoye la cabeza en el colchón. Le hago caso. Estoy roto.

Me despierto con el correrse de las cortinas. Me he dormido y estaba babeando sobre la mano de Tere. La miro, ella también tiene toda la pinta de haberse quedado frita. Debo de estar asqueroso con la baba colgando y los pantalones manchados de café...

Entra un médico de unos cuarenta años, y una doctora joven. Sus caras muestran cansancio, pero si escudriño un poco más no veo síntomas de preocupación. Buena señal, aunque con lo médicos nunca se sabe, a veces te dan las peores noticias con caras que muestran lo contrario. El doctor comienza a hablar. Por lo que entiendo, el feto está bien, como ya me había dicho Tere. Pero tiene la placenta baja o algo así, utilizan el término placenta previa. Tere asiente, espero que luego me lo explique.

—Debes guardar reposo absoluto un tiempo, para asegurarnos y ya iremos viendo.

—¿Reposo absoluto?

—Sí, Tere. Es lo mejor —habla la doctora joven y se gira para dirigirse a mí—. Ahora te toca cuidarla, Tere debe ser la reina de la casa, no puede hacer ningún esfuerzo —Trago saliva, se han pensado que soy el padre, pero ni Tere ni yo gastamos tiempo en desmentirlo.

—En un ratito te traeremos el informe de alta. Si estabas trabajando debes darte de baja. Pero tú ni te muevas, tú en casa quietecita, ¿ok? —Tere asiente.

A la media hora, nos dan el informe y el celador que antes me ayudó, nos lleva a la salida, transportando a Tere en silla. Me cruzo por el pasillo con mi amigo de la sala de espera que me empapó los pantalones.

—Todo ha ido bien, tengo una hija preciosa. Perdona por lo del café, tío.

—No te preocupes, me alegro. —Salimos a la calle, le doy la mano al celador y le agradezco las molestias. Ya en el coche, me doy cuenta de que no sé a dónde vamos a ir.

—¿A dónde vamos? —le pregunto.

— Si no te importa llévame a casa. Mañana llamo a mi madre y se lo cuento.

—Ni en broma vas a pasar la noche sola. Te llevo a tu casa, pero me quedo allí contigo. Y ya veremos qué hacemos.

Capítulo 49

Me incorporo del suelo con mucho esfuerzo. Mis músculos están muy ocupados tiritando y el levantarse es trabajo extra. Cuando por fin estoy en pie, busco a Marc. No es difícil encontrarle, no hay nadie más que nosotros aquí, pero se halla muy lejos de mí, en el suelo, abrazándose las rodillas, dándome la espalda. Debe de estar helado. Me encamino hacia él.

Al llegar mi cuerpo se altera, quiere abalanzarse sobre mi mitad para que me caliente. Freno a mis pies que iban a ello descaradamente, pero me es imposible frenar a mi ávida mano que le toca la espalda. Marc se asusta al sentir mi contacto, pero no se aparta. Comienza a fluir el calorcito. Debo de decir algo, pero no sé...

—Marc... —Igual esto es poco, pero no se me sale nada más.

—¿Qué? —Tampoco él está para tirar cohetes.

—Eh, eh... ¡Aysss!

¿Hay huelga general en mi cabeza por la falta de calefacción o qué narices me está pasando? Marc, no contesta, claro que ante: «eh, eh aysss», hay poco que decir, quizás podría haber lanzado un «Uff», pero poco más...

—Marc, perdona... —¡Bien, vamos bien! me animo a mí misma—. Antes no sé ni que he dicho, cuando me cabreo pierdo el hilo de lo que digo. ¡Ah! Disculpa por, por haberme confundido de nombre.

—Eso es lo de menos —murmura.

—Ya, ya, pero de todas formas perdona. Estoy muy confundida, creo que estoy liándolo todo... —Marc se da la vuelta y tirando de mi mano, me obliga a sentarme en el suelo frente a él. Cara a cara. Me sorprende entrever humedad en sus ojos —¿habrá llorado o tendrá conjuntivitis?. ¡Joé! Así es mucho más chungo pedirle perdón. Pero no me voy a acobardar, he sido una irracional, y me siento fatal.

—Perdona tú también por haberte gritado y por todo lo que he dicho. —Me dice mirándome a los ojos, pero hay algo que falla...

—Perdonado. La culpa ha sido mía. Es que, es que, ayer...

—No, no, no sigas. No quiero saberlo —interrumpe.

—Ya, pero yo quiero, bueno creo que lo entenderías si... —estoy lanzada.

—Bueno, pues yo no quiero entender ya nada. Tú también deberías conocer cosas más que te he intentado explicar mil veces y no he podido.

Me deja de piedra, no es el Marc de hace unos días. Su semblante es frío, y aunque habla despacio y en un tono bajo, su nariz vuelve a estar más grande y sus ojos hielan.

—Me he cansado de esperar, o por lo menos hoy estoy agotado. No soy de piedra, Sara, y tus idas y venidas me han trastornado. Yo nunca me pongo así, nunca grito. Reconozco que he perdido los papeles. No quiero volver a verme así, me hace sentir mal. No quiero volver a gritarte nunca más, y si para eso debo separarme de ti emocionalmente, lo voy a hacer.

—¿Pero? —Me está pareciendo entender que va a pasar de mí, pero como es tan fino

y tan bien hablado me cuesta pillarle.

—Démonos un tiempo. Dejemos que las cosas se apacigüen. Por mi parte, estaré atento a que no tengas frío y me acercaré a ti cuando lo tengas, y tú aclárate de una vez, y sólo cuando estés del todo segura de lo que quieres, ven a hablar conmigo. Mientras no quiero saber nada más.

Me quedo petrificada. Todo está quieto en mí, menos una lagrimita helada, que va resbalado cerca de mi nariz. Marc rápidamente alarga su mano y la seca.

—No, no llores, por favor, no me gusta verte llorar. Yo quiero... —Marc hace una pausa antes de proseguir—: quiero cuidarte, Sara. Por eso creo que es lo mejor. Necesito, necesitamos tiempo.

Lo puede decir más alto pero no más claro. Quiere distancia. Hasta hace un rato yo también quería eso, pero ahora...

Lo que le da la razón en que debo aclararme, no puedo pasar de una emoción a otra en segundos. Le he hecho daño. He vapuleado emocionalmente al tío que mejor se ha portado conmigo. He de meditar largo y tendido.

—Vale —le digo. Él asiente y parece que se relaja—. Creo que debemos ser la única pareja por aquí que haya cortado...

Siempre en los momentos incómodos me las apaño para quitarle hierro al asunto y soltar un comentario gracioso. Marc da un resoplido divertido y me propina un pequeño empujoncito.

—Sí, debemos ser los primeros. Venga vamos a dormir —Cambia de tema. Y se recuesta. Yo tengo muchas dudas y mientras me tumbo a su lado le pregunto:

—¿Pero podemos hablar, no?

—Pues claro —sonríe.

—¿Y reírnos, podemos reírnos juntos?

—Sí, venga, calla, vamos a dormir.

—¿Y me prometes que cuando estemos en el entrenamiento y se me vayan los ojos al fuego no me vas a regañar? —pongo voz de niña buena.

—Pues mira, no. Te voy a regañar, y ahora también como no te calles —bufa.

—¿Y si el TAO nos pregunta?

—¿Tú crees que el TAO no lo sabe? —Es verdad, nos estarán viendo ahora mismo.

—Marc, ¿somos amigos, no? Quiero decir, ¿no me odias, verdad? —Marc lleva un rato con los ojos cerrados. Se toma un tiempo para responder.

—No te odio, ¿pero si somos amigos? No sé, no creo. Yo nunca he gritado a un amigo.

—Pero yo sí —le interrumpo.

—Tú eres tú, y yo soy yo. Jamás te voy a volver a gritar, me duele más a mí que a ti. Sara...

—¿Qué?

—Necesito descansar para mañana entrenar.

¡Vaya! Yo quería seguir hablando, pero ¡qué remedio! Asiento.

Marc choca su palma con la mía, y comenzamos a volar.

Capítulo 50

Esta mañana ha sido rara. Cuando desperté caí en la cuenta de todo lo que habíamos hablado antes de descansar, y un profundo vacío ocupó mi estómago. Marc ha roto conmigo. Es real. Intento animarme diciéndome que lo que necesito es estar sola, pero que Marc se haya cansado de mí, me duele. ¡Vale! Soy consciente de que soy como el perro del hortelano.

El caso es que le doy la razón: necesito darme tiempo, el golpe que me ha supuesto conocer la infidelidad de Toño no lo puedo obviar. Todo esto desde el principio ha sido una locura y no he tenido ocasión de meditarlo, me he ido arrastrando y dejándome llevar por las emociones y por los calentones. Ahora debo aprovechar este momento para reflexionar, para darme cuenta de dónde estoy. Debo pasar mi propio duelo personal. Cuando sea consciente de que realmente estoy muerta, quizás todo empiece a encajar. Hoy es mi propósito, reparar en mi verdadera realidad.

La verdad es que como mi función en el juego me resulta bastante fácil, me da margen para pensar en mí. Al final creo que es una suerte que me haya tocado hacer esto. Sólo debo estar calladita y mirar a Marc sin parar. ¡Joé! Parece que los astros y las estrellas han confabulado una campaña de publicidad subliminal para que quiera a Marc, les falta atacarme con carteles luminosos: «You love Marc» «You love Marc»

Respecto al entrenamiento hoy nos está saliendo todo peor. Ha costado muchísimo que hubiera llama. De las artistas la líder indiscutible es Linda, las otras dos van a pintar los fondos y formas paralelas, porque no hay quien descifre sus dibujos. Y Marc no ha conseguido elevar el fuego, a pesar de varios eternos intentos. En su tarea es fundamental la concentración y no sé por qué me da, que mi mitad tiene la cabeza en otra parte. Esta reflexión me hace ver que creo que estoy volviendo en mí, en los pensamientos juiciosos, en la Sara que era antes de fallecer. Sólo una mañana de introspección y parece que mi inteligencia emocional, de la que antes presumía, está apareciendo de nuevo.

—Has estado muy pensativa hoy, Sara. ¿Qué habrá pasado por tu cabecita? —Se me acaba de acercar Darío. Estaba absorta. El resto se han disgregado. No me había dado cuenta de que era la única que permanecía sentada en el círculo. Además ha venido la nueva pareja a visitarnos y varios conversan con ellos. Marc por supuesto está al lado de Sylvia. No sé cuánto tiempo llevaba en las nubes. Darío se sienta a mi lado.

—¿Estás bien?

—Sí, bueno no sé, creo que sí. —Darío me muestra su cara más cómplice. No puedo mentir a este hombre—. Es sólo que estoy pensativa. Han pasado cosas y necesito analizarlas.

—Siempre llega un momento que hay que parar, hacer un *stop*... ¿Es eso? —«¡Dios mío este hombre es un chamán!»

—Sí, más o menos. Creo que necesito algún *stop*, como dices tú. Es que no lo he hecho desde que estoy aquí y al final la mierda me ha caído encima. —Esto último ha sonado muy soez, y le pido una disculpa a Darío, mientras que él ríe.

—No, no. Lo has explicado muy bien. No quiero indagar en nada que tú no quieras contarme, pero me imagino que algo tiene que ver con tu mitad, desde luego él está afectado, hoy no ha dado pie con bola. ¿Sabes que estoy aquí para ayudaros, verdad? Probablemente todo por lo que estáis pasando vosotros yo...

—No creo —le interrumpo. Advierto que ha estado feo hacerlo, por tanto no me queda más remedio que aclararle:

—Nos hemos dado un tiempo. ¿A qué eso no te ha pasado? —le confieso sonriéndole—. Marc está harto de mí, que desde ya te digo que no le falta razón, es un santo.

Darío se toma un tiempo para contestarme.

—Desde el principio vi que vuestra energía es especial, es muy fuerte. Pero sois muy jóvenes, y os cuesta canalizarla, llevarla al punto donde tiene que conectar. No me extraña que os pase esto, para tu tranquilidad. Pero sé que lo lograréis y cuando lo hagáis vais a descubrir algo maravilloso. No todas las parejas tienen tanta fuerza como vosotros.

—¿No? Yo pensaba que éramos iguales en ese aspecto. —Estoy confundida. Con Darío siempre aprendes cosas nuevas.

—No, qué va. Hay muchos tipos de conexión: más pasionales, comprensivas, cómplices... Sobre todo al principio se marcan estas diferencias. Poco a poco, a medida que te acercas a la transformación, las parejas se van igualando, aunque siempre llevan un sello propio. Vosotros sois, y sobre todo tú, dos caballos sin domar. Yo diría que tú todavía estás suelta por el bosque, de vez en cuando, ves a Marc y cabalgas hacía él, pero te da miedo sentir todo lo que hay entre vosotros y huyes otra vez para vivir en libertad, ¿me explico?

—Sí, me gusta. Puede ser... —Me ha descrito perfectamente, excepto en un sentido que me dispongo a aclararle—: Pero yo creo que lo que a mí más me echa para atrás, lo que más me separa de Marc, es mi anterior vida, mi relación con Toño, si no tuviera recuerdos de él te juro que me dejaría llevar. Deberían cambiar el sistema y cuando apareciésemos aquí borrarlos de la mente nuestra vida anterior, nuestros malditos recuerdos.

—¡No, no digas eso, jamás! Nunca uses esas dos palabras juntas. Los recuerdos deben ser buenos, te trasladan a tus vivencias. Los hay mejores y peores, pero debes aceptarlos a ambos. Sara, sin recuerdos nada tiene sentido. Somos un libro en blanco, sin vida. Te lo digo por propia experiencia.

—¿Eh?

No he entendido esto último. Darío me indica que nos alejemos un poco del grupo. Me incorporo para seguir mi interesante conversación con él. Miro de reojo a Marc y veo que ya está charlando a solas con el pibón, lo imaginaba. Juraría que me ha visto y se ha acercado un poco más a la rubia. ¡Va, paso! Me alejo caminando agarrada del brazo de mi entrenador favorito.

—Te voy a contar algo, que sólo sabe mi mitad, no me gusta volver a ello, pero creo que te va a ser útil conocerlo.

Me siento afortunada, Darío es una persona muy especial, y que me quiera confesar un secreto a mí, es un halago. Cuando estamos a bastante distancia, comienza a hablar:

—Los recuerdos son pequeños tesoros que permanecen en nuestras memorias. Date cuenta que no todo lo recordamos, nuestro caprichosa memoria hace una selección desechando lo que le place y se queda, vete a saber por qué, con algunas vivencias. Y encima tenemos la suerte de llegar aquí y poder disfrutar de ellas. Además, ya no olvidarás nada de lo que tienes guardado en tu disco duro —Ríe. Darío es muy dulce hablando, su charla es lenta, apaciguada, pero a la vez profunda—. Yo me quedé sin recuerdos, Sara.

Pasé los últimos diez años de mi vida sin acordarme de nada, y sólo cuando vine aquí mi memoria despertó de su letargo.

Su confesión es sorprendente. No me lo imaginaba por nada del mundo. Sin darme tiempo a preguntarle más, él prosigue:

—Sí, tuve Alzheimer. Si hay algo que odio, es esa enfermedad.

—Ya, te entiendo. —Oír la palabra odio, en boca de Darío es asombroso, cuando menos.

—Olvidé quién era yo, y olvidé a mi familia, uno por uno, con todo el dolor de mi corazón la enfermedad los fue arrinconando. Eso pasó al principio, esta patología se encarga de humillarte un poco más, si cabe, y me olvidé de las cosas más básicas: leer, comer, orinar, andar. Me quedé postrado en una cama. Me levantaban a un sillón, me sujetaban para que no me resbalara, y otra vez a la cama. Me daban de comer, hasta que dejé de tragar y el riesgo de broncoaspiración era muy alto. Acabaron poniéndome una gastrostomía, comía directamente desde el estómago, bueno tú ya sabes qué es eso, por no hablarte de la incontinencia... Todo esto lo conozco, porque lo he recordado ahora. En su momento ni me enteré.

—¡Cuánto lo siento, Darío! Es horrible. Yo he tenido pacientes con Alzheimer y sé que es muy duro.

—Sí, pero en sí, la enfermedad es más dura para el familiar, para el que ve cómo vas perdiendo tu esencia, tu alma. Yo sin ninguna duda lo he pasado peor aquí. Cuando vine todos los recuerdos se aparecieron de golpe. Me vi a mí mismo como un extraño y conocí el sufrimiento de mi mujer y mis hijas. Los TAOS me ayudaron a sobrellevarlo. Yo al principio no tuve contacto con Lara, estuve, como lo digo yo, ordenando mis recuerdos. Por eso sé que antes de comenzar tu vivencia en el primer nivel, pasas por la deshumanización, que en mi caso fue, en parte consciente.

>>Sufrí un *shock*. Imagínate, ver todo lo que te has perdido. La imagen que más me impactó de ese tiempo olvidado fue la de unas navidades. Mi familia había crecido, mi hija pequeña sostenía a un bebé en sus brazos, y había otro pequeñajo por ahí correteando; Jonas, un fiero, el primero de mi hija mayor. Yo estaba en una silla de ruedas, con una manta en mis piernas y un gorro de Navidad. Mi Alzheimer a esas alturas estaba muy avanzado y llevaba años sin andar, sin hablar, siendo dependiente para todo. Pero allí estábamos todos en torno al fuego de la chimenea y al árbol de Navidad. Comenzaron a darse regalos, sobre todo para los peques: mantitas, sonajeros, juegos de trenes de madera. A mí me tocaron varios perfumes, y a mi mujer le regalaron un disco de villancicos que no dudó en ir veloz a ponerlos.

>>Una estampa típica navideña ¿verdad? Faltaba la música, y comenzó a sonar el villancico de blanca Navidad. Yo me puse a cantarlo, como si tal cosa. Mi mujer y mis hijas se giraron sorprendidas para verme y Jonas, el enano, gritaba: «¡El abuelo canta, el abuelo canta!» Me dieron las manos, y corearon conmigo. Mi mujer estaba frente a mí, incapaz de emitir sonido alguno. Cuando acabó el villancico, me abrazaron y me dijeron que me querían y lo sorprendente es que yo les contesté: Yo también os quiero. Fue mi última Navidad, gracias a Dios.

—¡Madre mía, qué duro! —Tengo un nudo en mi garganta del tamaño de una sandía.

—Sí, claro que lo es, pero no te cuento esto para que llores, te lo cuento, para que veas que eres una afortunada por tener recuerdos y además haberlos disfrutado en vida. Los míos son como salidos de una película. Yo no estuve allí, mi cuerpo sí, yo no. Lo que no quita que esta nueva etapa de tu vida sea complicada. Pero lo que yo te quiero hacer ver es

que tienes que adaptarte a ella, tienes que encontrar la manera de poder convivir con los viejos y los nuevos recuerdos. Es una evolución, ya lo verás. Al ser humano le cuesta adaptarse a cambios bruscos, pero lo lograrás, y cuando lo hagas, te encantará de vez en cuando pasearte por tu pasado y disfrutar de todo lo que la vida te ofreció.

—Ya, pero en cierta parte me ha sucedido lo que a ti, Darío. Me he dado de bruces con cosas que yo no sabía que estaban sucediendo a mi alrededor. Mis recuerdos se han cubierto de mentiras y ya no distingo lo que es verdad de lo que no...

—¿Quieres contármelo, Sara?

Acto seguido, le relato todo la traición de Toño. Creí que a la primera persona que le iba a revelar esto, era a Fátima, pero me siento muy bien confesándoselo a Darío. Después de lo que me ha contado, sé que me puede ayudar. Estoy en total conexión con este hombre en este momento. Darío me escucha atento. Cuando lo suelto todo y siento que peso cien kilos menos, Darío me pregunta:

—¿Marc no lo sabe, verdad?

—No, no se lo he contado. —Me da un poco de vergüenza reconocerlo.

—¿Y no lo has hecho porque no quieres sentirte juzgada por él? —pregunta.

—Sí, en parte sí. Si te soy sincera, creo que no se lo he dicho porque me haría ver como una fracasada, por muy tonto que esto suene.

Darío estalla en una carcajada y me abraza.

—Marc nunca pensaría eso de ti, te admira por encima de todas las cosas —Se separa un poco de mí—.Y además si hay un fracasado aquí, no eres tú, es el mentiroso de tu novio. No cargues tú con sus culpas, al contrario, debes estar feliz, porque le respetaste en la vida que le tenías que respetar.

—¿Qué exagerado, Marc no me admira, y menos ahora, que se ha dado cuenta de lo loca que estoy!

«Habrà muchas cosas que yo le genero a Marc pero hoy por hoy admiración... no sé yo».

—¿Cuando entenderás que Marc te adora desde el primer momento? Pero me callo. Yo no soy quién debe decirte esto. Eso te lo debe hacer ver él, por lo visto debo dar más de una colleja por ahí. ¿Y por qué te ha pedido un tiempo?

Le explico la actitud que tomé cuando regresé del infierno de la verdad; que no le hice ni caso, que él quiso ayudarme y no le dejé y la súper bronca que tuvimos.

—Me parece muy buena idea que os deis un tiempo, por llamarlo de alguna forma. Te tienes que aclarar, debes madurar todo lo que te ha sucedido. En mi opinión, estás confundiendo a Toño y a Marc, y no son lo mismo.

—Sí. Tengo que diferenciarlos —le confirmo

—¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Te gusta Marc, como persona? —Es una pregunta curiosamente clave, que no me es fácil responder.

—Hasta hace unos días, antes de bajar, había dado mi brazo a torcer y me había dado cuenta de que sí. Pero ahora, Darío... Estoy seca por dentro, te lo juro. El engaño de Toño me ha dañado a niveles inimaginables, y no estoy para amoríos. Marc es perfecto, pero yo ahora no puedo sentirlo. Creo que me he vuelto loca.

—No estás loca, no. Es normal, estás herida. Date tiempo. No hay prisa. Una vez me pusieron un ejemplo que me gustó mucho, era algo como que debíamos ser como una caña de bambú. Sí, algo como que las emociones tienen que entrar en nosotros y hay que empaparse de ellas, pero igual que han entrado debemos permitirles salir. No me des más carrete que como me ponga filosófico te doy el día. Volvamos con el grupo.

Regresamos con todos, que siguen disgregados en varios corrillos. Yo ni me planteo ir al de Marc y Sylvia. Me acerco al de Alex. Estoy mucho más serena. Me ha gustado mi primer día de reflexión. Me voy encontrando a mí misma. Al poco, comienzan a marcharse las parejas, y yo empiezo a sentir frío. Antes de empezar a tiritar, Marc se planta frente a mí.

—¿Quieres que nos vayamos, Sara? Vas a romper a tiritar, te conozco. —Me sonrío. Le digo que sí y nos esfumamos.

Me resulta algo incómodo, estar tumbada junto a él, en total silencio, así que me giro, y le digo:

—Marc, hoy he pensado en muchas cosas, estoy aclarándome.

—Muy bien, Sara —dice sin mirarme.

—¿Y tú has aclarado algo? —le pregunto por continuar la conversación. Esta vez sí que gira la cabeza y me busca.

—No hace falta, yo lo tengo todo muy claro. —Hace una pequeña mueca con la barbilla y después vuelve a observar el cielo.

—Pues yo estoy en ello.

—Me alegre. ¿Descansamos?

Capítulo 54

—Marc, hoy también he pensado mucho.

—Muy bien.

—Voy progresando.

—Me alegro.

Más o menos, casi todas las noches formulamos lo mismo. Quién me iba a decir a mí que estas frases iban a convertirse en un ritual. Durante el día apenas charlamos. Entrenamos y después nos relajamos con nuestros amigos. Shinji es un fenómeno, nos hace reír a carcajadas, es todo un *showman*. Sin embargo Sylvia es una estirada, no sé qué ve Marc en ella. Son íntimos amigos. Ella apenas me dirige la palabra y a su mitad menos. Ya he tenido varias charlas con él respecto a esto. Shinji cree que Sylvia está loca por Marc, y esto le hace mucha gracia, se lo toma con mucho humor, dice que si él tuviera que elegir también se quedaría con Marc, y luego siempre añade, pero entre tú y ella, le das mil vueltas, que lo sepas. Lo dice con tanta gracia que no suena despectivo, aunque entre líneas algo ofendido sí que está por los desprecios de la modelo. Yo tampoco intento centrarme en ello. Si quieren ser amigos están en su derecho. Yo estoy analizándome a mí misma, descubriendo cosas y no quiero chafarlo todo cegándome por chorradas como los celos, porque a veces, cuando mi lucidez está por todo lo alto, me parece intuir que Marc está jugando a darme celos, pero sólo en los días en que mi intelecto vence a mi malestar. Cada día estoy mejor, más centrada. Incluso puedo pensar en Toño sin que me den náuseas y me encantaría saber cómo avanza Tere, la echo mucho de menos.

No todos los días hemos podido entrenar, de vez en cuando falta alguna pareja, porque les han bajado a ver a sus familias, y esos días son el despendole. Vagueamos, jugamos a las pelis, hacemos yoga con Shinji, tomamos el sol. En esos ratos tirados al sol, hay una conversación estrella, la despedida de Darío y Lara. Me da una pena terrible pensarlo. Después de la conversación que tuve con él, aun le quiero más. Casi todas las tardes viene a preguntarme cómo voy. Yo me confieso como si fuera mi sacerdote y él siempre me ofrece sabios consejos. Es adorable, sabe qué decir en cada momento. Yo a veces le declaro que es como mi chamán, sus charlas son curativas para mi caos mental.

Lo más destacable de estos días, ha sido la ceremonia de bienvenida de Sylvia y Shinji, en la que por fin atendí —no como en la mía—, y también que fui requerida por mi TAO a solas, poco después de la bronca con Marc. Me sorprendió mucho estar allí con mi fuerza conciliadora, únicamente él —o ella— y yo. Incluso al principio me asusté, suponiendo que le había pasado algo a Tere y por eso me reclamaban.

Pero no, sólo quería hablar conmigo, preguntarme cómo lo llevaba todo. Por supuesto estaba al tanto del *impasse* que nos habíamos tomado mi mitad y yo, y no le pareció mal, lo que me desconcertó. Conversamos mucho tiempo. Me resultó más fácil que otras veces. Me dejé llevar y conseguí expresarle mis sentimientos. Me dijo que estaba haciendo un gran trabajo reflexivo, y que iba por el buen camino. Después todos se extrañaron porque el TAO me hubiera citado sólo a mí y hubiéramos hablado tanto rato. Bromeé con que yo era

un caso aparte y traía locos a los jefes, y así le resté importancia. He de decir que por lo bajini también le dije a Fátima, que la siguiente que estaba cogiendo todas las papeletas para tener cita a solas con su TAO era Sylvia, a lo que la muy cotilla de Linda, que lo había oído, añadió que la rubita iba a tener citas, pero a diario.

En los entrenamientos vamos prosperando. Linda hace unas figuras preciosas, y Marc, meritoriamente, se va convirtiendo en la estrella del equipo. Lanza el fuego muy alto. Darío está impresionado. Mi mitad después de los entrenamientos termina exhausto, le cuesta hasta hablar, se queda sin palabras, sin energía, pero siempre aparece su íntima amiga para relajarle y cortejarle regalándole los oídos. Pocos días he podido acercarme a él para felicitarle, cuando lo he hecho Marc se ha mostrado agradecido, pero tímido, bajando la cabeza; eso sí, creo recordar que todas las veces que ha conseguido lanzar el fuego, justo después me ha mirado a mí, feliz y orgulloso, con cara de niño, cómo si me quisiera dedicar su logro a mí y no a la pendeja teñida ésa.

Intuyo que él no se siente cómodo con nuestra situación cuando se halla delante de todos y también que más de uno se habrá dado cuenta de que Marc y yo andamos mosqueadetes, pero las únicas que me ha preguntado son Fátima y Linda. La misma tarde que brujeamos un poco respecto a Sylvia, Linda me preguntó si me molestaba y Fati me confesó que nos veía raros últimamente, mucho más distantes que cuando vinimos de Noruega. Yo me las llevé lejos y les conté todo lo que me había pasado con Toño. Las dos, como buenas amigas que son, se liaron a ponerle verde, en actitud mucho menos comprensiva que Darío, pero también me dieron buenos consejos y sobre todo nos echamos unas risas con todas las barbaridades que soltó Linda por su boquita...



Acabamos de llegar al entrenamiento, están todos, excepto Darío y Lara. Esto es un poco raro, ellos siempre son los primeros. Tengo una corazonada enorme, sé que algo pasa. Mis sospechas tardan poco en confirmarse. Aparecen nuestros amigos, acompañados de Shinji y Sylvia. Los cuatro lucen una cara de susto importante. Se hace un silencio inquietante en el grupo, Darío nos explica.

—Nos han llamado el TAO, y nos han confirmado dos cosas: la primera es que el torneo es en diez días más o menos.

Se oyen varias suspiros de susto, y algún que otro “joder”, “ *fucking* ”... *etc.* Yo permanezco en silencio. Por un parte tengo ganas de dejar de entrenar, pero por otra creo que no estamos preparados del todo. Darío prosigue para darnos ánimo. Le ha pedido a los TAOS, que en los nueve entrenamientos que nos quedan, a no ser por fuerza mayor, no nos bajen a ninguno a la Tierra. Pero además, y esto me hace menos gracia aun, se le ha ocurrido que Sylvia y Shinji, sean nuestros suplentes, por si alguien en el último momento falla; para lo cual, presenciaran todos nuestros entrenamientos. Pensar en tener a Sylvia todo el día merodeando por aquí, me revuelve las tripas. Sin embargo ella parece encantada.

—Pero hay una segunda cosa que nos han contado —Darío suena conmocionado—, y es que poco después del torneo, nos transformaremos.

Capítulo 52

Estoy francamente enganchada a Dexter, por no hablar de Sexo en Nueva York...

Esto del reposo absoluto me tiene entregada en cuerpo y alma a la televisión, me paso varias horas consumiendo ficción. Soy una friki, pero con algo de dignidad: antes que ver los programas basuras que echan, prefiero ver series y pelis por internet. Toño me ha enseñado y me doy unas panzadas brutales de capítulos seguidos. Carrie y sus tres amigas son íntimas mías ya. Me parto con Samantha. Recuerdo cuando Sara me decía que tenía que verla y yo no le hacía ni caso. Ahora que la estoy siguiendo, me acuerdo aun más si cabe de mi amiga. Sara era para mí tan importante como la amistad que se muestra en la serie. Aunque ella era algo más, era como mi hermana y sé que se encuentre donde se encuentre debe estar dando botes de alegría porque por fin sé quién es Mr. Big.

Veo a Sara por todas partes, vivir en la que fue su casa, se me ha hecho algo difícil, pero no me ha quedado más remedio.

Pasé varios días en mi piso acompañada por Toño, hasta que vino mi madre, por supuesto, cabreada como una mona por no haberle avisado. Se lió la manta a la cabeza, me obligó a irme con ella a su casa y esta vez no pude negarme.

Mis padres al principio estaban en *shock*, no podían creerse que fueran a ser abuelos, su niñita iba a ser madre. Les conté que había roto con Adan sin concretar mucho. Mi madre tuvo que morderse la lengua varias veces, para no decirme:

«¿Ves hija, te lo dije? Tenías que haberte casado» Pero las madres tienen una inteligencia innata y saben cuando pueden soltar reproches y cuando no.

Los mimos en mi casa me sentaron fenomenal. Mi madre me enseñó fotos de cuando ella estuvo embarazada de mí y sacó una maleta que tenía con ropa de cuando yo era pequeñita. He decidido que probablemente alguna cosa la herede mi bebé.

A la semana volví al ginecólogo. Toño se empeñó en llevarme y fuimos los tres: mi madre, Toño y yo. La doctora fue encantadora, se preocupó mucho por mi estado y me estuvo explicando con pelos y señales lo que era la placenta previa y que no tenía porque pasarle nada al bebé. Mi madre hacía muecas de disgusto. Ella está acostumbrada a médicos mucho más mayores y aunque ya le había explicado que me parecía muy buena ginecóloga y que me había tratado muy bien, el hecho de que fuera tan joven no le gustaba nada. Sin embargo en Toño, no había más que sonrisas y gestos complacientes. Un claro ejemplo de cómo uno ve lo que quiere ver...

El problema surgió con el resultado de la analítica. Resulta que no he pasado la toxoplasmosis y no puedo estar cerca de gatos, ¡y mi madre tiene dos! La pobre casi se atraganta con su propia saliva cuando la joven especialista lo comentó:

—¿Pero doctora... yo tengo dos gatitos en casa?

—Pues su hija no debería estar cerca, por prevención.

Mi madre insistió en que se desharía de los gatos sin problemas, pero al salir de la consulta me senté en la sala de espera y le dije que ni hablar, que ni de lejos iba a aceptar que abandonara a sus gatitos.

Se los regaló mi padre cuando yo me fui de casa, y está enamorada de ellos. Vive para ellos, hasta les hace trajecitos de esos cursis de ganchillo. ¡Qué daño han hecho las teles de plasma a las amantes de los tapetes! Mi madre, que era una experta con las agujas, ya no sabía que coser hasta que tuvo los gatitos —que a estas alturas deben tener más ropa que Rania de Jordania y yo juntas. En fin, que ya no podía permitir ni un sacrificio más por parte de nadie. Odio ser tan dependiente y andar mareando al personal, y aunque fuera mi madre y sé que ella lo hubiera hecho sin reproches, mis problemas debía de solucionarlos yo.

Allí estábamos en la sala de espera, con una subida de tono exponencialmente preocupante: «¡Qué sí!» «¡Qué ni hablar!» «¡Qué soy tu madre, y lo digo yo!» «¡Qué yo me valgo por mí misma!» ». Hasta que Toño, que hasta el momento había permanecido callado por prudencia, aprovechó un pequeño silencio en la tormenta de improperios y con un hilito de voz, que a medida que se percató que le oíamos fue elevando, ofreció su casa. Argumentó que está cerca de la de mis padres y ellos podían venir todos los días a verme. Yo acepté del tirón, pero mi madre se pasó todo el camino de vuelta protestando y enfurruñada. Su contra-argumento era que la gente del barrio iba a comentar todo tipo de cosas. Algo del todo cierto, pero a mí a esas alturas me la repanpinflaba.

Así que elaboramos un plan de contraataque frente a rumores. Mi madre iría a comprar a la mercería ropita de bebé y cómo si tal cosa, le contaría todo a Doña Esmeralda, la reina de los cotilleos del barrio. Todo excepto, por supuesto, que Adan y yo no estábamos juntos. Alabaría a Toño por su amabilidad y mentiría diciendo que Tere y él eran como hermanos desde pequeños. Esto también lo debería contar en la panadería, a Doña Asun y a Doña Francisca, la peluquera. Si estas tres estaban puestas al tanto, nadie en el barrio rumorearía algo que no fuera eso. Por tanto ya más tranquila, y cada vez más convencida, ayudó con la mudanza y me instalé en casa de Sara y Toño.

La mayoría de los días los paso con mi madre, Toño se va a trabajar por la mañana y no vuelve hasta las siete o las ocho. Mi madre me trae comida, limpia la casa, me hace la cama; y mientras yo, estoy sentada en el sillón como una marquesa. Es un poco frustrante y aunque parezca mentira, agotador. No puedo hacer nada, ni salir a la calle; a veces me visualizo a mí misma haciendo *footing*, cosa que nunca he hecho, pero después de este encierro creo que hasta lo disfrutaría. Me he leído ya tres libros de bebés, y alguna que otra novela. Intento mantener en la medida de lo posible mi mente ocupada para no pensar en Adan. Aun así, sucumbo dos o tres veces al día. No entiendo cómo hemos llegado a esto. No sé nada de él, excepto varias llamadas perdidas que me hizo la noche que pasé en el hospital. Más nada. Vivo en un mar de confusiones, me he imaginado ya cientos de conversaciones, e incluso varias veces, he estado a punto de llamarle, pero en el último momento recapacito. Creo que debería ser él y no yo, el que se pusiese en contacto conmigo para darme una explicación.

Estaba convencida que Adan era una buena persona, pero ahora creo que todo era teatro. Es verdad que no soy todavía muy consciente de lo que está pasando, y por eso creo que no lo llevo del todo lo mal. Yo quería a Adan muchísimo; era mi novio, mi mejor amigo, mi alma gemela. Pero todo se ha enredado de tal forma, que a veces creo que nunca más voy a saber de él. Otra opción que barajo es llamar a su hermana, pero también estoy un poco cabreada con Gina, porque no he sabido nada de ella desde que se fue.

Cuando vuelve Toño a casa, todos mis enredos mentales se liberan, con él me lo paso en grande. Me cuenta un montón de cosas del curro y del gimnasio mientras prepara la cena, que suele ser bastante desastrosa. Toño está acostumbrado al típico sándwich, pero yo

casi no puedo tomar embutido y debo comer más sano, así que intenta hacer cenas de verdad, pero es que hasta calentando los *tupper* de mi madre ya ha liado alguna.

Por extraño que parezca no se me hace raro vivir con él. Somos algo parecido a unos compañeros de piso y de duelo. Tenemos largas charlas sobre cómo nos sentimos respecto a Sara. Toño a veces cuando llega me confiesa que ha tenido un mal día y con eso yo entiendo que no ha parado de pensar en ella. Sigue yendo al psicólogo y me cuenta lo que hablan; en cierta manera es una terapia a tres bandas, yo me beneficio de sus consejos terapéuticos.

Me da mucha pena el dolor y culpabilidad que siente Toño. Muchas noches le oigo llorar. Por el día me muestra su mejor cara, incluso hace comentarios obscenos sobre algunas tipas que salen en la tele; lo que me hace aceptar que los hombres se pueden olvidar momentáneamente de sus desgracias, por lo menos Toño, que debe de ser fiel a la filosofía de que las penas con pan, son menos penas. Pero cuando se encierra en su habitación, creo que se le viene el mundo encima. Tiene problemas de insomnio.

Yo sin embargo duermo a rienda suelta, más que nunca. Debe ser la progesterona o alguna hormona, porque soy como un oso polar, podría invernar.

Hoy es sábado, mis padres se han ido a pasar el fin de semana a Villarejo. Llevaban ya varias semanas sin ir al pueblo y casi les he tenido que gritar para que se fuesen. Eso sí, mi santa madre nos ha dejado reservas de alimentos como para montar un comedor de beneficencia.

Estoy en la cama todavía. Oigo a Toño trastear por la cocina y hablar por teléfono. Me incorporo lentamente como un robot porque no quiero hacer movimientos bruscos.

A cámara lenta voy al baño y me aseo. Cuando por fin salgo, me encamino a la cocina y gracias a Dios que le veo, porque si no diría que alguien ha entrado a casa a robar, y debe ser un ladrón con algún tipo de fetichismo por el menaje del hogar: todas las sartenes y la vajilla están fuera de los armarios. La cocina parece un campo de batalla. Las cacerolas, platos y sartenes luchan por hacerse un hueco en la encimera. Huele fenomenal, eso sí. Lo más fuerte es que sólo está haciendo tortitas con un bote en el que la masa ya viene preparada. No logro comprender a qué viene tanto desorden. Toño, se gira y me da los buenos días. Noto algo raro en su gesto.

—¿Qué tal, todo bien? ¿Has dormido bien? —me pregunta. Le respondo que sí.

—Pues yo tengo un cabreo...

—Ya te veo algo raro, ¿qué pasa? —Ya le voy conociendo y noto que algo le ha ocurrido.

—Pues aparte de la que estoy montando para hacer unas tortitas —Señala la batalla campal, mientras yo asiento sonriendo—. Tía, me han pinchado las ruedas. Han pinchado las ruedas de varios coches y al mío también le ha tocado. ¿La gente no tiene otra cosa que hacer? ¡Pues está el tema como para gastarse ahora doscientos euros en ruedas! He ido a la comisaría a denunciarlo y varios que estaban allí, por lo mismo, decían que son los de los propios talleres.

Toño se desahoga mientras nos comemos el desayuno, que por cierto está buenísimo. El chocolate lo ha fundido de una tableta, y no puedo parar de bañar mis tortitas en el.

—¡Aysss! —exclamo de pronto, mientras me agarro mi prominente abdomen.

—¿Qué pasa? —Se levanta Toño de golpe, con cara de susto.

He sentido como un retortijón extraño que me ha pillado por sorpresa. Continúo sujetándome el abdomen.

—Creo que he notado al bebé...

Capítulo 53

Yo tenía una teoría: los nervios no son buenos consejeros y con ellos sale todo peor.

Mi teoría se está multiplicando por diez aquí en el cielo. Esta semana ha sido lo que se dice un infierno. Según se nos iba acortando el tiempo, se iban alargando los problemas. Me tiemblan las canillas cada vez que soy consciente de que estamos a horas de nuestro torneo.

Ayer fue la hecatombe: Frank y Jimmy estuvieron a punto de liarse a puñetazos, poniendo el broche final a toda una semana de pullitas:

«Estate atento Jimmy, te tocaba cortar a tí».

«Este corte era mío, si no te importa»...

«Si lo cortas un poco más rápido igual Marc lo puede lanzar»

«Venga pues córtalo tú, crack, que eres un crack».

Hasta que ayer, después de varias correcciones de Frank a Jimmy, este le mandó a la mierda. Frank le dijo que era un inútil y lo demás no lo entendí, ni tampoco me esforcé, porque varios comenzaron a separarlos y el alboroto confundió los hirientes mensajes.

La tarde anterior, la pelotera la tuvieron Linda y Cloe, con los dibujos.

Fátima y Alex también han tenido varios conflictos básicamente por el rol de cada uno.

Marc, aunque no ha dicho nada, está un poco ahído de Frank, es que aparte de corregir a Jimmy también le lanza pullitas a él.

Por discutir, han discutido hasta Darío y Lara. Después de la bronca monumental de Jimmy y Frank, Lara recriminó a Darío que parte de la culpa la tenía él por dejar que la cosa llegara a eso, y que un entrenador no podía permitir esos comportamientos.

Yo, creo que soy la única que no me he peleado, ganas no me han faltado en alguna ocasión, pero bastante tengo yo ya encima. Estoy harta de entrenar, harta de las situaciones incómodas y de mirar a Marc y ser consciente de que mi mitad es un auténtico autómatas verbal conmigo.

«¿Tienes frío Sara?»

«Muy bien, Sara».

«Me alegro, vamos a dormir, Sara».

Esto es lo único que he escuchado de sus labios. Con Sylvia, sin embargo se le atropellan las palabras y las risas. Estos últimos días en los que estoy saturada ya de tanto pensar, tanto entrenamiento y tanto conflicto, me han entrado ganas de ir hacia ellos y darlos un guantazo en toda la cara. Me molestan sus risitas, sus empujoncitos y sus confianzas. Ella no es que me caiga mal, me cae peor.

Ya se me ha agotado la paciencia y las ganas de ser tolerante. Si me hubiera guiado por mis sentimientos, hubiera aplastado a Sylvia como a una cucaracha y a Marc le hubiera gaseado con un spray de pimienta, para que al menos deje de mirarla el rato que le arden los ojos. Pero soy un ángel, o algo por el estilo, y aquí no hay gases de esos ¡Mecachis!

Conclusión: Marc y yo estamos a mil kilómetros de distancia y subiendo.

Hemos descansado muchas horas. Darío nos lo recomendó, y cómo aquí no hace falta nada más que chocar las manos para dormir, los nervios no pueden hacer de las suyas con el insomnio. Permanecemos tumbados, yo con los ojos cerrados todavía. Paso de intentar entablar una conversación con mi robótica mitad. Prefiero imaginarme gaseándole: «me acerco por sorpresa mientras él ríe con la Barbie y le rocío los ojos, a la Barbie también le cae, los dos tosen» Me interrumpe su voz, estaba tan ensimismada con mi fantasía que no le he podido entender.

—¿Perdona? —le digo sobresaltada puesto que no pensaba que fuera a hablarme.

—No, nada... que hoy es el día.

—¡Ah, sí, el día! ¡Por fin! —Intento sonar entusiasmada, pero creo que no lo consigo.

—¡Que tengas mucha suerte, Sara! Aunque no te hace falta, lo haces muy bien. —

Tose.

«¿Que lo hago muy bien?» ¡Pero si lo único que hago es mirarle a él y luego a Alex!
¡Este lo que quiere es que le peloteé! ¡Sí, hombre, después de la semanita que me ha dado!
¡Pues va listo!

—Gracias. Que tengas tú también suerte. —Y punto, me muerdo la lengua para no decir ni una palabra más.

—Bueno, pues vamos entonces...

—Vamos.

Nos incorporamos, recomponemos y dirigimos hacia el torneo.



Al llegar todo es una algarabía de voces. Están que les va a dar algo. Al ver el panorama me entran ganas de huir. ¡Tarde! Fátima nos ha visto y viene corriendo hacia nosotros:

—Sara, piensa un nombre, tú que tienes mucha imaginación.

No entiendo nada de lo que me dice. Marc se queda pasmado igual que yo. Fátima logra explicarse algo mejor.

—Chicos, no tenemos nombre de grupo, por alguna razón se nos ha olvidado, y no tienen cómo presentarnos. Tenemos cinco minutos para pensar algo, o no nos dejarán participar.

Ahora ya lo entiendo, ¡vaya despiste hemos tenido! ¿No? ¿De todas formas a nadie se le ha ocurrido recordárnoslo? ¿Hasta aquí funcionan mal los temas burocráticos? ¡Vaya tela! Bueno claro, pensándolo bien somos los mismos que estábamos abajo pero revueltos por nacionalidades. Me aproximo al grupo. Todos tienen cara de pensar. Le hago una mueca de fastidio a Darío y él me responde con una de «¡Piensa por tu padre!»

—¡Los soles! —exclama Cloe—. Como nos gusta tanto estar en el sol... ¿No? —Nadie la contesta y siguen pensando.

—¿Y algo como “los nuevos”? —pregunta Fátima. Nadie contesta.

Yo la verdad es que siempre he sido muy mala para poner títulos a las cosas, y estoy en blanco.

—¿La llama celestial? —pregunta con mucho miedo Lara. Esta vez se oye alguna risita, pero tampoco nadie contesta.

—Los penosos — dice Frank, que parece que viene con las pilas cargadas.

—A mí no se me ocurre nada, chicos, estoy en blanco. — Se lamenta Alex.

—No sé, algo de unión, fuego, energías, enlaces, conexión. —Yo les digo palabras, por si se les ocurre algo. Me confieso una fan del *Brain storming*.

—Chicos, tenemos que decirlo ya. —Darío está hecho un flan.

Marc está a mi lado, se gira y me mira diciéndome:

—Conexión, conec...

—¡Conectados! —profiero.

—Sí, no está mal. El grupo conectados. Me gusta, Sara. Chicos, ¿Qué os parece “El grupo conectados”?

Todos dicen que les vale y Darío corre a darles el nombre a los TAOS.

Siento los ojos de Marc en mí otra vez. Su boca se acerca a mi oído, me susurra tan cerca que noto el calor de su aliento:

—¿Has visto que buen equipo hacemos?

¡Ayssss! Contraigo los músculos de mis piernas para que no se me doblen y consigo devolverle una sonrisa, pelín forzada. Él sin embargo me regala una expresión picarona.

Se me cae la baba. Marc me ha hecho un casto gesto cómplice y ya estoy como una niña de quince años. Hace tantos días que no sentía lo que provoca su proximidad en mí, que no me había dado cuenta de cuánto lo echaba de menos. Esto me reafirma en que voy por el buen camino en mis reflexiones. Vuelvo a estar viva, resulta curioso decir esto.

Comienza el espectáculo.

El público se sitúa frente el escenario. Los grupos que vamos a participar nos ponemos en las primeras filas. Vamos a jugar ocho equipos. De dos en dos. Alex está sentado entre Marc y yo. Atendiendo a su conversación, entiendo que hay cuartos de final, semifinal y final. Ya sólo pasar la primera vuelta sería un triunfo.

Unos ocho TAOS se aparecen y se presentan en frente de todos. El TAO más grande comienza a hablar sin más preámbulos.

—¡Bienvenidos al torneo del fuego! El campeonato va a comenzar.

La multitud comienza a aplaudir enfurecida, sin embargo a mí me entran los nervios de la muerte y vuelvo a tener por segunda vez ganas de huir. Alex me aprieta una mano, otro que está emocionadísimo. Miro a mi alrededor, hay un montonazo de gente. Es abrumador. Han debido venir todos a ver el torneo.

El TAO se dispone a presentar los grupos. Según los va enunciando, los equipos se levantan y saludan al público. Darío, que está a mi otro lado me va explicando quienes son verdaderos rivales y quienes son pan comido. Me encantaría corregirle y hacerle ver que nosotros sí que somos pan comido, pan de sándwich tierno y esponjoso, pan calentito recién salido del horno, de ese que es imposible no mordisquear, pero no le quiero quitar la ilusión al pobre hombre. Según él, los rivales más duros son: “Union energy” y los eternos ganadores, que por algo se llamarán “Eternity”. Para acumular más nervios y fortalecer la teoría de Murphy, nos presentan los últimos.

—Y el último equipo de este torneo. Es la primera vez que se presentan, pero tienen como capitán a toda una institución entre vosotros, a Darío Dims, que es el capitán del grupo “Conectados”.

Alex y Darío me agarran de ambas manos y me izan. Si no es por ellos yo no me levanto, me hubiera hecho la longui. Muestro mi mejor sonrisa y me escurro hacia el suelo en un santiamén. Yo generalmente no soy tan tímida, pero no es timidez lo que me paraliza, es vergüenza ajena porque creo que vamos a ser los peores.

—Vamos a proceder al sorteo de los equipos, que se acerquen los capitanes.

Darío se dirige hacia allá y saca una bolita de un saco azul. Somos el equipo dos. Para

mi favor, he de decir que es mi número favorito.

Después uno de los capitanes, el que tiene el número uno, va extrayendo parejas de bolitas de un saco rojo. Estas parejas marcan las batallas. El silencio es sepulcral, ¡por Dios! Esto parece mucho más serio que el sorteo del gordo de Navidad, deberían contratarnos de público y no a los frikis que van todos los años. El resultado es que los grupos que van a competir es:

—1 vs 7

—5 vs 3

—2 vs 6

—4 vs 8

Busco rápidamente al capitán del grupo 6, esperando que sea uno de los que Darío apoda, con un cariz excesivamente positivo “los pan comido”. Pero mi gozo en un pozo. Nos ha tocado con los “Union energy”, los que él cree que son los segundos más fuertes. ¡Qué bien!

Las batallas irán por ese orden.

El grupo uno, “Los supercalifragis”, y el siete “Sí, sí, sí, el premio ya está aquí” se levantan y van al improvisado escenario. Forman un círculo. Los capitanes, se meten en el centro para darles los últimos consejos. Los participantes se agarran de los hombros y escuchan el mensaje de sus entrenadores. Mientras el público permanece en silencio.

—¿Preparados equipos? —dice el TAO presentador—. ¿Sí? ¡Pues adelante, que comience la batalla!

Se oye un aplauso, al que acompaño inconscientemente, y observo como los dos equipos adoptan la postura de las manos cruzadas. El público hace el silencio hasta que aparece la llama en el equipo siete, oyéndose varios vítores. A los uno, les cuesta un poco más que emerja la llama, pero una vez que lo hace, es enorme. Las figuras se aparecen poco a poco. No son muy claras. En el grupo siete parecen unas letras griegas pero no se elevan mucho. El equipo uno, dibuja flores, un poco difusas y aunque se elevan algo más, le voy a tener que dar la razón a Darío y creo que nosotros tenemos algo más serio que presentar.

Me relajo, y descargo la mandíbula. A mí me parece que los dibujos de Linda son mucho mejores que estos, y además tenemos varios efectos gracias a las otras dos pintoras. Marc alza la llama dos metro más o menos y estos no llegan ni a cincuenta centímetros. Darío, que ha vuelto a mi lado, me va contando los pormenores. Es cierto que en el grupo uno son sólo seis y para colmo el que tiene que cortar la llama, está atacado.

El grupo siete lo forman siete, dos menos que nosotros y si a eso le añades que tres se ocupan del fuego, sólo queda uno para cortar y lanzar la llama; por eso se eleva tan poco. Darío me aclara, alabándonos, que no es fácil tener una llama tan grande como la que hacemos Marc y yo juntos. Le sonrío agradecida. Miro a Marc, está embelesado. El fuego se refleja en sus ojos. Su mandíbula hace pequeñas muecas. Estoy orgullosa de él. Marc va a dar mucho que hablar en este torneo. Mi mitad.

Termina la primera batalla. Los TAOS dan su veredicto rápidamente.

—El equipo que pasa a semifinales es: el siete “Sí, sí, sí, el premio ya está aquí”.

Todo el público aplaude, los miembros del equipo se abrazan entre ellos. Yo inconscientemente miro a los que han perdido. Siempre me fijo más en el equipo vencido, será un acto masoquista. Pero están contentos, se abrazan entre ellos y se retiran con la cabeza alta. Yo aplaudo hasta que me pican las manos.

En la siguiente batalla, el equipo cinco tiene un nivel más alto que su competidor y que los otros dos de antes. Las figuras parece que vuelan, los dibujos son normalitos, pero

suben muy alto. Del grupo tres, es casi mejor ni hablar, prácticamente no tienen llama. Darío, me explica que dos de sus participantes se han tenido que bajar por un asunto urgente y se han quedado vendidos. Viendo lo que nos habría podido pasar, ahora me alegro de que hayamos sido precavidos teniendo una pareja de *cover*, aunque haya tenido que aguantar a la *Chuky-barbie*.

El dictamen tarda menos esta vez. Efectivamente gana el grupo cinco, “Los Star Wars”.

Nos toca el turno. Me incorporo y por extraño que parezca estoy más segura que al principio y me apetece bastante participar. Vamos caminando en grupo. En un momento noto una mano caliente rozarme, espontáneamente le agarro. Marc me contempla mientras anda.

—Vas a hacerlo muy bien, Marc, estoy... —No consigo terminar porque llegamos al escenario. Aun así me alegro de haberle dicho algo, él antes me regaló los oídos y yo me calle cual viborilla. Estamos en paz. Marc suspira. Parece concentradísimo. Temo haberle despistado.

Nos situamos en nuestras posiciones. Me olvido de todo. Estoy tranquila. Darío se mete en el círculo para pronunciar su discurso motivador:

—Chicos, sois muy grandes. Gracias por haberme seguido hasta aquí. Por haber querido ser partícipes de esta locura. Soy muy feliz en este momento. Pase lo que pase, hemos concursado. Es mi último torneo. Casi siempre lo he visto de lejos y no sabéis la ilusión que me hace llegar aquí, con vosotros. Sois mucho mejores de lo que pensáis. Tenemos un fuego enorme, unos dibujos magníficos y los elevamos como nadie puede hacerlo. Sed conscientes de que podemos ganar, pero no es lo importante, lo importante es haber llegado hasta aquí. No hay nada que perder, ni tampoco mucho que ganar, no os pongáis nerviosos. Sólo hay que divertirse ¿entendido? ¡A divertirse! ¡Vamos!

Capítulo 54

Cruzo mis manos con Fátima y Cloe. En seguida percibo la corriente. Igual de fuerte que siempre. Miro a Marc y este a mí. Mis dedos índices apuntan al círculo, como en los ensayos. El calor comienza a quemarme las manos. Aguanto, pero me abrasan. No puedo soltarme, creo que nunca me han ardido tanto, necesito que Alex consiga el fuego ya, o tendré que retirarme. Me concentro en Marc. Siento que él también se está quemando. Me lanza una mirada tranquilizadora que poco a poco se torna en preocupada. Está intranquilo por mí, lo sé, me escudriña. Intento sonreír, para calmarle, pero estoy ardiendo. Cuando creo que Marc va a soltar las manos de la angustia, aparece la refrescante llama y el calor se suaviza de golpe. Es una llama enorme. Hemos acumulado mucho calor.

Continúo mirando a mi mitad. Me lleno de seguridad. No pierdo la atención. En el momento que Marc me indica, dejo de mirarle y busco a Alex. Mi amigo y yo nos encontramos. Esta vez no me hace muecas como en los entrenamientos, esta vez no me sonrío, estamos los dos ahí, concentrados, absortos. Intuyo las gaviotas que está pintando Linda; son las figuras que hemos ensayado para el primer ejercicio. No quiero perder la atención de Alex. Todo parece ir bien. Las figuras de la base que dibujan Lara y Cloe las apreció mejor. Preciosas, parecen olas. Me parece oír algunos aplausos. Sólo falta que se eleven y lo tenemos. Creo que se me va a salir el corazón. Como por arte de magia, noto como los dibujos vuelan dentro de nuestro círculo. Altísimos. Me relajo. Marc lo ha conseguido. Ahora sí, distingo una marabunta de aplausos y vítores. Terminamos.

Estoy abrazada a Fátima, y a Cloe, Lara me aplasta por detrás. Deshacemos nuestra camarilla cuando los demás nos arrasan. No sé ya a quien estoy tocando, somos una pelota, un montón de cuerpos helados abrazados entre sí. Entre la multitud percibo algo de calor, Marc está cerca, su palma choca con la mía.

—Chicos calma, tenemos que esperar el veredicto. —Darío intenta separarnos, lo que no le resulta fácil puesto que tenemos todos un subidón del tipo: «he corrido en el encierro de San Fermín con las reses oliendo mi espalda, me han grabado las cámaras y creo que estoy vivo».

—Venga esperad, tranquilos, los otros lo han hecho muy bien. —Aun así, no puede ocultar su felicidad.

Lo hemos logrado. Da igual si ganamos o no. Deshacemos la maraña y nos colocamos para esperar el fallo de los TAOS, que esta vez tarda más que en las dos batallas anteriores.

—Lo habéis hecho estupendo, de verdad, pero... —Darío empieza a temer por la tardanza—, pero pensar que los “Union energy” son de los favoritos. Su ejercicio ha estado muy bien, pero las figuras no se les han elevado mucho y tampoco eran gran cosa, aunque yo no soy neutral, sin embargo Marc ha mandado las imágenes tan lejos. No sé, pero ellos son favoritos.

«¡Por Dios! Que den el resultado ya o Darío se infarta y yo...»

—El equipo que pasa a semifinales es: el dos, el grupo “Conectados”.

No quepo en mí de gozo. Todos nos abrazamos a Darío, al que hemos rodeado. Juraría que está llorando. Juraría que yo también. No sé cuánto tiempo permanecemos así, algunos copitos caen al suelo; igual son míos. Nunca me he sentido tan cerca de un grupo como me siento hoy. Mi familia era muy pequeña, mi grupo de amigos también. Hoy siento que ellos son mis hermanos, que me queda por vivir un montón de experiencias con esta gente que hasta que no perdí mi vida, no conocí. Hoy, en este preciso momento me alegro de estar muerta.

Nos retiramos y nos sentamos. Ya algo más tranquilos observamos la siguiente batalla.

Es innegable que “Los Eternity”, son impresionantes. Me entra una especie de bajón. Han dibujado un cielo y una gran luna de fuego volando. Sencillamente maravilloso, pero por poner un fallo, me hubiera gustado que la luna subiera más alto.

Los TAOS ni lo dudan, los Eternity han derrotado a “Los Bravefire”.

Tenemos una suerte increíble y en el segundo sorteo, nos toca competir contra el grupo siete.

Esta vez concursamos primero. Darío nos ha ido dando varios consejillos. Hemos preparado tres dibujos y Darío ha elegido, para esta batalla, el que a mi entender es el más flojo, pero es la estrategia que quiere seguir nuestro entrenador, porque el grupo siete tiene menos nivel que los otros. Linda dibujará una especie de palmeras. La imagen no es que sea gran cosa, pero el efecto que toman, cuando Marc las lanza, es parecido al de los fuegos artificiales y es sorprendente. En este ejercicio los cortadores deben estar muy acompasados y es con el que más han discutido Jimmy y Frank. Darío antes de salir tiene una pequeña charla con ellos.

El discurso de Darío es mucho más breve:

—No lo dudéis, sois mejores que ellos. Jugadlo y pasadlo bien. Podéis hacerlo.

Y por supuesto que podemos. Desbancamos al grupo siete sin problemas. Todo ha marchado mucho mejor de lo que esperábamos y sin comerlo ni beberlo nos hemos presentado en la final.

Con gran facilidad “Los Eternity” se alzan con la victoria ante los “los Star Wars”.

La voz del TAO presentador interrumpe los aplausos que ha provocado la última batalla.

—Ya tenemos finalistas. Mañana competirán para lograr la victoria el grupo “Conectados” contra “Los Eternity”. Pero eso será mañana. Ahora debemos relajar las tensiones acumuladas.

A todos se nos estira el brazo en ese momento.

—Bienvenidos a la fiesta de bienvenida de Sylvia y Shinji.

Capítulo 55

Me alejo un poco para descansar. No he parado de bailar. Alex me va a convertir en una bailarina profesional. No me esperaba la fiesta y me lo estoy pasando bomba. ¡Qué diferente a cuando fue la mía! Estaba totalmente despistada. Creo que por una vez podría empatizar con Sylvia. Observo al grupo. Fátima y Jimmy bailan juntos, cada vez se armonizan más. Los remordimientos de mi íntima amiga han mermado casi a la mitad, según expresa ella; también es cierto que no ha bajado últimamente a ver a su familia y eso facilita que su relación aquí prospere.

Darío y Lara están hablando con otras parejas que yo apenas conozco. Linda está enseñando a Shinji algunos pasos y desde mi distancia oigo las risas de ella, menudos dos se han juntado. Marc no baila. Marc está a lo suyo con Sylvia, charla que te charla. La rubita he de reconocer que luce guapísima. Las chicas le han hecho dos trencitas en el flequillo que le dan un aspecto más dulce aun si cabe. Enredadas entre las trenzas destacan unas pequeñas flores blancas. Muy guapa, muy, muy guapa. Da asco de lo guapa que es.

Yo esta vez no me he hecho trenzas, únicamente me he prendido dos flores amarillas detrás de mi oreja derecha.

He conocido a mucha gente. Todos se nos acercaban para darnos la enhorabuena y desearnos suerte para mañana. Incluso he bailado con algunos; siempre con el permiso de mi profe de baile, mi gran amigo Alex. He de reconocer que he pillado a Marc mirándome varias veces mientras yo bailaba. No he sido capaz de sostenerle la mirada para descifrar qué decían sus ojos.

Revivo el día de nuestra fiesta: pillé a Alex y a Marc hablando y recuerdo que Marc decía algo de que alguien era vulgar, nunca le pregunté si se refería a mí.

—¿Te has escapado de mis brazos, princesa? —El jugueteón Alex se comporta como si fuera un caballero del siglo XVIII, un clásico— ¿En qué piensas?

—Alex, ¿te acuerdas de mi fiesta de bienvenida? —¡Mira por dónde! Voy a resolver mi duda, se me ha puesto a huevo.

—Por supuesto, cómo olvidarlo. —Continúa con el juegucito comportándose como un dandi.

—Hubo un momento que me acerqué a ti y a Marc, hablabais de que alguien era vulgar...

—¿Sí? —me interrumpe extrañado. No parece que se acuerde.

—Sí, justo llegué yo y cortasteis la conversación. Marc dijo algo como, “no me gusta, es vulgar” ¿No te acuerdas? —Alex frunce el ceño—. No sé, en ese momento creí que hablabais de mí —Esta confesión me da un poco de vergüenza y bajo la cabeza.

—¿De ti? ¿Qué dices? ¿Estás tonta? —Ya se le ha pasado el efecto dandi, vuelve a ser Alex—. Sinceramente no me acuerdo, pero de ti, seguro que no. ¿Tú vulgar? Tú eres de todo menos vulgar.

—Gracias, pero no me entiendes, no lo decías tú, lo decía Marc. No sé, igual lo pensaba, o lo sigue pensando ¿qué se yo? —«¡Sara para, que te estás liando!»

—Pues no sé. Pero no creo. No recuerdo que Marc me haya dicho nunca algo así de ti. Tendré que hacer memoria. Y por cierto, haber si habláis de una vez.

—¿Eh?

—Sí, no te hagas la tonta, a ver si te das cuenta pronto.

—No te entiendo, Alex. ¿De qué me tengo que dar cuenta?

—Pues de que estás loca por él —suelta sin cortarse un pelo.

—¿Yo? ¿De qué hablas?

—Ay, Sara, hablo, sí, más de la cuenta y mira que prometí no decirte nada, pero me joroba tanto veros tan lejos, cuando es obvio que... Me callo.

—¡No! Ahora sigues. ¿Qué es obvio?

—¿Y yo por qué me meteré en estos berenjenales? —se pregunta en alto—. Sara, sólo te puedo decir que hables con Marc, él te necesita y aunque tú no quieras reconocerlo tú a él. Todavía recuerdo el pedazo beso que os disteis después del Preikestolen.

Una marea de rubor me sube hasta implantarse, creo que para siempre, en mis mejillas.

—¿Nos viste?

—¡Pues claro! ¡Menudo calentón!

—¡Qué vergüenza!

—¡Anda, déjate de chorradas y a la pista!

Me dejo convencer por el italiano y continúo con mis clases de danza durante varias canciones más. Aunque intento indagar a qué ha venido la conversación anterior, Alex me ignora y me da vueltas. En uno de esos giros, me parece ver que mi mitad y la rubia están bailando. Freno, con un esfuerzo sobrehumano, toda la ira que emerge desde algún rincón de mi amor propio. No quiero que me joroben la fiesta. Me propongo no volver a mirar hacia ellos y asunto arreglado.

Si lo pienso fríamente, yo también estoy bailando con Alex y con muchos más, pero no, no es lo mismo, ¿o sí? ¿Estoy celosa?

Comienza una nueva canción y esta vez tengo a uno de los protagonistas de la noche, ofreciéndome su mano para bailar. Acepto.

—¿Cómo lo estas pasando? —le pregunto por intentar no reparar en los pisotones.

—Bien, esto es la leche, parecemos de una aldea celta: vosotras con las flores, la música. Me tendría que marcar una balada de las mías ¿no crees? —Shinji hace el tonto simulando que tiene un micrófono.

—¿Sabes que te va a tocar bailar con Sylvia? Por lo menos a mí me tocó —se lo digo para que no le pille por sorpresa.

—Sí, me lo ha contado Linda antes. No pasa nada, si hay que bailar, pues a la pista. —Me encanta este hombre, ¡qué aplomo!

—Si Marc os lo permite, claro, porque no se despegan —¡Uff, se me ha escapado!

—Me da a mí que Marc se hubiera ido hace ya tiempo a bailar contigo, pero Sylvia, que ya la voy conociendo, no lo posibilita. Dice que está deprimida y que el único que le ayuda es tu media naranja, así que no le deja ni a sol ni a sombra. Eso sí, le regala los oídos continuamente con halagos, Marc a estas alturas debe tener la autoestima por las nubes, sin embargo a mí sólo me quiere como estufa.

—Pues yo no veo a Marc muy aburrido —le espeto

—Pues yo creo que sí. De hecho, noto sus ojos ahora mismo en mi espalda. Apuesto mi premio MAMA, a que le gustaría estar en mi lugar. A mí, y esto lo digo en serio, no me parece bien que estén todo el día cuchicheando y alejándose del grupo, pero qué le vamos a

hacer, si ellos quieren. Yo ya descubrí abajo, en fin, cuando estaba vivo, que a la gente hay que dejarla libre porque si no te salpican a ti todas sus indecisiones, frustraciones y manías. Déjalos Sara, no pienses en ellos.

—Si casi siempre lo consigo, no te creas, pero de vez en cuando se me revuelven las tripas, soy humana. Bueno humana, humana, no —reímos. El coro cesa de golpe el tema que estaban interpretando y comienzan a cantar una nueva canción, mucho más tranquila, me recuerda a...

—¡Shinji, es tu momento! Te toca bailar con Sylvia —le explico soltándome de sus brazos.

—¿Ya? Pues allá voy, si tengo que bailar con ella y poner cara de enamorado, pues lo hago, y todos contentos.

—Pues menos mal, porque yo ni en broma bailaría con Marc.

Shinji se aleja al centro de la pista. Sylvia, con cara de haba congelada, se encamina también; Marc se lo ha debido explicar. Se unen en el centro, y comienzan a bailar la especie de Vals que yo también dancé hace ya meses. Los contemplo. No hacen tan mala pareja, cuando están juntos parece que sus diferencias físicas se disimulan. Shinji lo está haciendo muy bien. Pone cara de enamorado. Algunas atrevidas parejas se lanzan a la pista a acompañarlos. Me recuerda a las bodas. Sonrío. Advierto cierto calor muy cerca de mí, ¿Marc? Da igual, no pienso mirar ¡Joé! pero es que noto su mano cada vez más cerca, hasta que... ¡me agarra! El calor fluye por nuestros brazos. Sigo sin mirarle, me estoy poniendo nerviosa, la cría de quince años está dando saltitos de emoción, pero la mujer de veintiocho... —¡Aysss!, ¿también? ¡Qué va! ¡Para nada!

De pronto Marc, sin soltarme la mano, da unos pasos y se sitúa delante de mí. Sus ojos encuentran los míos, —al pillarlos por sorpresa no han podido defenderse—. Aun así, pongo un rictus serio. No sé qué está haciendo. Su boca lanza un suspiro. Seguidamente muestra un guiño picarón y su brazo, el que sostiene mi mano, me da un tirón llevándome hacia él. Cuando nuestros cuerpos chocan me abraza pegándome a él. Me tiene atrapada, y yo debo ser la víctima más fácil del mundo, pero es que estoy pasmada.

Camina de espaldas, sin dejar de mirarme ladino, acercándose a la pista. Empieza a dar pequeños pasitos de baile y como su cuerpo está tan cercano al mío, mis pies le siguen y comenzamos a danzar. Sigo con mi rictus serio, matándole con mis ojos. No me gustan las encerronas, y aunque no quiero ponerle en ridículo dejándole tirado, no me parece bien que me haya arrastrado a la pista sin pedírmelo.

Se acerca a mí, para decirme algo al oído:

—Si te lo hubiera pedido me habrías dicho que no, lo sé —Su voz resuena en mi interior, es rotunda, grave, sexy—.Y yo quería bailar contigo —Me abraza muy fuerte pegándome más aun para que no pueda escapar, cosa que he estado a punto de hacer después de escuchar esto último. Parece que tiene espías en mi cabeza que saben lo que pienso en cada momento y le mandan telegramas urgentes.

—Baila conmigo, Sara, por favor —me suplica, esta vez a los ojos.

—¿No lo estoy haciendo? —le reprocho, intentando disimular lo que me está gustando esto, con cara de enfadada.

—Baila como bailabas antes, diviértete conmigo. —Y ahora sí que sí, me derrito, me funde, ardo, los siete enanitos de Blancanieves dan saltitos de alegría en mi estómago. Soy muy mala actriz y ya no puedo seguir fingiendo, así que una sonrisa se aparece en mi boca y me dejo llevar por él en la pista.

Pero este baile no es nada parecido a los de antes. El calor que hay circulando por

nuestros cuerpos lo diferencia. Marc baila muy bien. Mientras lo hace, va susurrando la melodía en mi oído y siento pequeños golpecitos en mi espalda al ritmo de la música. Nuestras mejillas chocan una con otra, la flor amarilla que me he puesto en el pelo, es la única testigo de lo que está pasando aquí. Se desprende de mí y me da varias vueltas. En cada una, sus ojos terminan encontrándose con los míos, divertidos. Me dejo llevar. Cuando ya estoy al borde del mareo, me vuelve a atraer hacía él, y reímos, reímos como nunca. La canción cesa. Me da un bajón enorme, pero en seguida, empieza otra. Marc, para mi alegría, no me suelta.

—Tú, no te escapas. Olvídate de bailar con nadie más en lo que queda de fiesta.

Mi boca no le contesta, pero no es necesario, el resto de mi cuerpo se lo deja claro: no pienso escaparme. No quiero bailar con nadie más. Sólo quiero continuar con él, quiero vivir así de por vida. Estamos él y yo solos, como si el resto del mundo hubiera desaparecido. Me deshago de todos mis pensamientos oscuros, y como el sol cuando amanece, la verdad se aparece ante mí, clara y contundente: en este momento estoy loca, improvisada e inesperadamente enamorada de Marc. Enamorada hasta las cejas.

«¡Jod...! ¿Y ahora qué hago?»

Capítulo 56

La fiesta duró dos temas más. Muy poco, poquísimo. Darío cual padre aguafiestas, nos vino a reprender y nos envió a descansar. Marc es una pieza fundamental del equipo, y no podía consumir energías bailando como un poseso con la loca de Sara. Nos juntó a todo el grupo “Conectados” y con otro discurso motivador, nos mandó a la cama para estar bien para la final. Le faltó decirnos que nada de hacer manitas, para no gastar fuerzas...

Con la misma facilidad que hacía unos minutos estaba a tope, la realidad me golpeó con un gancho en toda la cara. Me imaginé que a mi mitad le sucedió lo mismo, porque fuimos los primeros en largarnos. Es verdad que Marc y yo somos muy obedientes y disciplinados, pero es que nos fuimos a la cama directamente —sin hacer pipí, y sin lavarnos los dientes—, y con tantas prisas, perdimos la magia que habíamos acumulado un rato antes, entre vueltas y vueltas. Nos dejamos la espontaneidad en el viaje al descanso y cuando llegamos a nuestro rincón de silencio, volvimos a ser los de siempre y para colmo con un plus de vergüenza.

Esta vez Marc, el Marc que en el último mes sólo me había dicho: «muy bien Sara», «me alegro Sara», «a descansar Sara», deshizo el silencio:

—¿Cómo vas con tus reflexiones, Sara?

Estábamos todavía en pie, pero mientras me interrogaba se recostó en el suelo. Yo le acompañé.

—Pues bien, bastante bien. Te lo llevo diciendo todos estos días.

—Me alegro. Cuando tengas un veredicto final házmelo saber, por favor, acataré lo que decidas, no lo dudes. —Marc sonaba amable, miraba al cielo, yo también. Ya habíamos tenido bastante contacto visual por ese día. Me armé de valor para preguntarle:

—¿Estás seguro de que tú no tienes que pensar nada? ¿Tienes del todo claro lo que hay entre tú y yo?

—Sí, ya te lo he dicho, yo no tengo nada que pensar.

¿Pero qué quería decir con eso? Marc nunca me había hablado de lo que él sentía, todo eran deducciones mías y de lo que me habían comentado los demás, así que me volví a armar de valor y continúe mi interrogatorio:

—¿Y qué es lo que tienes tan claro, Marc? Yo no lo sé.

—Sí lo sabes —me entrecortó, mientras se recostaba de lado mirándome.

—No, no lo sé, tú no me has dicho nada...

—No hace falta que te lo diga, es evidente —bufó.

—Pues siento contradecirte, pero no es evidente, por lo menos para la afectada, que en este caso creo que soy yo.—Intenté no dejarme llevar por lo que empezaba a ser un poco de malestar y respiré, esperando su respuesta.

—Pues hasta que tú no tengas claro qué es lo que hay ahí —Apuntó con su dedo a mi pecho—. Yo no te voy a decir lo que hay aquí —Repitió el gesto señalando ahora su tórax.

—¡Pues qué bonito, y qué valiente! —Esta vez no pude ocultar mi malestar. Marc se inclinó ante mí, y posó un dedo en mi boca.

—Shhh... no te enfades, no digamos nada que no queramos decir. Esta noche ha sido genial, me lo he pasado en grande bailando contigo, no la estropeemos con reproches ridículos.

—Vale —conseguí pronunciar. Marc sonrió manteniendo la mirada fija en mí, escrutando mi cambio de ánimo.

—Deberías saber lo que yo siento, pensaba que era así, pero no te preocupes, cuando estés preparada para hablar, lo oirás. Tengo que contarte muchas cosas que aún no sabes.

Esto último me dio un poco de miedo, y se me apareció la cara de Sylvia de repente. La lógica era aplastante, el sentido común decía que Marc sentía algo fuerte por mí —y no era asco—, pero yo en los momentos importantes pierdo la sensatez, y el asunto de Sylvia me tenía enredada. ¿Y si lo que tenía que decirme era que quería a Sylvia?

—¿Tiene algo que ver con “la bella Sylvia”? —me oí preguntándole. Marc frunció el ceño

—¿El qué?

—Pues lo que tienes que decirme. No sé si no te has dado cuenta, Marc, pero pasáis todo el día juntos —Para más bochorno, añadí—. Parecéis dos lapas.

Marc ni corto ni perezoso comenzó a carcajearse, sin darme ninguna respuesta. Se lo estaba pasando la mar de bien, mientras yo me iba calentando cada vez más. Como sus brazos temblaban, iban perdiendo su apoyo y su cuerpo se acercaba progresivamente al mío. Cuando por fin consiguió abrir los ojos entre las risas, se percató de que estaba muy cerca de mí y de mi cabreo.

—¿Pero qué te ha dado con Sylvia a ti? ¡Dos lapas! ¿De dónde has sacado esa expresión? Eres una cabeza loca... —Aproveché para darme golpecitos en la frente, mientras sonreía—. Sylvia me cae bien, ya te lo he dicho, me hace bien estar con ella, como tú con Alex. ¿O tú no te das cuenta del tiempo que pasas con él?

Me estaba comparando mi relación inocente con mi amigo Alex, con la que tenía él con la vampira esa y no se lo iba a permitir.

—No es lo mismo, Marc. No se puede comparar. Alex siempre está de broma y además también es amigo tuyo. Sylvia en cambio pasa de nosotros, sólo habla contigo.

—Porque son personas diferentes, no actúan igual. Pero por lo demás es lo mismo. Yo intento reprimirlo, pero me joroba ver como revolotea Alex siempre al lado tuyo, y perdona esto que te voy a decir, pero me cabrea aun más que tú le sigas la corriente...

—¿Qué yo qué...? —Otra vez el dedo de Marc silenció mis labios que estaban a punto de soltar barbaridades.

—Shhhhh, no te pierdas, Sara. Déjalo estar, es lo que yo siento.

Su dedo cada vez pegaba más mis labios y me era imposible abrir la boca. Buena estrategia.

—Debo de ser muy enrevesado, pero me agrada lo que parece provocarte mi relación con Sylvia, me da esperanzas. Y esto es más de lo que debía decirte, deduce. Y recuerda, cuando lo tengas claro, házmelo saber. Venga, a dormir.

Con su ya típico gesto veloz chocó las palmas y yo inicié el reparador vuelo con un mosqueo de un palmo de narices por no poderle contestar.

Al despertar he tenido la sensación de que he dormido cientos de horas. Estoy en forma y preparada para la final. Con tanto vuelo he acumulado mucho calor... y eso que ahora no siento a Marc cerca. Me incorporo para buscarle; está lejos dándome la espalda. Le observo como hace estiramientos de cuello para restar tensión.

—¿Estás nervioso? —Se asusta ante mi voz mañanera y se gira para saludarme.

—No, bueno algo menos que ayer. Pero sí, un poco. —me aclara. Me encanta que sea tan sincero y no le importe reconocer su intranquilidad.

Miro en mi GPS, y reparo en que ya está casi todo el grupo reunido.

—Lo vas a hacer muy bien, tranqui. Vámonos que creo que nos esperan. —Indico que lo he visto en mi palma. Marc hace un último estiramiento de espalda, viene hacia mí, me da la mano y nos teletransportamos juntos a la final.

Al llegar, vuelvo a tener las mismas ganas de huir de ayer. En las caras de mis amigos se masca la tensión. Me fijo en Darío y Lara, ellos suelen ser los más serenos; pero su gesto es poco halagüeño ¡Uy, uy, uy, aquí está pasando algo! ¿Por qué Sylvia y Shinji están sentados en el corro?

Me extraña que Fátima no venga corriendo a explicarme qué pasa. ¡Espera! ¿Dónde está? Es raro que no hayan llegado todavía; Marc y yo siempre somos los últimos. Al ser los neófitos, necesitamos más horas de sueño que el resto. Se me hace raro que no esté por aquí mi amiga. Miro inquieta a mi mitad mientras nos acercamos al revuelto equipo. Marc camina intrigado, lo que me convence de que aquí está sucediendo algo...

—Fátima y Jimmy se han tenido que bajar de improviso. Algún asunto urgente. Me han avisado los TAOS esta mañana —La voz de Darío resuena preocupada—. Así que Sylvia y Shinji van a participar hoy. Pero si queréis estamos a tiempo de dar marcha atrás y rendirnos.

Observo a Shinji y Sylvia juraría que están más pálidos de lo habitual, bueno es que el resto también tiene un color diferente, hacia el verde cetrino. Miro al cielo ¿habrán cambiado los LED? O será la resaca de ayer. Fíjate tú que yo ahora sí que me tomaba un “cubatita”. El ánimo general está por los suelos. «¿Habrà barra por aquí? ¿Una ronda de chupitos?»

Me preocupa qué les habrá sucedido a Fátima y Jimmy para que hayan tenido que bajar de forma tan urgente. Les recuerdo ayer bailando tan contentos, sin imaginar nada.

El grupo está desecho, nadie habla, cada cual ensimismado en su derrota, hemos ensayado tanto. Marc cabizbajo me suelta la mano, ¿pero a esta gente qué le pasa, todavía no hemos perdido? ¡No podemos tirar la toalla!

«A ver Sara, eres una enfermera que has intervenido en muchas situaciones de urgencia. Has salvado vidas, y visto como gente se moría en tus manos. Has canalizado vías que eran imposibles en momentos de vida o muerte, y cargado medicación en segundos sin derramar una gota por la tembladera. Has sacado gasometrías, y sondado, en las posturas menos ergonómicas existentes. Por no hablar de tranquilizar a familiares insistentes y maleducados, sortear algún que otro intento de agresión, pelear con celadores para que se bajaran al paciente a rayos de una maldita vez, insistir a los de laboratorio para que te enviaran el resultado de la analítica lo más rápido posible. Aquello sí que era la guerra; esto no es más que un torneo de fuego. No te puedes amedrantar».

—Pues muy bien. No pasa nada. Ni hablar del peluquín, nada de rajarnos como cobardes. Tenemos suerte de que Sylvia y Shinji hayan entrenado. ¡Jo, chicos! Esto no es más que un pequeño imprevisto. ¡Venga a ensayar!

Debo currarme más mis discursos motivadores porque todos tienen la misma cara de ajo que antes.

—Sylvia, ¿tú como llevas lo de la energía? ¿Bien, no? Yo te he visto en los entrenamientos y lo hacías guay. —Miento como una bellaca, lo hacía fatal, pero es mejor que practique eso a que corte fuego, donde era pésima y Shinji se desenvolvía mejor. Darío me mira ensimismado, continúa bloqueado.

—Venga, siéntate a mi lado, donde estaba Fati. Shinji tú en el sitio de Jimmy. Y el resto, ¿queréis despertar y espabilaros?, ¡panda de páñfilos! ¡Darío, venga!

Por fin obtengo respuesta. Todos se sientan. Darío parece que ha vuelto en sí, y nos marca cuando empezar. Chocamos las manos. Yo no noto tanta energía como las otras veces. Sylvia está a mi lado y entre nosotras no hay *feeling*, aun así, me concentro para obviarlo.

Ensayamos durante bastante rato, se nota muchísimo que faltan nuestros amigos. Todo cambia si una pareja no está. Teníamos los *roles* muy claros, y conocíamos a la perfección las capacidades de cada uno. Ahora todo se ha destartalado. Shinji no es Jimmy, y no tiene tanta práctica cortando, menos mal que todavía tenemos a Frank. Frank sorprendentemente está más amable que nunca y no para de ayudar a Shinji en todo y darle ánimos. El resto también le regala los oídos. A Sylvia, aunque ella lo hace bastante peor, también le intentamos alentar. Al menos su labor no es tan importante a la vista, lo único que está en juego es nuestra seguridad, el no quemarnos, más que nada porque duele y separas las manos por instinto. Gastamos bromitas para restarle importancia: ¿Habrá bomberos por aquí, no? ¿Y hospital de quemados? ¿A qué olerá la piel de Alex churruscada? Probablemente sean los nervios pero llevamos un rato tronchados, cada uno dice una chorrada a cual más grande.

Nos avisan de que debemos ir al torneo. Nos han concedido una tregua, para que pudiéramos entrenar un poco, pero ya se ha hecho tarde. La suerte está echada. Otro año será...

Al llegar todo parece preparado, el público aplaude enfervorecido. Deben tener ganas de ver cómo nos machacan los “Eternity”, de todas formas intento que el aplauso me refuerce. Tomamos asiento en la primera fila, al lado de nuestros contrincantes. El capitán de ellos nos sonríe maléficamente. Me visualizo golpeándole en toda la boca —Cada día soy más agresiva, debo de dejar de pensar en gasear a Marc y a Sylvia, porque se me está yendo de las manos.

Sylvia, por alguna extraña razón se ha sentado a mi lado, y parece que está intentado darme la mano. Noto como un muñón frío busca mi palma y se posa encima de ella. Sí, definitivamente me ha dado la mano. La miro sorprendida. Continúa pálida. Se acerca a mi oído y me dice:

—Tía, estoy cagá...

Me hace gracia, que la rubia sea tan fina, y la sonrío.

—No seas tonta, seguro que has hecho cosas mucho más difíciles. Esto no deja de ser un juego.

—Sí, eso sí —me reconoce—. Pero no puedo evitarlo. Lo voy a hacer fatal.

Tiene toda la razón en que lo va a hacer fatal, pero no sería propio confirmárselo, así que mi versión más hipócrita le suelta:

—¡Qué dices, pero si lo haces fenomenal! Además los favoritos son ellos, que carguen ellos con la presión. —Nuestra primera charla se ve interrumpida por la voz del TAO presentador.

—La Final del torneo del fuego va a comenzar. Que se acerquen los capitanes para sortear el turno.

Mientras Darío camina hacia allí deduzco que no concursaremos a la vez. No lo sabía.

Esta vez cogen una bola de un saco marrón. Al abrirla, Darío muestra el dos y el tal Ralph, el capitán de los “Eternity”, enseña el uno. Su equipo se levanta y se cruza con

Darío que regresa con nosotros.

Los “Eternity”, se sientan en círculo. El capitán les suelta un discurso enorme de largo, mientras yo permanezco de la manita de la Barbie. Mi fantasía me proyecta errores del tipo: no pueden lanzar la llama, no pueden cortarla, los dibujos son horribles y arrugados ¡O mejor!, ya que imagino, que no tengan ni fuego. Definitivamente, soy una bruja, he de reflexionar también sobre ello. El capitán por fin sale del círculo.

—¿Estáis preparados? Que comience la final. Mucha suerte “Eternity”.

Nuestros contrincantes enlazan sus palmas. Para tener algo de esperanza y alimentar a mi perversa fantasía, me amarro a aquello que Darío nos contó que la pareja mejor de ese equipo ya se había transformado y que con los nuevos fichajes no funcionaban tan bien. ¡Andá! ¿Lo mismo ahora se encuentran entre el TAO jurado, y está amañado? ¿No creo, no? ¡Uff, fíate de nadie!

La llama para mi felicidad de momento no sale. Está tardando bastante. Eso también se debe valorar. Llevan un rato y nada. Doy palmitas con las orejas. Lara que está a mi otro lado me susurra:

—Pobres, deben estar muy nerviosos... —Esta santa mujer, me deja exhausta, yo toda entusiasmada porque la están cagando y ella me hace ver lo mala persona que soy.

Por fin se les aparece un fuego enorme. La gente rompe a aplaudir. La Barbie me aprieta más fuerte la mano, que por cierto creo que se me está gangrenando.

Los dibujos empiezan a surgir. No son muy claros, al principio me parecen mariposas, pero luego advierto que son ángeles. Ángeles que vuelan sobre resquicios. Si estuviera viva, mi piel se habría puesto de gallina. Todos aplaudimos. Ha sido intrigante; mantenían la atención para que descifraras el dibujo, no era un fallo, era un efecto. ¡Buajjj!

Terminan.

Nos toca.

¡Aysss, me tiemblan las piernas!

Me incorporo y camino con mi recién adquirido apéndice rubio agarrado a mí. Nos cruzamos con los “Eternity”; sonrían relajados. Darío, Alex y varios, chocan las manos con los contrincantes. Yo paso, no los conozco de nada. Estoy más nerviosa que ayer, claro que tampoco ayuda nada tener amarrado a ti a un manojito de angustia suspirando continuamente.

Llegamos al escenario. Me siento. Doy la espalda al público. Ahora le toca el turno a Darío. La tensión es más que palpable es respirable, mascable y visualizable. Marc aprieta la mandíbula. Alex luce pálido. Frank, el tocapelotas de Frank, no ha abierto la boca en lo que va de torneo, y mira al suelo. Cloe que es la racionalidad en estado puro, me ha soltado ahora mismo «vamos a hacer el ridículo», desde luego nadie como ella para dar ánimos.

Darío entra en el círculo y va uno a uno dándonos la mano y mirándonos. Cuando termina comienza a hablar.

—Gracias. Gracias. Gracias. Todo lo que pasó ayer fue maravilloso, de los momentos más bonitos que nos llevaremos Lara y yo. Podríamos haber ganado, sólo de pensarlo, soy feliz. Nos ha surgido un problema y no nos hemos rendido. Eso demuestra que sí que somos un equipo. Un equipo que se crece ante las adversidades, que hoy se ha volcado para ayudarse. Las cosas no pasan porque sí. Y lo que hoy nos ha sucedido es para diferenciar que lo importante no es ganar, lo importante es saber que puedo contar con vosotros para todo. Lo importante es darme cuenta de que no somos un grupo de amigos, que no somos un equipo más del torneo, somos más que eso, somos una familia y vaya donde vaya os llevaré en mi corazón. Os quiero mucho chicos. Ahora pasadlo bien, liarla, equivocaos, no

tenemos nada que perder. Lo importante es que estamos juntos.

Estoy al borde del llanto, me he emocionado, para variar. Me siento orgullosísima de participar aquí y de haber conocido a alguien como Darío y Lara. Miro al grupo: ojos vidriosos, mandíbulas relajadas en forma de sonrisa, miradas cómplices, calidez, simpatía, amor. Sí, sí, aquí hay mucho amor, por cursi que suene.

—¿Estáis preparados? Mucha suerte al grupo “Conectados” —la voz del TAO presentador, interrumpe nuestra intimidad grupal.

Enlazamos las manos. Esta vez se la doy a Sylvia y Cloe. Asombrosamente noto un montón de energía circulando; ¡uhmmm! Parece que he solventado alguna diferencia con Sylvia. Miro a Marc. Me relaja ver su gesto concentrado. Acumulo mucho calor, casi como el primer día, ardo. La llama salta rápida y muy fuerte «¡Bien Alex!», bastante más que en los entrenamientos de esta mañana. Marc no va a fallar, él puede lograrlo.

Los dibujos aparecen poco a poco, entreveo lo que pintan Lara y Cloe: pequeños puntitos. No quiero desconcentrarme y mantengo fijos mis ojos en los de Marc. Cuando me hace el gesto, cambió mi mirada a Alex, no sin antes mandarle toda mi energía. Aunque no gesticule, sé que le llega.

Los ojos de Alex, brillan de emoción. Ha lanzado la llama en el momento adecuado, ha velado por nuestra seguridad estupendamente, y ahora con nuestras miradas unidas, el fuego continúa en su máximo esplendor.

Escucho aplausos, muchos aplausos. Con el rabillo del ojo, veo que todos los puntitos que habían pintado Cloe y Lara ahora flotan gracias a Marc. Por encima hay un círculo enorme con dibujos por dentro que se ha encargado de marcar Linda con una velocidad aplastante. Sé cuál es la fotografía, no puedo mirar, pero presiento que debe estar saliendo bien. Sonrío, el día que lo vi en el entrenamiento me quedé pasmada. Linda está dibujando el planeta Tierra con el mapamundi incluido. Y lo más difícil es que los recortadores tienen que separarlo, para que Marc pueda lanzarlo sin llevarse nada más que la silueta de los países. Lo van a lograr, estamos conectados. Vuelvo a prestar toda mi atención en Alex, no quiero que todo se estropee por mí. Me pone de los nervios no saber si lo están logrando. La cara de mi amigo se ilumina de repente y veo en sus ojos el mapamundi flotar y dar giros.

«¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos logrado terminar el ejercicio!».

Los aplausos, retiran mis ojos de los de Alex y vuelvo en mí. Todo se ha acabado. Esta vez estamos en silencio, quietos, expectantes. Miramos a Darío que se ha metido en el centro de un brinco.

—Lo habéis logrado chic...

No le dejamos terminar, porque le aplastamos. Una maraña de cuerpos le estrujan. Risas, muchas risas y gritos, enhorabuenas, brazos, piernas enredadas. Nos retorremos. Debemos parecer niños. Pero nos da igual. Esto es la felicidad en altas dosis.

Tardamos más de lo debido en recomponernos en fila. Los TAOS nos llaman la atención varias veces. Me sitúo al lado de Marc, que me abraza por los hombros. Me viene fenomenal porque después de la orgía de calipos estaba helada. Le miro. Espera radiante, satisfecho.

Los contrincantes se sitúan al otro lado del escenario. El veredicto tarda en llegar. Ya sólo con que se lo hayan tenido que pensar, me vale. Al fin parece que tienen una resolución, el TAO presentador se coloca entre los dos equipos.

—Ha sido verdaderamente una gran batalla del fuego. Cada año nos lo ponéis más difícil. Os lo agradezco por otra parte. No es fácil llegar hasta aquí, por eso quien no gane

esta noche, debe saber que la decisión nos ha costado más que nunca. Ambos sois ganadores, habéis estado exquisitos. Nos habéis hecho vibrar con vuestras presentaciones. Pero sólo uno puede ganar...

Se me va a salir el corazón, no aguanto tanta tensión. Busco los ojos de Marc, mirarle a él me relaja. Nuestras pupilas se enganchan. Me abraza aún más fuerte.

—El ganador del torneo de fuego de este año es... ¡el grupo “Conectados”!

«Siiiiiiii, siiiiiiiiii, siiiiiiiiii, siiiiiiiiii» «¿Aysss, qué, qué haces?»
«Jajajajajajajajajajajajajajajajajja»...

Marc me tiene abrazada por las axilas y me está dando vueltas. Vueltas de felicidad. Nos hemos hecho con la victoria.

«¡NO ME LO PUEDO CREER!»

Capítulo 58

Una lluvia de masas.

El grupo “Eternity” fue el primero en venir a felicitarnos. Después el resto de equipos, y más tarde el helado público. Creo que no he dado tantos besos en mi vida. El caso es que me sitúe mal: entre Sylvia y Marc. Los tíos felicitaban a la Barbie con un par de besos ¡Pobres, no se habrán visto en otra! Ídem de ídem, las mujeres con Marc. Y como yo estaba en el centro, me convertí en la tapadera de los oscuros deseos de todos y recibí cientos de ósculos —Qué fea palabra, por cierto—, ero no es una tontería mía, en varias ocasiones me fijé en Linda, Cloe y Lara, y nadie las achuchaba. Ahora tengo los carrillos como para venderlos fileteados en la sección de congelados.

La gente ya se ha apartado y sólo quedamos nosotros, el grupo “Conectados”, sin Fati y Jimmy, eso sí. Estoy deseando que vuelvan, para conocer el motivo de su marcha y para que sepan que hemos triunfado. Todavía no me lo creo, me va a costar tiempo digerirlo.

Me duelen un montón las mejillas, me las acaricio, pero el contacto con mis gélidas manos no ayuda mucho.

—¿Y cuándo nos dan el premio? —pregunta Frank.

—No sé, me imagino que esperarán a que estemos todos, creo yo —contesta Darío.

—Y si no, se lo decimos nosotros, yo quiero que estemos todos —le interrumpe Lara—. Nos lo merecemos.

—Sí, yo también. ¿Qué será? —les pregunto. De pronto noto como dos pequeñas estufitas calientan mis mejillas, miro al frente y veo las manos de mi mitad apostadas en mis mofletes. ¡Caray, qué atento!

—Gracias, eres mi calentador particular —le digo por lo bajini.

—Pues no me importaría que tú lo fueras conmigo —hace un mohín acompañado de un suspiro—, porque me duele un montón la cara.

Ardua y veloz poso mis manos a ambos lados de su nariz y continúo escuchando a mis amigos. Nadie sabe con qué nos van a premiar. Fantaseamos durante mucho tiempo con la recompensa: teatros, viajes al Caribe, formula uno con entrada a los pit lane, partidos de tenis. Nos reímos con cada hipótesis. Estamos boyantes de felicidad y cualquier cosa nos hace desternillarnos. Y lo que más feliz me hace es ver la cara de Darío. ¡Cómo quiero a este hombre! ¡Cómo les quiero a todos! Hoy con mis sentimientos exaltados por la felicidad, quiero hasta a Silvia. Tengo un colocón de cariño, soy... ¡Un oso amoroso!

A Silvia y Shinji se les estira el brazo y ven una sala vacía. Todos sospechamos lo mismo, les van a bajar a la Tierra. Nos despedimos de ellos, dándoles diferentes consejos. La primera vez es la más dura, en eso estamos de acuerdo.

Cuando se marchan, alabamos la decisión de nuestro entrenador de haberlos fichado como *cover* en el último momento y él echando balones fuera los elogió a ellos por haber aceptado.

Se nos estira el brazo a Marc y a mí. Miramos a la vez.

Una sala vacía. Me temo lo peor. Nos van a bajar. Marc me escudriña nervioso y yo

le digo que sí con los ojos, aceptando la realidad. Hay que “aterrizar” de nuevo. Nos despedimos del equipo y viajamos a la sala vacía.

Aparezco antes que Marc. Es extraño, porque le hemos dado los dos a la vez. El TAO me está esperando. Miro a mi alrededor confundida.

—Marc todavía no ha llegado, le hemos frenado, quería hablar contigo. —Me quedo atónita, esto no es normal.

—Antes de nada, enhorabuena por la victoria y no os preocupéis por el premio, esperaremos a que estéis todos.

—Gracias —respondo.

—¿Qué tal estás Sara? ¿Mejor? —La voz de mi TAO cada vez me es más familiar, la forma de hablarme es delicada, cariñosa y comprensiva. Le contesto que sí, que ya tengo las cosas más claras, que me ha venido fenomenal la reflexión.

—No sabes cuánto me alegro. La verdad es que no está siendo fácil tu transición. Y lo que te hizo Toño, no te ha ayudado mucho. Ibas por tan buen camino cuando volviste de Noruega, pero debes ser consciente de que ya no estás allí, que tu vida es esta.

—Sí, sí, cada día lo tengo más claro, incluso me gusta —le interrumpo.

—Pues eso me alegra aun más. De verdad que aquí puedes ser muy feliz. Ya te estás dando cuenta, ¿verdad? —le contesto que sí—. ¿Y con Marc, dónde queda Marc? ¿Has logrado diferenciarle de Toño?

Creo que ya tengo respuesta para esa pregunta:

—Sí, creo que sí.

—Eso espero. Hoy vas a bajar de nuevo. En esta ocasión es más por tu mitad que por ti, pero te anticipo que vas a ver a tu novio. No confundas los sentimientos, Sara, te lo ruego, eso te hace mucho daño. Y aunque esto no debería confiártelo, te confieso que yo estoy al tanto de todo y Toño lo está pasando bastante mal, su culpabilidad le está machacando. No lo hagas tú también.

—¿Ehh? —Flipa con mi TAO—. Eso espero. Yo quiero perdonarle. Es que olvidarle me es mucho más fácil aquí, que no le veo. Me da miedo bajar y que todo se avive de nuevo ¿No puedo quedarme? —Intento que suene a broma, pero lo mismo cuela...

—No Sara, tienes que afrontar tu vida. Tú eres la que marcas lo que quieres ser. No dejes que el rencor te confunda. ¡Bienvenido Marc! —Marc ha llegado y se acerca a nosotros, tiene un gesto confuso por encontrarme ya aquí, pero no creo que sepa que llevo un rato a solas con el TAO.

—Reúnete con nosotros. Hoy vais a bajar de nuevo. Os doy un consejo a cada uno: Marc prepárate, vas a vivir muchas emociones. No las niegues. Sara, perdona, tienes que perdonar, te será más fácil, recuerda que tienes a Marc.

Marc y yo nos miramos confusos, ninguno de los dos entiende el porqué de los consejos. Nos hace falta hablar tanto.

—Chicos, me piden que os baje ya, no puedo alargarlo más, suerte y recordad de dónde venís.

Nuestro TAO se esfuma. Marc se planta a escasos centímetros de mí.

—No sé qué es lo que tienes que perdonar, pero sí puedes hazlo. Y sí, recuerda que me tienes a mí.

—Pues tú prepárate para vivir muchas emociones —le bromeo intimidada por su cercanía.

—Cuando regrese tengo que contártelo, no puedo esperar má. —Lo dice con tono preocupado.

—A mí también me gustaría contarte lo que me pasó la última vez.

Se nos estira el brazo muy fuerte; debemos bajar.

—Me encantaría escucharlo. Prométeme que no vas a volver igual, por favor —Marc suena sincero, pero yo no sé cómo voy a sentirme, no puedo mentirle.

—No te lo puedo prometer, no sé...

—Solo inténtalo, ¿vale? Por tu bien —me interrumpe.

Eso sí que puedo hacerlo.

—Vale, lo intentaré, y tú no vuelvas como la primera vez... —Le propino un pequeño empujoncito que le separa de mí. Marc tarda poco en acercarse de nuevo. Serio, me agarra las manos y se aproxima lentamente hasta que deposita sus labios en mi frente.

—Suerte —le oigo susurrar al distanciarse.

Le respondo lo mismo y marcamos nuestro destino. Voy de nuevo a mi infierno particular, a mi mundo anterior.



—Lo estás haciendo muy bien, ya te lo he dicho en varias ocasiones.

—Gracias.

—Poco a poco esta pareja se va encontrando. Son fenomenales. Hay tanta luz en ellos.

—¿Verdad? Yo pienso igual, y me da tanta lástima que no lo disfruten...

—Ya lo harán, no lo dudes. Creo que en poco tiempo tus deseos se cumplirán.

—¡Ojalá...!

—Como te he dicho tu trabajo está siendo estupendo, es una pareja difícil, y en tus condiciones... Pero creo hay algo que debo recordarte.

—¿Sí? Dime.

—Sara nunca puede saber quién eres. No lo olvides.

Capítulo 59

—¡No entiendo por qué no quieres saberlo!

—Pues no sé, llámame clásica, pero quiero averiguarlo el día del parto. Hasta que no le tenga entre mis brazos y sepa que está bien, no quiero conocer su sexo.

Toño apaga la aspiradora que hace un ruido infernal y se acerca al salón para que hablemos como dos personas civilizadas.

—¿Pero alguna sospecha tienes, no? Todas las madres tienen alguna.

—Niña —le respondo rápido. Estoy casi convencida de que es una niña. El día que fui del todo consciente que estaba embarazada recuerdo que se me apareció la imagen de una bebita preciosa.

—Pues mal vamos, porque yo creo que es niño. Aunque yo pinto poco. ¡Vamos que yo no he hecho nada para que eso esté ahí! —Me señala la tripa mientras pone cara de “qué narices estoy diciendo”. ¡Vaya día llevo! Mejor que hoy no salga de casa, estoy atontado.

—¿Y eso? ¿Has dormido mal? Pensaba que estas últimas semanas descansabas mejor.

—Sí, he dormido mejor estos días, pero esta noche lo he pagado con creces.

—¿Pesadillas? ¿Sara? —le pregunto.

—Sí, pero es que esta ha sido súper real. Escucha la paranoia. En mi sueño parecía que me despertaba para ir al baño a descargar y cuando volvía Sara estaba allí a los pies de la cama, mirándome. Pero era tan, tan real que yo me daba un susto de pelotas, porque yo ya sabía que ella estaba muerta. ¿No sé si me explico?

—Sí, creo que sí, tenemos que dejar de ver Sobrenatural —bromeo.

—Y entonces ella me miraba toda sería y me decía «Maldito cabrón».

—¡Joé con Sara! ¿Y te has despertado en ese momento?

—No, ¡ojalá! Yo estaba petrificado, no podía hablar, de esto que no te salen las palabras. Pero ella tampoco decía nada más. Sólo lloraba. Me acerqué para tocarla y ahí me desperté. ¡Horrible, vamos!

—Bueno, al menos la has visto, yo hace un montón que no sueño con ella.

—Sí, eso sí. Estaba rara. Muy guapa, con el pelo más oscuro y más largo. Vestía de blanco, creo.

Toño se da la vuelta ensimismado en sus pensamientos y vuelve a la carga con la aspiradora.

Aunque puedo hacerlo yo, y los médicos ya me permiten moverme un poco más, mi madre y Toño se han aliado para que se me ponga el culo como un tambor. No me dejan ni a sol ni a sombra. «Tere, estate quieta» «Tere, más despacio» «Siéntate en el sillón, que ya lo hago yo». No les digo nada porque sé que la intención es buena, pero es altamente extenuante. Me estoy graduando en un máster en paciencia. No entienden que si estoy sentada sin hacer nada puedo pensar y eso es lo que no quiero, pensar.

Sigo sin noticias de Adan. Bueno miento, todos los meses me llega la transferencia bancaria para pagar la hipoteca. Es la única señal que tengo de que está vivo. De su

hermana tampoco. Es verdad que me he cambiado de móvil y de número. El que tenía con internet era de Adan; yo nunca me he preocupado por esas cosas. Se empeñó en que me lo dejaba y él se quedaba con el de la empresa, así que anulé mi anterior móvil y me quedé con su número. Pero a estas alturas en las que no sé nada de él, paso de que me esté pagando las facturas. No quiero tener nada suyo.

Si me soy sincera, sobre todo lo he hecho para no estar como una obsesa permanentemente mirando el móvil. «Si no tiene mi número no puede llamarme...», que no quita que me encantaría que lo hiciera. De todas formas yo soy de las que pienso que si verdaderamente te quieres comunicar con alguien, lo haces, sea como sea. Por ejemplo, tiene mi email...—que yo miro de pascuas a ramos—, por no caer en la cuenta de que tampoco tengo noticias tuyas ahí, y darme el bajón de la muerte. Me gusta jugar a pensar que él se está intentado comunicar conmigo, pero no tiene vía posible.

Siento varias pataditas. Mi bebé es todo un futbolista o una bailarina de *hip-hop*... Le encanta el chocolate, cada vez que como algo de chocolate (para colaborar en la campaña “culo como un tambor”), se revuelve. Me encanta que lo haga, así sé que está bien. Es alucinante cómo quiero a esta cosita, daría mi vida por ella y eso que todavía no nos conocemos y me tiene el cuerpo deformado. Me pica la tripa a rabiar, estas últimas semanas me ha crecido mucho y mi piel debe estar quejándose. Soy una vaca flácida.

Toño vuelve a apagar el maldito aspirador y aparece en el salón.

—¿Qué vamos a comer? ¿Hoy no viene tu madre? —me pregunta.

—No, se han ido al pueblo, dice que las siguientes semanas ya no van a ir, y quería hacer un repaso a la casa —le aclaro.

—Entonces, ¿no tenemos *tupper*? —Toño pone morritos de pena. Río.

—Por supuesto ¿No confías en mi madre? Ha dejado uno de fideuá y otro de carne en salsa en el congelador. —Mi madre no se iría jamás sin dejarnos provisiones. Quería ir a Villarejo este fin de semana porque ya no va a volver hasta que yo dé a luz.

Toño se acerca al sillón y se sienta a mi lado.

—No te he contado la segunda parte de la noche. No pienses que estoy loco, ¿vale? —Le digo que no.

—Pues resulta, que cuando me desperté, empapado en sudor y llorando.

—¿Llorando? —Me arrepiento al instante de decirlo, ya sé que llora, le oigo muchas veces, pero nunca me lo había revelado.

—Sí, llorando, ¡ni que fuera nuevo! Pero no profundicemos en eso, anda. Bueno, pues como no me podía dormir, fui al baño, esta vez de verdad y al volver a la habitación. Sara por supuesto no estaba físicamente pero...

—¡Ah, qué susto! —le interrumpo. Creía que me iba a decir que sí.

—Ya, pero noté su presencia, te lo juro. No sé si por la pesadilla o por qué, pero sentí que estaba allí.

—¿Y qué has hecho? —le pregunto intentando poner la cara más neutra que sé poner.

—Pues... ¿qué voy a hacer?... Pedirle perdón de todas las maneras posibles.

Capítulo 60

Ha sido una noche estresante cuando menos. Me han traído directamente a mi casa.

Todo estaba apagado, lo cual era lógico porque eran las cinco de la mañana. Al principio no quise ni ir a mi habitación para ver al “fenómeno” de mi novio, y me quedé sentada en el sofá, pero cuando llevaba un rato caí en la cuenta de que todo estaba más recogido de lo normal. Me levanté y fui a la cocina. Nada, todo en orden, desconcertante. Toño en la vida había tenido las cosas tan recogidas. Al volver al salón, vi colgadas las chaquetas en el perchero; un perchero de forja con forma de farola, que compré en una tienda monísima en el centro de Leganés. Mi intención era regalarle uno igual a Tere. Pues allí había colgadas además de las cosas de Toño y mi gabardina, un bolso de chica y una chaqueta desconocida. Creí que me iba a dar algo. Después de la charla que había tenido con mi TAO pensé que iba a ser capaz de perdonar a Toño, pero... verle con su nueva novia, no era la mejor manera y si encima se estaba poniendo mi gabardina, más difícil aun.

El caso es que el bolso me sonaba... me acerqué y vi que era igualito a uno de Tere. Miré la chaqueta y juré que mi amiga tenía una así, quizás era Tere la que estaba con Toño y por eso el TAO me había confirmado que iba a verle, porque vivían juntos.

Fui a la habitación de invitados cruzando los dedos. Si había dos personas en la casa una debía estar allí, si no mala señal, y pensar que Tere y Toño podían estar durmiendo juntos era algo imposible de digerir.

Gracias a Dios, alguien dormía allí. Me acerqué. Melena larga, ronquidos, tripa enorme. ¡Tere, mi Tere! Le intenté abrazar pero mi cuerpo la traspasaba. Me senté en frente suya mientras me secaba varios desconsolados copitos. Vi su abultado abdomen. Su embarazo debía estar en el último trimestre. Parecía un angelito durmiendo. Permanecí allí contemplándola más de una hora. Por mucho que me concentré no me llegó ninguna imagen de su mente. No debía estar soñando. De todas formas le conté todo lo que se me vino a la cabeza, la victoria del torneo del fuego, mis clases de baile. Le hablé de Fátima y de Alex, de la perfecta Sylvia, de su comentario escatológico antes de participar, de Shinji y sus canciones. Lo hice como cuando ella y yo quedábamos los martes. No me paré en Marc, eso era un asunto más peliagudo, que además en mi antigua casa, me parecía fuera de lugar.

El caso es que estaba alargando la agonía. Tenía que ver a Toño, enfrentarme a él. Debía ir a mi habitación. Encontrarle dormido sería mucho más fácil que tenerle despierto. Me encaminé muy despacio a mi habitación. Toño estaba allí, solo, ¡menos mal! Me acerqué a los pies de la cama.

Mi habitación estaba igual que antes de mi desaparición. A diferencia de Tere, Toño no parecía disfrutar de un sueño plácido, estaba inquieto, sin parar de moverse. Las imágenes de su sueño se aparecieron en mi mente. Casi me desplomo del susto. Con Toño sólo me había comunicado una vez, cuando estaba llorando viendo sexo en Nueva York. Ahora estaba teniendo una pesadilla con nuestro accidente, las imágenes iban rapidísimo. Su sueño cambió fugaz y pasó a algo más normal, al baño de nuestra habitación, hacía pis.

Curioso, seguramente era un aviso de la mente para que se despertara y lo hiciera de verdad. Como el sueño era tan real me imaginé que al salir del baño, vería que yo estaba allí, a los pies de su cama, y acto seguido, su sueño, se tornó en eso; lo supe porque Toño comenzó a removerse otra vez en la cama. ¿Entonces mi mente podía comunicarle cosas cuando estaba dormido? Pues ahí iba.

—¡Maldito cabrón! —Vi como daba un bote en la cama y chocaba su cara contra la almohada. Comenzó a emitir quejidos. Contemplarle en ese estado me removió por dentro. Era más de lo que mi rencor podía tolerar. Toño era la misma imagen del sufrimiento. Una miscelánea de rabia y pena me asaltó. Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos y sin saber por qué las proyecté a mi imagen. En el sueño Toño me estaba viendo llorar, e intentaba acercarse a mí. Pero justo antes de llegar, se despertó sobresaltado.

Me tranquilicé, y él también. Él nunca sabría que yo había tenido algo que ver en su desvelo.

Más tarde se levantó para ir al baño, de verdad. Al salir se dirigió directo a mi posición, como en la pesadilla. Estiró sus brazos y me atravesó el cuerpo.

—¿Sara, estás ahí? —murmuró. Su cara reflejaba todavía las lágrimas del sueño, pero había algo más. Seguridad.

—¿Estás aquí? Sara, Sara. —Regresó a la cama y se sentó sobre el colchón sujetando sus piernas. Reanudó el llanto, pero esta vez estaba despierto y aunque parecía más sereno, volví a entrar en su mente. Lo que me encontré me sorprendió. Le vi arrodillado ante mí en su imaginación, a los pies de la cama, pidiéndome perdón. Me decía que sentía haberme engañado, que se arrepentía enormemente, que él debía haber muerto en el accidente y no yo, que era un idiota habiendo intentado rehacer su vida con otra tía.

Me pidió perdón por haberme estrellado contra el otro coche, pero sobre todo se disculpó por haberme engañado con la monitora esa. Poco a poco cesó de llorar y se fue tumbando en la cama. Su respiración se fue acompasando y su imagen mental esfumando. Justo cuando estaba empezando a dormirse plácidamente, conseguí mandarle mi respuesta.

—Haz tu vida Toño, olvídame de mí.

Dejé de ver sus pensamientos, dormía tranquilo. Creo que mi don con Toño sólo lo puedo aplicar cuando está al máximo de emociones, si no es un libro cerrado para mí.

Me quedé observándole dormir mucho rato. Verle sufrir tanto, me hizo comprender, que bastante cruz cargaba él ya, como para que yo le maltratase con mi resentimiento. Nuestra relación en los últimos tiempos se había enfriado. Yo no quería ser consciente, pero era así. Me engañó, como podría haberlo hecho yo, si se me hubiera planteado la ocasión. Reconocer esto me costó, pero era cierto. Ya no estábamos bien. Ya no era lo mismo. El alejamiento causado por mi muerte me confundió. Podríamos haberlo solventado, sí, pero no nos dio tiempo. El accidente no fue su culpa. Marc murió por una enfermedad y me arrastró a mí con él. Eso Toño no lo sabía.

Así que más o menos he perdonado a Toño. Ya no quiero anclarme en el pasado. Lo que me hace sentir Marc cuando estoy cerca de él, no es comparable a nada. No puedo rechazarlo más. Tengo que hablar largo y tendido con él y cuando dé el paso estar segura del todo, pero no voy a negar más mi evidencia. Quiero emprender mi nueva etapa con mi americano favorito, el hombre más protector con el que me he cruzado en mi vida.

Paseo por la casa ¿Qué habrá pasado para que vivan juntos? ¿Se habrán solucionado los problemas con Adan? No sé por qué me da que no...

Justo después de esta reflexión se me estira el brazo ¿Ya me toca volver? ¡Qué pronto! Esta vez quería quedarme más tiempo. Miro en mi mano, pero no es lo que

pensaba. Hay una persona que no me esperaba, me sorprende que me envíen allí... ¡Qué bien! ¡Voy a enterarme por fin!



Aparezco en un hotel. La habitación está vacía. Tiene dos salas, una que es el dormitorio, y otra que es como un pequeño estudio. Del dormitorio sale una puerta al baño. Paseo por el estudio, ojeo en la mesa que habita llena de papeles. Ya no me queda ninguna duda de donde me hallo; hay una foto de Tere y Adan enmarcada encima de la mesa. Me han traído directa al hotel de Adan. Me asomo a la ventana, llueve. Esto no es España, está claro. Ahora recuerdo que Tere cuando se encontró con Toño le dijo que últimamente Adan trabajaba en Edimburgo. Debo estar allí. Me flipa lo fácil que es viajar ahora para mí.

La puerta del hotel se abre y aparece ante mí Adan. Doy un respingo. Adan está fatal. Se exhibe ojeroso, triste y mucho más delgado. No estoy exagerando si digo que tiene la cara demacrada y pálida ¡Joé! parece de la familia Cullen, los vampis de Crepúsculo. Adan no es que fuera impresionante de guapo, pero tenía un punto sexy que a mí me molaba. Sus ojos siempre estaban brillantes. Hoy se han apagado. Tira la cazadora en una silla del despacho y confirmo su delgadez y que no está en su mejor momento anímico, él nunca tiraría la chaqueta así. Se sienta en la cama, y emite un gran suspiro. Se echa para atrás, dejándose abrazar por el colchón. Le veo agotado. Permanece así tiempo, intento meterme en su cabeza, pero no me es posible.

Al rato se incorpora y mira el móvil. Vuelve a suspirar y marca un número. Habla en inglés, pero no importa, ¡yo soy políglota!:

—Hola, con la habitación treinta y cuatro. Soy Adan. —Debe de estar llamando a un hotel. Pasa un rato hasta que vuelvo a escucharle.

—Dime, ¿qué quieres?

—Blablabla...

—No, acabo de llegar de desayunar. Se me ha hecho tarde.

— Blablabla...

—No, este fin de semana me quedo trabajando, no voy a ir a verte.

— Blablabla...

—Sí ¿Qué tal estas, peque?

—Blablabla...

—Me alegro.

—Blablabla...

—No, no sé nada de ella.

—Blablabla...

—Mal, muy mal.

—Blablabla...

—¿Y qué hago?

—Blablabla...

—No, no te preocupes. Cuando salgas lo hablaremos. Te hice una promesa y...

—Blablabla...

—Pues si está bien con él, no puedo hacer nada.

—Blablabla...

—No, de todas formas no tiene ya el teléfono, y no está en casa nunca, no sé cómo

ponerme en contacto.

—Blablabla...

—Déjalo estar, por favor. Preocúpate por ti.

—Blablabla...

—Chao Gina. Cuídate.

No he podido escuchar la otra voz, pero la única Gina que conozco es su hermana. Apuesto porque al final de la conversación hacían mención a Tere.

Puestos a sospechar, también sospecho que Adan está solo. Si viviera con alguien ya me lo habrían enseñado, pues no son listos los TAOS ni nada. ¡Anda que tardaron en mostrarme las aventuritas de Toño!

¿Querrán que haga algo para arreglar este desaliño? ¿Y yo qué hago? Ha dicho que no puede ponerse en contacto con ella. Claro, ella ahora vive en mi casa, él no lo sabrá. «¡Para Sara que te embalas! Si no hablan será por algo. Tere no querrá estar localizada». ¿Pero que habrá hecho este tío, como para que mi amiga, que es una santa, le condene al destierro?

Adan se va a la ducha. Me quedo fuera, no tengo necesidad de ver cuerpos que no me pertenecen. Doy otro vistazo por la habitación. No encuentro muchas pistas que aclaren este embrollo. Me acerco a la silla donde ha tirado Adan la chaqueta, hay un papelito en el suelo. Se habrá caído. Es un cachito de un billete de avión ya gastado, Edimburgo - Madrid. En todo mi recorrido por la *suite* no encuentro nada más.

Adan sale del baño, con unos bóxer y punto. Bueno así, ya no me parece tan delgado, no está nada mal, pero que nada mal «¡Ay, Tere lo que te estás perdiendo!» me sorprende pensando. Se va directo al ordenador, le acompaño, a ver si me da más pistas. Se mete en su Facebook, pero lo cierra en seguida; justo me da tiempo a advertir que sigue teniendo de foto de portada una con mi amiga. Después abre su correo. Borra todos los mensajes nuevos sin leerlos. ¡Ay Dios, como echo de menos mis *emails*! ¡Eso es! ¡Mándale un mail, Adan! ¡Nos seas cobarde! No sé qué habrá hecho pero muy malo tiene que ser como para que Tere no lea un *email* del futuro padre de su hijo.

Le taladro con imágenes de *emails* enviados a Tere. Adan se resiste. No sé cómo hacerlo para que se decida a escribir. Le proyecto ahora imágenes de Tere leyéndolos sonriente. Tampoco.

Voy a ser algo más agresiva. No sé si me regañarán los TAOS, pero yo siempre he creído en esta pareja, Adan estaba enamorado hasta las trancas de mi amiga, y ella de él. Se hacían muy felices. Encima van a ser padres. No puedo permitir que no estén juntos.

Esta vez le proyecto imágenes más. Del último día de mi vida, de su fiesta de inauguración, de cuando abrió la puerta para recibirnos. Al fin le llegan las proyecciones, porque se frota la cara y parece pensativo. También le mando de mi funeral, cuando le dije que cuidara de Tere y él sonrió. Vuelvo a mandar imágenes de *emails* siendo el receptor Tere. Juraría que funciona. Mi plan “Todo tiene solución menos la muerte” ha surtido efecto. Adan le da a la palabra “nuevo” y en el remitente escribe el correo de Tere.

Se me vuelve a estirar el brazo ¡Nooo! ¡Quiero ver lo que escribe! Hago el trabajo sucio y no me dejan después disfrutarlo. Miro en mi mano, regreso a Madrid.



Debo de gastar más tiempo del que creo en los viajes, porque aquí ya es casi de

noche. Aparezco en el salón. Tere y Toño están tragando tele o para ser más exactos, la tele les está tragando a ellos; miran ensimismados. Hay una fuente de palomitas entre ellos. Pero ni eso, están concentradísimos.

Me acerco a ellos, para ver qué les tiene tan atontados.

Una serie americana, ni idea de cuál es. Queda poco tiempo para que acabe, veo la barra de descarga y está a punto de terminar. Cuando lo hace, los dos dan un suspiro y yo después a su vez, celebrando que están vivos.

—Es impresionante, ¡qué capullos, cómo lo pueden dejar así de emocionante! — Toño está emocionadísimo.

—Ya te digo... ¡Aysss, otra patadita! ¡Vaya tarde me está pegando la fiera!

—A ver —Toño pone la mano en el vientre de Tere. Debe notar al bebé porque sonrío.

—¡Oye tú, bebe asexual, deja a tu madre en paz, anda, que menuda tarde le estás dando! —Toño habla con la tripa de Tere, resulta gracioso— ¿Que qué? ¿Qué quieres chocolate? Ni hablar. O te portas bien o nada.

Tere ríe y junta las manos suplicante. Toño continúa bromeando:

—Vale, pero sólo un cacho, que luego la súper ginecóloga nos echa la bronca a mí y a tu abuela, si mamá se pone gorda, y entre tú y yo, me gustaría que la doctora me echara otras cosas.

—¡Oye tú! —Tere le propina un empujón a Toño, separándole de su vientre—. No le hables de esas cosas a mi peque. ¡Salido!

—¡Sí hombre, salido! ¿Pero tú viste como me miraba el otro día en la consulta? ¡Se muere por mí! No ves que no entiende nada de nosotros, la tenemos en ascuas.

—Algo noté, no te digo yo que no, pero si tan seguro estás, ¡ataca!

—¡Ni de coña! Paso ¡Uff! ¡Mujeres! ¡Uff, todas locas! ¡Peque, pasa de ellas! —Esto último se lo vuelve a decir a la tripa de mi amiga.

—¡Qué es una niña! —le grita Tere.

—¡Es un niño, leches!

Continúan bromeando...

Estoy sorprendida con el nivel de confianza que han alcanzado estos dos. Se llevan fenomenal. Hasta podría decirse que son pareja, excepto por el comentario que ha hecho Toño de la doctora. No se cansa este chico... En verdad no me ha molestado mucho, un poco me ha escocido, pero a un nivel tolerable. Él sigue viviendo, y tiene que disfrutar de la vida. Yo también he puesto mis ojos en alguien, un tanto obligada, eso sí. Además le doy un positivo por lo bien que se está portando con Tere. Salta a la vista que le está cuidando. Me gusta la idea de que sean amigos...

¿Y si fueran algo más?

Eso sería otro palo, o quizás no. Sí, sí. Definitivamente terrorífico es poco.

Toño se ha ido a hacer la cena. Tere se ha quedado descargando en el ordenador otro capítulo de “The Following”, la serie que estaban viendo. Suena el teléfono de casa, él aparece en el salón corriendo como un poseso para cogerlo. Cuando descuelga, pronuncia «Diga» varias veces, pone cara de enfado y cuelga de un golpe.

—Estoy hasta las narices de las llamaditas estas.

Tere ni se ha movido. Me extraña. Ella se encontraba más cerca del teléfono. ¿Estará en reposo absoluto? Eso explicaría qué hace aquí. ¡Joer, parezco la Fletcher!

—Cena preparada, me voy a correr un rato, ¿estás bien?

—Sí, sí, vete, tú que puedes. Luego cenamos.

Unos minutos después Toño se larga y nos deja solas. ¡Por fin!

Vuelvo con Tere al ordenador. Ignoro si es por la cercanía pero me empiezan a asaltar los pensamientos de Tere:

«A lo mejor es Adan el que llama tantas veces y no se atreve a hablar» «¿Dónde estás Adan? ¿Por qué no sé nada de ti?»

¡A huevo, me lo ha puesto a huevo! Le proyecto imágenes de Adan mandándole el *email*. Tere es mucho más perceptiva con mi don que Adan y en seguida me capta. Abre su correo. Tiene quinientos mensajes sin leer en su bandeja de entrada. Cuando se carga busco rápidamente y, ¡Sí, hay un a *email* de Adan! Enviado a las 12.30 h. Tere, tarda algo más que yo en verlo, pero cuando lo hace lanza un gritito y se lleva una mano a la boca. No se lo esperaba y se ha llevado un pequeño susto.

«¿Qué haces Tere?, léelo» Mi amiga no se atreve a abrirlo, está paralizada ante el ordenador. Sus ojos comienzan a reflejarse vidriosos.

Pues nada otra vez que tengo que concentrarme para leer en su mente:

«¿Y si es para decirme que vendamos la casa?» «¿Y si me dice que se va a casar con su compañera?» «No, no lo abras, si eso lo lees mañana»

¡No se lo voy a permitir! Esta es capaz de no leerlo, si la conoceré yo. Le vuelvo a proyectar imágenes pero esta vez abriendo el *email*. Le envió como veinte intentos, parece que está menos perceptiva, aunque al final lo consigo. Tere toma aire, veo en su mente que lo va a abrir. Clica encima del mensaje y se aparece un párrafo en inglés. Lo siento mucho, sé que no es respetuoso, pero lo leo.

¡Hola Tere! ¿Cómo estás? Yo sigo en Edimburgo.

Ya he visto que has anulado mi línea de teléfono. No hacía falta.

He llamado varias veces a casa y nunca lo coges, ¿estás bien?

No sé qué es lo que pensarás de mí, pero estoy seguro que nada es cierto.

Me gustaría tener la oportunidad de hablar contigo y aclarar las cosas, aunque ya sea tarde.

Siento mucho lo de tu viaje, pero no me diste opción para aclararme.

Un abrazo

Unas lagrimillas se resbalan por sus mejillas. Lo lee varias veces. Esta vez sin que tenga yo que mandarle mensajitos, la valentía se aparece y Tere le da a responder. Eso sí, tarda en escribirlo una vida, esta chica como escritora no se ganaba el pan. El resultado final es este:

¡Hola Adan!

Quería cambiar el teléfono, por eso he anulado tu línea. Si tienes algún problema para recuperarla dímelo, me dijeron en la tienda que no tendrías problemas.

Estoy bien, relativamente.

No estoy viviendo en casa, por eso no lo cojo. Me están cuidando.

No sé cómo hemos llegado a esto.

A mí también me gustaría hablar contigo, pero no sé si podría creerte...

Un beso.

Tere lo relee varias veces. Antes de dar al botón de enviar, cambia “Un beso” por “Un saludo” en dos ocasiones, pero al final se decanta por la primera opción. ¡Vale! Reconozco que he tenido algo que ver. La verdad es que es bastante ambiguo. No hablan a la claras. Yo no me entero de nada. Se levanta muy despacio para ir al baño. No me cabe duda de que está guardando reposo porque se mueve a una velocidad caracolesca. Cuando regresa, con su paso robótico, tiene otro mensaje en su bandeja de entrada. Esto se está

poniendo interesante. Lo abre, sin preámbulos ni dudas.

Tere, ¿Qué te pasa? ¿Por qué te están cuidando?

Por favor respóndeme. No me dejes así.

Un abrazo, y un beso grande.

PD: Te echo de menos

¡Joé, se ha ido la luz! La casa se ha quedado a oscuras. Tere ha dado un pequeño grito. Y yo también. Miro por la ventana, los demás pisos sí que tienen luz. Debe ser el alternador que hay en el cuarto de contadores, ya saltó varias veces cuando yo vivía y tenías que bajar al portal a arreglarlo. Pero Tere no se puede mover, se va a tener que quedar a oscuras. El cacharro del portátil también se ha apagado; si no recuerdo mal no funcionaba sin estar enchufado. Ahora Adan va a tener que esperar la respuesta ¡pobre!

Se me estira el brazo. ¡Uff, empiezo a estar un poco harta de tanto vaivén! ¿No querrán que baje yo a arreglar lo de la luz?

Pero no, hoy no doy ni una. En mi “v” anatómica veo una sala vacía. Vuelvo a mi mundo.

Intento esperar un poco, para no dejar a Tere aquí a solas en la oscuridad. Está llamando a Toño al móvil y creo que este se lo ha cogido y ya viene para acá. Se me vuelve a estirar el brazo. Me tengo que ir. Me acerco a Tere, le doy lo más parecido a un beso que puedo. Me concentro para enviarle un mensaje antes de partir, “Te quiero Tere, te quiero muchísimo”.

Capítulo 61

Aparezco en la sala de siempre. No hay nadie ¡qué pena! Quería ver a mí abuela y contarle mis progresos.

Hoy vengo mucho mejor, sobre todo vengo con ganas. Me gusta mi nueva vida. Cada vez me siento más de aquí.

Aparece alguien, noto la presencia. Será Marc, me giro. No, no es él. Pero cuál es mi sorpresa, me encuentro con un rostro la mar de familiar. Voy hacia él corriendo.

—¡Tío! —Le abrazo.

—¡Sara! —Los dos lloramos a rienda suelta. No podemos ni hablar del sofoco. Ya éramos los seres más llorones que existían en la Tierra. Me imagino que aquí estaremos batiendo *records*.

—Niña ¿Cómo estás? —consigue decirme. Ahora de cerca le veo raro, él llevaba siempre gafas y aquí al estar sin ellas y ser mucho más joven no le reconozco bien.

—Bien, adaptándome, ¿Y Tú? —Mi tío murió un año antes que yo aproximadamente. El catorce de febrero para más “inri”.

—Yo también, me ha costado un poco, no creas. Cuando bajaba y veía a tu tía sola, se me caía el mundo encima. Pero ahora estoy algo mejor. Me bajan menos y asunto arreglado —Río, mi tío siempre tuvo sentido del humor, menos en los últimos momentos de su enfermedad. Realmente no es mi tío. Es mi vecino del bajo. No tenían hijos y yo desde pequeña le llamé así. Es una de las personas más buenas que me ha visto crecer.

—Tenía muchas ganas de verte —le digo con mucho miedo porque como nos pongamos tiernos la volvemos a liar.

—Y Yo Sara, pero hasta hoy no me han dicho nada. Si vieras las que lío cuando voy a los encuentros con los recién llegados ¡Qué rabia me da ser tan flojo, leches! Yo creo que por eso no me han querido traer, para que no te montase aquí un drama.

—¿Y tu mitad? ¿Qué tal es? —le pregunto. Presiento que se va a tener que ir en breve y me gustaría conocerlo todo de su nueva vida aquí.

—Bien, es majetona. Ahí vamos. Es de Vietnam... Fíjate tú, qué lejos.

—Pues el mío americano. Y yo también haciéndome, pero cada día mejor.

—Claro que sí Sara, aquí cada día es mejor, cariño. Tú disfruta. Lo mismo nos juntan en alguna fiesta. Pronto se van a celebrar. Si te veo, tenemos que bailar juntos, ya verás qué bien bailo.

—¿Nos juntan? —Cada día me entero de algo nuevo.

—Sí, dentro de poco, pero no sé si me tocará contigo —Se le estira el brazo—. Bueno niña, me voy que a mi estos tirones me hacen polvo. Cuídate.

—Y tú, tío. —Nos volvemos a abrazar. Aguanto las lágrimas y al separarnos veo como mi tío se esfuma dándole a la dirección que le marcan.

¡Jo! ¿Por qué siempre las visitas son tan cortas?

Pasa un rato largo. Comienzo a sentir frío. Me siento y abrazo mis rodillas. Por fin vuelvo a notar otra presencia, de nuevo me pilla de espaldas. Me giro, y esta vez sí que es

Marc. Le escudriño. Hoy trae otra cara. Mucho más conmovido, no tan alegre como la otra vez. Parece que nos turnamos en el estado de ánimo “post-visitas”. Viene hacia mí. Se sienta en frente mía antes de hablar:

—¿Qué tal? —suen alicaído.

—Bien, mejor que tú, parece —le confío.

—Probablemente, sí. Esto es muy duro Sara, muy duro —Lo último lo dice con un hilo de voz. Deja caer su cabeza en mi hombro, apoyándola para que no le vea llorar. No es un berrinche como el que yo me acabo de pegar con mi tío, pero está afligido. Creo que se está aguantando. Me acerco un poco más a él y le acaricio el pelo para relajarle. Tiene un pelo ondulado, muy fuerte pero a la vez sedoso. Mis manos entran en calor al contacto con su cuero cabelludo y mi hombro está comenzando a arder. Me machaca que esté sufriendo. No sé qué más puedo hacer.

—Cuéntame algo. Distráeme, Sara por favor.

—No te preocupes, llora.

—¡Uff! No puedo delante de ti. Mejor distráeme.

A pesar de su sinceridad persiste sin levantar la cabeza de mi hombro. Me entrego a su petición en un santiamén y le cuento que acabo de ver a mi tío, que no es mi tío que es mi vecino, y le relato nuestras anécdotas lacrimógenas. Le detallo lo que me ha dicho de las fiestas en la que nos juntan. También le explico que he viajado a Edimburgo a ver al novio de Tere, pero que no he salido del hotel. Poco a poco se va animando y va irguiendo la cabeza.

—Gracias —me dice cuando ya está frente a mí del todo. Su cara sigue mostrándose apesadumbrada, pero está intentado alentarse—. ¿Descansamos? Estoy roto.

—Vale, como quieras. Yo también.

Nos entregamos al sueño, a mí me hubiera gustado contarle todo lo que me ha estado separando de él, en fin en otro momento, será por tiempo...

Volamos, volamos, volamos...



Otra vez siento que he dormido tres días seguidos, aunque me estoy empezando a dar cuenta de que siempre que bajamos a la Tierra sucede así.

Llevo un rato despierta, pero permanezco con los ojos cerrados. Es la inquietud la que no me deja abrirlos. Creo que ha llegado el momento de contarle a Marc todo lo que me pasó la otra vez y no sé por dónde empezar. Además si todo sale bien y hacemos las paces, ¿qué se supone que haríamos después? ¿Ser novios? ¿Besarnos por los rincones, que no hay? No sé yo.

Él debe estar pensando lo mismo porque tampoco dice nada. «¡Sois unos cafres!» escucho la voz de mi abuela. Abro los ojos, le contemplo. Me incorporo un poco sobre mis brazos y me acerco un poco más a él. Tiene todavía sus párpados cerrados, pero al notar que me he movido los abre y nuestras miradas se encuentran. ¡Upss!

—Bu... buenos días, Marc —he balbuceado para decir buenos días. ¡Cómo le tenga que contar lo de Toño voy a ser peor que Colín Firth en “El discurso del Rey”! Marc está más sereno que ayer, hace una mueca divertida con sus labios, se lo debe pasar en grande con mis torpezas.

—Buenos días, Sara.

—¿Mejor? ¿Es... estás mejor? —«¡Por Dios, quieres hablar bien, Sara!»

—Sí, siempre que abro los ojos y te veo, estoy mejor.

¡Toma ya! Marc ha amanecido con las pilas cargadas. Va a saco. Me contempla, y yo le regalo una sonrisita agradecida por el cumplido, pero para mi incomodidad, me parece sentir que el labio de abajo me está temblando, así que me lo muerdo para contenerlo. Después le pongo una cara del tipo “¿Qué le voy a hacer, me tiembla el labio?”

Marc comienza a carcajearse mientras se incorpora de cintura para arriba. En un acto rápido, típico en él, me tumba en el suelo, apoyando sus manos a ambos lados de mi cabeza, de manera que le tengo a escasos centímetros por encima de mí. Mi cara debe ser terrorífica, porque interrumpe sus risas.

—Tranquila, tranquila, soy inofensivo, hasta que tú no me lo pidas, claro —¿Pero este chico con qué ha soñado? ¡Está pelín juguetón, y yo así no me concentro!—. ¿Y tú cómo estás? Aparte de nerviosa y graciosísima mordiéndote el labio —Se ha dado cuenta de que estoy atacada. Normal. Y ahora que le tengo encima de mí, los nervios no me dejan ni abrir la boca. Doy libertad a mi labio, si quiere temblar que tiemble, allá él.

—Bien, bueno... ¡Joé, Marc, si estás tan cerca, no puedo pensar! ¡Sepárate un poco, anda!

Efectivamente Marc se ha despertado con un calentón del quince, porque consigo todo lo contrario, se aproxima todavía más a mí, doblando sus codos lentamente, con una mueca traviesa. Cuando le tengo a escasos centímetros, y creo que voy a perder la conciencia, me susurra:

—Ya te he dicho, que hasta que tú no me lo pidas soy inofensivo. Hasta que tú no me lo pidas... —Se separa de mí rápidamente, ¡gracias a Dios! Continúa con su mueca traviesa. Yo logro tomar aire, me calmo. No comprendo nada.

—¿De qué va esto, Marc? No te entiendo, te lo juro.

—¿De qué va? Pues de que me gusta saber que ejerzo algún poder sobre ti, si vieras la carita que pones.

—¿Es un juego, soy un juego para ti? —no me hace gracia que se ría de mí.

—No te enfades, Sara. Por favor. No lo volveré a hacer, sólo quería probar.

—¡Si no te digo que no lo vuelvas a hacer! ¡Te pido que cuando lo hagas, lo hagas de verdad y te dejes de chorradas! —Vale, he parecido una gata en celo.

—¡Ah, no! Ya te lo he dicho, yo no voy a hacer nada, lo vas a hacer tú. Cuando estés preparada, házmelo saber.

—¿Qué te haga saber qué? ¡Podemos hablar como adultos, por favor! —le medio grito totalmente confusa.

—Ok. Lo quieres claro, vale, pues te redacto un contrato —bromea. Su voz se torna más seria—. Quiero que te acerques tú, o al menos que me pidas que lo haga, si algún día quieres por supuesto.

—¿Y eso? —estoy atónita. Más que por el contenido del mensaje, por la espontaneidad con que lo transmite.

—A ver, cómo te digo esto, sin parecer un enfermo. Sara, te estaría besando todo el día, ¿voy bien? —asiento alucinada con su naturalidad, Marc prosigue —: Si tú sintieras lo mismo, no estaríamos ahora mismo hablando, ¿me pillas?

Claro, como el agua, asiento de nuevo.

—No puedo tenerte y perderte, tenerte y volverte a perder. Quiero que cuando te tenga sea para siempre, ¿Lo entiendes? —Vuelvo a decirle que sí, mientras pienso que estoy loca por este tío—. Quiero que cuando... nos unamos, si lo hacemos, no nos

separemos jamás.

Esto último le ha costado un poco más pronunciarlo. Muerta. Estoy muerta por Marc, me ha tocado la lotería en todas sus formas. Es guapo, inteligente, divertido —no es la leche, pero no está mal—, disciplinado, caballero, protector y encima, ¡es romántico! Y creo que le gusto. Vamos le gusto, ¡fijo! Mariposas, miles de mariposas revolotean en mi estómago. Estoy tocando el cielo ahora mismo. ¿Se puede ser más feliz? «Lalala, lalala, lalala», tararean mis neuronas alborozadas, «lalala, lalala, lalala...lalala, lalala, lalala... ¡Ploff!» ¡Pero tenemos que hablar! Tengo que contarle muchas cosas y él a mí. Regreso a nuestra conversación y le contesto:

—Vale, lo pilló. Yo te lo diré.

—¿Vas a tardar mucho? —Su rostro se asemeja a una carita de perrito suplicante, que me hace reír. Le voy a ser sincera, se lo merece.

—Marc, ya te he estado diciendo estos días que mis reflexiones iban bien, y por supuesto iban bien en tu sentido —Con esto consigo una sonrisa de Marc que le ilumina la cara, se pone más guapo aun si cabe—. Me gustas. Mucho. Más que mucho. Pero...

—¡Jo, siempre hay un pero! —estalla jugueteón. Aunque sé que esto último que le he confesado le ha subido el ánimo.

— Tenemos que hablar. No sé nada de tu vida, ni tú de la mía. Lo de no hablar de nuestros “ex”, no fue buena idea, tengo que contarte algunas cosas.

—Totalmente de acuerdo —me interrumpe.

Al principio pensé que no lo haría, pero ahora necesito que conozca el engaño de Toño, no puedo empezar mi relación con él sin que lo sepa. Seguro que me ha dejado secuelas y mi comportamiento se verá afectado. Si le enseño lo que llevo en mi mochila del pasado, nuestra relación se hará más sencilla.

—¿Cuándo empezamos? —me pregunta.

—¿Esta noche? —le digo.

—¿Y quién empieza? —me vuelve a interrogar.

Necesito quitarme este lastre pronto...

—Yo. Ahora vámonos con nuestros amigos, preciso ver si ha vuelto Fati.

Capítulo 62

Marcamos la dirección donde se aprecia a nuestro grupo, aunque hay mucha más gente. Aparecemos allí, y caminamos para buscar a nuestros amigos. La mano de Marc va rozando la mía, pero no se atreve a sujetarla, así que en un firme y veloz movimiento, le agarro fuerte y ese calor que sólo él me desprende comienza a fluir por mi brazo.

—¿Tú crees que el resto de parejas han dado tantas vueltas? —le pregunto señalando a nuestro alrededor.

—No creo. Lo más fácil es dejarse llevar, pero tú y yo somos diferentes —me responde seguro de sí mismo.

—¿Tú crees? —Dudo.

—Sí, y me gusta que sea así.

Marc tiene el poder de dejarme sin habla, ¡a mí, que no había callado en veintiocho años!

Vislumbramos a nuestro grupo a unos cincuenta metros y andamos hacia ellos. Distingo la espalda de Fati, y me percató de como Sylvia, que nos ha visto acercarnos, contempla nuestras manos unidas con ojeriza. ¡Me había olvidado por completo de la *Barbie*!

Al llegar saludamos uno por uno a nuestros colegas. Están todos menos Darío y Lara. Después de los apretones protocolarios, suelto la mano de Marc y voy directa hacia mi amiga Fátima. Nos fundimos en un gélido abrazo. Como ya es costumbre nos separamos un poco de los demás y le pregunto directamente qué pasó para que tuvieran que bajar tan aceleradamente. Fati me cuenta que su peque había sufrido un accidente. Se cayó de un toro mecánico para niños y tenía un traumatismo craneoencefálico.

—Ha estado a punto de morir, Sara. Se le veía tan pequeño y tan débil a la vez. He pasado los dos días pegada a su cama. Las enfermeras, por cierto me acordé de vos, fueron bellas con mi niño. Pero él no quería despertar. Me concentré para entrar en su mente, como tú haces, pero nada, yo no pude. Ha sido muy difícil, menos mal que Jimmy ha estado conmigo.

—¿Sí? ¿Los dos juntos? —le pregunto extrañada.

—Sí, nos han bajado a los dos, y te juro que menos mal, porque yo no hubiera podido resistirlo. No podía parar de llorar, y encima ahora que conocemos este mundo, ignoraba si es que mi bebé había tenido un accidente fortuito o es que su mitad se estaba muriendo. Pero a las treinta horas despertó mi enano y ¿sabes lo que dijo? —Gesticulo que no—: «Mamá», mi pequeño dijo «mamá, no llores», como si me hubiera visto.

—Pues quizás te vio. Creo que es posible, no sabemos qué pasa cuando alguien está en un estado de coma.

—Eso dice Jimmy, yo no sé. Está hecho un fenómeno, por la tarde comió ya solito y hablaba con normalidad. Los bebitos se recuperan pronto ¿verdad?

—¿Cuántos años tiene?

Creía que tenía tres años. Admite que ya tiene cuatro pero que para ella siempre será

su bebote.

—Agradezco que me bajaran con Jimmy, de verdad lo digo, pero que estuviera allí conllevó algún que otro efecto colateral. Jimmy vio a mi esposo.

—¡Claro! —profiero sorprendida—. ¿Y qué paso? —Esto es morbo en toda regla.

—Pues que intentó disimular la cara de perro cuando le vio, y disimular también la cara de gozo cuando apareció una tipeja. Sí, mi querido esposo ya tiene quien le aguante, ¡será boludo!

Fátima tiene una manera cómica de contar las cosas y a pesar de la trascendencia de lo que me está confesando, no puedo evitar sonreír.

—Así que nena, déjate de chorradas y a disfrutar, que parece que nuestras elecciones en la Tierra no fueron muy acertadas, aquí al menos no nos castigaremos por haber elegido horrorosamente mal.

—¡Jo, vaya palo! No, en serio Fati, ¿cómo lo llevas? —le pregunto.

—¿Lo de mi marido? Estoy confusa, no te lo niego. Por una parte le encuentro bien, más contento, y eso me agrada, pero no me es fácil verle abrazado a otra, aunque supongo que es normal. Bueno ¿Y tú? ¿Dónde has estado? ¿Has visto al pendejo ese?

Le cuento todo lo que aconteció ayer en la Tierra y lo que he vivido al regreso y esta mañana con Marc. Fátima se alegra de mis avances con mi mitad y se reitera en que cuando me una a él, se me van a ir todas las dudas.

—¡Cotorras, venid un momento! ¡Y Fátima deja ya a Sara, que yo también quiero disfrutar de mi chica favorita! —Alex grita como un tenor que volvamos, y lo de la chica favorita todavía más alto si cabe. Busco la cara de Marc para examinarla, hay una mueca de fastidio. Mi mitad está celosillo, me gusta. Vamos hacia el grupo.

—Chicas, estamos pensando que deberíamos regalarles algo a Darío y Lara —nos cuenta Linda al llegar.

—Hablamos de algún tipo de homenaje... —aclara Jimmy.

—Sí, algún discurso, algo emotivo por supuesto —dice Frank, aunque no le veo yo dando un discurso emotivo, él es más bien de presupuestos y prima de riesgo, pero vamos...

—A mí me parece muy buena idea, se lo debemos, pero ¿qué hacemos?— respondo.

—Pues por eso hemos dicho que vinierais, necesitábamos dos cabezas pensantes más. Estamos atascados —puntualiza Alex.

Cuando nos hallamos en plena elucubración, Sylvia nos avisa de que se acerca la pareja afectada y todos comenzamos a disimular. Un desastre de disimule, para qué contarlo. Pero Darío y Lara son inocentes al máximo. Se alegran de que por fin estemos todos y nos revelan que han estado reunidos con los TAOS y que esta tarde nos van a dar el premio; lo que acarrea un tropel de aplausos y más tarde un tropel de nervios.

Volvemos a jugar a adivinar con qué nos van a obsequiar los TAOS.

Esta vez, a pesar de las tonterías que decimos, se nos pasa el tiempo más lento de lo normal. Estamos impacientes, y la impaciencia no es que ayude al correr del tiempo. Cuando del mismo aburrimiento Shinji nos va a enseñar a cantar una canción suya, se nos alarga el brazo a todos, a la vez que los ojos se nos ponen como platos de la emoción. Nos van a dar el misterioso premio. No tengo ni idea de qué puede ser y me inquieta. Me recuerda a los nervios que sentía en la noche de reyes.

Por petición popular nos damos las manos y Darío marca la dirección.

Creo que no me lo he pasado más bien en mi vida.

Capítulo 63

—Hola grupo “Conectados” —Me parece que es el TAO presentador, todos permanecemos de la mano. El TAO prosigue—. Es verdad que estamos muy felices de que esta vez disfrute del premio del torneo del fuego otro equipo. Los “Eternity” llevaban varios años aprovechándolo. Es cierto que nos ha costado mucho decidir que presente haceros. Nuestra intención es que sigáis compitiendo con un nivel tan alto como lo habéis hecho este año. Ya nos hemos decidido y este año no vais a disfrutar de un premio, vais a disfrutar de dos, para que el obsequio esté a gusto de todos. Os lo habéis merecido, sinceramente.

¡Toma, dos premios!

—Para el primer regalo debéis bajar a la Tierra. Dura aproximadamente tres horas. Os recomiendo que estéis al lado de vuestras mitades, para no pasar frío. Este es un premio más asequible, podéis disfrutar de él más veces, pero es buena idea que lo viváis todos juntos. Si a alguno no le entusiasma que no se preocupe, estoy convencido de que el segundo regalo, para el que tendréis que volver, sí que os satisfará. Y ahora venga, daos la mano, que no podéis llegar tarde.

El TAO se esfuma. Por inercia todos miramos a Darío que encoje los hombros a la vez que abre su mano para ver la dirección. Sonríe.

—Daos la mano, chicos, ¡a viajar! —Dicho y hecho, Darío marca en su GPS el destino. Estoy realmente excitada.

¡Y voilà! Emergemos en el palco de un teatro. Es grandioso. No he visto nada igual en mi vida, y eso que he estado en la mayoría de teatros de Gran vía.

Nos encontramos en la sala principal, de momento no hay nadie. Me giro para contemplarlo. Tiene cinco alturas. Es un poco rococó para mi gusto: candelabros dorados, terciopelo rojo, cortinas gruesas en los palcos. Para colmo, en el techo, que es una cúpula altísima, hay unos frescos de diez mujeres. Deben ser Diosas, ¿qué se yo? ¡Pero qué mal rollo! Entre que las Diosas llevan poca ropa, el color que predomina en el teatro es el rojo, y ahí terciopelo por doquier. ¡Uff, no sé yo! Me da a mí, que me dejan sola aquí y salgo por pies.

—Chicos, estamos en Moscú, ¡qué fuerte! Estamos en el teatro más antiguo de aquí, el Teatro Bolshoi —Ni qué decir tiene que Cloe ya se ha empapado de algún cartel por ahí y nos va a informar de dónde narices nos hallamos—. Se remonta a 1824 y es el teatro más famoso de Rusia, con su ópera y compañías de ballet, de fama mundial.

¡Uff, empieza a sonar como una guía! Desconecto. Fátima me hace un gesto; está flipando con Cloe, y yo asiento. Prefiero disfrutar de las vistas, sin tanta historia. La puerta está abierta, me encamino hacia ella, pasando por debajo del palco principal.

Salgo a un *hall*, decorado igual que el interior. Con unas enormes ventanas con cortinas rojas. Me acerco a un cartel informativo. Ahí es donde viene todo lo que está contando Cloe en el interior. Alucino con lo memoria fotográfica de esta chica. En otro cartel que está un poco más lejos, anuncian el programa de hoy:

“El lago de los cisnes”

—¡Qué bien, me encanta el ballet, y el lago de los cisnes es de mis favoritos! — Tengo a Linda a mi espalda toda entusiasmada. Yo le comento que nunca lo he visto en directo.

—¡Pues qué bien, siéntate a mi lado y te lo voy contando, es precioso!

Las puertas del teatro se abren y el público comienza a pasar. Me echo a un lado con Linda y Fátima, que acaba de llegar, y nos fijamos en las vestimentas de los espectadores. Van muy elegantes. Ahora mataría por ponerme cualquier traje de los que llevan. Cómo me gustaría peinarme, maquillarme, aunque sinceramente no nos hace falta; pero sólo el hecho de poderte arreglar, lo echo tanto de menos. Mis amigas deben compartir mis añoranzas, porque tienen la misma cara de pena que debo lucir yo. Volvemos a la sala principal después de un productivo rato de cotilleo textil.

—La comunidad internacional de amantes de la música y del ballet sufrió un gran golpe cuando, en el verano de 2005, vieron a su amado Teatro Bolshoi cerrado y rodeado de andamios. ¡Cinco años sin el Bolshoi! Se han empleado cuatro toneladas de oro... — Nuestra guía de Noruega, parece que también sabe de teatros rusos.

—¡Vaya chapa que les está pegando Cloe a éstos! ¿No? —suelta tan fresca Linda, consiguiendo que las tres nos riamos por lo bajini.

Me fijo en Marc. La rubita permanece pegadita a él, mostrando cara de interés absoluto por lo que relata Cloe. Marc, sin embargo anda disperso. Ya le voy conociendo. Parece que contemple el teatro, pero cuando en su escrutinio arquitectónico me encuentra, se separa del grupo y viene hacia nosotras.

—¡Hola prófugas! —bromea al llegar—. ¿No queríais conocer la historia del teatro Bolshoi? Vamos, sé de sobra que Sara no, ¿pero vosotras dos?

—¡Oye! ¿Tú qué dices de mí? A mi me encanta la historia, idiota —Le propino un empujón, mientras ironizo divertida. Me gusta que mi mitad se acerque a mí y a mis amigas, y sobre todo si con ello se separa de la rubita, que ahora mismo tiene cara de acelga.

—Bueno, ¿nos sentamos ya? Que esta gente nos va a quitar el sitio —guasea Linda, reparando en que el teatro se está llenando poco a poco.

Marc me tiende la mano. Conversamos siguiendo al grupo. Me confiesa que nunca ha estado en el ballet y que cree que no le va a apasionar.

—Pero si tú no me sueltas y te sientas a mi lado, seguro que me es más llevadero —susurra en mi oído. Mi respuesta se hace llegar enseguida, aferrando intensamente su mano. Mi felicidad dura poco. Sylvia se cruza entre nosotros y separa nuestras manos, con un descarado salvaje. Me quedo pasmada, viendo como la Barbie *destrozahogares* y mi mitad se alejan charlando amigablemente. Linda que iba por detrás nuestra y lo ha observado todo, me tira del brazo para moverme y caminamos detrás de la parejita.

Decidimos sentarnos en la barandilla del palco imperial, con los pies colgando. A un lado tengo a Linda y al otro a mi mitad, que no me ha hecho ni caso y prosigue su cachondeo con la rubia patosa.

Las luces del teatro se apagan y comienza a sonar la música: una apabullante orquesta en directo. Una delicada melodía, que me es conocida, comienza a sonar. Se abre el telón a la vez que las notas se disparan y me sobrecogen, mis ojos chispean de emoción. A pesar de mi cabreo creciente, contemplo a mis amigos. Todos y cada uno de ellos está emocionado, parecen un grupo de niños viendo el desfile de carnaval. Es fantástico ver sus caras, me dejo llevar por el momento y decido obviar el desplante de mi mitad. ¡Qué le den!

—Es Sylvia la que atrapa a Marc, no te confundas —me susurra Linda al oído.

—Bueno, pero él podría tomar riendas en el asunto, ¿no crees? —le respondo por lo bajini—. ¡Va, da igual, paso!

—¡Eso digo yo! ¡Aquí hemos venido a lo que hemos venido! ¡A disfrutar de lo bien que les quedan las mallas a los bailarines, y punto! —Reímos—. Mira, presta atención, esa es Odette que se va a convertir en cisne.

Cuando el espectáculo acaba, rompemos en un aplauso, mucho más grande que el de los entreactos. Ha durado unas tres horas. El público se pone en pie. La compañía de danza disfruta del aplauso y aplauden, a su vez, a la orquesta. Yo ni puedo dar palmas del frío que tengo. En varios momentos Marc me ha intentado dar la mano para entrar en calor, pero yo se la apartaba bruscamente. Me ha faltado gritarle «¡Ni me toques capullo!», pero me he contenido, aunque imagino que estará al tanto de mi cabreo. Es que encima se han pasado la representación hablando sin atender en ningún momento, de hecho Frank, les ha chistado en varias ocasiones.

Por lo que respecta a la obra, me ha encantado. Linda me iba explicando todo y así se me ha hecho mucho más fácil enterarme y distraerme de los dos charlatanes, si no, dudo que me hubiese enterado de la trama. No es lo importante, porque sólo ver la danza, lo acompañados que iban los bailarines y disfrutar de la música en directo, vale la pena.

Por fin se cierra el telón, y a la vez se nos estira el brazo a todos. Debemos volver. Me da un poco de lástima, pero también tengo intriga por qué será lo próximo. Remoloneamos un tiempo contemplando el teatro y la salida de los espectadores y a la tercera vez que se nos estira el brazo a todos, nos rendimos y nos dirigimos a por nuestro segundo obsequio.

Aparecemos en una sala vacía, sin TAOS a la vista. Ahora sí, comentamos el ballet y nuestras sensaciones. A todos nos ha gustado, menos a Marc y a Sylvia, claro está. Me muerdo la lengua para no recriminarles que es que no han hecho ni caso.

Linda no para de bailar alrededor de la sala imitando algunas secuencias y Alex la acompaña, intentándole hacer portes. Todos reímos ¡Vaya dos!

El TAO, después de varias caídas de Linda, se aparece ante nosotros por sorpresa, como siempre.

—Hola chicos, espero que halláis disfrutado de El lago de los cisnes. Es toda una experiencia. Si os ha gustado, decíselo a vuestro TAO y os avisaremos de funciones a la que podréis bajar en pareja —Pues o me independizo de Marc, o no vuelvo a pisar un ballet.

Todos se sorprenden ante esta revelación. El TAO responde.

—Sí, el mundo está cambiando, y no podemos hacer siempre lo mismo. En el último consejo hemos decidido que podréis y podremos disfrutar, ambos, de espectáculos que merezcan la pena. De todas formas ya os lo contaremos a todos.

—¡Vaya, ahora que nosotros nos vamos a ir! —bromea Darío.

—Lo sé, no os preocupéis. A los espectáculos podemos bajar ambos niveles. Darío, Lara, si de algo estoy seguro es de que no os arrepentiréis.

Estoy desconcertada, no es común que un TAO converse tan naturalmente. Sus mensajes suelen ser cortos y en clave, para darte en qué pensar. Pero este TAO se está expresando con sinceridad y claridad. Creo que lo voy a intentar aprovechar.

—¿Y por qué estás tan seguro de que no se arrepentirán? —le pregunto con una voz suplicante de respuesta.

—Eso, eso... —oigo ayudarme a varios de mi grupo.

—Ser TAO es el estado de felicidad más grande que se puede alcanzar. Es la unión absoluta y consentida con tu mitad. La vida aquí es mucho más sencilla, sin humanidades que te retraigan, además estamos tan ocupados que no tenemos tiempo de mirar atrás. No os puedo contar nada, pero os aseguro que no es lo que creéis, y que Darío y Lara serán muy felices. Aquí ya estamos deseando recibirlos.

—Gracias, TAO —le dice una muy agradecida Lara.

—Bueno, no nos enredemos más, vamos a por el segundo premio. ¿Si todavía lo queréis?

Todos respondemos al unísono afirmativamente.

—Pues Darío, dale a la dirección que tienes en tu mano. Venga chicos preparaos para el segundo viaje, nos vemos allí.

Nos enlazamos de nuevo y nuestro entrenador marca en su mano el próximo destino.

«¡Ay mi madre! ¡Ay mi madre! ¡No me lo puedo creer!»

—¡Ahhhhhh! ¡Siiiiiiiiii! —voceamos todos. Esta vez hay varios TAOS que se ríen con nuestros gritos, abrazos, saltos y demás muestras efusivas de felicidad.

La causa de tanto entusiasmo es una mesa alargada que habita, aproximadamente a treinta metros nuestra. Sobre ella descansan varias tartas, pasteles, frutas exóticas y varias botellas de champan.

—Y este es vuestro segundo regalo. Podéis disfrutar de estos manjares. Comed con tranquilidad, no os dejéis llevar por la gula, estos alimentos son una ilusión, no sacian. Gozar de esta oportunidad sin precedentes para vosotros. Os dejamos a solas. ¡Enhorabuena grupo “Conectados”!

En cuanto el TAO se esfuma, corremos los treinta metros lisos más rápidos que Usain Bolt. Al llegar a la meta, también aprecio platos con nueces, almendras, y otros frutos secos que no se distinguían desde la distancia. De frutas hay: piña natural, fresas, manzanas, naranjas y mango; peladas y cortadas, y servido en fuentes, que rodean a un bol enorme de chocolate fundido.

Respecto a las tartas, hay tarta de queso con arándanos —la típica *cheese-cake*—, tarta de manzana de hojaldre, un bizcocho altísimo con varias capas alternantes: chocolate, bizcocho, fresa, bizcocho. Hay otra que tiene pinta de ser de merengue; hay platos también de pastas, galletas y pastelitos. Vamos que es el día internacional de la diabetes en el cielo. Cruzo los dedos para que mi cuerpo tenga insulina, porque si no voy a morir de un coma hiperosmolar en poco tiempo, ahora que me lo estaba empezando a pasar bien.

Vamos comentando cada plato y dando saltitos con cada descubrimiento.

«¡Ala, mira hay *cheese-cake*!»

«¡Qué guay! ¡Qué rico! ¡Me encanta!»

«¡Y frutas!»

—¡Qué ricas! ¡Hay piña, me encanta la piña! —esa soy yo.

«¡Y fresas!, ¡Qué buena pinta!, ¡naranjas!, ¡peladas y cortadas! ¡Aysss!»

«¡Y chocolate!»

«¡Por favor!» «¡Me encanta el chocolate!»

«¡Quiero llorar! », «¿estamos soñando?»

«¡Yo también creo que voy a llorar!»

«¡Y yo!»

«¡Y yo!»

«¡Pues llorad, joder!», este último es Frank, ni que decir cabe.

Después del descubrimiento y narración de cada plato, nos decidimos a probarlos. No

nos sentamos. Jimmy sirve champán en las copas. Unas copas elegantísimas, que no sé de donde habrán sacado los TAOS, pero que te podrías beber en ellas cualquier cosa. Cuando todos tenemos nuestro champán servido, Darío hace un brindis:

—Por vosotros chicos, sois maravillosos. Ahora sí de verdad creo que estoy en el cielo.

Reímos a la vez, mientras chocamos nuestras copas. Me llevo el cristal con algo de miedo a mi boca y vierto el contenido líquido en ella. Las burbujas me hacen cosquillas en el paladar y en la lengua. Trago por acto reflejo. La bebida va deslizándose por mi esófago llenándome de sensaciones. Sabe exquisito. Sabe a champán. Me hace revivir momentos de mi vida, sobre todo me traslada a navidades pasadas.

Ya más seguros de que podemos tragar, progresamos en nuestra dieta, y pasamos a los sólidos. Yo agarro sin más tardanza un cachito de piña y me la llevo a la boca. Me doy la vuelta para no ver las caras de mis amigos y despistarme. Quiero que estemos únicamente la piña y yo.

Saboreo su acidez, mis papilas gustativas angelicales son iguales que las terrenales. El dulzor invade mi boca poco después. Mastico la piña, para saborearla aún más y exprimir todo su jugo. Mastico despacio, se me hace raro. Mi lengua acompaña a los cachitos ya desmenuzados a bajar al resto de mi tubo digestivo, el sabor sigue acompañándolo. Creo que podría morir de placer. No es describable. Un montón de sensaciones me agolpan.

Me doy la vuelta. Reina el silencio, interrumpido por algunos: «Uhhmm» « Uff» y demás interjecciones.

Repito con otro cachito de piña pero lo envuelvo con una pizca de chocolate. Me vuelvo a girar para concentrarme. El calor del chocolate es lo que primero siento, y después su dulzor, desbancando a la acidez de la piña. Se mezclan los dos sabores en mi boca mientras que el chocolate se va resbalando hacia abajo. Cuando por fin mastico la piña, que antes estaba abrigada por el líquido, vuelve a colmarme de su sabor. Después de ingerirla en su totalidad, doy fe de que es lo mejor que he comido en mis veintiocho años.

Me giro y veo a mis amigos. Fati, Linda y Jimmy comen fruta. Lara está atacando los pastelitos. A la rubia casi ni se la distingue: le tapa un pedazo de trozo de bizcocho, más grande que su cabeza. Los demás están con las tartas. Todos, excepto Marc que se halla a tres pasos de la mesa contemplándolo todo, con la copa de champán en la mano. Me acerco a él intrigada. Estoy tan excitada por la comida, que se me esfuma el cabreo de antes.

—¿No comes, Marc? —le pregunto cuando le tengo al lado.

—No, Sara. Prefiero veros —dice esto, mientras me agarra la mano. Entro en calor.

—¿Eh? —suelto asombrada. Marc me mira a los ojos. Intuyo algo más que no quiere contarme. Le sostengo la mirada firme. No me puedo creer que no quiera comer. A mí no me engaña. Su gesto es triste por mucho que se esfuerce en sonreírme. Cuando se da cuenta de que no me voy a mover de aquí hasta que me diga la verdad, confiesa a mi oído.

—Me da un poco de miedo comer.

—¿Por qué? —no he podido callarme, le he interrumpido. Hace una mueca de fastidio mientras continúa:

—Mis últimas experiencias no fueron buenas Sara. A ti la comida te trae buenos recuerdos, pero a mí me evoca vómitos, náuseas y asco. En los últimos días de mi vida estaba enfermo, y todo el mundo se empañaba en que tenía que comer, pero yo no tenía hambre, me generaba repulsión todo y lo poco que tragaba lo vomitaba.

Me da una pena tremenda que alguien como Marc lo haya pasado tan mal. No se lo

merece. No debería haber muerto tan joven. La humedad se acerca acechante a mis ojos, pero un ejército de seguridad arrambla, echándola para atrás. No voy a permitir que Marc se pierda esto por miedos del pasado. Ahora estamos aquí, juntos.

—Marc, no te va a pasar nada, te aseguro que no te va a provocar náuseas. La sensación es maravillosa, ya lo verás. Me has dicho muchas veces que te encantaba comer, recuerda eso, olvídate de la enfermedad.

Marc no parece convencido, voy a tener que probar con un pequeño chantaje emocional.

—No me voy a mover de aquí hasta que no pruebes algo y si no lo haces nuestros colegas se lo van a zampar todo y me voy a quedar sin nada. —Pongo carita de pena.

—Ya, ya, no sé.

—¿Qué es lo que más te gustaba comer de esa mesa? Venga, estoy segura de que algo te encantaba. —Marc después de un rato vacilante confiesa que el *cheese-cake*. Poco después mi mitad y yo estamos dando la espalda a la mesa, cada uno con un cacho de tarta en las manos.

—¡Mira qué pinta tiene! Estoy segura de que es la mejor tarta de queso que has probado nunca. Voy a darle un mordisquito y te cuento, ¿vale?

Me meto un cachito de tarta en la boca. Efectivamente está espectacular. Una variedad de texturas y sabores me llenan la boca. Se mezclan la solidez de la galleta con la suavidad del queso; y el dulzor de la tarta con la acidez de los arándanos. Exquisito. Estoy totalmente convencida de que esto no le puede hacer vomitar a Marc.

—Sin palabras, buenísima. Te va a encantar. Pruébala, si te sienta mal, no te preocupes, no olvides que soy enfermera. Yo te cuido, tonto.

Marc sonrío con mi último comentario y sin tardar mucho se lleva la tarta a la boca. Cierra los ojos mientras mastica y saborea. Su cara es de placer absoluto. No veo ni un ápice de asco. Está guapísimo con los ojos cerrados, masticando. Los movimientos de su mandíbula se entrevén y su lengua sale tímida para apreciar los restos de azúcar que hay en sus labios. En fin, que creo que nunca me había dado cuenta de lo sexy y tierno que puede ser alguien comiendo. Me contengo para no abalanzarme sobre él. Marc abre los ojos y por fin emite:

—¡Uhhmm, riquísima! ¡Vamos a por más!

Y se acabo la paz. Mi mitad y yo nos deleitamos con todo lo que hay en la mesa entre risas y comentarios gastronómicos. Es cierto lo que nos ha dicho el TAO de que la comida no sacia y hasta que no queda nada en la mesa no paramos de engullir. Comemos de todo, frutas, chocolate, pasteles, el *strudel*, lo único que no probamos es el bizcocho. La Barbie se ha hecho con él y solo ha dejado miguillas. De vez en cuando alguien lanza un brindis e interrumpimos nuestro atiborre, para beber. Me lo paso en grande, todo está buenísimo.

Ha sido el mejor regalo que nos podían hacer. Después de fundirnos todo, nos tiramos en el suelo agotados. Ahora viene la segunda parte, la de los comentarios jocosos, la de los chistes y bromas con las caras que teníamos cada uno. Para eso no hay nadie mejor que Linda y Alex. Shinji se encarga de las imitaciones. Lloro de la risa. Lloramos de la risa.

Me siento muy bien, he ayudado a que Marc se desquite de sus miedos con un sobresaliente alto —después de la escenita del teatro—, y yo no sé si estoy más feliz por haber comido estos manjares o por ver la cara de Marc haciéndolo. El caso es que otra vez vuelvo a estar feliz.

Capítulo 64

—Espérate a que se vayan Darío y Lara para hablar. Pasa la voz. —Fátima me ha susurrado esto al oído. Yo hago lo mismo con Marc que está mi lado y él pasa el mensaje a Alex.

No nos es fácil cumplir nuestra misión. Darío y Lara son incansables, nunca tienen frío. Llevan demasiado tiempo aquí. Sin embargo los más novatos, por muy pegados que estemos a nuestras mitades, vamos a perecer agotados.

Me encuentro hasta mal, ya no es ni frío, es cansancio extremo. Estoy como resacosa y dudo que sea el champán que nos han proporcionado los TAOS. Necesito dormir.

—Chicos irros a descansar, estáis agotados —nos dice Lara que se ha dado cuenta de nuestra agonía.

—Pues los chicos no sé, pero nosotros vámonos, Lara, cariño.

No puedo ni alegrarme de lo apática que estoy. No sé si es verdad o es mi mente la que me está engañando con subterfugios y ha imitado la voz de Darío.

—Sí, vámonos. Hasta mañana chicos.

Creo que es cierto que Darío y Lara se han ido. Linda y Frank que son los que más energía tienen, nos preguntan si se nos ha ocurrido algo. Pero el letargo hace mella en nosotros y no consiguen más que suspiros.

—Vale, venga dormíos ¡panda de neófitos! El primero que se despierte, que seremos nosotros con toda probabilidad, que avise a los demás. —He escuchado a Frank decir esto a cámara lenta. Marc conecta mi palma con la suya y me entrego con más necesidad que nunca al sueño.

Volamos, volamos, vola...

—Despertad, Sara, Marc arriba. —Siento como algo frío separa mi mano de la de Marc y acto seguido me despierto de la forma más abrupta y desagradable que recuerdo. Mucho peor que un despertador a tope. Mucho peor que mi abuela subiendo la persiana sin avisar haciendo un ruido atronador. Mucho peor que un timbre desagradable y repetitivo en el descanso de mis noches en el hospital.

Me incorporo asustada y temblorosa. No sé donde estoy, me cuesta abrir los ojos. Hay una vocecilla interior que me recomienda que me vuelva a echar a dormir, que ha sido un mal sueño, pero hay otra voz aguafiestas que me dice que abra los ojos, que hay alguien que te ha despertado y por algo será. Cuando estoy a punto de sucumbir a la maravillosa voz que me tienta a dormir, escucho el timbre agudo de Linda gritando.

—¡Despertaos, dormilones! ¡Arriba, abrid los ojos de una vez! —¡Oh, oh, ya sé donde estoy! Me vienen los recuerdos de ayer: el ballet, la comida, el tremendo cansancio, el pacto de despertarnos pronto para discurrir en el homenaje de Darío y Lara.

Abro los ojos. Me giro para ver a Marc, todavía está tumbado y se cubre la cara con las dos manos, me recuesto sobre él. Literalmente, no puedo con mi alma. Nuestras tripas entran en contacto y el calor recorre mi ombligo. Marc da un respingo y retira las manos de su cara alzando un poco la cabeza para mirarme.

—¡Despierta, Marc, vamos! —le digo mientras se me vuelven a cerrar los ojos, dejándome llevar por el calorcito incipiente de mi vientre. Mi mitad comienza a reírse mientras se incorpora quedando yo entre sus muslos y abdomen la mar de calentita.

—¡Venga chicos, que Darío y Lara no tardarán!

Abro los ojos, pero no me muevo, estoy comodísima. Marc me acaricia el pelo. Creo que estoy en el paraíso. Él se ha sentado y aunque no le veo, sé que la disciplina y la responsabilidad le han despertado del todo. Me acurruco a su vientre y él amolda su cuerpo para garantizarme confort. Ya estoy más despierta, gran parte debido a las cosquillas en mi cuero cabelludo.

—Tenemos que pensar en algo para la fiesta y sobre todo hay que buscar algún modo de poder ensayarlo —dice Cloe.

—Sí, porque éstos no se cansan nunca. Intentar llevar su ritmo es mortal. Los nuevos no van a poder. Mira cómo están los pobres. — Estoy segura de que Linda se refiere a Fátima y Jimmy, Sylvia y Shinji y Marc y yo. Debemos tener un *look zombi*, tipo “The Walking dead”.

—Yo estoy muerta, pero bien, puedo pensar —les miento. Yo sólo puedo reparar en el placer absoluto que me está proporcionando mi mitad.

—Ya, ya, pero se darían cuenta, no os pueden ver así —alega Linda.

—Y sí hacemos un turno rotatorio. Nos vamos yendo a descansar, unos tras otros y cuando Darío y Lara se vayan a dormir, despertamos a los que lo estén haciendo en ese momento y nos reunimos...

Mi mitad es un superhéroe. No es que se haya incorporado sin dudarlo, no es que esté despierto como los que llevan aquí mucho tiempo, no es que encima proponga teorías, ¡es que además son buenas ideas! Las mentes despabiladas parecen estar conformes con la propuesta de Marc, y elaboran un plan. Yo asiento y escucho, poco más puedo hacer con la caraja que gasto.

El plan es ir siempre al mismo sitio a descansar. Cuando te toque el turno, turnos que controlará Frank y en su ausencia Cloe, te despides del grupo y vas al lugar donde duerme la otra pareja. Tú te quedas y la pareja que despiertas aparece poco después en el grupo y así Lara y Darío no sospecharán nada.

Como hay diferentes necesidades de descanso, los turnos no serán iguales. Alex y Cloe, y Linda y Frank, descansarán un turno de cada dos. Me da rabia ser tan floja, pero es que según estoy ahora yo no puedo ni idear, ni entrenar nada.

Nos ponemos todos de acuerdo y Sylvia y Shinji se van a dormir. Después iremos nosotros y nos seguirán Fati y Jimmy. Cruzo los dedos por que no sea en mi turno cuando Darío y Lara descansen porque si no nos va a tocar otra vez el madrugón.

Poco después de que Sylvia y Shinji se vayan y sin ninguna idea fructífera, aparecen Darío y Lara. Yo intento recomponerme para que no se den cuenta de que estoy hecha un trapo, Marc sin embargo luce mil veces mejor que yo. ¡Qué fuerza de voluntad!

Nuestros amigos se sorprenden al encontrarnos a tantos allí. Pero Alex les confunde contándoles que queremos pasar todo el tiempo que nos quede con ellos, aunque estemos ojerosos, en parte es cierto.

Comentamos con Darío y Lara todo lo sucedido anoche, lo bien que nos lo pasamos. La sensación de volver a comer. Fue el mejor regalo que nos podían haber hecho. Yo me acuerdo del TAO que nos dirigió y les comento que me asombró su naturalidad. Darío me explica que era su TAO y que como llevan tanto tiempo juntos habla con ellos relajadamente, pero que antes era mucho más cauto y comedido.

Se nos ocurre que si algún día Darío y Lara, en forma de TAOS, se cruzan con nosotros, nos saluden en clave, para que sepamos que son ellos. Concretan la estratagema, las mentes pensantes —yo no tengo ni una neurona despierta—: nos llamarán “los conectados” en vez de “Grupo conectados”. Creo, estoy perdiendo hasta el oído.

Frank nunca ha sido mi favorito, pero cuando nos ha hecho la seña para que nos fuésemos a descansar, casi me arrodillo para reverenciarle. Nos despedimos y damos a la dirección donde están Sylvia y Shinji.

Es peculiar verles durmiendo. Están muy quietos, como figuras, excepto por los ojos que se mueven a toda velocidad, debe ser igual que la fase REM. Yo me quedo un pasito por detrás y Marc separa sus manos. Instantáneamente se despiertan asustados. Tardan un rato que a mí me parece una eternidad en desperezarse y se marchan por fin. Nos quedamos Marc y yo solos. Me tumbo en un santiamén. Marc se acuesta a mi lado más pausadamente.

—Lo de hablar hoy, no es factible, ¿no? —me pregunta con sorna.

—Ni en broma, necesito dormir más que nada en el mundo —le suelto deseando que me de la mano y descansar.

—¿Y cuándo vamos a hablar? —insiste.

—Mañana —le respondo, a la vez que encajo su palma con la mía y comenzamos a volar.

Capítulo 65

Acabo de colgar el teléfono. Son las cuatro de la mañana. Otra vez ha vuelto a ser lo mismo: no contesta nadie. Empiezo a estar muy harto de las chorradas de Adan, porque no tengo ninguna duda de que es él. Si desea hablar con Tere, que lo haga de una vez, pero de qué sirven estas llamaditas a media noche, más que para dar por saco.

Lo bueno es que Tere ni se entera. El teléfono está lejos de la habitación de invitados y además duerme como un tronco. Yo todavía no llego a comprender cómo puede dormir con esa tripa enorme, pero ella dice que no le molesta.

Ya me he desvelado. No hay manera de que duerma más de tres horas seguidas. Entre las pesadillas y el teléfono, van a poder conmigo. Es cierto que desde la noche que le pedí perdón a Sara, el nivel de las pesadillas ha ido bajando, sueño menos con el accidente. Esta semana he dormido peor porque se celebró el juicio. Al final he ganado yo, si se puede llamar así. El juez ha desestimado su defensa, alegando que mi tasa de alcohol en sangre no era importante, cuando el que había provocado el accidente había sido el otro. Le han acusado de homicidio imprudente, pero no irá a la cárcel. A mí me indemnizará con sesenta mil euros. Yo a la vez tengo que pagar quinientos euros y me retiran seis puntos del carnet por la dichosa tasa de alcohol.

Nada me va a devolver a Sara, pero algo de culpa me quita, por lo menos de cara a mi familia. Mi madre lloró de la felicidad en pleno juicio cuando escuchó el veredicto. La pobre lo ha estado pasando fatal, pero no me ha dicho nada. Se ha quitado cinco años de encima; ahora lleva unos días que viene a casa a vernos y le encuentro mucho más animada. Hasta Tere se ha dado cuenta del cambio de actitud de mi madre. Pero insisto en que nada me va a devolver a Sara. Continúo yendo al psicólogo. Me parece que no lo voy a poder dejar nunca, tiene un cliente de por vida. A él le parece estupenda la relación que he establecido con Tere. Dice que me ha venido fenomenal poder compartir con alguien mi duelo. Además Tere y yo hablamos sobre el tema sin cortarnos. Cuando ocurrió todo estaba convencido de que jamás le contaría a nadie lo que pasaba por mi cabeza, pero unos meses después me encuentro confiándole todo a Tere y es cierto que me hace sentir mucho mejor.

Hace una semana se cumplieron ocho meses del accidente y Tere y yo le rendimos nuestro particular homenaje a Sara en mi casa. Pusimos varias fotos de ella iluminadas con velas. Comimos pizza barbacoa, que le encantaba a Sara y vimos el último capítulo de *Sexo en Nueva York* y las dos pelis. Tere lo había estado viendo y quería dejarse el final y las películas para ese día. Yo me sumé a su idea —muy a mi pesar, porque vaya empacho de cursiladas—. De todas formas le rendimos pequeños homenajes a diario. Tenemos un abrigo suyo colgado del perchero de la entrada, su taza del desayuno en la cocina, y siempre que cenamos ponemos tres cubiertos; son cosas de Tere a las que yo me he ido sumando y me gustan.

Con Tere me llevo fenomenal. Siempre estoy deseando llegar a casa para ver cómo está, cenar algún *tupper* de su madre y tragar series. Ya nos hemos acabado las siete temporadas de *Dexter*, y vamos al día con los capítulos que emiten en EEUU los domingos.

Nosotros los vemos en versión original con subtítulos los lunes.

También vamos al día con *Homeland*. Tere me ha convencido para ver una de vampiros, “Crónicas vampíricas” y a pesar de que el título es lo peor, la serie no está mal. A todo esto he tenido que bajarme la saga de *Crepúsculo* y el fin de semana pasado la vimos entera. Otro homenaje a Sara. Tere incluso se sentó con una foto de ella apoyada en su barriga y no la soltó hasta que vimos las cinco películas. Después se derrumbó. Sara y ella siempre habían ido juntas a ver las películas al cine. Aunque no hay quien se lo crea, y es demasiado pastelona no está del todo mal. Asumo que vi menos de la mitad —di cabezadas sin parar—, pero la lucha final de los vampiros me moló.

Ya no hay manera de que me duerma. ¡Qué rabia! Encima hoy acompaño a Tere a la ginecóloga y vaya careto que voy a llevar. Vamos sólo los dos, su madre tenía cita con el cardiólogo y no nos acompaña. ¡Gracias al señor! Porque aguantar las caras que le pone a la maravillosa Doctora Márquez se me hace insufrible.

Voy a leer un rato y luego si eso salgo a correr antes que se despierte Tere.



—¿Has salido a correr? ¡Qué ganas! —Tere está desayunando en la cocina. Toda la casa huele a café, aunque ella no toma lo prepara todas las mañanas. Chocamos nuestras manos en alto, nuestro saludo particular. Me voy a la ducha. Tengo que darme prisa que todavía llegamos tarde.

Nuestra joven doctora, está en un atasco y todavía no ha llegado. Habíamos cogido la primera hora para no tener que esperar en los sillones de la consulta, que por lo visto son hirientes para las lumbares de Tere. Por fin aparece... ¡Madre mía, sin bata está aun mejor! Lleva unos vaqueros, y una chaqueta americana negra. La tía va bastante elegante, demasiado para mi gusto, pero da igual porque ahora puedo disfrutar de algo que no se había dejado ver con la bata... su precioso trasero.

—¡Perdonad chicos! ¡He pillado un atasco enorme! ¿Hoy no viene tu madre? —Me parece entrever una mueca de alivio—. Ahora os hago pasar. Esperad un momentito.

—¿Quieres dejar de mirarla el culo? ¡Estás fatal! —Tere me propina un empujón cuando la doctora entra en su consulta.

—¿Qué quieres que le mire? ¿El bolso? Está buenísima.

Todo aparenta estar bien, la ecografía lo confirma. Parece que el bebé ya se ha colocado para salir y en tres, cuatro semanas le conoceremos.

—Doctora ¿tiene que seguir guardando reposo? —le pregunto por alargar la visita y que no nos largue ya; es de las pocas alegrías que me llevo.

—Llámame Marisa. Sí, de momento que siga guardando reposo, total ya queda poco. ¿Lo estás llevando muy mal Tere? ¿Se porta muy mal tu novio?

—No es mi novio —interrumpe Tere.

—Ah, perdón, pues el padre de tu bebé, ¿se porta muy mal?

Se está refiriendo a mí, se cree que soy el padre ¡Ayyy! Miro a Tere porque yo no sé muy bien qué decir. Tere suspira tomando el mando de la situación.

—Tampoco es el padre de mi bebé, nada de nada, ni en broma —Suelta mi querida amiga delante de la ginecóloga, como si yo fuera un *gremli*.

—¡Oye, tú! ¡Qué tampoco soy tan malo! —Marisa ríe y Tere también.

—Toño es mi amigo. Era el novio de mi mejor amiga, de mi hermana prácticamente,

a la que perdimos hace unos meses en un accidente. De ahí que yo anduviera tan despistada y no me diera cuenta de que tenía una falta.

Vale Tere, lo ha dejado clarísimo. La cara de Marisa es de sorpresa.

—Cuánto lo siento, de verdad. ¡Qué bien que os estéis ayudando, así lo llevaréis mejor! —comenta.

—Y el padre de mi bebé, que era mi novio, pues no sabe nada, porque no he sido capaz de encontrar el momento de contárselo, está viviendo fuera, y creo que me ha engañado, por eso hemos cortado.

Parece que a Tere le han inyectado el suero de la verdad y ha perdido la capacidad de resumir.

—¡Vaya lío! —Creo que la doctora está flipando con el enredo y valorando llamar a seguridad para echarnos de la consulta. Efectivamente le suena el teléfono, debe de haber un botón secreto para apretarlo en momentos de pánico. Marisa descuelga, dice «vale» varias veces, (será la palabra clave).

—¿Queréis un café? Con las prisas no me ha dado tiempo a desayunar y parece ser que mis pacientes también están en un atasco y no van a llegar. —Nos dice sonriéndonos, mostrando sus blanquísimos dientes. No entiendo cómo no se ha asustado con las confesiones de Tere, ¿será masoquista? Sea como sea, no voy a perder la oportunidad de pasar más tiempo con ella.

Me ofrezco a ir a la máquina a por unos cafés y un descafeinado, y dejo a Tere y a Marisa juntas.

Cuando vuelvo, lo más rápido que puedo, me alegro de comprobar que no hay nadie en el *hall* y entro en la consulta. Parecen dos amigas, son de la misma edad. Tere le ha contado lo que le ha pasado con Adan.

—De todas formas, deberías llamarle. Él tiene que tener la opción de elegir, vamos, es mi opinión —recula un poco.

—Y la mía, pero no hay manera —interrumpo.

—¿Tú también lo crees, Toño? Bueno eres tú, Tere, la que tienes que decidirlo. Poco a poco. Estate tranquila de todas formas y disfruta de estos últimos días de tu embarazo. El tiempo lo pondrá todo en su sitio.

Nos tomamos el café con Marisa, hasta que la llaman para avisarla de que ya tiene a la siguiente paciente. Se despide de nosotros de una manera mucho más amistosa que las otras veces. Se levanta y nos da dos besos a cada uno. Huele genial. Mejor que genial.

—¿De qué habéis hablado cuando me he ido? —me atrevo a preguntarle a Tere mientras conduzco.

—De cosas, de mí, de ella, de ti.

—¿De mí? ¿Qué habéis hablado de mí? ¿Y de ella? —Realmente me gusta esta tipa, parezco un adolescente.

—Te resumo: de ella, no tiene novio, ha tardado poco en soltármelo. De ti, que eras muy buen amigo y que te estás portando genial a pesar de lo de Sara. ¡Ah! Y le gustas, eso no me lo ha dicho, pero lo sé yo.

Capítulo 66

No hemos tenido ocasión de conversar. Eso sí, siempre antes de descansar, le acabo contestando a un Marc anhelante, que mañana hablamos. Pero estoy tan cansada que no puedo tirar de mi alma. He perdido la noción del tiempo. Esto es más duro que una semana de noches con cinco abuelos desorientados a la vez, gritando, saltando de la cama y haciendo nubecitas con el algodón interno del pañal. Menos mal que ya lo tenemos terminado.

Por otra parte, a pesar del cansancio, me alegro de haber pasado estos últimos días con la pareja que en unas horas nos dejará. He charlado mucho con los dos. Darío, que es un lince, se dio cuenta el día del premio, de que mi actitud con Marc había cambiado y al día siguiente me lo comentó. Se mostró muy feliz con nuestra nueva situación. Él aprecia mucho a Marc y quiere lo mejor para él, corrijo, para los dos.

He estado hablando mucho con él del tema. Me ha dado un montón de sugerencias sobre cómo disfrutar de tu mitad, sin agobiarte por ser tan dependiente de ella. Lara también me ha regalado un montón de consejos. Ninguno de los dos se ha atrevido a hablarme de la unión, son demasiado cautos para eso, pero mi cabeza se me dispara en multitud de ocasiones. Por una parte estoy deseando hacerlo, pero por otra me da pavor. Para hablarme de la unión, de todas formas, ya tengo a Fati y a Linda. Fátima no ha parado de tirarme pullitas: «lánzate ya», «no se puede aguantar la tensión sexual que hay entre vosotros» Yo no sé si es que me he emperrado, o es el miedo el que me paraliza, pero antes de unirme quiero sentar las bases de mi relación con Marc. Necesito entender qué siente por mí, quiero saber qué tiene que contarme; entre otras cosas, la razón por la que se refiere siempre a su mujer con desprecio, es raro en él... Y yo, a su vez, tengo que confesar mis secretos.

Eso sí, hemos derrumbado ya varias barreras. O por lo menos yo. Me encanta estar a su lado, y se lo hago saber. He descubierto un nuevo *hobby*, sentarme acurrucada en su abdomen calentito y mirarle cuando habla... y cuando no habla también. Marc se ríe, y me ruega que no le mire así, que no puede pensar, pero a la vez me atrae hacia él. En algún momento de tensión máxima y cercanía importante, me ha vuelto a soltar lo de que hasta que no se lo pida...

Parece que he vuelto a mi infancia, a los primeros amores del colegio, soy una niña; me falta poder mandarle cartitas de amor en sobres y cartas perfumados... Pero él es mi mitad, esto es para siempre, ¿para qué correr? Quiero disfrutar del cortejo, de las cosquillas en el vientre cuando nuestros ojos se encuentran, de las risas tontas cómplices, de cómo me protege con sus brazos, de cómo intuyo su cuerpazo al tocarle.

Respecto a la *Barbie*, mejor. También tiene que estar pegada a Shinji para no “constiparse” y eso les está uniendo bastante. Es que cada vez tengo más claro que la atracción que uno siente por su mitad es inevitable, y aunque al principio lo reniegues porque añores el amor de tu vida terrenal, es imposible no rendirse ante tu alma gemela. Además creo que por fin Sylvia se está dando cuenta de lo gracioso y buen tío que es su

mitad. Y Shinji, por otra parte, al encontrar a Sylvia más perceptiva se está acercando a ella. Es una mujer inteligente, la verdad que ha aportado muy buenas ideas. Cuando estamos ambos con el grupo y no andamos descansando, nos sentamos juntos. Sylvia reclama la atención de Marc y él se la presta, pero son conversaciones inocuas, inofensivas y bastante aburridas por cierto. Los dos son de darle la vuelta a todo: pros, contras, asuntos a tratar, posibles complicaciones. Cloe suele acercarse también a discurrir. Shinji, Alex y yo bromeamos y les hacemos burla. Es que es para verlos, parecen científicos de la NASA, aunque estén hablando de cualquier chorrada.

Cada vez entiendo mejor la relación que tienen Marc y Sylvia, en parte porque este se ha encargado de explicármelo e incluso me ha “medio” reconocido que al principio jugó a darme celos. Aunque me sienta un poco mal que en los momentos en los que estamos más a gusto aparezca la rubia y Marc se tenga que ir con ella a ayudarla, la fantasía de gasearlos, ya casi —y digo “casi”—, ha desaparecido.

Nos costó mucho llegar a la idea del homenaje. Aquí es muy complicado; no puedes regalar nada material como un reloj, una placa conmemorativa, mismamente un bolso Desigual, o un *ticket* regalo en el Corte Inglés, pero tampoco puedes hacer nada manual. Así que las opciones de sorpresa se reducen un noventa y cinco por ciento. Aun así, yo creo que lo que hemos ideado les va a gustar. Ha quedado chulo. La puesta en escena tampoco ha sido sencilla, nos han tenido que ayudar los TAOS, y el grupo del coro. El resto de gente de este nivel está al tanto y si quieren pueden participar. Total, que hemos tenido que ir secretamente informando a cada grupo de amigos y con el cansancio que gastábamos por mantenernos despiertos no ha sido tarea fácil. En mi búsqueda de cómplices, he conocido a dos personas españolas, una de Barcelona, Xavi y otro de un pueblo de Murcia, Pedro. Muy majos ambos. Marc también ha tratado con varios americanos más.

—No me puedo creer que hoy sea el día ¡Qué pena me da! —digo.

Estoy tumbada, por fin Marc y yo hemos descansado algo más de lo habitual. Reposo mi cabeza en su torso, me acaricia el pelo. Mi postura favorita.

—Ya, yo les voy a añorar tanto. Darío me ha cuidado desde el primer día. Lo único bueno es que es su deseo, y que vamos a poder descansar de una vez. —Me asombra que Marc se queje. Estos días yo era toda lamentos y gimoteos, mientras que él simulaba estar perfecto—. Y si descansamos, después podremos hablar largo y tendido.

—¿Sí? ¿No lo podemos retrasar un poco más? Total, unos mesecillos... —bromeo. Aunque en el fondo es mi inquietud quien habla.

—Ni hablar, esta noche después de la ceremonia, tienes una cita conmigo. No puedo dejar pasar más tiempo, Sara. En cuanto lo sepas, lo entenderás.

—Vale, vale. ¡Uff, que cague! ¿No serás un asesino en serie que se cargaba a las prostitutas por las noches? —guaseo. Ignoro por qué he dicho eso.

—Pues a mí sí me da cague, como tú dices. Tengo miedo a tu reacción, no sé qué va a pasar, pero, tranquila, te adelanto que un asesino no soy, ni he conocido a ninguna prostituta —Sonríe mientras pone los ojos en blanco. Yo prefiero creerle y no ahondar. Marc prosigue—. De lo que tengo que contarte tengo poca culpa.

—Vale, no sigas, que me entra el estrés y estoy muy bien ahora. No adelantemos acontecimientos —le interrumpo.

—¿Me prometes el primer baile? —Cambia el rumbo de la conversación. Le digo que sí. Ya me ha sembrado la duda y no voy a parar de elucubrar miles de teorías de lo que me tiene que contar en lo que queda de día. De todas formas, me muestro conforme con el cambio de tema, y hablamos de nimiedades hasta que se nos estira el brazo para ir a la

fiesta.

¡Andá! Esto está bastante oscuro, parece que han apagado el sol. Apenas veo nada, ¿será la falta de costumbre o quizás no hay bastones en mi retina? No veo un pimiento. Es la primera vez que no es de día desde que llevo aquí. Me sorprende. Me quedo petrificada, hasta que poco a poco mis ojos se acomodan y comienzo a vislumbrar el lugar. Es una sala enorme, en el suelo hay más niebla de lo normal. Se distinguen como pequeñas hogueras flotantes que dan luz al habitáculo. ¡Qué pasada!

Las parejas están apareciendo a tropel. Es curioso verles llegar; se nota algo en el aire, como si se pixelara y poco después surgen sus figuras. Ya sí que es real. Este es el escenario, aquí es donde se van a convertir en TAOS Darío y Lara. Me estremezco al acordarme.

Camino de la mano con Marc, saludamos a la gente a nuestro paso. Desde el torneo del fuego, Marc se ha hecho muy popular —parece el guay del insti. Todos le admiran, nunca habían visto al fuego volar tan alto, y que lo hiciera alguien que acaba de llegar, tiene aun más mérito. Marc, sin embargo no se da importancia, él realmente no cree que sea tan difícil. Alega que es cuestión de concentración y que cualquiera podría hacerlo. Estoy convencida de que lo piensa sinceramente y no es falsa modestia.

Encontramos a Fati y Jimmy que ya están con Alex y Cloe. Alex bromea sobre qué tal nos ha sentado dormir del tirón. Yo le contesto que me harían falta siglos para recuperar el sueño perdido. Poco a poco van llegando los demás, y departimos los últimos asuntos pendientes.

El coro comienza a cantar. Nada que ver con la impresionante orquesta del ballet, pero también me ponen los pelos de punta. Las voces están perfectamente acompañadas. La melodía se funde con ellas. La música envuelve nuestra estancia y le da un cariz más íntimo y emocionante. Todos comienzan a formar un enorme círculo, nosotros les seguimos la corriente.

Las notas de la canción pierden la serenidad y cambian el ritmo. Suenan unos tambores, ignoro cuál es su procedencia, y por fin, en el centro se pixela el aire y aparecen Darío y Lara. Un monumental aplauso les da la bienvenida.

Lara está preciosa, radiante, le intuyo algo nerviosa. Darío, todo lo contrario, se muestra muy sereno. Se van girando para vernos y saludan con gestos a todo el círculo.

Se presentan varios TAOS muy cerca de la pareja, y como es costumbre, uno de ellos es el portavoz. Reconozco su voz, y me atrevo a afirmar que es su propio TAO.

—Bienvenidos a la ceremonia de conversión de Darío y Lara. —No le dejamos terminar, rompemos en otro aplauso.

—Hoy es un día muy importante para ellos, todo lo que hasta hoy conocen va a cambiar. Es un camino muy largo, no creáis que acaba aquí, pero este es el primer paso que dais libremente, y por eso es muy importante. Nacer, morir y llegar al primer nivel es involuntario. Esta conversión la decidís vosotros, es vuestra elección, es un paso más hacia la verdad absoluta, hacia la felicidad absoluta. El camino de la inmortalidad está lleno de decisiones y sorpresas —Me está encantando el discurso del TAO, es bastante aclaratorio y esperanzador—. Y sin más preámbulos comenzamos la ceremonia. Darío ¿Vienes libre y consentidamente a esta celebración? —Darío responde que sí—. Lara ¿Vienes libre y consentidamente a esta celebración? —ella asiente.

—¿Estáis claramente informados del paso que vais a tomar? —Los dos consienten. Esto es lo más parecido a una boda, sin ser una boda, que he visto nunca. Deberíamos llevar trajes de colores, haber ido a la pelu y sobre todo no andar descalzos como indios cherokee.

¡Jo, qué falta de seriedad!

—¿Estáis conformes con que en el día de hoy perdáis vuestras dos facetas y os transforméis en una unidad?

—Sí —afirman a la vez.

—¿Estáis totalmente decididos a formar parte de las fuerzas conciliadoras, de la gran familia TAO?

—Sí. —Darío y Lara permanecen abrazados. Yo a estas alturas ya me hubiera rido, lo tengo claro, clarísimo.

—Pues que así sea. Ahora sí ¡Bienvenidos a vuestra propia fiesta de conversión! ¡Celebrémoslo!

Comienza a sonar la música y la gente se tira literalmente a felicitar a los protagonistas. Se arma una fila enorme, ahora entiendo la celeridad. Mientras esperamos, voy imaginando qué demonios decirlos, pero cuando llegamos, un nudo en la garganta del tamaño de un anfiteatro no me deja articular palabra y sólo alcanzo a abrazarlos. Marc se dirige a ellos por mí.

Cuando nos alejamos, Marc me toma por la cintura y me dice al oído:

—¡Eres la persona más llorona que conozco! ¡Qué graciosa!

No le contesto, me hubiese encantado, pero parece que el nudo está anclado a mi garganta y es incapaz de desengancharse. Sabía yo, que el día de hoy iba a ser difícil, y acaba de empezar.

Poco después de la ronda de felicitaciones, el coro comienza a cantar temas que ya me van siendo familiares y los grupos y parejas, se echan a bailar en una improvisada pista de baile.

—¿Me concede el primer baile? —Tengo a Marc agarrándome una mano y haciéndome una reverencia, igualito que suele hacer Alex. ¿Qué les habrá dado a los tíos con esto? ¡Ni que yo fuera Escarlata O'hara! Le doy un empujón que le arrastra a la pista mientras reímos.

Bailar con Marc es de las actividades más excitantes que he hecho en mi vida. Imagina que estás helada y sólo alguien puede hacer que entres en calor. Imagina que al contacto con cualquier parte de su cuerpo, cada célula de tu anatomía arda. Imagina que vuestros cuerpos se acoplen formando un solo ser y bailen al compás sin el más mínimo esfuerzo. Imagina que su aliento en tu cuello, sea como una descarga de aire abrasador que traspasa tu piel. ¿Cómo no voy a derretirme? ¿Cómo no me voy a abstraer de todo lo que hay a nuestro alrededor?

Después de varios temas juntos, nos separamos y bailamos con algunos de nuestros amigos. Darío y Lara llegan un poco más tarde. Espontáneamente formamos un pequeño círculo abrazándonos por los hombros y nos movemos al ritmo de la música. Es un instante que permanecerá para siempre en mi retina, el grupo “Conectados” al completo.

La música cesa y soltamos nuestros brazos. Parece ser que ha llegado el momento de rendirlos homenaje. ¡Qué nervios!

Todo el mundo está listo. Han vuelto a formar un corro enorme ante la mirada sorprendida de Darío y Lara. Es nuestro momento. Alex, Marc y yo, nos dirigimos al centro del corro y nos sentamos en el suelo uniendo nuestras manos. El coro comienza a cantar la canción “Over the rainbow”. Les hemos pedido que canten varios temas y este es el primero en la lista. No suena del todo mal, un poco lenta para mi gusto.

Marc y yo nos miramos. Vuelvo a dejarme llevar por su concentración y me olvido de mis nervios. Siento de nuevo el calor en mis manos. Los TAOS no han abierto el canal del

fuego para este homenaje. Alex, no tarda en encender la llama. Percibo el aplauso. El resto del grupo se acerca a nosotros, trayendo consigo a los protas. Cuando están cerca, Frank y Linda se separan un poco y pronuncian un discurso que hemos elaborado entre todos.

—Ho... Ho... Hoy es el día en que dos de nuestros mejo... jo... jores amigos van a embra... bar... carse en una nueva aventura —tartamudea Frank.

—Hoy es el día en que nos abandonarán y el vacío que dejarán en nuestro corazón será irremplazable. —Menos mal que esto lo está diciendo Linda, si lo llego a decir yo, les cae una granizada a los de abajo que sale en las noticias.

—Pero también hoy es un día alegre y muy feliz para ellos. Han tomado la decisión, que no ha debido ser nada fácil, por otra parte. Más que nada porque sois de los más viejos aquí. ¡Ya era hora, machos! —Los dos ríen. Linda se ha asemejado a una monologuista, esto se lo ha sacado ella de su propia cosecha, no estaba en el discurso acordado.

—Así que no queremos aguar la fiesta con peroratas lacrimógenas. Únicamente, después de darle muchas vueltas hemos decidido que el mejor homenaje que os podíamos hacer, era revelaros lo que habéis significado para nosotros, sin más. —Frank se acerca al fuego, eleva su palma de la mano de donde nace una pequeña llama y pronuncia:

—Amistad. —Lanza su llama a nuestro fuego y este la recibe. Después se sienta con nosotros enlazando las manos.

—Comprensión. —Linda hace lo mismo.

—Trabajo en equipo. —Fati ha sido la siguiente.

—Momentos inolvidables. —Jimmy arroja su llamita a la hoguera que crece con cada participante.

—Apoyo. —Sylvia es la que ha tenido la idea de acercarnos uno por uno con nuestra llama en la mano.

—Acogida. —Shinji, desde mi punto de vista, ha dado en el clavo.

—Sabiduría. —La última en hablar de nuestro grupo es Cloe.

Ahora es el momento de que si los demás quieren se sumen para hacer cada vez la llama más grande. Y aquí es donde la cosa se empieza a complicar. ¡Mira que íbamos bien! Nadie se acerca. Se lo hemos explicado a todos los grupos y les había parecido buena idea, pero se están rajando. Miran para otro lado, disimulando.

Nada, ni el tato. Me comienza a subir un *tsunami* de angustia y vergüenza ajena. Mis amigos y yo, que estamos unidos por las manos, nos miramos. Ninguno sabemos qué hacer. ¡Vaya homenaje cutre! Frank que juraría que le está saliendo humo de las orejas, toma las riendas e increpa en alto:

—¡Os queréis acercar y decir algo bonito, coño!

¡Ole, qué ole, qué ole, qué ole! ¡Viva la delicadeza! Pero parece que funciona: poco a poco van llegando nuevas calificaciones que describen el paso de Darío y Lara por sus vidas. Se acercan unas cincuenta personas más, cada uno con una palabra diferente y con una pequeña llama en su palma. Algunos miran a Frank con mala cara, pero la mitad de Linda no se pone ni colorado. Al final la pequeña hoguera inicial se ha convertido en un gran fuego y el corro, que empezó con tres, ha crecido simultáneamente. Ya puedo respirar tranquila, llevaba un rato en apnea.

Cuando ya no se arrima nadie más, el coro cambia el tema, y cantan para sorpresa de todos “Never say goodbye” de Bon Jovi. Me quedo pasmada, esto no estaba planeado. Cruzo los dedos para que la siguiente no sea la de Titanic —ya no podría con tanto empalago. Me dejo llevar y en el estribillo todos coreamos.

—Never say goodbye, never say goodbye —Estoy intentando seguir concentrada en

el fuego y en la canción, pero me es verdaderamente difícil no dejarme llevar por la emoción. Marc lanza pequeñas llamas hacia arriba que parecen alcanzar a las que flotan en el aire. Darío y Lara están flipando. No es para menos, esto es más tierno que un bebé con alitas.

Cuando termina la canción, separamos nuestras manos para provocar un ensordecedor aplauso. El fuego se apaga lentamente y vamos deshaciendo el corro. El coro gracias a Dios, se calla.

—Me imagino que os habrá gustado esta sorpresa, debéis estar muy agradecidos. — El TAO ha vuelto y esto es señal que ha llegado el momento.

—Sí, muchas gracias a todos —Darío y Lara se atropellan hablando a la vez.

—Pues pareja, colocaos en el centro del círculo. Es el momento de la transformación.

Los dos se sitúan donde les dice el TAO y se dan las manos, mirándose fijamente él uno al otro. Vuelvo a escuchar el ruido de unos tambores, todo lo demás es silencio sepulcral.

—Hoy se me ha otorgado el poder para convertir a esta pareja en la unidad. Vienen libre y consentidamente a la transformación. Qué el poder universal los ayude en su camino —Sus cuerpos comienzan a perder color, sobre todo por las piernas se van tornando invisibles—. Darío, Lara... ¡Bienvenidos a mi mundo!

La invisibilidad sube por las piernas y va comiéndose el resto de sus figuras, hasta que dejan de verse, hasta que sólo se ve una nube. Y después, nada.

Me caigo de rodillas, es sobrecogedor, esto es mucho peor que David el Gnomo y Lisa convirtiéndose en árboles. Esto es de verdad. Mis fastidiosos cubitos oculares aparecen instantáneamente. Creo que estoy paralizada, diría que me falta el aire. No debería haber observado la transformación, ahora siempre los recordaré así. Me prometo a mi misma no volver a mirar ninguna conversión.

Noto el calor de mi mitad acercarse, se agacha a mi altura. Me ha debido observar al desplomarme.

—Sara, tranquila, levanta, vamos. No llores

Intento alzar la cabeza, para decirle que no puedo parar de llorar, imposible. Marc me abraza. ¿Cómo puede estar tan entero cuando ha visto desaparecer a sus amigos? Le propino involuntariamente un fuerte puñetazo en el pecho que le desplaza. No sé por qué. Ha debido ser mi subconsciente que está cabreado con el mundo. Consigo levantar la cabeza, quizás le he hecho daño. Lo que veo no me gusta. No ha sido mi subconsciente, va a ser que tengo que viajar a algún sitio.

Marc tiene el brazo estirado. Observa perplejo la dirección que le sale. Se me alarga otra vez el brazo muy fuerte. Miro en mi “v” anatómica. ¡Dios mío! ¿Ya? Como si me hubieran lanzado un jarro de agua fría, me levanto rauda y miro la dirección que tiene Marc en su mano. Me asombro aun más cuando me doy cuenta de que se nos aparece el mismo destino. Nos llevan juntos. ¡Ay, mi madre!

Vuelvo a contemplar mi palma para comprobar la similitud. Sí, sin duda. Los dos tenemos la misma imagen, la entrada de un hospital que tiene un cartel luminoso:

URGENCIAS MATERNALES

Capítulo 67

—¡Toño, Toño, despierta!

«¿Estoy soñando?»

—¡Toño, por favor, despierta!

Ahora percibo un zarandeo en mi brazo, esto no es un sueño... ¡Es Tere! Me despierto bruscamente. La luz está encendida. Tere se encuentra a los pies de mi cama sujetándose el vientre. Una bocanada de miedo sube por mi estómago.

—Toño, me encuentro fatal, creo que tengo contracciones.

—¡Ya! ¡Pero si todavía... pero si todavía faltan semanas! ¿Es... estás segura?

—Pues no lo sé, pero me duele un montón. Te importaría vestirme y llevarme al hospital ya ¡Por Dios!

¡Lo pillo! Tere tiene una cara de terror que ni la niña del exorcista. Salto de la cama. Tere se esfuma de la habitación. «¿Y ahora qué hago? ¿Me visto? No, no, lávate la cara y los dientes primero, o mejor, vístete. ¿Pero me ducho o no me da tiempo? Bueno mea antes y ya que vas al baño, te lavas la cara y los dientes, pero ya que estoy aquí, podría vestirme ¿no? ¡Aysss, no sé qué hacer!». Estoy idiotizado. Decido ir al baño y darme con agua fría en la cara para poder pensar. Corro descalzo hacia el aseo. Abro la puerta con más fuerza de lo normal y esta me propina un golpe en los dedos de mi pie derecho que me hacen ver las estrellas. Me devuelve directamente a la realidad. «Tienes que llevar a Tere al hospital, date prisa, ¡atontado!»

Esto le debe estar doliendo una barbaridad, porque Tere no es de quejarse y ya ha dado varios gritos en el coche. Yo intento acordarme de los ejercicios que hemos visto en el DVD que nos dio la matrona, pero hoy no me debe quedar ni una neurona espabilada y lo único que puedo aconsejarle es que respire. Vamos, lo que dicen en todas las pelis. Estoy atacado, me ha pillado por sorpresa. Yo pensé que ni de broma me iba a poner tan nervioso como cuentan por ahí, pero es que ver el careto de Tere, no ayuda mucho. Vislumbro la puerta del Hospital. Me dirijo a la entrada por Urgencias maternas. Subo la rampa, y freno en seco. No apago el motor, salgo corriendo del coche para ayudarla. Un celador porta una silla y sienta a Tere en ella. Yo me voy a aparcar.

Estaciono cerca. Antes de salir, cojo aire y respiro con más calma. Debo estar relajado. Le mando un mensaje a Marisa, ella nos pidió que la avisáramos. Cuando sepa qué está pasando telefonaré su madre.

Cargo con la bolsa de preparativos que Tere dejó, hace días, en mi maletero. Pregunto en recepción y para variar me dicen que espere. Vuelvo al *hall*, al mismo *hall* de hace unos meses. Hoy no hay nadie. Cruzo los dedos para que no me hagan esperar tanto como la otra vez.

Pues casi llevo una hora y sigo sin saber nada. Cada cinco minutos me planteo avisar a la madre de Tere, pero me gustaría llamarle y darle alguna información fidedigna. Se abre la puerta y sale una bata blanca con pijama verde. ¡Espera! ¿Es Marisa? ¡Sí, es Marisa! Se acerca a mí.

—Hola Toño, ¡vaya cara! —bromea—. Tere está de parto. Todo está bien, no te preocupes. Se le ha adelantado dos semanas, pero no parece que haya ningún problema. Vamos a esperar a que dilate, todavía le falta un poco.

Sus palabras hacen eco en mi cabeza, no me estoy enterando de mucho, me he trabado en lo de que Tere está de parto.

—¡Toño, Toño! ¿Estás bien? —siento otro zarandeo en mi brazo como el del despertar. Funciona, porque vuelvo en mí. Hoy voy a pilas. Marisa me aclara que estaba de guardia y me vuelve a repetir que Tere está de parto. Creo que a la segunda lo pillo y decido llamar a la futura abuela. Su madre, mucho más serena que yo, me ha asegurado que se presentará aquí en menos que canta un gallo. La creo.

—¿Sabes que hablé con Adan por *email*? —Me sorprende Tere. Llevo ya un rato con ella, a cada contracción, creo que se va a desquebrajar. Todavía no le han puesto la epidural.

—No, ¿cómo voy a saberlo? —le espeto.

—Pues sí, hace un mes más o menos. Cuando se fue la luz y tú estabas corriendo. Ese día.

—¿Y de qué hablasteis?

—Pues nada, que quería hablar conmigo, que tenía que decirme no sé qué y que no me localizaba. Yo le dije que no vivía en casa porque me estabais cuidando. —El ceño de Tere vuelve a contraerse. El dolor la silencia durante treinta segundos. Cuando se relaja, y yo dejo de apretar mis dientes, le pregunto. No me puedo creer que Adan esté al tanto de todo y no se haya dignado en venir.

—¿Le dijiste algo?

—No, se fue la luz justo cuando iba a escribir. Fue una señal, Toño. Fue una señal de que no debía contarle nada, y ya no he vuelto a mirar mi correo.

—¿Cómo una señal? ¿Tú estás tarada? La luz se va cientos de veces. Le habrás dejado a cuadros. Pensará que te ha pasado algo.

—¿Ves por qué no te lo he contado? No me ibas a entender.

—No, Tere, sé sincera, me lo has contado, porque no lo entiendes ni tú. Yo te mataría si me hicieras eso. Lo siento, pero debo ser franco.

—Este hijo va a ser mío y ya está. Yo puedo cuidarle sola. No le va a hacer falta un padre.

—Pero es que su padre no tiene ni idea, Tere. No le estás dando la opción de elegir, piénsalo. —Esto me afecta más de lo que debiera, no puedo aprobarlo. No. Me decido a revelar algo que llevo tiempo pensando:

—No empieces tu nueva vida con una mentira. No hagas lo mismo que yo. Sara debería haber sabido la verdad. Me habría dejado, segurísimo, eso lo sabemos tú y yo, pero al menos yo viviría tranquilo porque no la engañé a la cara y después lo oculté. Date cuenta que cuando tu hijo te pregunte por su padre, tú le vas a hacer lo mismo.

La respuesta de Tere no tarda en llegar en forma de lágrimas.

—¿Qué le dices a mi hija? Tere cariño, ¿tanto te duele?

La madre de Tere entra como una apisonadora y me aparta de su hija. El padre se queda a unos pasos. Yo me alejo y salgo al pasillo. Debo dejarles a solas.

Voy a la máquina de café. Necesito despejarme. Reconozco que no ha sido muy apropiado decirle esto hoy.

—Te invito a un café. —He dado un bote de espanto. Estaba enfrascado en mis pensamientos. Tengo a Marisa a mi lado.

—No, deja, te invito yo.

—¿Qué pasa, Toño? Estás raro. —Seguro que tengo una cara horrible.

Su gesto de preocupación me hace confiarle lo que me ha sucedido con Tere. Marisa me atiende comprensiva y opina, sin ningún reparo, que Adan debería estar al tanto.

—¿Te puedo hacer una pregunta un poco personal? —Asiento. Marisa tiene algo que consigue que me abra con ella— ¿Qué sientes por Tere?

—¿Yo? Nada. Vamos, nada no. Pero no siento... Es mi amiga y se ha portado increíble, pero, ¿te refieres a eso? —¡Leches, me ha dejado “K.O.”!

—En parte sí. Perdona mi sinceridad, pero cuando Tere me confesó lo de su novio y que él desconocía todo esto, pensé que tú le apoyabas porque estabas enamorado de ella y...

—No, no, ni en broma. Yo no la apoyo en eso, y no estoy enamorado, ¡qué va! —resuelvo tajante.

—Ya lo veo, ya. Pues alguien debería tomar las riendas y darle un poco de sentido a esto ¿No crees? ¿Tienes el teléfono de Adan?

Sí tengo su teléfono. Quería que quedáramos para ir a jugar al pádel. Creo que está diciendo lo que está diciendo, y yo no soy quién para llamar a nadie cuando no se me ha dado permiso. Le digo que no con mi cabeza. No debo parecer muy convincente porque Marisa me sonrío y dice:

—Se me ocurre un plan.

Capítulo 68

De vez en cuando viene la matrona y me monitoriza durante un rato, todo parece estar bien. Tengo que estarme quieta pero a cambio escucho el trote de mi bebé a ciento cincuenta latidos por minuto, me serena oírle. El latido de su corazón es un calmante para mi tremendo dolor. Ya han pasado más de seis horas.

Ha venido Marisa varias veces. Hemos tenido suerte y está de guardia hoy. La matrona, Raquel, es muy maja, se ha enterado de que soy enfermera y me lo explica todo minuciosamente.

Mi madre, me está resultando un gran apoyo. Está muy tranquila. Entre contracción y contracción, me cuenta cotilleos del pueblo que yo creo que se ha estado guardando para este día y me tiene la mar de entretenida con sus chismes. Mi padre, sin embargo, todavía no ha recuperado el color. No sé a quién le duelen más mis contracciones, si a él o a mí.

Toño, va y viene. Entra y sale de la sala. La verdad es que llevo un ratazo sin verle. Diría que está cabreado como una mona. Intenta ocultarlo, pero le ha sentado fatal lo que le he dicho de los *mails*. En parte tiene razón, en gran parte. Pero él no lo vivió. Yo estaba a punto de escribirle a Adan confesándole mi estado, nada me iba a parar, y se fue la luz. ¡Eso es una señal aquí y en Marte! Por supuesto que me encantaría que Adan estuviera aquí, conmigo, pero la decisión está tomada. Yo cuidaré a este bebé sola, no necesita a un padre que engaña a su madre a la primera de cambio.

—Vamos a ver cómo vas de dilatación. —La matrona acaba de entrar y me está explorando.

—Muy bien, ya estás en cinco centímetros ¿Quieres la epidural? —esa pregunta es música para mis oídos.

—Sí, por supuesto, claro que la quiero. —Es obvio, pero aun así, yo se lo aclaro enérgica.

—Vale, vale, voy a poner un busca al anestesista.

Ya no me duele. La epidural es el mejor invento del mundo, (después del colchón y el váter). No me entero de nada. Me relajo con el sonido del latido del bebé, es música chill-out para mí, oír su corazoncito gracias al monitor que rodea mi abdomen, es mágico. Me estoy quedando frita. ¿Seré la primera embarazada que se queda sopa en su propio parto?

Estoy soñando, veo a Sara acercarse mí. Está guapísima. «Cuánto te echo de menos, Sara». Me contesta:

«Tere, todo va a salir bien, eres muy valiente. Estoy aquí contigo. Estoy aquí contigo...»

—Vamos a tener que administrarte oxitocina. —Marisa me despierta.

—¿Que qué? Me había dormido, perdona —logro decir.

—No, perdóname tú a mí, no me había dado cuenta. No estás dilatando, vamos a tener que ayudarte un poco. Pero no te dolerá, ya tienes la epidural y si te duele dímelo para ir ajustando la dosis.

—Vale.

Todavía estoy bajo el efecto de mi sueño. He visto a Sara, era tan auténtico. Busco por la sala alguna señal. Nada. Cierro los ojos. Vuelvo a ver su imagen y oigo su voz repitiéndome «estoy aquí, a tu lado». Debe ser efecto de los narcóticos, pero la siento tan real que les voy a pedir que me suban la dosis. Sara tiene que encontrarse aquí. Sé que no me dejaría pasar este trance sola. No como Adan. «No es lo que crees, él te quiere, avísale». Los recuerdos de Adan me asaltan. Le veo cocinando en nuestra casa, trabajando en el ordenador, despertándose por la mañana, saliendo de la ducha, sonriente. Efectivamente debe de ser la medicación la que se está cargando los candados que había puesto en las puertas de mis recuerdos de Adan.

—Me ha dicho Marisa que empujes y que no te duermas. —Toño ha vuelto a mi lado.

—No, no estaba dormida, estaba...

—Tus padres se han ido a tomar algo a la cafetería, me quedo contigo.

—Ah, vale. —Pues sí he debido dormirme de nuevo porque no me he enterado del cambio de guardia.

—Perdona lo de antes, Tere, yo no soy quién...

—Ya, ya, no te preocupes, a lo mejor tienes razón —le contesto.

He oído claramente la voz de Sara decirme que Adan me quiere, ¿estoy teniendo alucinaciones? De cualquier forma, creo que he cometido un error. Es un poco tarde para darse cuenta, muy en mi línea de indecisión... Pero Adan es buena persona y haya hecho lo que haya hecho conmigo, no se merece este vacío informativo.

—Tenías razón, Toño, he sido una estúpida. Te prometo que cuando nazca mi hijo, le voy a llamar.

—Me parece bien, pero que conste que es tu decisión, a mí no me tienes que prometer nada.

Toño me da la mano, en señal de paz y consenso, ¡está congelada!

—¿Has estado fuera? Tienes las manos heladas —le pregunto curiosa.

—Sí, ya te contaré. He ido a la comisaría.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —Ahora me doy cuenta de que Toño está un poco pálido, más vale que me lo cuente.

—No, nada, que me han llamado hace un rato y como está cerca pues he ido un momento.

—¿Me quieres contar de una vez para qué te han llamado? Que esté de parto no quiere decir que no pueda escuchar. Es más, esto promete ser más largo que la obra del Escorial. Soy una primeriza de libro. Tiempo tenemos todo el que queramos, y con la epidural estoy perfecta, no me duele nada. ¡Venga empieza!

—Es que es un poco fuerte el tema. Es extraño, extraño.

—Si te piensas que me vas a dejar así, ¡vas listo! ¿Para qué te han llamado, Toño? —Definitivamente Toño está afectado, lo que sea que haya ido a hacer, le ha tocado. Por fin veo en sus ojos algo de decisión y disposición para relatármelo.

—Pues nada, me han llamado de la comisaría para ver si podía ver unas fotos. Me han dicho que me pasara esta semana, pero como estaba aquí cerca y me ha entrado la curiosidad pues he ido.

—¿Y?

—Pues que tienen grabaciones del parking, de la noche que pincharon las ruedas a varios vecinos, entre ellos yo.

—¿Y no se han dado cuenta hasta hoy? —Así va el país...

—No sé. Ni idea. Querían saber si reconocía al sospechoso que se ve en las fotos.

—¿Y le has reconocido? —me tiene intrigada.

—Sí, bastante bien, pero mejor te lo cuento después.

—¡Ni en broma! ¿Qué pasa? ¿Es alguien que conozco? —Intuyo que Toño no quiere preocuparme, pero si no me dice quién es, se me va a salir el corazón por la boca. Debe ser alguien conocido. ¿Quién?

—Es que además tienen más imágenes. ¿Recuerdas los apagones de luz? También son culpa suya. Yo incluso les he contado lo de las llamadas a casa sin responder y creen que será la misma persona.

Un miedo atroz me recorre, ¿las llamadas a casa? No puede ser. Tiene que ser un error, yo siempre he relacionado las llamadas con Adan. ¿Se habrá vuelto loco? ¡Claro, y por eso Toño no me lo quiero decir! Yo no me quedo así ni en broma.

—¿Es Adan? Si es, dímelo, no te cortes, por favor, es mejor saberlo.

—¿Adan? ¿Tú Adan? ¡Ni de coña! ¿Pero cómo va a ser él si está en Edimburgo? —Toño ha sonado convincente. Mi incipiente taquicardia se ralentiza. También el latido del bebé parece que marcha un poco más despacio, o quizás ¿demasiado despacio? Me extraña. Juraría que no lo he escuchado tan lento desde que llevo aquí. En seguida entra Raquel y se queda mirando el registro del monitor. Aunque intenta disimularlo, su cara es de preocupación. Me falta el aire, creo que me voy a marear, oigo el latido cada vez más lento.

Aparece Marisa, y sin decirme nada me explora rápidamente. Observa preocupada el monitor. Sale acto seguido con Raquel.

Ya apenas oigo el latido del bebé. ¡Por favor que me lo saquen ya! Mi bebé está sufriendo ¡Se está parando! La angustia se apodera de mí, no puedo articular palabra. Toño está pálido. Algo va mal, es obvio, no me lo estoy imaginando.

—Tere, ahora vengo, voy a hablar con Marisa.

No le da tiempo a irse, Marisa entra con un celador y le escucho decir:

«A quirófano cuatro».

—Tere, estamos perdiendo el latido del bebé, es posible que no pase nada pero para asegurarnos te vamos a realizar una cesárea urgente... ¿Estás de acuerdo?

—Sí —le digo con un hilo de voz antes de marearme.

Capítulo 69

No tengo fuerzas para abrir los ojos. Debo estar haciendo síncope vasovagales, mi tensión estaba justita y con los sustos cae aún más. Espero que sea eso y no que tenga una hemorragia interna. En momentos así preferiría ser matemática, química o piloto, para no tener ni la más remota idea del cuerpo humano.

Mueven la cama a toda velocidad. Mientras me trasladan me han debido poner un monitor cardíaco, noto las pegatinas en mi tórax. El suero cae a toda velocidad, siento como entra por mi vena canalizada.

Ahora estamos en un ascensor. Percibo el pitido de varias alarmas, pero ya no escucho el latido del bebé.

Me es imposible abrir los ojos, estoy en la franja de la inconsciencia. Muy, muy floja. Las puertas del ascensor se abren.

—A la exclusiva un momento, están preparando el quirófano.

Siento como giran la cama y la frenan poco después.

—Tere, ¿me oyes? Soy Marisa ¿Cómo estás?

—Mareada —se lo digo sin abrir los ojos.

—Es normal, tienes 90/70 de tensión. Te estamos pasando un suero a chorro, te recuperarás en seguida. A veces la oxitocina y la epidural hacen estas cosas.

—¿El bebé? —mi voz no parece mi voz, es como de ultratumba.

—Ahora... —Suena un teléfono, parece un móvil, Marisa se aparta un poco.

—¿Sí? ¿Ya? Que suba. En la exclusiva... voy—

Creo que me he quedado sola. Me duermo. ¡Sí, otra vez tengo a Sara conmigo! ¡Dime algo Sara, corre, antes de que me despierte! Ahí la tengo, viene hacia mí y me abraza.

«Estoy aquí, oigo al bebe, está bien Tere, está bien».

«Te echo de menos, muchísimo», le digo mientras la rodeo.

«Y yo, yo también tonta». Hasta en mis fantasías Sara me regaña, ¡qué auténtico!

«Habla con él, habla con él, te quiere». Ahora no sé a qué se refiere. Me despierta una voz.

—¿Tere? Darling. ¿Tere? ¿Tú, oyes? —Me es muy familiar, me reconforta esta voz. Siento como me aprieta la mano. Es muy suave.

—Todo va bien. Vamos... tener un bebé... a nice bebé.

¿Es Adan? Mi poca consciencia que me queda se está armando un lío. Estaba con Sara apretujándola en mi fantasía, pero ahora parece que Adan está aquí, en otra dimensión, no es la misma que en la de Sara, de hecho siento su mano. ¡Ay, Dios! ¿Está aquí, de verdad?

Hago un esfuerzo sobrehumano para abrir los ojos. La luz entra poco a poco en mi retina. Distingo a alguien con un gorro verde, situado a mis pies. Hace un movimiento y desfrena la cama. Es el celador. A mi izquierda escucho la voz de Marisa explicarme que vamos a quirófano. Pero yo quiero saber a quién pertenece la voz que había a mi derecha. Giran la cama a toda velocidad y me desoriento. Muevo mi cuello hacia el lado derecho y

enfoco. Hay alguien ahí, está claro, aunque sólo alcanzo a ver su abdomen, pero al girar la cama para salir de la exclusiva, el celador me regala un gran ángulo de visión y le veo.

—¡Adan! —Alargo mi mano para saludarle, pero el celador me interrumpe y mete mi brazo dentro de la cama.

—Las manos dentro de la cama, señorita. —Me regaña. Veo a Marisa acercarse a él. Salimos al pasillo y los pierdo. ¡Era Adan, era Adan!

Capítulo 70

Lo de hoy, ni en las series americanas; con razón dicen que la realidad supera la ficción. ¡Vaya mañanita! Está pasando de todo.

Desde que Tere me despertó para decirme que estaba de parto, no hemos parado. Primero la carrera en el coche: con mi estado de nervios, y su cara de dolor. Después encontrarme con Marisa que estaba de guardia. Mi conversación con ella, cuando me ha preguntado si sentía algo por Tere, ¡qué palo! Y más tarde su plan.

Menos mal que Tere me confesó que hablaría con Adan después del alumbramiento, porque Marisa y yo le habíamos llamado seis horas antes. Bueno, corrijo, ella le llamó. Su plan era que si Tere se enfadaba, le diría que había sido una decisión médica, que yo no tenía nada que ver. De hecho yo sólo le di el teléfono y Marisa se fue a un despacho a llamar. Cuando regresó, lo hizo con una sonrisa:

—Es encantador, me ha caído fenomenal, y eso que el pobre se ha llevado un susto.

—¿Qué le has dicho?

—Pues primero me he presentado, y le he dicho que era la ginecóloga de Tere. Como no entiende bien español se lo he tenido que repetir varias veces. Y nada, le he explicado que Tere iba a dar a luz y que sería conveniente que el padre estuviera aquí.

—¡Toma! ¿Y qué ha contestado?

—Pues se ha quedado callado mucho rato, creo que se ha echado a llorar, pero no estoy segura. Le he intentado tranquilizar y más tarde me ha preguntado si Tere estaba bien. ¡Qué majo! Le he explicado como he podido que sí y le he confesado que Tere me lo había contado todo. Mientras él hacía la maleta.

—¿Viene para acá?

—¿Cómo? Pues claro, dudabas de mí. ¡Ah! le he dicho que cuando llegue pregunte por ti.

Marisa es aun más increíble de lo que pensaba, flipo con ella.

Más tarde, para seguir dándole intensidad a la mañana me llamaron de la comisaría para ver las fotos del sospechoso que se dedica a pincharnos las ruedas en el garaje. Como parecía que Tere estaba bien acompañada y yo pintaba menos que nada, fui para allá, convencido de que no conocería al idiota que me ha hecho gastarme doscientos euros en neumáticos. Cuál fue mi sorpresa al ver que sí le conocía.

El garaje tiene cámaras y habían captado en varias imágenes al payaso, o mejor, payasa. Casi me atraganto con mi propia saliva cuando he distinguido a Marga en las fotos. He dudado unos segundos si delatarla o no, pero cuando el policía me ha dicho que algunos vecinos la habían reconocido y que la habían visto estos últimos días en el portal, me he dado cuenta de que esto se pasaba de castaño oscuro, y que tenía que denunciarla. Es lo que he hecho, con todo el dolor de mi corazón, pero esta tía está zumbada y Dios sabe qué se le puede ocurrir.

Los policías me han asegurado que investigarán lo de las llamadas a casa, pero se mostraban casi convencidos de que provenían de ella.

Pero me esperaba un susto aun más grande, por el que me encuentro ahora mismo aquí en la sala de espera. Ya han metido a Tere en el quirófano y estamos esperando a que salgan a informarnos. Su madre que hasta ese momento estaba serena, se ha derrumbado al ver cómo se llevaban a su hija a toda velocidad. No es para menos. Ahora la mía es la que ha tomado las riendas y nos está calmando a todos.

Adan no sé por dónde anda. Al final ha llegado a tiempo. No he hablado apenas con él. Nada más verle, llamé a Marisa y se subió a quirófano. Quizás esté allí.

Le he encontrado algo más delgado, y con una cara de susto importante. Yo estaba tomando el aire cuando le he visto salir de un taxi. Nada más verme ha venido hacia mí, con un gesto bastante confuso. No le he dejado ni hablar. Tenía que subir rápido, así que mientras marcaba el teléfono de Marisa y le guiaba por el hospital hacia los ascensores, le he soltado, casi atropellándome con las palabras:

—Hola Adan, ya te explicaré. Tienes que subir ahora mismo a quirófano, le van a hacer una cesárea urgente a Tere. Voy a llamar a la doctora para que te deje entrar.

—¿Está bien? —es lo único que he podido entenderle, el resto era en inglés.

—No sé, creo que sí. Te lo explicará ahora la doctora.

Pero antes de verle desaparecer en el ascensor absolutamente sobrecogido por la situación e interrumpido el cierre de las puertas.

—Mira Adan, no sé si has engañado a Tere o no, ni me importa. Sé lo mal que lo ha pasado ella, lo sé porque ha estado viviendo conmigo. Pero está a punto de nacer vuestro hijo, creo que tenías que estar aquí y por eso te hemos llamado. Ayúdala.

Cuando solté las puertas permitiendo que se cerraran escuché a Adan darme las gracias y mientras regresaba a la sala de espera decidí dejar de meterme en la vida de los demás. Esto es muy cansado.

La madre de Tere se pone en pie. Marisa acaba de salir de quirófano y viene hacia nosotros.

Capítulo 71

¡Tere acaba de ser mamá! En pocos minutos le han sacado el bebé de su vientre y acto seguido la bebita se ha puesto a llorar, tranquilizando a todo el quirófano. Es conmovedor ver como una nueva vida llega.

—¡Es una niña, Marc. Es una niña! —Marc se ha dado la vuelta hace ya rato para no mirar y se ha perdido todo. Resulta que el intrépido lanza llamas se marea cuando ve un poco de sangre. Sin embargo Adan se ha comportado como un valiente. La doctora esa, Marisa, le ha dejado pasar por las circunstancias especiales del caso, y porque me parece que es amiga de Tere y Toño.

—Sí, ¡qué bien, me alegro! De todas formas no miro, luego si eso, cuando esté tapadita.

—¡Vale, flojo! Voy a acercarme. Te dejo aquí solo, no te desplomes... —bromeo.

La matrona se ha llevado a la bebita y le están aspirando las secreciones y realizándole el test de Apgar para valorarla. Mientras, la doctora está terminando de coser el abdomen de Tere. Yo me acerco a mi amiga. Está semiconsciente. Ya no he vuelto a comunicarme con ella. No la quiero confundir más. Ahora lo tiene todo, una hija sana y salva y a Adan al lado. Adan le acaricia la frente y la está susurrando al oído.

—Tere, Tere despierta.

Parece que Tere vuelve en sí.

—Adan, Adan ¿Qué haces aquí?

—Me han avisado y he cogido el primer vuelo. Tenía que estar cerca de ti.

—Ah.

—No tenía ni idea, ¿por qué no me lo dijiste, Tere? Hubiera venido. Es... es el mejor momento de mi vida. Gracias —Adan le da un beso en la frente a mi amiga.

—¡Adan, ven! —la enfermera le ha llamado para mostrarle a su hijita—. Toma sostenla y enséñasela a su madre —Adan pone los brazos de la forma más rara existente y si no es porque la profesional le ayuda a sujetar a la pequeñaja, esta hubiera viajado a mi mundo del trompazo.

Ya más seguro, Adan va hacia Tere con el bebé descansando tranquilito en sus brazos. Cuando llega la doctora le ayuda un poco con el manejo y le muestran la niña a su madre.

—Es una niña preciosa, Tere. —Adan está emocionado.

Mi amiga abre los ojos como platos.

—¿Es una niña? ¿Es una niña? —pregunta reiteradamente.

—Sí Tere, es una niña y está perfectamente. A las 13:27 minutos has tenido una niña que ha pesado tres kilos doscientos y que está sana como un roble. —Oigo a Marisa.

—¡Qué bonita! ¡Mi niña, mi niña!

Las lágrimas de Tere caen a raudales, igual que mis cubitos. Una auxiliar levanta un poco el respaldo de la camilla para que Tere pueda sostener a su bebé. Tere pone los brazos para sujetar a la niña. Adan la posa en su regazo.

—Sara, Sarita, mi pequeña Sara. —Tere pronuncia esto y yo acto seguido emito un quejido. Marc por fin se gira y viene a mi encuentro.

—¿La va a llamar como tú? ¡Qué bonito! —No puedo responderle. Marc me abraza. Cuando recupero mis fuerzas me dirijo hacia la pequeña Sara, y esta vez Marc me sigue.

—¡Es preciosa! ¡Qué boquita!

—¡Nuestra sobrina! —le digo.

La niña en ese momento abre los ojos y aunque parezca imposible de creer estira el brazo y nos traspasa con su manita.

—Venga, ya está bien. Llevad a Tere a la UVI. Tiene que descansar. Adan, ven conmigo, te voy a indicar lo que vas a hacer ahora. Permanecerás con el bebé un rato, para darle calor. Mientras, cuidaremos de su madre en cuidados intensivos. Yo ahora voy a informar a la familia.

Estoy muy feliz, todo ha acabado bien. Marc y yo salimos del quirófano por petición expresa de mi mitad.

—¿Dónde vamos? —le pregunto

—Donde sea, pero que no esté Toño.

—Vámonos con Adan, entonces.

Marc ya conoce toda la verdad. No me ha quedado más remedio que explicárselo del tirón. Cuando llegamos Tere y Toño hablaban de Adan y mi novio le decía que no le podía engañar, como él había hecho conmigo. Marc en seguida ató cabos.

—¿Él es Toño, no? ¿Y ella tu amiga íntima?

—Sí.

—¿Sabías que estaba embarazada?

—Sí, claro.

—¿Están juntos?

—No, son amigos. Tere ha tenido que guardar reposo y Toño le ha ofrecido nuestra casa.

—¿A qué viene eso del engaño, Sara? ¿Toño te engañó?

—Sí.

—¡Será idiota!

—Me enteré hace poco. Cuando regresé tan mal. Es lo que quería contarte. Se me derrumbó todo en lo que creía, Marc. Perdí la confianza en mí y en los demás.

—Te juro que si pudiera lo mataría.

—Pues no puedes, y además es asunto mío. No es tan fácil, Marc. Probablemente ya no estábamos bien y yo no me quise dar cuenta. Eso no es todo, para más “inri” después de mi muerte siguió con ella.

—¡La madre que lo parió! —Es la primera vez que he escuchado a Marc decir algo inapropiado.

—Pero ya está. Le he perdonado. Lo está pasando fatal. En cierta manera, yo he hecho lo mismo.

—¿Tú también le engañaste?

—No, tonto, yo no. Aquí no, pero tú y yo...

—No es lo mismo.

—Ya, lo sé, pero no le voy a dar más vueltas. Cada uno que cargue con lo suyo. Él fue el que me engañó, si tiene pesadillas durante toda su vida, pues él se lo buscó. En lo que a mí respecta, tengo la conciencia tranquila.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—Pues, entre otras cosas por vergüenza, me quedé en blanco, Marc. Por eso he tenido que reflexionar y meditar tanto, Darío me ayudó mucho. Desde el principio todo me vino grande, nunca me paré a pensar, estaba tan ocupada descubriendo cosas que no viví mi propio duelo.

La conversación duró hasta que se llevaron a Tere a quirófano. Es la primera vez que hablo largo y tendido con mi mitad. Me ha resultado mucho más fácil de lo que pensaba. Sabe escuchar, me mira a los ojos, y cuando habla me da distintos puntos de vista, no me responde con clasicismos. Me ha quedado claro que para nada siente lástima por mí, que lo único que es capaz de distinguir es rabia hacia Toño por haberme hecho daño. Le creo.

Nuestra primera charla únicamente se ha visto interrumpida por mi don. Cuando Tere se durmió decidí entrar en sus pensamientos para tranquilizarla. Marc ha alucinado con mi habilidad; es otra faceta que aunque conocía, no me había visto llevándola a la práctica. Se ha puesto a intentarlo, como buen deportista competitivo, pero esto parece ser como lo de girar la lengua, o naces con ello o ya te puedes dejar la vida haciendo momos que lo único que vas a conseguir es empaparte de babas.

Después cuando se llevaron a Tere a quirófano, partimos con ella. Marc y yo en todo momento oíamos el latido del bebé y no estábamos muy preocupados, por eso se lo intenté hacer ver a Tere cuando estaba en la exclusiva.

Y por fin vi a Adan. ¡Qué alegría más grande me he llevado cuando le he visto! A Marc le ha caído fenomenal desde el principio, más o menos con la misma rapidez que le ha caído mal Toño. Sigo en mis trece. Adan debe tener una explicación, la manera en que mira a Tere es la misma de siempre.

Se abre la puerta y una enfermera le entrega la bebé a Adan. Este se descamisa un poco para que la pequeña Sara disfrute de su calor y del latido del corazón de su padre. Cuando la enfermera los deja solos. Adan susurra cosas a la enana, en inglés.

—Te pareces mucho a mami, Sara. Eres preciosa, mi niña. ¿Sabes que yo no sabía que venías al mundo hasta hace un rato y me has hecho el hombre más feliz del mundo? Tú y tu mama sois lo mejor que me ha pasado en la vida.

Marc y yo, estamos boquiabiertos sentados en frente del flamante padre. Es una escena preciosa. Yo apoyo mi cabeza en el hombro de Marc.

—¡Qué envidia! —suspiro.

—Ya, ellos van a poder disfrutar de su hija, verla crecer. ¿Tú querías tener hijos? —me pregunta Marc.

—No, cero de instinto maternal. ¿Y tú?

—Sí, pero teníamos problemas, de eso tengo que hablarte.

La pequeña Sara hace un amago de llorar y Adan le canta una especie de nana.

—¡Qué bien me cae este chico, no como el novio tuyo ese!

Nos quedamos pasmados viendo la escena. Pasa bastante tiempo hasta que se vuelve a abrir la puerta y entra Marisa y Toño detrás de ella.

—¡El que faltaba! —bufa Marc.

—¡Anda, calla! —le regaño, no me quiero perder ni un detalle.

—¿Qué tal vas con la niña, Adan? He traído a Toño, para que conozca a vuestra preciosa hijita. Espero que no te moleste.

—No, no, gracias a vosotros estoy aquí. Pasa Toño, te presento a Sara.

—¿Sara? ¿Se llama Sara? —Toño no puede aguantar las lágrimas. Ni yo. Se sienta en una silla al lado de Adan y este le pasa a mi sobrina.

—Chicos os dejo. Ya he hecho bastante por hoy y estoy agotada. Necesito dormir un

poco.

—Marisa, gracias por todo, de verdad, no sé cómo te puedo agradecer todo lo que has hecho por nosotros. —Toño titubea.

—Yo sí, invítame a cenar. Tienes mi teléfono.

—Ah, ah, vale.

¡Oh, Oh, aquí hay gato encerrado. Esta va a ser la ginecóloga que le gustaba a Toño! Pues no está nada mal, me pega para él. Tiene buen gusto.

Marisa se despide. Después Adan le propina un suave codazo a Toño.

—¿Pero se puede saber qué le veis? —pregunta Marc cabreado.

—Pues a un tío que se le cae el alma al ver a un bebé, Marc, Toño es buen tío. Si fueran otras las circunstancias te caería bien —No puedo evitar reírme para mis adentros—. Calla que quiero enterarme.

—Es tan chiquitita, ¿verdad? ¡Qué manitas! —Toño está emocionado.

—Gracias por avisarme, todavía no creo esto que pasa, gracias.

—Nunca he querido meterme en tu relación con Tere, pero creo que ser padre está por encima de eso, aunque Tere no me perdona nunca.

—¿La quieres mucho? —le pregunta Adan.

—¿A la niña? Sí, tenía muchas ganas de conocerla y ahora que sé que se llama Sara aun más.

—No, no, a la niña no, ¿a Tere?

— No te entiendo Adan, ¿a Tere? Nos hemos hecho muy amigos, eso sí. Ha estado viviendo en mi casa. Tenía que guardar reposo y en casa de su madre no podía estar porque tiene gatos.

—¿Pero estás enamorado de ella?

—¡Joder, que os ha dado a todos con que estoy enamorado de Tere hoy! ¡No, Tere es mi amiga!

—Alguien me dijo que estabais juntos...

—¿Que estábamos juntos? ¿Eso te lo ha dicho alguien? Pues es mentira, de verdad. Adan, yo no sé qué pasa entre vosotros, pero yo no estoy en medio. ¿Y quién te lo dijo?

—No me lo creí mucho, bueno al principio sí, y por eso regresé a Edimburgo. ¿Sabes que Tere vino verme a Edimburgo?

—Sí, le compré el billete yo.

—Ah, gracias Toño. Pues ese día cogí el uno vuelo a Madrid. Tere no estaba en casa, y acordé que había estado contigo. Fui a tu casa y no haber nadie tampoco. Pero cuando iba a marchar, una chica que subió me dijo que tú eras un chulo, que había sido tu novia, pero que ya la habías cambiado por la amiga de Sara.

—¡La leche con Marga!

—Sí, ¡Marga! Cuando recapacité, no le creí mucho porque parecía un poco loca, pero yo ya estaba en Escocia. Cuando quise llamar a Tere, no tenía forma.

Ahora voy casando los datos, ya voy entendiendo por qué Adan no llamaba a Tere.

—Esto parece un novelón —bromea Marc.

—La verdad que sí... —reconozco.

Toño le hace carantoñas a la pequeña Sara y esta hace muequitas con la boca. Es una escena tiernísima. La verdad es que mi sobri es magnífica.

—Toño, yo no engañar Tere, de verdad.

—Eso, díselo a ella, yo no soy quién, no hace falta que me lo cuentes.

—Ya, pero tú eres ahora importante para ella y no quiero pienses mal mío. Yo quiero

mucho a Tere y la echo de menos todos los días.

—Entonces, ¿por qué no venías?

—Por mi hermana, se intentó suicidar. Está en clínica de desintoxicación. Me pidió que nunca decírselo a Tere.

—Lo siento.

—Los doctores decirme que yo hacerle mucho bien. Ha estado muy mal. No es la primera vez. Sólo mejor conmigo. Yo mentir a Tere con el trabajo cuando estaba en clínica en Londres. Cuando vino yo estaba allí.

—¡Pero hubiese sido mucho más fácil contárselo!

—Lo sé, pero mi hermana me vuelve loco. Yo muy afectado. Ella problemas con alcohol y no quiere que nadie sepa. Ha sido muy duro. Yo quería estar con Tere pero mi hermana me llamaba desquiciada rogando que la visitara. Cuando decidí que no podía seguir mintiendo a Tere y se lo iba a contar, fue tarde.

—Y encima la loca de mi ex, te convence para que creas que estábamos juntos. No te preocupes que este jaleo lo arreglamos, como me llamo Toño.

¡Lo sabía, lo sabía! Adan tenía una clara explicación. Su hermana siempre me pareció un poco rarita. ¡Efectivamente esto es un novelón en toda regla! Estoy convencida de que cuando Adan le cuente la verdad, Tere le va a perdonar, y serán felices, por lo menos hasta que la muerte les presente a su mitad.

Marc sonrío ante el último comentario de Toño. De verdad que mi ex novio se está portando genial. Ha madurado un montón con todo este caos en su vida.

Mientras que la enana vuelve a los brazos de su padre, los dos adultos elaboran un plan para que Adan pueda hablar con Tere a solas. Toño se llevará a los abuelos a comer y Adan lo aprovechará. Poco después, entra un auxiliar para informarles de que Tere ya ha ingresado en la habitación y se lleva a la bebida para chequearla antes de que su madre se la coma a besos.

Nos quedamos Marc y yo solos. Está un poco raro. Me sostiene ambas manos, antes de hablarme:

—Ha llegado el momento de contarte mi problema, si se le puede llamar así.

—Venga, suéltalo, si seguro que no es para tanto —le intento tranquilizar.

Antes de que Marc vuelva a abrir la boca, nuestras manos se separan por un brusco movimiento involuntario de nuestros respectivos brazos.

—¡Oh, no! —exclama Marc.

Miro en mi dirección, me sale otro destino en la Tierra. No lo conozco. Verifico de nuevo y realmente no tengo ni idea dónde está eso. Parece un hospital, pero no es español. Observo la cara de Marc, él sí que parece reconocerlo.

—¿Dónde vamos? ¿Conoces esto?

—Sí, creo que sé dónde vamos. Sara prepárate, vas a conocer a Jess.

Capítulo 72

—¿Estamos en Florida? —Sigue pareciéndome alucinante cómo pasamos de un continente a otro.

—Pues sí, creo que estamos en un Hospital de Orlando —me confirma Marc que está oteando a su alrededor.

—¿Y qué hacemos aquí? ¿Lo sabes? —Nos hallamos en la puerta de un hospital americano. Está amaneciendo.

—Sí, ya te lo he dicho. Vas a conocer a Jess.

—¿Y por qué en un hospital, está enferma? —. No entiendo nada, además Marc se muestra muy nervioso.

—No enferma, enferma, no.

—¿Pues entonces?

—Sara, creo que Jess también va a dar a luz hoy.

Si alguna vez te han dado un balonazo en la cara en pleno invierno, sabrás como me siento yo ahora mismo. Bloqueada es poco, mente en blanco menos aún, shock cardiogénico puede acercarse...

—Di algo Sara

—¿Es tuyo? —Es lo único que me pasa por la cabeza.

—Sí, es mío, pero...

—¿Cómo va a ser tuyo? No puede ser tuyo. —Por muy bloqueada que esté, se sumar y nosotros llevamos ya nueve meses muertos. Si Marc estaba ingresado y muy enfermo, no pudo embarazar a Jess.

—Sí, sí que es mío. —Marc está del todo convencido.

—Pero es imposible, no salen las cuentas Marc. —¡Estos hombres se lo creen todo! ¡Inocentes!

—Sí que salen, porque no es natural.

—¿Eh? —.Otra vez balonazo en toda la cara.

—Vamos a entrar, mientras te lo explico, no quiero perderme el nacimiento de mi especie de hijo.

Si ya recuerdas lo del balonazo en la cara, sabrás que te quedas estupefacto, y si encima te dan dos, pues comprenderás que no soy capaz de mover las piernas. Marc me da la mano y tirando de mí vamos acercándonos al hospital.

Mientras recupero el sentido y buscamos el paritorio, Marc me aclara todo. Dice que Jess estaba obsesionada con tener hijos, y que ya desde unos meses antes de casarse lo habían intentado, pero no había manera. Marc cuenta que él lo llevaba mucho mejor que su mujer, que Jess se convirtió en una obsesa de los calendarios, se compró todo tipo de artilugios para saber si ovulaba, test de embarazo, libros. Lo típico en estos casos. Ya sólo hablaba de eso. Y por supuesto sólo practicaban sexo en su momento fértil del mes. La frustración por no quedarse embarazada, descubrió a una Jess desconocida para él, y nada apetecible. Marc la califica de mujer fría, calculadora, egoísta, interesada y que sólo le

quería por su éxito —esto es la versión de él, resulta obvio que está más que aliñada con rencor. Nada más casarse, ella dejó de trabajar. Es cierto que Marc dice que ganaba suficiente como para que vivieran estupendamente los dos, pero no entendía cómo Jess prefería quedarse en casa y no realizarse profesionalmente.

Buscamos su nombre en un ordenador que tiene la lista de pacientes encendida. Está en el box siete. No me puedo creer que vaya a asistir al segundo parto hoy, y menos que vaya a ver a Jess. Nos dirigimos hacia allá. Ya estoy recuperada del shock. Todavía no entiendo algunas cosas, pero sé que Marc lo está pasando fatal. Ahora me toca a mí apoyarle. Me acerco más a él y le doy un achuchón lateral. Él sorprendido me besa la cabeza, y mientras caminamos prosigue; debido a la insistencia de Jess, fueron a una clínica de esterilidad privada. Allí les dijeron que ella sufría una malformación en las trompas y que por eso estaban teniendo tantos problemas para concebir. La única solución era la técnica in-vitro.

—Lo intentamos una vez, cuando yo estaba todavía bien. Consiguieron varios embriones y congelaron los que no usaron en la primera transferencia. No funcionó, y pocos días después dio la cara mi enfermedad, así que dejamos el tema aparcado. O eso creía yo. Jess siguió tratándose a mis espaldas. Me imagino que mintiendo a los médicos de la clínica de reproducción asistida, por mis ausencias.

—Bueno, Marc, quizás no quería agobiarte, pensaría que te ibas a poner bien.

—Sara, no, no era por mí, era por ella. Jess se hizo la segunda transferencia estando yo muerto, con los embriones congelados. Engañó, falsificó mi firma, y se quedó embarazada sin mi permiso.

—¡Andá la leche! ¿Eso se puede hacer? ¡Qué fuerte! —Si lo mío parecía una novela, lo suyo no se queda atrás.

—Pues me imagino que no, pero una vez embarazada ¿a quién le importa? Mi madre podría haberle denunciado, pero la ilusión porque haya un pedazo de mí en la Tierra, le ha echado para atrás. Debe de estar por aquí, aunque no se llevan muy bien. Mi madre es capaz de tragar de todo por su familia.

Atisbo el box siete a unos veinte pasos, dentro tiene que estar Jess. Me parece que no quiero verla.

—¡Mira, ahí está mi madre!

Una mujer mucho más joven de lo que pensaba está sentada en unas sillas de plástico que hay en frente del Box siete. Es bastante guapa. Marc ha salido a ella. Llama la atención su melena rubia rizada que contrasta con el bronceado perfecto de su piel. Sus ojos son verdes, no como los de Marc. Tiene un tipazo. Lleva unos vaqueros ajustados y una camisa blanca. Un look elegante y a la vez casual.

—Es muy guapa. —Le reconozco. Marc luce una sonrisa al acercarse a su madre, sus ojos retornan su color azulado y se enternecen.

—Mi madre es la mejor. Desde la muerte de mi padre se tuvo que hacer cargo de nosotros tres y nos ha ofrecido la mejor educación que le ha sido posible. Nunca nos gritaba, y eso que le hemos liado cada una, pero mi madre disfrutaba con sus hijos. Mi muerte es lo peor que le ha pasado nunca.

—Me imagino.

—Sara, ¿puedes meterte en su mente? ¿Puedes usar esa habilidad tuya con mi madre? Lo intento, pero no puedo, no siempre es fácil.

—No puedo ahora mismo Marc, creo que generalmente lo consigo cuando están o soñando o están despiertos, pero muy activos, muy emocionados. Todavía no lo tengo muy

entrenado, ¿pero si lo logro, qué imagen quieres que le mande?

—Esta. —Marc me sonrío y se arrodilla para darle un beso a su madre, que por supuesto ni se entera. La guardo en mi retina, me encantaría lograrlo.

—Voy a pasar a ver a Jess, ¿vienes?

No puedo descifrar bien su gesto, e ignoro qué es lo que quiere que haga. Yo desde luego me inclino por quedarme con mi suegra, pero si él prefiere que esté a su lado... A estas alturas decido que es mejor preguntárselo directamente.

—Marc, ¿tú qué esperas que haga?

—Me gustaría que vinieras conmigo. No me es agradable ver a Jess y creo que junto a ti será más fácil, pero si no quieres, lo entiendo, paso yo.

Me sitúo a su lado, antes de que termine de hablar.

—¡Venga vamos! —Intento no sonar ansiosa, pero es mi verdadero estado.

Entramos en el box. De primeras no veo a Jess, hay tres personas más que la tapan. Dos chicas y una mujer más mayor.

—¡Mis hermanas! Mira Sara está son Brenda e Isabelle, mis increíbles hermanas, y esta es mi suegra.

Yo no puedo observarlas. Ya he cazado a Jess y no puedo quitarle los ojos de encima. ¡Vaya mujerón y eso que está a punto de parir! Es aún más guapa que Sylvia. Eso sí, va pintada como una puerta, un poco de más para mi gusto, y sobre todo estando en el contexto en que está.

Es rubia con mechones, aparentemente naturales, más claros. Tiene unos ojos enormes negros, maquillados con sombras verdes y tierra. La piel delicadamente bronceada. Lleva gloss en los labios, lo que me hace preguntarme inevitablemente qué clase de persona se entretiene en echarse gloss antes de dar a luz. No está excesivamente gorda para su estado de buena esperanza. Es alta y debe tener una preciosa figura, sus brazos se ven fibrosos. Sus pechos enormes, habría que verla sin bebe a bordo, claro. Pero a pesar de que es prácticamente perfecta, hay algo en ella que no cuadra, tiene un rostro frío, no dice mucho, es demasiado guapa quizás, hasta me atrevería a decir que es sosa.

Pillo a Marc contemplándome. Intenta averiguar qué pienso de su mujer.

—¿Y bien? —me pregunta.

—Pues hombre, Marc, ¿qué quieres que te diga? Guapa es un rato, habría que verla sin maquillaje, pero... —No quiero tampoco endiosarla.

—¡Imposible! ¡Casi no la he visto ni yo, siempre va pintada! ¿Puedes entrar en su mente?

—¡Marc que no soy ninguna médium! ¿Y para qué quieres que entre, si puede saberse? Eso, sería demasiado *heavy*.

—Tienes razón, perdona. Mira mis hermanas, la están ayudando.

Mientras conversamos sobre sus jóvenes y dulces hermanas, me percató que Jess tiene ya la epidural. Está monitorizada y se oye el latido del bebé perfecto. Marc ya está algo más relajado y yo a su vez. No veo en Jess a una rival, por muy bella que sea; la forma en que mi mitad se refiere a ella me lo ha dejado bastante claro. Por raro que parezca Jess no me cae mal. Siempre he sido la defensora de los pobres, y si Jess hizo lo que hizo, tuvo que ser por razones que se le escaparon a Marc, pero vamos creo que a nadie le apetece ser madre y viuda a la par.

No conecto con ninguna de sus mentes. Marc sale y entra del box, yo permanezco aquí. Los médicos exploran varias veces a Jess, parece que está dilatando fenomenal y que queda poco. Brenda va informando a su madre. Isabelle conversa con Jess. La suegra de

Marc, una señora pija y estirada, lee una revista en un sillón que está algo apartado de su hija; de casta le viene al galgo.

Me doy cuenta de que todavía no sé el sexo del hijo de Marc. Cuando Marc vuelve a entrar y se pone a mi lado se lo pregunto.

—Un niño. —Vacilo ante el gesto neutro de mi mitad, no logro comprender por qué aparenta estar indiferente.

—Marc, ¿eres realmente consciente de que vas a tener un niño? ¿Por qué no estás contento?

—¿Y por qué he de estarlo? —contesta a regañadientes—. No me va a conocer nunca, no va a tener padre, o al menos no va a tener a su padre biológico —ríe sarcástico—, porque estoy convencido de que Jess tardará poco en cazar a otro idiota.

—Pero eso no quita que haya algo de ti en este mundo, Marc, y tu familia se encargará de recordárselo. Seguro que los TAOS te bajan y le verás crecer, hacer su vida. Es tu hijo, Marc. Olvida cómo ha llegado hasta aquí, eso ya no tiene importancia, él no tiene la culpa.

Marc me ha estado escuchando atento, sé que en el fondo quiere a ese bebé, pero la inquina no le deja ver la realidad. Decido que de momento no le voy a presionar más, sin embargo para más desconcierto Marc me abraza, estrujándome en sus brazos ¡Qué calorcito!

—De todas las reacciones que imagine tuyas, esta nunca se me pasó por la cabeza. Pensé que te enfadarías.

—¿Y yo por qué?

Marc se separa un poco y mirándome a los ojos me dice:

—Por defraudarte, por haber sido tan tonto como para casarme con alguien así.

—¡Le dije la sartén al cazo! —exclamo. Marc no ha entendido nada de mi dicho popular y me explico un poco mejor—. Pues que a mí, mi novio me engañó unos meses antes de morir, o ¿ya se te ha olvidado?

—Ya... —asiente—. ¡Vaya dos idiotas que estamos hechos!

Nuestra improvisada escena del tipo “dos tontos muy tontos” se ve interrumpida por la entrada de los ginecólogos que vuelven a explorar a Jess y esta vez sí que deciden llevarla a paritorio.

En unos segundos me he quedado sola con Jess. Las dos hermanas han salido corriendo a avisar a su madre. La “suegrísima” se ha marchado para llamar por teléfono y Marc está con su familia fuera.

Contemplo a la futura madre, se tapa la cara con sus temblorosas manos. Parece hiperventilar. Ahora sí que reconozco a una mujer a punto de dar a luz. En la instantánea soledad de la habitación, Jess ha dejado de fingir y parece estar atacada. Me acerco a ella, creo que en esta situación sí que puedo conectar con su mente. Efectivamente, de pronto me vienen imágenes de partos de películas, mujeres aullando de dolor, mujeres con el rostro deformado. ¡Uy, uy, uy, parece que no soy la única que se ha tragado la saga crepúsculo! Veo a Bella Swan caquéxica y muriendo en la camilla. Normal que hiperventile, no es para menos.

—¿Estás bien, Jess? —la madre ha irrumpido en la habitación y se ha sorprendido al ver el rostro de su hija.

—Sí, mamá. Es sólo que...

—Jess, no hagas tonterías. No eres la primera mujer que ha dado a luz, así que relájate. No quiero ñoñerías.

Las “bonitas” palabras de su madre devuelven la falsa compostura a Jess y vuelve a aparentar normalidad.

Sigo recibiendo imágenes, ahora son totalmente diferentes. Sale Marc; está metiendo maletas en el maletero de un coche. Jess se despide de su madre y de un hombre que imagino que será su padre. Al llegar al maletero, Jess abraza a Marc. ¡Uff, eso duele! Marc está feliz, ambos le dicen adiós desde la distancia y se meten en el coche. La escena vuelve a cambiar ¡No, no, no, esto no lo quiero ver! Marc está en la UVI, intubado, con un montón de sueros y bombas de medicación rodeándole. Está demacrado, ni parece él. Jess le ve desde un cristal, llora, choca su cabeza contra el vidrio. De nuevo cambia el pensamiento. Este es aún peor: el entierro de Marc. Menos mal que Jess lo corta en seguida. Las imágenes fluyen por mi mente, estoy totalmente conectada a ella. Veo su embarazo, consultas con el médico, el día que le dijeron que era niño. Una foto de Marc.

Un celador entra en la habitación y empieza a mover la cama. La madre sale sin comentar nada. Las imágenes de partos terroríficos vuelven a su mente, y eso no tarda en reflejarse en terror. Me da mucha lástima y además es bastante molesto, me encantaría poder ayudar y sacarme los aullidos de mi cabeza, pero no tengo recuerdos compartidos con ella que pueda visualizar. ¡Espera sí! Hago una pequeña trampa y le proyecto la imagen de Marc antes de besar a su madre. Parece que funciona, los gritos de dolor cesan y sólo veo la sonrisa de mi mitad.

«Espero que se parezca a ti, Marc, quiero a alguien como tú en mi vida». He oído eso claramente. Jess quiere que su hijo se parezca al padre. No debe de ser tan mala, ¿no?

—He conectado con ella, Marc.

Estamos en el paritorio. Es muy amplio, mucho más moderno que el de Tere. No reconozco el material, es diferente al de España. Nos hemos situado en la cabeza de Jess, Marc no se atreve a estar en primera fila.

—¿Sí? ¿Y qué, has visto muchos artículos de revista? —No me gusta nada este Marc irónico.

—Marc, no seas así, está muy asustada, pero el mal bicho de su madre no le deja expresarse. Y para que lo sepas te he visto. Ella piensa en ti, es más, quiere que el niño se parezca a ti, ha dicho que necesita a alguien como tú en su vida.

—¿Tanto has visto? —mi mitad pregunta estupefacto.

—Sí, incluso cosas que hubiera pagado por no ver, cuando estabas enfermo, tu entierro...

—¡Has visto mi entierro! ¡Qué horror! Seguro que Jess fue elegantísima y actuó como una perfecta joven viuda americana.

—Marc, es lo que me proyectaba su mente, ella piensa en ti. No la menosprecies. Por lo que he visto ha sufrido mucho, a su manera. Teniendo a la madre que tiene.

—¿Qué ves ahora?

—¿Quieres que conecte otra vez con ella?

—Sí, por favor —me ruega Marc.

—Pero está a punto de nacer... Vale.

El médico ya le ha pedido que comience a pujar y Jess empuja con todas sus fuerzas. Me es francamente sencillo adentrarme en su mente. No hay muchos pensamientos en estos momentos, sólo veo una imagen, y me es muy conocida, sólo veo a Marc.

—Marc te veo a ti. —No dudo en desvelárselo.

—¿A mí? —se sorprende.

—Si Jess se está concentrando en tu imagen. Ya te he dicho que desea que tu hijo se

parezca a ti.

Me acerco a sus piernas, ya se ve la cabeza. Jess lo está haciendo fenomenal. Vuelvo hacia Marc, que mira incrédulo a Jess y le atraigo hacia mí. Poso mis manos en sus mejillas. Está helado, por primera vez Marc está sobrecogido, fuera de juego, bloqueado. Sus ojos, del todo grises enseñan una mirada perdida. Su rencor, se ha encargado de distorsionar la imagen de Jess, y ahora llego yo y le doy la vuelta a todo, confundiéndole. Me arrepiento de no haber hablado con él antes, esto es lo que quería contarme, por eso siempre volvía de las bajadas a la Tierra tan afectado. Le podría haber ayudado, Marc me necesitaba y yo estuve enfrascada en mis asuntos, como si fuera la única con problemas.

El bebé está a punto de salir y quiero que lo primero que vea sea la cara de su padre. Asunto complicado cuando el padre está paralizado a un metro de distancia. No se inmuta ante mi contacto.

Regreso a la escena del parto, la cabeza está a punto de salir. En la siguiente contracción asomará. Parezco una loca corriendo de un lado a otro. Vuelvo a Marc. Ni se entera.

Sé lo que tengo que hacer, no quería que fuese así, pero va a ser la única forma de espabilarle. Me acerco a él. Nada. Sus ojos siguen inertes. Apoyo mi mano en su nuca, me pongo de puntillas para alcanzarle y poco a poco mis labios se posan en los suyos. El calor de nuestras bocas fluye. Marc en un gesto automatizado me atrae hacia él, creo que está despertando de su letargo. ¡Ay, Dios! Tenía tantas ganas de besarle. Mi lengua se asoma y le roza sus labios. Esto despierta del todo a mi mitad. Le oigo gemir, una mano se enreda en mi pelo y la otra me acerca aún más a su cintura, mientras su boca se abre complaciente para recibirme, pero... «¡No, Sara, no! ¡Para! ¡No es eso lo que tienes que hacer!» Me separo unos centímetros bruscamente.

—Marc. ¿Te fías de mí? —le digo mirándole a los ojos.

—Sí, claro. —Aunque está aturdido, consigue sonreír un poco.

—Sígueme. Yo estoy a tu lado, no lo olvides —le regalo de nuevo un beso fugaz y casto, y le guío hacia su bebé. Marc me acompaña y nos ponemos en primera fila, el uno al lado del otro, dándonos la mano. Llegamos justo a tiempo. Jess por indicación del médico vuelve a empujar y la cabecita del pequeñajo se asoma del todo. Él médico la agarra y la gira un poco para ayudar a la salida de los hombros. En la siguiente sacudida se asoma todo el cuerpo del bebé, que como mi sobrina Sara, rompe a llorar en la señal de vida más maravillosa que hay. La emoción nos envuelve. Marc tiene los ojos llorosos. Me encanta verle así. El bebé tiene los ojos cerrados por el llanto. Una enfermera se lo lleva después de cortar el cordón para examinarlo. Nos vamos con ella, así nos evitamos ver la sutura de la episiotomía. El reciente padre ahora sí, mi Marc, está feliz. Su mano enérgica me arrastra hacia donde está su hijo. Este acaba de vaciar sus pulmones con el llanto y abre los ojos ante la estimulación de la enfermera. Marc se acerca situándose entre la enfermera y el bebé. El enano continúa expectante con sus vivaces ojos abiertos mientras que Marc le contempla boquiabierto. Cualquiera diría que el niño está viendo a su padre. Marc ríe con los momos de su hijo y llora a la vez. Me abstraigo de todas las explicaciones que le están dando a Jess y me concentro en guardar esta imagen en mi retina.

Cuando el bebé está preparado, se lo llevan a su valiente madre, que no se ha quejado ni una sola vez. Marc se gira y me encuentra a su espalda.

—Gracias, Sara, gracias. Ha sido... eres... —parece que mi mitad se ha quedado sin palabras. Todavía tiene cubitos en sus mejillas, se los aparto. Esto provoca a un Marc con las emociones exaltadas y me atrae hacia sí por la cintura. Me propina una cadena de besos

rápidos e inocentes por mi cara, mientras me sigue dando las gracias. Después del último contacto, algo menos casto, de nuestras bocas, me parece oír a Marc susurrándome:

—Te quiero.

¡Pero no lo he oído bien!

—El niño está fenomenal Jess, pesa tres kilos doscientos. Y está en perfectas condiciones. Lo has hecho muy bien. ¿Cómo se va a llamar tu hijo? —pregunta el médico.

—Como su padre... Marc. Marcus Fest.

—Muy bonito. Pues a las 10:27, has tenido a tu hijo, Jess, a tu pequeño Marc. ¡Enhorabuena!

Marc se ha sorprendido ante la revelación de Jess. Los dos nos hemos separado al oír el nombre que ha elegido Jess para el peque. Ya tiene al niño entre sus brazos. Me acerco a ella. Conecto inmediatamente con su mente, que sólo está ocupada por el bebé que ven sus ojos. Me decido a proyectarle una nueva imagen; la de Marc riendo y llorando a la vez mientras Marc junior gesticulaba. Jess la recibe al instante y mira hacia donde se produjo esta escena. Después besa con cuidado a su bebé en la frente mientras le dice:

—Tu papi ha estado contigo, tu papi te quiere. Lo sabía, lo sabía.

—Sara, ¿te das cuenta de que hay un nuevo Marc y una nueva Sara ahora mismo en el mundo? —me pregunta Marc.

—Sí, es poético. Y han nacido el mismo día, pero probablemente nunca se conozcan. No sé quién se da cuenta antes, si Marc o yo, el caso es que lo expongo yo primero.

—¿Han nacido a la misma hora?

—No, pero casi —explica Marc.

—¿Será posible? —pregunto.

Capítulo 73

Ya estamos en la habitación. Brenda sostiene al bebé mientras le canturrea. Isabelle le está haciendo todo un reportaje fotográfico al pequeño Marc. Olivia —la madre de Marc— ayuda a comer a Jess. Su madre se fue a descansar y volverá para quedarse por la noche. Vi algo de emoción en ella cuando sostuvo al precioso Marc entre sus brazos.

El padre de la criaturita y yo alucinamos con las caritas que pone cada vez que nos acercamos. La verdad es que el niño es guapísimo. Yo particularmente pondría la mano en el fuego porque el bebito tiene la capacidad de vernos.

—Jess, quería decirte una cosa. Gracias por llamarle como a mi hijo —le confiesa Olivia a Jess, mientras le pela una naranja cariñosamente.

—Lo tenía claro, pero al verle la carita aun más, se parece mucho a él. Tiene su nariz y la forma de sus ojos —contesta la reciente madre.

—El otro día rebuscando en casa encontré una foto de Marc de bebé. Le tomé una foto con el móvil, mira, son iguales.

Veo a Olivia emocionada contemplando la foto de Marc, es el momento de intentar conectar con ella. ¡Lo tengo!

Me asaltan imágenes de un pequeñín de pelo rizado, vestido de rey en un triciclo y después otra del mismo niño poniéndose perdido comiendo salchichas. Veo un festival, a un Marc chiquitín disfrazado de sol. Me decido a proyectarle la escena, esta vez entera, de su hijo sonriendo y besándola enfrente del box siete. La reacción no tarda en llegar, cayéndosele el móvil de las manos.

—¿Te encuentras bien, Olivia?

—Sí, sí, es solo que... me ha venido una imagen a la mente que no recordaba.

—¿De Marc?

—Sí, de Marc. No sé, estaré emocionada, ha sido raro.

—Olivia, si de algo estoy segura es de que Marc ha estado hoy con nosotras, no lo dudes. Y no he tenido ocasión de decírtelo pero me ha hecho muy feliz vuestra compañía. Reconozco que lo que hice estuvo mal, pero estaba desesperada. Quiero que mi hijo crezca con vosotras, con la familia de su padre, una familia que se quiere y se lo demuestra, una familia que se apoya y se unen para solucionar los problemas. Para frivolidades, normas absurdas y estúpidas ya estará la mía.

Olivia da un abrazo a Jess. Parece que han limado asperezas.

Se nos estira el brazo a ambos.

Miro en mi mano. Ha llegado el momento de volver.



No estamos solos. Aparecemos en una sala grande, siento a mis espaldas una conversación. Me giro, vislumbro a mi abuela y al padre de Marc. Vienen hacia nosotros.

Mi mitad y yo estamos congelados y casi ni podemos andar.

—Sara, cariño, ¡qué bien te veo!

—¡Abue!

Me abrazo a mi abuela, y le cuento sin preámbulos lo de Tere. Ella le tenía mucho aprecio. Mi abuela se muestra complacida ante las buenas noticias y se alegra de mi cambio de actitud ante Marc.

—Me ha dicho un pajarito que ya te llevas mejor con él.

—Sí abuela, pero ¿quién te lo ha dicho?

—¡Ay, Sara, eres tan inocente! No te lo puedo decir, pero estoy segura de que algún día tú llegarás solita a la deducción. Hay más gente de la que crees pendiente de ti, incluso en las altas esferas.

—¿Mi TAO? —mi abuela ha hecho una señal cuando ha dicho lo de las altas esferas que parecía simular la forma de nube de un TAO. Ahora asiente, mientras suspira.

—Alguien muy cercano a ti y a mí vela por nosotras, sobre todo por ti. Ata cabos Sara. Nunca hemos hablado de ella, yo no me sentía capaz.

Acto seguido a Concha se le estira el brazo.

—Me parece que me van a regañar por irme de la lengua. ¡Ni que se le ocurra, vamos hombre! Bueno cariño, espero verte pronto, quizás coincidamos en alguna fiesta. Si no, disfruta del mundo que te queda por descubrir junto a tu mitad. Ya me irás contando.

—Gracias abue.

Mi abuela se esfuma después de darme un beso en la mejilla. Estoy confusa. Lo que ha dicho de mi TAO. Ha usado el femenino, y sólo se me ocurre una mujer de la que mi abuela y yo apenas hablamos en vida. Rememoro cuando se lo conté a Marc en Noruega. ¡Uff, qué complicado! Otro día lo pienso, creo que no estoy preparada para afrontarlo.

Me giro para ver a mi mitad con su padre.

Marc le está contando todo lo de Marc *junior*. Su padre se percata de que me he quedado sola y congelada y le hace una señal a su hijo. Los dos se acercan a mí, y mi mitad me da la mano para que entre en calor.

—¡Hola, Sara! Encantado de volver a verte —me dice el padre de Marc, mientras se le estira el brazo.

—Igualmente. —Hoy sí que lo pienso de verdad.

—Me tengo que ir. Marc, qué bien te veo. ¡Qué contento me voy hoy!

—Gracias papá. Te quiero.

—Y yo a ti —El padre dice esto mientras se esfuma. Siempre me han asombrado las familias que se dicen tan fácilmente que se quieren. Yo, al contrario, casi nunca se lo dije a mi gente. Si pudiera retroceder.

—¡Por fin solos! —exclama Marc. La calma que tenía hasta hace unos momentos se evapora transformándose en ansiedad. ¿Querrá Marc que nos unamos ahora?

—Tenemos que hablar, no pongas esa cara de terror —bromea suspicaz.

—¿Más? ¡Pero si yo ya te he contado todo! —protesto, aunque desde luego prefiero hablar.

—Me dijiste el otro día qué no sabías que sentía por ti, que nunca te lo había dicho.

—¡Ah, eso, sí! —«¡Qué alivio!»

—¿Y quieres saberlo, todavía no lo tienes claro?

Asiento haciéndome la remolona mientras nos tumbamos de costado. Marc se apoya en su codo alzando la cabeza, yo me recuesto por completo. Mi mitad enreda sus piernas en las mías, llenándome de calor, como un braserito.

—Pues ahí, va. Sara, desde el primer día que te vi, en una sala parecida a esta, me impresionaste. Eres preciosa. Hecha para mí. Los primeros días negué lo que estaba sintiendo por ti. Pero sin embargo mis ojos te buscaban a cada rato. Cuando te veía reír con Alex o con Fátima les envidiaba tanto. Me fascinaron tu naturalidad y tu espontaneidad, eres tan divertida, tan sorprendente y tan sincera. Eres de verdad.

—¿Desde el principio? ¿Y qué hablabas con Alex en nuestra fiesta de bienvenida cuando le decías que yo era vulgar, mentirosillo? —Marc frunce el ceño—. Os pillé hablando de mí, que sepas que me dolió mucho que me tacharas de vulgar... —le propino un golpe en el abdomen.

Parece que le viene el recuerdo y estalla en una carcajada.

—Sara, no hablábamos de ti, ¡hablábamos de Britney Spears!

Creo que me voy a morir de la vergüenza ajena que siento hacia mí misma, y yo vengo a rayarme con el temita. Marc, se da cuenta de mi turbación y para de reír, mientras que con sus fuertes piernas me atrae hacia él.

—¿Pero cómo no te dabas cuenta, Sara? ¡Si no te quitaba los ojos de encima! Tus idas y venidas en vez de separarme me han atraído más hacia ti. Se me hace imposible estar en algún sitio sin tenerte cerca, siento que debo protegerte —carraspea—. Es lo más fuerte que he sentido jamás por nadie. Lo que has hecho hoy por mi familia, eres tan buena, y todo lo que me has ayudado.

—Y tú a mí —Le interrumpo. Él me silencia los labios con su dedo índice.

—Sara, lo que quiero decirte es eso, que creo que... Te quiero.

No puedo responderle. Yo no sé expresarme tan bien como él, pero sí que hago lo que me está pidiendo mi cuerpo. Me abalanzo hacia él, y le beso profundamente agradecida por sus palabras. Marc me recibe arrebatado por mi fogosidad. Nuestros cuerpos se enredan, a la vez que nuestras lenguas. Ardo. No puedo más. Las manos de Marc recorren mi silueta impacientes y con cada tramo que descubren, miles de sensaciones me recorren. Marc despega su boca de la mía, y me mira.

—Te deseo Sara, no sabes cuánto. ¿Quieres unirme a mí, hoy, ahora? —me pregunta esto directamente. En estos momentos agradecería que mi mitad no fuera tan caballero, pero su cuerpo está encima del mío, me aprisiona, mi corazón va a estallar por la impaciencia. Necesito mucho más de Marc, ya no puedo frenar.

—Sí, Marc —asiento.

—¿Pero, y tú qué sientes por mí? —me pregunta a la vez que se separa un poco de mí.

«¡No, no puedo describirle todo lo que le quiero! ¡Ahora no! ¡Me urge sentirle!».

Mientras que por segunda vez me abalanzo sobre él, le susurro:

—Te lo digo mañana...

Epílogo

—¿De verdad quieres que te lo lea? Me da mucha vergüenza.

—¡No seas tonto, anda! Pero si va a ser algo familiar, ¡con lo que tú eres! —Estoy deseando que Toño me enseñe lo que está escribiendo.

—Es que todavía no lo tengo acabado. No te creas.

—Joé, Toño, pues tiempo tienes. Llevas una semana en Tenerife, ¿qué andas haciendo? ¡Ah, claro que estarás muy ocupado! —le lanzo una pullita.

—¿Qué sugieres, Tere?

—¿Yo? Nada, nada. Por cierto, ¿Qué tal Marisa? ¿Está muy morena ya?

—Jajaja. La madre que te...

—Espera un momento Toño. Sara, tienes que comer, no lloriquees más que no cuela, así que vamos piltrafilla engánchate bien y deja de mariposear.

—¡Oye! ¡No llames piltrafilla a mi sobri que paro mis vacaciones y voy para allá! ¿Qué pasa, no come bien?

—Sí, normalmente sí, pero hoy está rarilla. Ayer le pusimos las vacunas de los tres meses y será eso. Tenías que haber visto la cara de Adan cuando vio las agujas. Si le dejo, llora más que Sara. —De hecho, estaba un poco pálido. Cuando salimos del centro de salud tuvimos que parar en una cafetería a por una coca-cola.

—¿Qué tal el padre de la criatura? ¿Cómo lo lleva?

—¡Genial! Es un padrazo, a veces hasta me da envidia, te lo juro. La enana sólo se duerme en sus brazos. ¡Ah! Ya ha encontrado nuevo curro, de lo suyo. Además está cerca de casa, su anterior jefe le recomendó y le han cogido con sólo una entrevista. Estamos muy contentos.

—¡Qué bien Tere! Os lo merecéis.

—Bueno, ¿me lo quieres leer o no? —Este está mareando la perdiz para no leérmelo, si le conoceré ya.

—¡Qué cansina! ¡Vale! ¡Voy! «Hoy no es un día en concreto para muchos, quizás algunos cumplan años, otros recuerden a sus fallecidos, pero en general será un día normal para la gran mayoría de amigos que conocieron a Sara. Casi nadie sabría decir por qué este día era especial para ella, nadie sabría decir por qué todos los años, Sara hacía de este día una fiesta. Pues bien, yo si lo sé, y hoy después de más de un año de su muerte os puedo relatar que Sara todos los 23 de mayo los celebraba porque era el día que se había sacado el carnet de conducir. Y quien la conoce, sabe que las fiestas de Sara, no eran cualquier cosa, yo doy fe».

—¡Ay, Toño, qué emoción!

—Calla. «Hoy su amiga del alma, su hermana Tere y yo hemos decidido que es el día perfecto para rendirle homenaje. Sara era especial, no pasaba desapercibida, y esté donde esté, seguro que se ha hecho notar. Yo antes no creía que hubiera algo después de la muerte, pero perder a Sara me ha hecho entender que sí que lo hay, sino sería muy injusto que se hubiera ido ella y no yo, que soy uno más».

—Bueno, ya estamos. Eso lo tienes que quitar.

—Calla, pesada. «Sara se me aparece en sueños. Tere que aquí la tenéis con su bebida, habla con ella muy a menudo y asegura que Sara le responde. Varios de los que aquí nos encontramos en algún momento hemos tenido la sensación de que Sara nos observaba». Y por ahí voy. Es un borrador. ¿Qué te parece?

—¡Muy bien! Excepto lo que te he dicho, lo demás guay. Yo ya he comprado las velas y he mandado las fotos a editar. ¿Se lo has leído a Marisa? ¿Le gusta?

—Sí. Me está ayudando un montón. ¡Es genial!

—¿Pero estáis liados o no? ¡Me tienes en ascuas!

—Paz, paz y sosiego. Marisa me encanta, ya lo sabes, es una tía de diez. Pero de relación, paso a paso. Ella de todas formas dice que no tiene prisa y que...

—¿Pero os habéis liado, o no?

—Pues claro, pesada, pero no es mi novia. Eso es lo que te quiero decir, si me dejas.

—¡Ah, vale! Es que me cae genial, Toño y sé que ella te haría mucho bien. Bueno te dejo que la enana no se engancha y le voy a poner el termómetro por si acaso.

—Vale, quedamos cuando vuelva.

—¿Cenita en casa los cuatro? —Nos lo pasamos genial los cuatro juntos, además así siento que tengo algo de vida social. Mi hija es preciosa. Adan es estupendo y nuestra relación ha vuelto a ser como era antes, o incluso mejor. Pero aun así, hay veces que la casa se me echa encima.

—Hecho. Cenita. Disfruta de la peque y de tu casi marido.

—Y tú del sol y de tu casi novia.



Cuelgo el teléfono. Aunque parezca mentira echo de menos a mi Sarita y a su madre. Tere es más que una hermana ya para mí. Marisa y yo le hemos comprado un bañador a la enana para este verano. Se nos cae la baba a los dos.

Se acerca Marisa, que viene de darse un masaje en el spa del hotel. Se aproxima sonriente a mi tumbona. He reservado una a mi lado para ella. La suerte otra vez está de mi parte, Marisa es lo mejor. Me hace reír sin parar.

—¿Perdona, sabes si está ocupada? —bromea, señalando la vacía.

—Sí, lo siento.

—¡Ah, qué lástima! Tendremos entonces que compartir esta, ¿no? —dice mientras se tumba a mi lado.

Comenzamos una guerra de empujones para echarnos de la tumbona. Gana ella. Ya me vengaré.



—¿Sabes que estaría todo el día así? —le digo a Marc, mientras me acurruco apoyándome en su pecho.

—¿Cómo? ¿Segura? Mira que me tienes agotado, Sara, pero puedo hacer un último esfuerzo —bromea.

—Aunque nuestros amigos van a empezar a preocuparse, van a pensar que estamos muertos, deberíamos ir con ellos ¿No crees?

—Sí tú lo dices —dice Marc apenado.

—Además pronto serán las ceremonias. Igual tenemos noticias ahí de Darío y Lara.

—Eso espero, porque de momento nada de nada. Deben estar en otra área.

Doy un último beso a Marc, antes de incorporarme veloz. Sé de sobra que como me quede, la vamos a liar de nuevo, y esto ya empieza a rozar la indecencia. Mi mitad se levanta detrás de mí. Me abraza por la cintura, mientras me susurra al oído que me quiere.

Estos meses han sido fantásticos. Bueno, alguna peleílla hemos tenido por la cansina de Sylvia o por incompatibilidades varias, pero en días como hoy, en los que me despierto entre sus brazos, creo que voy a reventar de amor.

Se nos estira el brazo a los dos. Parece que viene gente nueva. Aprecio a una pareja joven. Él es muy atractivo. Sonrío complacida.

—¿Qué? ¿Te gusta el nuevo? —me pregunta Marc con sorna.

Muevo mi palma y simulo que mis dedos acercan la imagen, como en el zoom de los móviles. Pongo morritos.

—Pues no está nada mal... le doy un nueve.

—¿Un nueve? ¡Un nueve! —Marc finge estar indignado— ¡Vamos hombre! Si ese es un nueve, yo soy un...

No le dejo terminar.

—¿Tú? ¡Tú, un cinquillo! —salgo corriendo mientras me carcajeo.

Marc entra al trapo y nos pasamos la mañana jugando al pilla-pilla.

Nunca pensé que con tan poco se podía ser tan feliz. Nunca pensé que se podría querer, necesitar y admirar a alguien tanto. Nunca pensé que mi auténtica media naranja existiera...

Lo que ahora sí que pienso, lo que ahora sí que acepto, es que estoy deseando pasar la eternidad con él, con mi mitad.

¿Y tú?

Agradecimientos

Siempre he leído los agradecimientos de los libros y pensaba, ¡la leche, qué de gente! Y ahora a mi cabeza le vienen muchos rostros que han colaborado, me han animado o han creído que esto podía pasar. Espero no olvidarme de nadie. ¡Allá voy!

En primer lugar he de agradecerle a mi madre, la mayor lectora que conozco. Ella me inculcó con su ejemplo, la magia que descubres cuando abres un libro... pero he de agradecerle tantas cosas, que no hay palabras, lo resumo en un: ¡gracias mamá, eres la mejor!

En segundo lugar, a mi padre, ese hombre que cuando se enteró que estaba escribiendo un libro, me visualizó, al instante, recogiendo premios. Gracias por contagiarme tu ilusión.

Y en tercer lugar a Verónica, mi cuñada, que fue mi primera lectora, que me ayudó a corregirlo para poder enviarlo a las editoriales. Lo siento, Juan Pedro, Vero, se ha ganado este tercer puesto con creces, pero te doy las gracias por tus aportaciones y tu confianza.

Gracias a Milagros, por querer leerme desde el principio, por tu entusiasmo y tus ideas. Me encanta tenerte cerca, (sobre todo en los museos). Y a Dani, mi voluntario diseñador web, gracias, gracias, gracias...

Tenía muchas ganas de escribir este agradecimiento: Gracias a Natalia C., a Olga C. y a Gema B., mis primas, por perder una tarde entera en buscar un título para el libro, no fue nada fácil, pero al final «Nati» dio con el *Abrázame que no te quiero*, que tanto me gusta. No puedo olvidar las aportaciones de mis tías: Encarni, Emi, Luci, Dolores... ¡Hasta el cielo tía Sole! Gracias a toda mi familia a la natural y a la política. A mi prima Cristina, por tener tan buena memoria y confiar en mí, a todos los hormigas, y a los Fernández, y a Carmen y Luis... ¡Qué familias más grandes!

Gracias a Susana C., porque tú eres mi Tere. Gracias a Carolina C, por ser mi amiga desde que recuerdo que tengo amigas.

Gracias a Marta C. Fuiste a la primera persona que le dije que estaba escribiendo un libro y me animaste tanto...

Gracias a Marisa M., otra de mis primeras lectoras, por alentarme, por llamarme artista cada vez que me ves, y por regalarme el kéfir (¿dónde andará?), tú eres de las personas que más confía en mí. Junto a Soraya C., que tiene su singular visión de mi futuro. Gracias a Gema G. y a Lola L., como echo de menos esas charlas en el solárium. Me encanta hablar con vosotras.

Gracias a mis compañeras de la planta quince. Junto a ellas vi el lago de los cisnes y me río todas las tardes... Es muy difícil nuestro mundo, pero junto a vosotras se hace infinitamente más fácil. En especial quiero a agradecerle a Gema B., por ayudarme con el pseudónimo y el título. Y a Vanesa, mi primera lectora hospitalaria.

Gracias a Enrique Gallud, mi director, por corregirme y darme las primeras críticas. Y por supuesto gracias a los Barbieris, por hacerme pasar tan buenos ratos frente al público.

Gracias a Teresa, mi hada madrina, mi amiga internauta, la que ha hecho posible esto.

Gracias por fijarte en Abrázame que no te quiero, por leerlo y decidir arriesgarte... Eres un milagro. MUCHAS GRACIAS.

Gracias a todo el que lea este libro. Gracias por decidir pasar algo de su tiempo con mi imaginación. Espero, con todo mi corazón, que os guste y si es así, correr la voz, pasearlo por el metro, pedirlo en las librerías... lo que se os ocurra.

Y por último, para darle emoción, a Dimas, el que arropa con la mantita del sillón todas las noches. Gracias por animarme, por apoyarme dándome ideas, por escuchar mis interminables charlas sobre el libro, por aguantarme... por quererme tanto. Sin ti, esto no hubiera sido posible... Tú eres mi mitad.